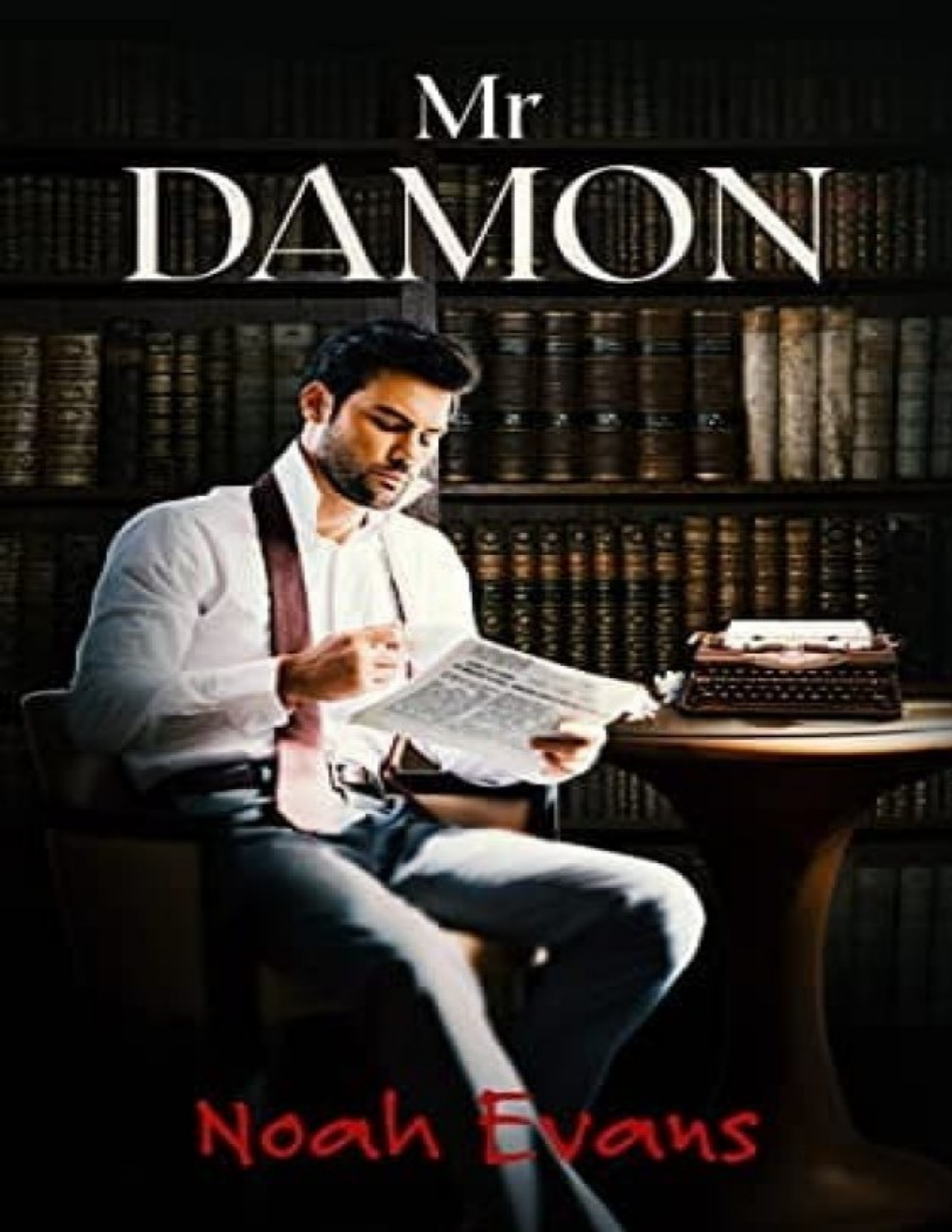
Mr DAMON



Noah Evans

Índice

Dedicatoria
Preámbulo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
Chat alternativo
30
31

32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
Epílogo
Agradecimientos

A la familia Noah, mis Hadas Madrinas, que han hecho que esta locura sea posible.

Preámbulo

No se había hecho ilusiones con aquel imbécil, pero que la ningunearan de aquella forma no le gustaba. No se había enamorado y sabía que aquella relación era pasajera y no iría a ninguna parte, pero que un día decidiera pasar de ella y de inmediato colgara fotos en *Instagram*, rodeado de nuevas amigas, le repateaba el culo.

—Capullo —le dijo a la pantalla del móvil y lo lanzó sobre la cama.

Enseguida este emitió un extraño sonido. Sabía que era hora de cambiar de móvil, estaba hecho una pena.

Se acercó a él para comprobar si aquel capullo le había puesto algo más en el *WhatsApp*, pero, no, eran las unicornio hablando de algo de manera efusiva.

—Mayte, te he visto en línea. No te escapas. —Era la voz de Vicky.

Mayte se mordió el labio inferior. Cada vez intervenía menos en el chat. Era cierto que las leía y las escuchaba, los mejores ratos de su día a día. Pero no estaba dispuesta a detener las risas de sus amigas para contar sus miserias.

Como traductora independiente sus encargos habían disminuido hasta el punto de decirle al casero que rescindía el contrato de alquiler. Regresaba a Madrid a casa de sus padres. Ya desaparecido «el imbécil», no merecía la pena agotar sus ahorros en el caro alquiler de Barcelona. En Madrid podría seguir trabajando desde casa en lo que le saliese, lo justo para pagar su cuota de autónomos y seguir ahorrando. Aprovecharía para seguir formándose, aunque ya no se le ocurría nada más que estudiar que le motivase.

En el periodismo se había rendido y tampoco es que tuviese gran vocación, al menos en traducción podía sacar algo de dinero y trabajar por su cuenta. Ya pasados los treinta, sentía que las mejores oportunidades de trabajo habían pasado de largo.

—Venga, Mayte, cuéntalo. El capullo te ha echado unos cuantos polvos y se ha pirado a pinchar a otras, ¿me equivoco? —La voz rotunda de Natalia la hizo tragar saliva. Le daba un mal rollo de la leche cuando era tan específica en sus aciertos.

—A veces pienso que nos pones microcámaras en el culo a las tres —respondió, apoyándose en la cama.

—Mayte. —Era la voz de Vicky de nuevo—. El día que te acerques el *puto* móvil a la boca cuando grabes un audio podremos oír lo que dices.

—No os tengo puestas cámaras, pero le he cotilleado el *Instagram* y lo he visto de fiesta. Y no me sorprende. Ya te lo avisé. Lleva menos de un año divorciado, una relación de demasiados años. La última vez que estuvo sin compromiso fue con… ¿veinte? La mayoría de tíos cuando se divorcian retroceden a la edad mental de antes de esa relación fallida. Como si hubiesen estado en una burbuja del tiempo, ¿entiendes? De todos modos, tampoco me gustaba para ti. Tú eres otro nivel, no estaba a la altura en ningún sentido. Además, tampoco te he visto muy ilusionada, así que… ¡qué le den!

—Si no estoy molesta del todo, pero… —suspiró—. Estas cosas no me ayudan, ¿entiendes? Vuelvo a Madrid con mis padres.

—Eso lo siento más, pero no lo consideres un fracaso. Simplemente será otro cambio, quizás a mejor.

—Yo creo que te vendrá bien un cambio de aire —le decía Vicky —. Piensa en positivo.

—Es difícil pensar en positivo cuando los años pasan y sigues caminando sin llegar a ninguna parte —resopló.

—Venga ya, eres joven. Tienes tiempo de sobra.

—Sí, eso me decís siempre. Pero el tiempo pasa y sigo estancada. Ya vendrá un trabajo estable, ya vendrá el hombre idóneo. Pero la realidad es que no estoy ni siquiera cerca de tener un trabajo estable y tengo una edad en la que los hombres o están cogidos o bien vienen de vuelta de una relación fallida y traen una tara de narices. Empiezo a estar hasta los *cojones* de seguir caminando.

Se hizo el silencio. Era extraño que después de un audio así ninguna respondiese. Su móvil emitió la señal de llamada. Era Claudia, la única que no había intervenido en la conversación.

—Dime —le dijo.

—Mientras tú te lamentas de tu «desgraciada, fracasada y aburrida vida» yo he estado moviendo hilos para que tu suerte se dé la vuelta.

Cerró los ojos y tuvo que reír al escucharla. No sentía que nada pudiese cambiar su situación.

—¿Qué te parece otra vez Londres? —preguntó con ironía.

Mayte negó con la cabeza y su risa aumentó.

—No creo que ya tenga edad de niñera.

—¿Niñera? No lo había considerado así. —La voz de Claudia era tan fresca como siempre—. Vale, pues niñera de un tío de treinta y ocho. ¿Te vale?

Frunció el ceño con sus palabras.

—Un escritor necesita una traductora de magnánima confianza.

—Un escritor. —Si Claudia estaba de broma, no era el momento.

—Uno bastante peculiar, por cierto. Es cliente y amigo de Christopher. De hecho, le pidió uno de los trabajos más complejos de los que lleva hasta ahora y mira que sus clientes le piden cosas que ni imaginas. No te puedes hacer una idea.

—Puedo hacer una traducción desde aquí, no necesito ir a Londres.

—Sí, sí necesitas venir a Londres, es uno de los requisitos para hacer el trabajo. Trabajarás desde su casa, no quiere e-mails ni nubes ni nada donde se puedan filtrar sus escritos.

No era la primera vez que oía algo similar, algunos escritores eran tremendamente desconfiados. Pero solían serlo los escritores de renombre, los que a veces eran víctimas de hackeos para filtrar sus lanzamientos multimillonarios. Aunque estaba sumida en una especie de limbo existencial y las palabras de Claudia sonaban a algo irreal, no pudo evitar tener un halo de curiosidad.

—¿Quién es? —Si no era una broma, sonaba interesante.

—Thomas Arthur Damon.

La saliva se le fue por el lado incómodo de la garganta, se le cortó la respiración y comenzó a toser. Buscó una botella de agua que siempre tenía cerca de su escritorio. Claudia esperó paciente a que se recuperase sin emitir ningún sonido, ni siquiera su contagiosa risa. Por eso no creyó que fuese una broma.

Bebió agua y el picor de la garganta se aplacó levemente. Tenía los ojos llenos de lágrimas de la tos. Al fin pudo coger aire.

—¿Ya? —preguntó Claudia tranquila.

—¿Es broma? —Un segundo sorbo de agua le ayudó a terminar de calmar su garganta. Necesitaba un caramelo de regaliz con urgencia.

—No, no es broma. Christopher le ha hablado de ti y está conforme. Ser amiga mía te da un aval de importancia, ¿sabes? —Esa vez sí se escuchó la característica risa irónica de Claudia—. No es que mi marido se fíe mucho de una unicornio, pero dice que tú eres la única que recomendaría a un amigo sin lamentarse. —Su risa aumentó—. A estas alturas aún no sabe que una unicornio siempre será una unicornio.

Mayte alzó las cejas. Era cierto que era la más correcta de las cuatro. Al menos tenía más paciencia, su frescura había mermado con los años y en cuanto a madurez estaba a años luz del resto si no probaba el vodka.

—¿Y por qué yo? Quiero decir, podría tener a los mejores.

—Tú eres la mejor. —Se oyó una pedorreta—. Vale ya de esos complejos de inferioridad. No podría encontrar otra traductora más de confianza que tú. Y ya has hecho muchas traducciones, así que será una más.

—¿Una más? ¿Sabes los millones de libros que vende ese tío?

—Traducir es traducir, qué más da. Un periódico, un libro, una etiqueta de champú…

—Qué sencillo lo ves siempre todo.

—Es que es sencillo. Vienes a Londres, te instalas en una mansión de narices, traduces y te apuntas una medalla en el currículum de por vida.

Mayte se miró en el espejo. Si en aquel momento Thomas Damon la viese, estaría muy lejos de querer contratarla. Tendría que ordenar su ropa, correr a hacerse las mechas, un *lifting* de pestañas y comprarse más ropa de abrigo. Londres no era precisamente cálido.

Se llenó la boca de aire y resopló.

—No sé si me estás dando la oportunidad de mi vida o me estás metiendo en un marrón que terminará hundiéndome por completo.

—¿Ves? Tienes un problema. Es una oportunidad de oro y ya estás buscándole la parte negativa. Por suerte en Londres me tendrás cerca.

Mayte hizo una mueca.

—No sé si eso me tranquiliza o me pone peor.

Aunque por otro lado Claudia no era la peor unicornio. Si fuese Vicky la que viviese en Londres, cerca de un trabajo como ese, echaría a correr hacia La Polinesia.

—Ya he aceptado en tu nombre —añadió Claudia—. Le he dicho que es un honor para ti.

—¿Cómo?

—¿No es un honor?

—Sí, pero… ¿ni siquiera tengo tiempo para pensar?

—¿Tú? ¿Tiempo para pensar? Cuanto más tiempo te dé para pensar más negativa te pondrás. Así que ve haciendo las maletas que te vienes a Londres. ¿Te recojo en el aeropuerto?

—Maletas. —Miró a su alrededor, aquello no podía estar pasando—. ¿Así, tan rápido?

—*Joder*, Mayte, acabas de decir que ibas a hacer las maletas para irte a Madrid. Pues hazlas y coges un avión. No cambia nada, solo el destino.

Se dejó caer en la cama.

—Lo cambia todo. Acabas de ponerme patas arriba.

—¡Anda ya! Ve recogiendo que voy a contárselo a las locas.

—No, no. La van a liar.

—Claro que la van a liar. —Se oyó de nuevo la risa de Claudia—. Lo vamos a pasar en grande.

—Claudia, no… —Su amiga colgó.

Se giró, colocándose bocarriba, y se llevó la mano a la frente.
No me lo puedo creer.

1

Notó el móvil vibrar en su bolso durante todo el trayecto desde el aeropuerto hasta la casa de Mr. Damon.

Por más que intentaba no meditar sobre su golpe de suerte, y lo que significaba traducir a uno de los escritores más leídos del mundo, no podía evitar que la sensación de piernas flojas se le terminara de pasar del todo. A veces un verdadero pánico la invadía, el no estar a la altura de lo que se esperaba de ella. Ella no había escalado poco a poco en su profesión, era cierto que como traductora independiente comenzaba a hacer trabajos cada vez más importantes, pero eso eran palabras mayores.

Estaba en contacto con la editorial que publicaría la novela en español para todo el mundo hispanohablante. Ella, una humilde traductora independiente. Si Mr. Damon quedaba contento con ella, podría traducir sus libros futuros. Incluso, si dejaba su mente divagar, podría hacerse su traductora personal, algo que sabía que ocurría en otros casos. Fuera como fuese, si lo hacía bien no le faltaría trabajo en el gremio. Un trabajo con tanta difusión era una medalla en su currículum que solo tenían unos pocos.

Cerró los ojos mientras el taxi pasaba por carreteras que no conocía a pesar de su pasada vida de Au pair. Había regresado a Londres en varias ocasiones, siempre a visitar a Claudia. Era gracias al marido de esta, el señor Lyon y su relación con el escritor, por lo que la habían llevado hasta allí.

Su móvil vibró de nuevo. No hacía falta mirarlo para saber quiénes no dejaban de hablar. Siempre eran ellas, su móvil no solía sonar por ninguna otra razón. No era de muchos amigos, al menos no con los que tuviese la confianza suficiente como para contarles su proyecto.

Era bastante reservada para esos asuntos. Siempre tuvo la sensación de que si contaba un proyecto que le ilusionaba, y cuyo resultado estuviese en el aire, este fracasaría o se esfumaría.

Resopló, un atasco impedía que el taxi avanzase más rápido. No quería retrasarse aunque no dependiese de ella. Tenía que ser correcta y cumplir. Era demasiado importante para ella hacerlo bien. No podía echar a perder una oportunidad como aquella. Ni mucho menos dejar a quien la recomendó en mal lugar. Tenía mucho que agradecerle a los Lyon.

Sentía una leve punzada constante en el pecho. Era una presión que acababa en un pinchazo para desaparecer y regresar de nuevo. Llevaba unos días así, sobre todo por las noches. Ansiedad que contrarrestaba con pastillas.

El cielo de Londres era grisáceo, ya conocía bien el clima británico y llevaba la ropa adecuada para no pasar frío ni calor. Algo que aprendió en sus estancias anteriores.

Se miró las piernas. Unos pantalones de un tono tostado oscuro, algo más oscuros que su abrigo largo. Y un jersey de cuello vuelto en beige. Colores neutros para dar buena impresión, sencilla, regia. Había dudado durante todo el día anterior si ponerse aquella ropa u otra similar de color gris marengo. Desde que firmó el precontrato con Mr. Damon había entrado en un bucle de pánicos e inseguridades con absolutamente todo.

Ya no era una niña, ya pasados los treinta no podía jugársela a un tonto error por mínimo que fuera. Pronto sus mejores años laborales pasarían y con ellos se mermarían las posibilidades de conseguir algo estable. Una inestabilidad que hacía que su inseguridad aumentase. Nunca, en

ninguna de sus visualizaciones de futuro, se imaginó que con aquella edad estaría sin trabajo fijo, sin pareja y aún perdida en una vida sin rumbo pero con la madurez suficiente para ser consciente de todo ello.

Sus amigas, aquellas que hacían que su móvil no dejase de vibrar, habían hecho su vida cada una a un lado del mundo. Todas tenían una profesión estable, una vida encaminada y una familia. Ella, sin embargo, había quedado atrás, descolgada. Quizás era la razón por la que no solía intervenir tanto en el chat como el resto.

Alzó levemente la mano para mirar su pulsera, el unicornio colgaba de ella. Ella era la unicornio diferente. Giró el colgante, su nombre estaba allí grabado como estaban los del resto en sus respectivas pulseras.

Una unicornio siempre será una unicornio.

No tendría que estar temblando por su golpe de suerte. No tendría que estar ignorando los mensajes de ánimo de sus amigas. Natalia siempre decía que si lograba controlar los pensamientos en positivo y detener todas las visualizaciones de fracasos futuros, la ansiedad se calmaba y la seguridad lograba parar el temblor de las piernas. La seguridad era una habilidad que se obtenía al practicarla. Cuanto más tiempo la consiguiera mantener más difícil sería tumbarla. Y todas sabían que Natalia siempre llevaba razón.

Una parte buena de lo que estaba por venir era que Claudia vivía a menos de media hora en coche. Tener a alguien como Claudia cerca siempre era algo positivo si lograba no dejarse arrastrar por ella. Ese era el peligro de sus amigas. Ellas eran capaces de arrastrarla sin remedio. Movió la muñeca para que el unicornio se moviese.

Una unicornio siempre será una unicornio.

Sonrió al pensarlo. La tierra, su elemento, perdía la gravedad cuando los cuatro elementos se unían. Sacó el móvil para leer las burradas que andarían diciendo.

«¿Ya has llegado a la casa del *juntaletras mojabragas*?»

De los cientos de mensajes que había sin leer su cabeza se fue enseguida para ese de Vicky. Se llevó la mano a la sien.

«No empecéis con los nombres alternativos que después coincido con él y se me vienen a la cabeza, me entra la risa floja y Christopher dice que parezco lela», decía Claudia.

Madre mía la que me espera con estas.

Negó con la cabeza. Lo peor de todo era que todas eran conscientes del estado de ansiedad en el que se encontraba. Pero parecía que había cosas más interesantes que su estado anímico.

«Echa una foto del castillo cuando llegues», le pidió Natalia.

«Que le den al castillo, que pase la foto del *juntaletras*».

«Creo que aún no sois conscientes de que he venido aquí a trabajar», respondió.

«Sí, pero quiero comprobar si la solapa de los libros tiene más *Photoshop* que *Instagram* y es un coco. Se nos cortaría todo el rollo, con lo entretenidas que estamos».

Alzó las cejas.

«Por una vez estoy de acuerdo con Vicky».

Con su misma edad y ya madres las tres y aún parecían adolescentes en aquel chat.

«No he llegado todavía».

«Estoy nerviosa hasta yo», decía Claudia.

«La foto, Mayte, la foto».

El taxi se detuvo y se sobresaltó. Giró la cabeza enseguida hacia la ventana. Entornó los ojos. Inconscientemente se llevó el móvil a la boca para grabar con claridad, consejo de Vicky cuando

le envió aquel móvil enorme con cámaras que sacaba selfis en los que se veían hasta los poros dilatados de las mejillas.

—Acabo de llegar, luego os leo.

La verja era de hierro, barrotes negros y una ornamentación de metal dorado rodeaban cada barrote emulando espinos. En el centro un círculo y las iniciales del amo del castillo.

Thomas Arthur Damon.

Aquellos pinchazos en el pecho se hicieron intensos.

Ay, madre. En la que me he metido.

Abrió la puerta del taxi. Aquella casa estaba en un camino cuyas casas enormes estaban demasiado distanciadas unas de otras, lo que quería decir que cada terreno era tremendamente extenso.

Tal y cómo se veían en las fotos de Claudia, Christopher Lyon había construido para el escritor un castillo, en proporciones de mansión, de fachada gris oscuro casi negro y una extraña ornamentación con gárgolas y figuras demoniacas.

Un audio saltó de manera automática.

—¿Qué te parece el castillo encantado? —Sonó la voz de Claudia y enseguida se apresuró a silenciarlo mientras el taxista colocaba las maletas junto a ella.

Mayte le tendió la tarjeta al hombre para que le cobrase.

Ay, en la que me he metido de gorda.

Miró el taxi con ganas de implorar que la llevase de nuevo al aeropuerto. Aquel trabajo le quedaba grande. Mr. Damon le quedaba grande. No se sentía capaz ni siquiera de llamar a la puerta y entrar, aún menos de comportarse allí dentro y trabajar.

Pero el taxista le devolvió la tarjeta y se marchó.

Aquel lugar olía a tranquilidad, un total silencio alejado de la ciudad, de tiendas y lugares concurridos a los que estaba acostumbrada. Un silencio que hasta le molestaba en los oídos.

Buscó en tanta ornamentación grotesca algún dispositivo para llamar. Lo halló al lado derecho. Como no podía ser de otra manera, el timbre estaba en una especie de garra de bestia. El sonido de un piano de iglesia dando unas notas siniestras le indicó que funcionaba tan bien como los timbres de última generación. Con lo cual dedujo que también tendría cámara, así que se irguió esperando no tener cara de lela.

Aunque qué cara se puede tener ante una casa como esta.

La verja se abrió de forma automática produciendo un chirrido, como si llevara años sin abrirse. Lyon no había dejado ni un detalle atrás.

Mayte cogió aire, agarró ambas maletas y las hizo rodar hacia dentro. Lo peor de aquellas mansiones era el trayecto que había que andar hasta llegar a la casa.

Supuso que alguien la observaría a través de las numerosas cámaras de seguridad que habría y se mantuvo firme a pesar de encontrarse en un siniestro jardín donde los setos tenían formas extrañas que le recordaron a los jardines de la mansión de la película de *Eduardo Manostijeras*. Los jardineros que podaban aquellos setos eran unos auténticos artistas porque eran capaces de dar una forma tremendamente realista a aquellas bestias que salían del suelo.

Esto da un mal rollo de la leche.

Al fin llegó al portón doble de madera con tachuelas doradas y el mismo símbolo de Thomas Arthur Damon. Esta vez era un llamador manual antiguo. Lo agarró con la mano. Sonó fuerte, un sonido seco que retumbó en la entrada. Lamentó haberlo hecho demasiado fuerte, la culpa la tenía tal sensación de ligereza en la mano que la hizo moverla con demasiado ímpetu para que no

se notase su verdadero estado. «Sobreactuar» lo llamaba Natalia. Siempre la acabaría cagando y sería aún peor.

Aunque en aquel ambiente se esperaba que le abriese la puerta el mayordomo del conde Drácula, le abrió una mujer que le sonrió enseguida. Era poco mayor que ella, unos y treinta y cinco, con un abundante pelo ondulado de un color rubio cobre. Tenía la piel clara y rosada, el cuello le delataba las pecas salteadas que continuarían por su cara si el maquillaje impecable no lo cubriese por completo.

—¿María Teresa? —le preguntó enseguida, tendiéndole la mano.

Mayte se la estrechó devolviéndole la sonrisa.

—Yo soy Estela, la representante del señor Damon. —Reconocía su nombre. Su firma estaba en todos los contratos junto a la del escritor—. Pasa, te estaba esperando.

Mayte entró en la casa intentando poner de su parte para no mirar de manera descarada la decoración interior de tan pintoresco castillo. Los muebles eran una mezcla de madera de ébano con trozos de carey brillante. A pesar de la oscuridad del mobiliario la luz entraba estratégicamente para que no pareciese un lugar sombrío.

Como en los castillos de los cuentos una enorme escalinata se abría en dos frente a la entrada. Tenía que reconocer el enorme talento de Christopher Lyon para darle a aquella construcción la verdadera apariencia de un castillo encantado. Y no menos mérito tenía Georgina Lyon al combinar la madera negra, el carey y el dorado en muebles y decoración.

Cogió aire y lo guardó en su pecho. Sabía que Estela la observaba con el rabillo del ojo.

Un hombre del servicio se acercó a ellas y miró las maletas de Mayte. Estela le pidió que se llevase las maletas a la habitación y el hombre enseguida se apresuró a cogerlas dirigiéndose de inmediato por uno de los pasillos. Mayte dudó si su habitación estaría en la planta baja, lo siguió con la mirada hasta que este se perdió y el sonido de las ruedas se alejó.

—Tu habitación está arriba —dijo Estela y Mayte se sobresaltó. Aquella mujer parecía estar leyéndole la mente. Se irguió nerviosa—. Ese es el camino del ascensor del servicio. Puedes usarlo cuando quieras si no te gustan las escaleras.

Estela volvió a sonreírle. Era una mujer sumamente delgada, envidiaba a las mujeres capaces de conservar tal delgadez a partir de ciertos años. Ella fue cumplir los treinta y esos kilos extra de verano no había forma de soltarlos. Había hecho un reto con Natalia impuesto por el hermano entrenador físico de Vicky y eran cuarenta y cinco minutos de intervalos en bici estática cada mañana al levantarse. Pero era algo que debía interrumpir un tiempo, el tiempo que estuviese en casa de Mr. Damon.

—La casa la conocerás luego, al menos lo suficiente para no perderte. Fuera de tu horario de trabajo puedes salir y entrar cuando quieras, no estás presa. —Estela echó una risa y Mayte estuvo a punto de entornar los ojos hacia ella. Natalia siempre decía que desconfiase ante una amabilidad excesiva—. Pero te agradecería que evitases deambular mucho por la casa. Thomas es bastante reservado para su intimidad y le gusta el silencio y la soledad de la casa si no es porque recibe visitas.

Estela pronunció aquellas frases es un tono diferente, sin sonrisa alguna y con una mirada demasiado directa.

La Fatalé nunca falla.

Subió las escaleras y Mayte la siguió sin decir nada.

—Luego te enseñaré la biblioteca en la planta baja, hay un sitio en el jardín en el que estarás cómoda leyendo el tiempo que no quieras estar en tu dormitorio o en el estudio.

Mayte alzó levemente las cejas.

Está claro que el tiempo que no esté trabajando estaré estorbando. Así que a traducir rápido día y noche.

—Primera planta, las habitaciones —señaló a su derecha—. Siempre a la derecha, nunca a la izquierda. —Se giró para ponerse de cara a Mayte—. ¿Podrás recordarlo?

Asintió como una imbécil. Estela subió la segunda tanda de escaleras. Mayte observó los pasamanos y las figuras de los descansillos, era una auténtica réplica de un verdadero castillo encantado.

—Segunda planta, la de trabajo —continuó la mujer. Un pasillo se abría a ambos lados. Justo en la parte central había una puerta doble de madera negra y aquellos adornos de carey que tenían los muebles. Estela la señaló—. El despacho de Arthur Thomas Damon.

Aquel nombre al completo hizo que a Mayte le temblasen las rodillas. Tantas veces había visto sus libros en carteles, anuncios, revistas o escaparates de librerías que saber que quizás él estuviese al otro lado de la puerta hacía que los nervios llegasen hasta su ano para querer salir. Y eso quedaba muy lejos de la corrección. Intentó sostener la respiración y encoger la barriga para que el aire quedara en puertas y no se escapase.

—Tu estudio está a la izquierda.

Primera planta a la derecha, segunda a la izquierda. Bendito Barrio Sésamo.

Estela abrió una puerta doble, también negra, pero mucho más pequeña que la principal. Había luz, un gran ventanal sobresalía de la pared. El cristal también estaba ornamentado con metal negro, no quitaba luz pero servía para completar la apariencia exterior tan siniestra que tenía el castillo. Estaba segura de que en cuanto la dejasen sola observaría con detenimiento cada detalle de la casa, no era para menos.

Sintió su móvil vibrar, el chat de las unicornio ardía, todas querían saber sobre su llegada y lo más interesante para ellas: él. Estela enseguida dirigió su mirada hacia el bolso.

—Al señor no le gustan los dispositivos ajenos cerca del trabajo —le advirtió—. Es muy desconfiado. Y está prohibido hacer fotos en la casa. Normalmente hace firmar a los trabajadores un contrato, no sé qué tipo de recomendación traes, así que desconozco si su abogado te habrá preparado algo más para firmar.

La representante se dirigió hacia una mesa central.

—Tu ordenador. —Le mostró. Un iMac de veintisiete pulgadas, una herramienta perfecta—. Él personalmente te transferirá los archivos que irás traduciendo.

Mayte asintió digiriendo aquel «personalmente».

—No sé si eres consciente de con qué tipo de escritor vas a trabajar. —La voz de Estela sonó firme. La joven tragó saliva—. Espero que estés a la altura.

Se dirigió de nuevo hacia la puerta, Mayte dudó si debía seguirla. El móvil seguía vibrando, aquel cacharro enorme de última generación era poco discreto hasta en modo silencio. Acabaría lanzándolo por una de aquellas ornamentadas ventanas si seguía así.

Estela la miró como si fuese imbécil.

—Vamos —le dijo y ella se sobresaltó—. Quiere verte.

¿Verme? ¿A mí? ¿Sabe que existo?

Estela seguía mirándola de aquella manera.

—No pensarás que pondrá una novela inédita en las manos de una desconocida —añadió la mujer.

—No, claro que no —respondió enseguida con apuro.

Estela la miró de los pies hasta los hombros, Mayte se alegró de llevar buen atuendo. Eso siempre ayudaba en una primera impresión. Allí dentro, con la calefacción, el abrigo comenzaba a darle calor, pero no se atrevía a quitárselo. No se encontraba cómoda. No imaginaba cómo iba a poder vivir allí, sería intenso e incómodo al límite. Recordó a Claudia y sus primeros días en Londres. Envidió la frescura de su amiga, esa actitud le evitaría muchos dolores en el pecho.

Salió del estudio tras Estela y esta se detuvo ante la puerta doble del despacho del señor Damon. Llamó con la mano y abrió sin demorarse. La vio inclinarse hacia dentro.

No lo oyó responder a la representante cuando anunció su llegada. Estela se retiró de la puerta dejándola pasar. Pudo verla de nuevo observarla con atención y su gesto flaco favor le hizo a las piernas de Mayte. La estaba poniendo aún más nerviosa de lo que ya estaba.

Apretó los labios para no abrir la boca como una idiota al entrar en el despacho de Mr. Damon. Paredes cubiertas de gruesas estanterías de madera oscura y una mesa robusta a un lado repleta de papeles, algunos demasiado arrugados y esparcidos, otros estaban hechos una bola y tirados por el suelo.

No pudo evitar mirarlos ya que entró con la cabeza baja, enseguida pensó que detenerse en aquellos detalles era descortés y levantó los ojos. Esa vez tuvo que apretar los dientes además de los labios. Thomas Arthur Damon la miraba en silencio, una mirada oscura e intensa que hizo que sus piernas, ya de por sí ligeras de los nervios, estuviesen a punto de bascular a un lado.

No sabía si era casualidad que el escritor llevase una camisa negra tan acorde con el resto de decorado de la casa. Para ser británico su piel no era blanquecina, sino tostada, similar a la de Natalia. Tenía el pelo negro y algo de barba crecida, pero esta no le daba aspecto desaliñado en absoluto, era más, parecía estar recortada de manera pulcra. La nueva moda en los hombres y que tan bien quedaba en películas y series de televisión.

Quedó muda aun sabiendo que parecía imbécil.

Vicky, no hay nada de Photoshop *en las solapas de los libros.*

Recordó uno de los últimos mensajes de su amiga en el chat. Pero ni recordar a las unicornio la hizo poner los pies firmes en el suelo. Estaba en medio del enorme despacho, a unos pasos entre la mesa y la puerta, sin saber si avanzar mientras él la observaba. No sabía en qué momento Estela había cerrado la puerta.

Yo no tendría que haber firmado nada.

—¿Mayte? —Su voz era grave, con una suavidad varonil que bien pudiera parecer la de un locutor nocturno de radio. No la llamó María Teresa y aquello no fue inmune en su estómago.

Dio unos pasos hacia la mesa tras la que él estaba sentado. Los labios de Thomas Damon eran gruesos, no era frecuente ver tal grosor en los labios de un hombre.

—Me dijeron que serías puntual y así ha sido a pesar del tráfico de esta hora. —Y los labios de Mr. Damon se movieron dejando entrever unos dientes alineados y blancos mientras a los lados de su sonrisa se hundían, produciendo algo similar a unos hoyuelos que, lejos de darle una apariencia inocente, representaban a la perfección la semántica de uno de los apodos que sus amigas usaban en el chat para él.

Mojabragas.

Vicky siempre era acertada con los nombres. Tuvo que contener la risa o finalmente parecería más lela de lo que ya estaba mostrando ser.

Damon se levantó de su sillón para tenderle la mano. Era alto, bastante más que ella, ni con unos altos tacones le llegaría más arriba de las mejillas. Con medio tacón, como llevaba, apenas le llegaba hasta la barbilla. Tuvo que acercarse más a la mesa para alcanzarle la mano. Él la miró

de aquella manera que miraban los hombres que sabían bien lo que producían en la cabeza y cuerpo de las féminas cuando acortaban distancias con ellas.

Así que apretó la mano de Mr. Damon, intentando no pensar, no sentir y mucho menos ser consciente de quién tenía delante. Ya era bastante aguantar el tipo ante un hombre con aquel atractivo magnánimo para encima unirlo a sus otras cualidades, las literarias, aún más espectaculares si eso era posible.

Soltó la mano del escritor y dio un paso atrás, su tacón pisó algo que crujió y bajó la cabeza para comprobar qué había pisado. Era una de las bolas de papel que había esparcidas por el suelo. Se inclinó a cogerla.

—No te molestes. —Lo oyó decir, pero ella ya se había puesto derecha con el papel en la mano.

Él dirigió la mirada hacia su mano y entornó los ojos frunciendo el ceño. Mayte alargó la mano de manera inconsciente, acercándole la bola para que la viese mejor. A simple vista era una más de tantas, pero él parecía tener interés en ella.

Thomas la cogió y estiró el papel.

—Llevo buscando esto media mañana —le dijo y lo vio contener la sonrisa.

Mayte echó una ojeada, no le extrañaba que no lo encontrara entre los papeles esparcidos en la mesa y los desechados en bolas del suelo. Él apoyó ambas manos en la mesa, una a cada lado del papel arrugado. Luego levantó la mirada hacia Mayte, que comenzó a ser consciente del aroma que desprendía Mr. Damon. La joven dio un paso atrás, esa vez no pisó nada y se alegró de ello.

—Parece que la recomendación es acertada. —Aquella sonrisa iba a ser una tortura el tiempo que estuviese en aquel castillo encantado.

Y todo lo que tenía pensado decirle a Sir Thomas Arthur Damon sobre su obra, la admiración hacia sus libros y demás, se borró enseguida. Apenas era capaz de balbucear frases cortas.

—Lo haré lo mejor que pueda —le respondió—. Tiene mi compromiso.

Volvió a recibir aquella mirada oscura e intensa del escritor y notó cierto ardor en las mejillas.

—Te avala una de las personas a las que más admiro —le dijo y Mayte sonrió—. No suelo tomar estas cosas a la ligera. Mi representante dice que ha sido algo apresurado, apenas sabemos nada de ti. Pero conociendo a Christopher Lyon confío plenamente en su criterio. Profesionalidad, formalidad, seriedad, compromiso…

El móvil vibró dentro del bolso y el sonido hizo que Damon cortase la frase y dirigiese su mirada hacia él frunciendo el ceño. Mayte desvió la vista hacia la ventana. Las unicornio siempre tan oportunas.

Y lo que estarán diciendo.

Miedo le daba abrir el chat.

—Incluso puedo obviar ciertas normas contigo. —Lo oyó decir tras una nueva vibración del móvil—. Normalmente mis empleados duermen en la planta baja, tienen restringidas ciertas partes de la casa y no se permiten visitas.

Mayte asintió, lo de deambular por la casa ya se lo había dejado claro Estela.

—Pero eres la madrina de uno de los hijos de los Lyon. —Entornó los ojos hacia Mayte—. Puedes considerarte una invitada el tiempo que estés aquí.

Por mucho que intentó apretar los labios y los dientes su boca se entreabrió, sorprendida.

—De hecho, Claudia vendrá mañana.

¿Aquí? ¿Una unicornio? No sabes lo que dices.

Lo de las rodillas empezaba a ser un martirio.

Thomas rodeó la mesa para acercarse a la ventana. Mayte observó que realmente la ornamentación y cada parte de aquella casa iban en consonancia con su dueño. Hermosa, con un halo escalofriante pero intenso, misterioso, tremendamente atrayente…

—Te dará tiempo de ver el jardín antes de que llueva —dijo, observando por la ventana. Luego se giró hacia Mayte que se sobresaltó levemente saliendo del limbo que le causaba la presencia de Damon—. Espero que tu estancia aquí sea agradable y productiva.

—Puedo empezar a trabajar ahora si…

—No —la cortó enseguida, mirándola como si estuviese loca—. Mañana empezarás.

Mayte dirigió la mirada hacia el amplio ventanal. Desde allí las vistas al jardín eran un auténtico espectáculo, podía apreciarse al detalle cada figura tallada en los arbustos. Entornó los ojos hacia una especie de serpiente primitiva y enorme, su cuerpo formaba arcos sobre el césped como si estuviese semienterrada en la hierba. Era sin ninguna duda la figura más extensa y protagonista del jardín.

—El monstruo del lago Ness —dijo él y Mayte supuso que no había sido capaz de disimular su asombro con aquel bicho. Era imposible mantenerse impasible en aquel castillo encantado—. Al menos como yo lo imagino.

—Siempre lo imaginé como un dinosaurio.

Mierda.

Lo vio levantar una ceja. Aquella expresión la dejó loca y casi le cortó el bochorno de haber hablado sin pensar como lo hubiese hecho con cualquiera con quien tuviese confianza. Y eso se limitaba a las unicornio, su madre, su hermana y poco más.

Mierda, mierda.

—Las serpientes gigantes, los dragones, las gárgolas, los uróboros, en fin, los monstruos son distorsiones que nuestra cabeza hace de los dinosaurios —respondió—. Las variantes dependen del grado creativo de cada uno.

Mayte se sobresaltó con la pedantería de Damon. Notó cómo se le ruborizan considerablemente las mejillas. Sin embargo, soportó la mirada curiosa del escritor en silencio. Noto cómo en su muñeca se balanceaba su unicornio colgado de la pulsera, pero una unicornio le hubiese soltado una grosería, una fresca, un alpargatazo en la cara con palabras sin importar que él fuese un genio de las letras.

Mr. Damon dio unos pasos hacia ella.

—¿Qué sueles leer? —le preguntó con aquel mismo tono de supremacía. Era su campo y no el de ella. Y en su campo él era un dios.

—Leo de todo.

—No me refiero a eso —replicó con rapidez—. Tu temática preferida.

—Romance clásico, novela victoriana o sobre la regencia.

Jane Austen es dios.

El asintió con la cabeza.

—Está muy lejos de lo que yo escribo.

Entornó los ojos hacia él.

—También he leído libros tuyos.

Se colocó frente a ella. Estuvo a punto de dar un paso atrás para retirarse, pero sus tobillos no estaban del todo estables, así que se mantuvo.

—¿Y te gustan?

—Ya te he dicho que leo de todo —repitió. Quería acabar ya aquella conversación y salir huyendo de allí.

—¿Te gustan? —repitió. Aquella mirada de cerca era insostenible. Lo vio alzar levemente las cejas, esperando respuesta.

—Claro que me gustan —respondió, aunque no sabía por qué no sonaba del todo sincera. O quizás sí lo sabía. Claro que le gustaban, eran obras de un maestro del misterio que bien hacía honor a su fama. Pero…

—¿Todas? —Y él parecía saberlo.

Mayte bajó los ojos.

—Millones de lectores no van a equivocarse. —Esa vez sí dio unos pasos para apartarse de él.

Mr. Damon entornó los ojos hacia ella.

—¿Te digo cómo vamos a trabajar? —dijo, acercándose a la mesa de nuevo. Ella se giró hacia él—. Mi novela pasa de esta habitación a la de al lado, donde está mi corrector, y de sus manos va directa a las tuyas, en la habitación del otro lado.

¿No sabe mirar de otra manera? Me está dejando loca. En estas condiciones no voy a ser capaz de traducir ni una frase.

—Eso quiere decir que serás la segunda persona en leerla. —Alzó de nuevo las cejas—. Y no estoy seguro de si serás capaz de decirme lo que piensas.

Madreeeeee.

Se hizo un silencio incómodo un instante, soportar la inspección de Mr. Damon era tremendamente tenso.

Tomó aire despacio.

—*El cristal de Moon* se me hizo un truño desde el capítulo diecisiete hasta el cuarenta y dos —le soltó sin meditarlo demasiado, sin respirar, de seguido como una metralleta. Lo miró, esperando ver la respuesta de un dios a una ofensa de semejante calibre. Sin embargo, él no cambió su expresión, seguía observándola con el mismo interés.

—¿La acabaste?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque siempre acabo lo que empiezo. —Era tan seguido en las preguntas que apenas le daba tiempo de pensar antes de responder.

—Pues no deberías —reprochó y ella entreabrió la boca—. El tiempo libre es escaso y preciado como para perderlo en lecturas que no te hacen disfrutar —sonrió levemente, aquellos dientes eran absolutamente perfectos—. No importa quién las escriba. No tiene que gustarte lo mismo que a otros millones de personas.

Ella no le respondió, aunque le daba la razón. Pero era una manía, nunca dejaba un libro sin terminar aunque fuese una bazofia, pérdidas de tiempo absoluta, algunos demasiado famosos pero con poco trasfondo. Realmente en los libros no era en lo único en lo que perdía el tiempo si se detenía a pensar. Acabar películas, series que eran una bazofia, estudios que no le motivaban aunque conllevasen años o empeñarse en alargar relaciones que no iban a ninguna parte. Damon llevaba razón, perder el tiempo, un tiempo que volaba y allí estaba: en la crisis de los treinta y pensando que la mitad del tiempo había sido perdido en todos los sentidos. Cogió aire y contuvo el suspiro.

Levantó los ojos hacia Mr. Damon por si tenía algo más que decir.

—El jardín —le recordó, mirando hacia la ventana. El cielo comenzaba a tornarse grisáceo.

Mayte asintió. Giró y sorteando bolas de papel se alejó hacia la puerta. Puso la mano en el pomo dorado. Giró su cabeza hacia él, aún la seguía observando. Lo cual no ayudaba a sus tobillos a mantener el equilibrio.

—Muchas gracias, señor Damon.

El asintió levemente con la cabeza. Ella abrió la puerta para salir, pero casi chocó con Estela. No sabía si aquella mujer estaba a punto de entrar o si estaba con la oreja pegada a la puerta para enterarse de todo.

—Venía a por ti precisamente —le dijo con aquella sonrisa forzada—. Ya están las cosas en tu dormitorio.

Mayte miró de reojo hacia Damon antes de salir, pero Estela cerró la puerta con rapidez. Se sobresaltó con aquella acción.

Pero de qué coño *va esta.*

Aquella mujer era desconcertante. Su sonrisa y la forma de atenderla no correspondían con algunos de sus actos.

—Vamos abajo —ordenó con rapidez.

Mayte asintió y la siguió de nuevo escaleras abajo. La figura del descansillo era para echarle de comer a parte. Un demonio andrógino con extremidades delgadas y con una barriga prominente. Cabeza calva, salvo una línea de pelo que sobresalía desde la mitad de su cabeza y que recorría su espalda, tornándose en una especie de cresta. Sus manos no tenían dedos, era una especie de híbrido de mar, una sirena siniestra tal vez. Aunque aquella imagen estaba muy lejos de su idea de lo que debería de ser una sirena.

En el pasillo a la derecha había un aparador similar al de la planta baja, sobre él había un cristal que dejaba ver un rosal de rosas rojas secas. Si aquello no era natural, y se jugaba el cuello a que no lo eran, estaban tremendamente bien conseguido. Era un rosal muerto, lúgubre, cuyo color verde oscuro y burdeos combinaba a la perfección con la pared y la madera negra de los muebles y puertas.

Qué puta *locura de casa.*

Estaba deseando comentarlo con Georgina Lyon. Sabía que los Lyon tenían fama de ser excepcionales en sus creaciones. Pero aquello sobresalía de todas las expectativas que imaginó aunque, según le había dado a entender Damon, ella andaba corta de imaginación. Recordar aquello hizo que el bochorno la invadiese. Frenó en seco para no chocar contra la espalda de Estela, que se había detenido casi al final del pasillo.

—Esta es tu habitación. —Le tendió una llave dorada—. El señor Damon está siendo hospitalario contigo. —Entornó los ojos hacia Mayte con interés—. Traes una recomendación de élite. —Estela abrió la puerta—. Ya veremos.

La puerta emitió un chirrido siniestro al abrir. La representante miró perpleja la habitación vacía. Mayte enseguida dirigió sus ojos hacia dentro, no sabía qué había llamado tanto la atención de la mujer.

Un ruido procedente de la habitación que estaba al comienzo, justo a la altura del rosal muerto, la sobresaltó. Aquella puerta chirrió también. Un hombre salía de ella.

—Está todo dispuesto, señorita —le dijo a Mayte con gran respeto a pesar de estar a bastantes metros de ellas.

Mayte frunció el ceño. Estela la miró aún con más interés que antes. La vio abrir la boca para replicar al hombre que al parecer se había equivocado de habitación.

—¿Qué hacen sus cosas ahí? —preguntó con tono firme.

—El señor acaba de pedir que la alojemos aquí. —Se excusó ante la mirada de Estela.

—Acaba de cambiar de opinión, ya —asentía con la cabeza mientras se acercaba a aquella nueva puerta abierta.

El empleado de Mr. Damon alargó la mano hacia Mayte con una nueva llave dorada, misma forma antigua que la que le había ofrecido Estela. La llave colgaba de un llavero con una rosa de metal.

Estela entornó los ojos hacia la llave y su falsa sonrisa desapareció. Mayte la miró de reojo mientras cogía la llave dudosa.

—Tremendamente hospitalario. —La oyó decir a su lado.

Mayte enseguida se fijó en el llavero que Estela tenía aún en su mano, de él colgaba una mariposa.

—La *suite* de la princesa que soñaba pesadillas. —Estela le lanzó una mirada que era más temible que la de la sirena de la entreplanta de la escalera.

El nombre de la suite *suena bien hasta «princesa». Pero* joder *con la coletilla.*

Mayte se asomó a la habitación. Era enorme, con dos ventanales con las mismas rejas que el resto de la casa y que daban a un pequeño balcón que ya había visto desde fuera. Zarzas y pinchos metálicos protegían el cristal desde el exterior. Olía a flores en su interior, le gustaba el ambientador.

—Espero que tu estancia aquí sea agradable. —La mujer ni siquiera se detuvo en la puerta, pasó de largo y la dejó sola con el hombre del servicio. La vio con paso apresurado dirigirse hacia las escaleras que llevaban a la segunda planta.

Mayte alzó las cejas y miró al hombre.

—Si extravía la llave, abajo tenemos más copias. —Hizo una especie de gesto de cortesía con la cabeza—. La cena es a las ocho. Si necesita lo que sea tiene el llamador junto a la cama. Pulse el botón y alguien le atenderá a cualquier hora.

Mayte le dio las gracias con amabilidad. El hombre se marchó por el lado contrario al de Estela. La joven cerró la puerta enseguida.

Apoyó la espalda en la puerta, cogió aire con amplitud y lo expulsó de golpe.

—*Joder*. —Miró el llavero en su mano con la rosa metálica, la llave de un dorado envejecido pesaba de manera considerable. Levantó los ojos hacia la habitación. Estaba decorada en tonos rosa apagado y rojo. Los muebles se tornaban grises oscuros y no el negro que predominaba en la casa. Supuso que aquello sería lo más alegre que podía haber en aquel castillo extravagante.

La decoración era clásica y los muebles tenían patas victorianas. Había un tocador clásico y sonrió al verlo. Siempre quiso un tocador, aunque nunca imaginó tener uno que pareciera haber salido de un cuento. Un cuento macabro, eso sí. Pero al fin y al cabo era un tocador con un espejo ovalado enorme, cajones y un taburete forrado de terciopelo.

La cama era cuadrada, enorme, con un cabecero alto que acababa en una corona.

—La princesa que soñaba pesadillas.

Al otro lado de la pared estaban sus maletas junto a un mueble de puertas. Tenía poco fondo para poder guardar ropa, así que lo abrió para ver qué había en su interior.

Frunció el ceño y hasta sonrió. Una tele plana último modelo que poco pegaba con aquella decoración, ahora entendía el mueble con tan estrecho fondo y su utilidad, cubrir algo que no correspondía con el efecto visual de la decoración.

La pared estaba empapelada con rosas apagadas, casi difuminadas. El armario estaba al otro

lado, en una esquina cerca de las ventanas. Tenía las mismas cortas patas curvas del resto de muebles. Solo tenía dos puertas y la parte superior formaba algo parecido a una corona, como el cabecero. Mayte abrió la boca asombrada cuando miró el interior del armario. Aunque pareciese un armario normal de estilo victoriano, las puertas no la llevaban a un armario normal, sino a un vestidor profundo encastrado en la pared. Un armario mágico sin ninguna duda. Cerró las puertas enseguida como si de dentro, en la profundidad, pudiese escapar un monstruo.

Un espejo largo en la pared la hizo detenerse. Se miró un instante. Se alegró de que su última peluquería acertara con el dorado de las mechas, no todas le dejaban el color exacto que le gustaba. Era el color que iba en consonancia al color de sus ojos cuando no le daba directo el sol, una mezcla entre verde y miel. Era extraño cómo un color de pelo podía hacer que sus ojos se tornasen de un color u otro. Le gustaba ese, exactamente ese. También se alegró de que la humedad de Londres no le erizase demasiado el pelo, justo la onda necesaria para que no pareciese una cortina.

Llevaba maquillaje, pero este nunca debía llamar la atención. Nunca usaba rímel negro ni sombras que se alejasen mucho de su tono natural de piel. Un maquillaje completamente difuminado que le daba un aspecto natural, elegante, serio y nada llamativo.

Soso, dirían mis amigas.

Eso era sin más remedio, la sosa del grupo. Dejó el bolso sobre la cama, temiendo escucharlas. Lo último que necesitaba después de los nervios que había pasado era leer las sandeces que estarían diciendo. Negó con la cabeza y recorrió de nuevo la habitación con la mirada. Aquel lugar podía embaucar tanto como horrorizar, según se mirase. Lo de las pesadillas no se alejaba mucho de la realidad, entre la figura del descansillo, el rosal muerto, Mr. Damon y su extraña representante las pesadillas no faltarían, estaba segura.

Se sentó en la cama, le llevaría un rato sacar la ropa y guardarla, el cielo cada vez se oscurecía más. Si se ponía a ello, no podría ver el jardín como le había dicho Damon. No sabía qué extrañó interés tenía él en que viese el jardín, pero por eso mismo tenía ganas de verlo.

Vio en la mesilla de noche un reloj despertador del mismo dorado envejecido de la llave. Entonces se fijó en la forma del cabecero y el porqué de su altura. En un primer vistazo no había podido darle forma a la maraña de metal. Era cierto que había flores, rosas con espinas, pero esa no era la ornamentación principal. Bajo la corona había una forma monstruosa que abría los brazos hasta las esquinas de la cama, formando un abrazo con enormes zarpas.

Abrió la boca mientras su estómago se encogía sin poder dejar de mirar la figura que, una vez apreciada en aquel decorado, no podía dejar de verla cuando miraba el cabecero. Buscó su móvil en el bolso, tenía tropecientos mensajes. Sin leerlos se acercó el móvil a la boca con rapidez.

—Claudia, por tu madre —comenzó—. Pregunta a Georgina qué coño significa la princesa que soñaba pesadillas. Que me está dando un mal rollo de la leche.

Vicky fue la primera en responder. Pero solo se oyó su risa.

—¿Qué? —Lo último que necesitaba era el cachondeo de Vicky.

—Que me encanta eso, ¿también ponen sobrenombres allí? Me caen bien. Te han clavado.

Mayte negó con la cabeza.

—Es el nombre de mi habitación. No he visto más, pero al parecer son temáticas. Me iban a dar otra, pero Damon ha cambiado de opinión a última hora y quiero saber por qué. No sé cómo sería la primera, pero esta no me mola nada.

Se oyó de nuevo la risa de Vicky.

—Foto panorámica —le pidió Natalia.

—Claudia. —La llamó de nuevo—. Pregunta a Georgina, por favor.

Sonaba a orden desesperada.

—No es la habitación de follar si es lo que temes —resopló al oír a Vicky—. ¿Cómo ha ido con el *mojabragas*?

Se puso la mano en la frente. Esperaba que nadie supiese hablar español allí.

—Es más o menos lo que esperaba.

—Da un morbo de la leche, ¿a que sí? —bromeó su amiga.

—Vickyyyyy —protestó.

—Eso, hazte la mojigata que así le dará más morbo y te empotrará contra la pared en unos días.

Miró el móvil apretando los labios. Si la tuviese delante le hubiese dado una colleja.

—¿Llevo razón, Fatalé?

—Por supuesto, a ese tipo de hombres les encantan las tímidas, correctas y formales damiselas. Tú sabes, pervertirlas de alguna manera.

—Lo mismo tiene un cuarto rojo por ahí. —Rio Vicky—. Claudia, pregunta a Georgina si entre las temáticas está el sexo duro.

Mayte cerró los ojos. Las pesadillas no serían Damon o Estela. Serían Vicky y la tropa.

Al fin entró el audio de Claudia.

—Georgina está con Christopher de viaje. Le envío un mensaje —dijo su amiga.

Mayte resopló. No podía tener quejas. La habitación era enorme, con armario grande, baño seguramente inmenso, tele, escritorio, un tocador, un sofá, mesa y sillas junto a la ventana. No habría una habitación en aquel castillo que no fuese siniestra, así que por ese lado no se apenó, pero sentía curiosidad por el cambio de opinión del señor. Sobre todo, porque el cambio fue después de hablar con ella.

Se puso en pie.

—Cuenta, que te haces de rogar como siempre —insistía Vicky—. ¿Cómo es el *juntaletras*?

—Altivo, con una seguridad arrolladora, conocedor de su atractivo, de su talento, orgulloso de sus éxitos y de lo estrambótica que resulta su casa, máxime para una joven treintañera con pocas expectativas de futuro, hastiada de todo y que se lamenta hasta de su propia existencia. —La voz de La Fatalé era como una metralleta—. ¿Me equivoco?

—Tías, me acaba de contestar Georgina, dice… la casa tiene cuatro *suites*, una es la del señor, la principal, que ocupa todo el ala este. Hay otra *suite* exclusiva de su madre y otra para su hermano, están al final del pasillo izquierdo. A la derecha hay habitaciones de invitados y una *suite*: la *suite* de la rosa muerta o la princesa que soñaba con pesadillas. Dice que qué pasada que te haya alojado ahí, que tiene numerosas habitaciones de invitados y empleados, pero las *suites* solo las reserva para la familia.

Recibió en el estómago un halo extraño escuchando a Claudia y entendió la mirada extraña de Estela.

—Vale, pero ¿quién *coño* es la princesa pesadillas? —En cuanto envió el audio se abochornó de su forma de preguntarlo, aunque con las locas daba igual. Llovieron los emoticonos.

—Transcribo: «Vale, pero ¿quién coño es la princesa pesadillas?» —decía Claudia riendo.

Negaba con la cabeza.

—No es un personaje literario. —Se notaba que Claudia iba leyendo un mensaje—. No tengo ni idea de quién es. Dijo que quería una *suite* de mujer, una princesa sin reino, algo apagada y con rosas muertas. Él me dio las indicaciones para hacer el cabecero con ese demonio. Dile a los

niños que regresamos pasado mañana por la tarde.

El audio acabó, supuso que Claudia estaría respondiendo a Georgina. Mayte arqueó las cejas mientras el chat se llenaba de emoticonos.

—Tías, qué *puto* crac el Damon. —Reía Natalia—. Este me quita el puesto. Te ha calado en pocos minutos.

—¿Te has bajado las bragas? ¿O todo eso lo ha visto solo hablando contigo? —dijo Vicky.

Mayte volvió a llevarse la mano a la frente.

—¿Crac el *juntaletras*? —Volvía a ser Vicky—. Crac aquí mi amiga Mayte, que ahora mismo tiene el toto plantado en una *suite* de la casa de Sir Thomas Damon. —Rompió a carcajadas.

—Eso es verdad. —Era Claudia—. Me encanta la idea.

—Ve preparando el champán, enana, que pronto tendremos nueva celebración. Nuestra última unicornio.

Mayte movió la mano y cerró el chat. Miró de nuevo por la ventana. Tenía que darse prisa en el jardín.

2

No volvió a ver a Estela desde que hubo desaparecido escaleras arriba. No sabía qué extraña relación pudiese haber entre un escritor y su representante, secretaria o lo que fuese, pero la expresión de la mujer cuando vio el cambio de habitación no había dejado de ser llamativa.

En cuanto a Mr. Damon, lo había visto salir en coche acompañado de una mujer joven que no era Estela. Aún no sabía qué lugar ocupaba en la casa exactamente, pero una parte de ella albergaba la esperanza de verlo en la cena, aquella cena a las ocho que le habían anunciado. Pero él cenaría en otro lugar y en otra compañía y eso le produjo un extraño sentimiento que por su bien debía detener.

Deambulaba por el jardín mientras las locas le enviaban mensajes sin parar. Ella ya les había dicho que dejasen las bromas, hasta les contó la salida del escritor, pero ellas habían hecho caso omiso como siempre hacían cuando algún dato no les interesaba en sus cábalas y continuaban con sus bromas.

El jardín era tan extenso que podría perderse en él con facilidad. Estaba lleno de figuras de lo más llamativas. El monstruo del lago Ness ocupaba toda la parte central. Pero también encontró otro tipo de demonios y de monstruos de todo tipo. Un jardín de los horrores o el paraíso de los frikis de lo oscuro, de la fantasía y de la ciencia ficción.

Suspiró, ya hacía fresco, la hora de la cena se acercaba. Si la casa de día era peculiar, con las luces encendidas parecía más siniestra si eso era posible. La contempló desde el jardín durante un rato. Cierto, no era una casa convencional con un interior un tanto rocambolesco y tétrico, pero tenía un halo que atraía a ella sin remedio. Quizás también el amo del castillo tenía algo que ver en aquel sentimiento.

—No —se dijo en voz alta—. No.

Sacudió la cabeza. Estaba en uno de los peores momentos de su vida y tenía una oportunidad de oro como para estropearla y tornarla en pesadilla. No podía dejar volar su escasa imaginación hacia las insinuaciones de las unicornio, eso la llevaría a albergar la esperanza de que un hombre como Damon se fijase en ella y no estaba como para caer desde un agujero hondo hacia otro infinito. Y, si era sincera con ella misma, prefería que un hombre como Damon no se fijase en ella. No tenía el acierto y el ojo largo de Natalia, pero podía imaginar cómo un hombre así se las gastaba con las mujeres. Si no estaba para altibajos, mucho menos para que la volviesen a usar y a tirar como habían hecho las últimas veces.

Su puta *madre todos ellos.*

Ellos, los que había dejado atrás, no habían hecho más que colaborar a la pérdida de seguridad y de esperanza. Hacerla perder el tiempo como esos libros pelmazos que se empeñaba en terminar aunque no la hiciesen sentir bien. Perder el tiempo esperando por si el argumento se tornaba a mejor, por si el final pudiese dar un giro y ser una sorpresa. Pero ni los libros tuvieron finales buenos ni sus relaciones tampoco.

Miró su móvil donde las locas no dejaban de hablarle. Ella era la única que se había desviado de aquella filosofía de vida donde se permitían los fracasos, las risas, la inmadurez, las involuciones, los pasos atrás, saltarse las normas, no ser correcta, no ser lo que se exige, no conseguir lo que se espera de ellas. Locura, inconsciencia, soñar y magia, eso era el chat y eso

representaban sus amigas. Algo que pudiese parecer disparatado, pero ahí las tenía, felices y amadas sin dejar de ser ellas mismas.

A veces no entendía cómo podía venirse abajo teniendo unas amigas como aquellas. Pero quizás en parte ellas mismas, sin saberlo, la empujaban a sentirse peor. Todas habían avanzado y ella se quedó atrás. Y ni las risas ni las bromas ni las historias del chat y las videollamadas o los mensajes de ánimo podían hacer desaparecer aquella sensación.

Sacudió la cabeza. Como decía Claudia: tenía que ser positiva, su sino había cambiado. Un golpe de suerte inesperado que debía de aprovechar, en eso tenía que centrarse. Así que no podía apartar su mente de ese objetivo que tenía entre manos. Mr. Damon buscaba un traductor de confianza y la había elegido a ella. Su contrato no fue por obra concreta, ni siquiera era por un tiempo definido, simplemente traduciría hasta que él le dijese que era suficiente y que se marchase a casa. Y lo haría con una medalla en su currículum. Por muy mal que saliese todo sería beneficioso.

Acababa de hablar con sus padres, hacía mucho tiempo que no los veía tan orgullosos. Ellos eran ávidos lectores y sabían el honor que era ser la traductora de novelas inéditas de Thomas Arthur Damon, uno de los escritores más vendidos del mundo, un maestro del misterio y del terror, un genio de las letras.

Sin embargo, era muy extraña la sensación al tenerlo delante. Nunca había conocido a nadie famoso más que a través de fotos en internet o en alguna revista. No los imaginaba reales, personas que tenían una vida móvil tras esas fotos, una vida personal, que iban de un lado a otro, hablaban, comían y tenían amigos u otras cosas como parecía tener Mr. Damon. Él era real.

Sacudió la cabeza de nuevo. Eso de verlo real tampoco la ayudaba a mantenerse concentrada. Se detuvo ante una figura similar a la del pasillo, era el comienzo de una hilera de más figuras de setos. Aquel tipo de monstruo marino le daba un mal rollo de la leche. Al final terminaría teniendo pesadillas como de niña cada vez que veía películas de muñecas diabólicas. Odiaba las muñecas que se balanceaban sin que nadie las tocase, las que sonreían dejando entrever los dientes. Apartó la mirada de la figura y continuó la hilera.

Se detuvo ante unos rosales rojos que rodeaban una figura femenina, esa vez la estatua no era de setos, sino de piedra. Ladeó la cabeza, observando su forma. Tenía un cabello largo que llegaba hasta el suelo, el rostro alargado y las manos a ambos lados de la cara en un gesto que recordaba a *El grito*, de Munch. Sobre su cabeza llevaba una especie de diadema o corona ornamentada con zarzas y pinchos. Entornó los ojos.

¿La princesa que soñaba pesadillas?

Recordó el interés de Damon en que pasease por el jardín. ¿Sería aquello lo que quería que viese? Rodeó la figura. La mujer llevaba un fino camisón, la piedra formaba los pliegues de la ropa pegada a su cuerpo, extremadamente delgado, que dejaba entrever sus marcadas costillas y unos pezones sobresalientes. Mayte se giró despacio, tras ella había una figura de unos tres metros, esa vez sí estaba hecha de setos como el resto. Abrió la boca perpleja, era el monstruo del cabecero de la cama que abría los brazos en un amago de agarrarla, envolverla y abrazarla con sus enormes zarpas.

Estaban prohibidas las fotos, pero quería que el resto la viese. Necesitaba que la vieran. Miró a su alrededor para comprobar si había alguien. Dio unos pasos atrás, se pegó el móvil a la boca como solía hacer cuando grababa audios y con disimulo le hizo una foto que se envió directamente al chat de las unicornio.

—Borradla enseguida —les susurró.

—Menuda mierda de estatua. —La voz de Vicky fue la primera.

—¡Qué dices, me encanta! —No le extrañó que fuese el tipo de figura que le gustase a Natalia, al fin y al cabo, ella también fue una mujer de piedra un tiempo atrás.

—¿Cómo puede gustarte? Una mujer consumida, ahogada, aterrada…

El audio se cortó y Mayte entornó los ojos.

Exacto.

Dio otro paso atrás para contemplar la escena completa. Pudo ver los brazos huesudos de la mujer. Su expresión con el rostro alargado, la cabeza deforme y su boca abierta de forma exagerada.

Exhaló el aire tan fuerte que hasta le dio un pinchazo en el pecho al ser consciente de que a Mr. Damon solo le habían hecho falta unos minutos con ella para darse cuenta. Apretó los labios mientras un halo de vergüenza la invadía.

Se acercó el móvil a los labios, tan cerca que rozaba el metal.

—Hasta él sabe que soy una fracasada. No me dio esa habitación por cortesía ni porque fuese más grande que el resto. Es la que me corresponde. La *suite* de la rosa muerta. La princesa que soñaba pesadillas —negó con la cabeza mientras le invadían unas ganas terribles de echar a correr hacia el aeropuerto—. Mi tiempo fresco acabó, lo perdí y solo queda esto.

Levantó la vista hasta el monstruo que intentaba alcanzar a la chica.

—Solo queda esto. —Oyó la voz de Vicky—. ¿«Esto» es vivir en un castillo traduciendo las novelas que escribe un tío que está que te cagas? Tía, si eso es ser la princesa que soñaba pesadillas, qué *puta* crac de princesa.

—Pedazo de burra —le reprendió Natalia—. ¿Quieres dejar de ver las cosas simples y superficiales? ¿No ves lo que quiere decir Mayte? Se siente como esa estatua. Da igual que esté en la casa de ese tío, que sea guapo y que sea un genio. Ella está ahogada, marchita, fracasada, consumida. Esa estatua es ella por dentro. Y tú con tus estupideces no la estás ayudando.

Mayte sonrió con la voz tranquila de Natalia. Aún el móvil rozaba sus labios.

—¿Es verdad? —preguntó Vicky.

Cogió aire y lo contuvo.

—¿Se equivoca alguna vez?

—Pues míralo por el lado bueno. Si acabas así al menos te ahorrarás tener que hacer *spinning*, que estás echando un culo de la leche. Y voy a serte sincera, no creo que nunca llegues a ser tan fea. —La ironía de Vicky la hizo dar una carcajada—. En cuanto al *juntaletras* me gusta que haya sido tan certero contigo sin ni siquiera conocerte. Será bienvenido a la familia, un buen fichaje, sí.

Mayte guiñó los ojos al escucharla.

A esta no hay quien la saque del bucle.

Claudia acababa de entrar en línea, no tardó en poner emoticonos.

—Estaba con la cena de los peques, ¿qué me he perdido?

—Una estatua fea de *cojones* que supuestamente es Mayte por dentro, así se siente y así la ve Sir *Juntaletras*. Borra la foto, dice. No puede hacer fotos.

—Oh, qué horror. —Claudia acabaría de ver la foto.

—Yo pienso que, si Mayte se pone el vestido transparente de la estatua y enseña esos muslos jamoneros que se le están poniendo, Mr. Damon cambiaría de opinión y no la vería tan parecida al esperpento ese.

El chat se llenó de risas.

Mayte torció los labios mirando la estatua. Era completamente esquelética y ella había ensanchado una talla el último año, la mayor parte del peso lo había puesto en los muslos y el culo, como bien decía Vicky. Por desgracia las tetas eran lo último que le crecía. En eso quizás la estatua y ella sí se parecían bastante. Cuando Vicky les daba como regalo de cumpleaños cheques de las clínicas de su familia, nunca se le pasó por la cabeza aumentar sus senos como sí había hecho Claudia. No se arrepentía, su vida no sería muy diferente salvo en la talla de sujetador. Aunque Vicky siempre tenía argumentos para eso.

—¿Ha vuelto? —preguntó Claudia.

—No creo que vuelva en un buen rato —respondió, sintiendo de nuevo aquella sensación extraña de cuando lo vio salir de la casa. Algo parecido a la desilusión, cosa que no pensaba transmitirles a sus amigas.

—Un semental, «me las follo a todas», *ok*. No esperábamos menos, sería muy aburrido de otra manera.

Alzó las cejas. Sus amigas siempre veían la parte divertida de todo. Espiró aire tan fuerte que vio el propio vaho de su boca en el aire.

—No sé ni dónde hay que cenar. Esto está desierto. Si hay personal de servicio está realmente escondido. Aquí solo hay monstruos y demonios.

—¿Y la Estela esa?

—Tampoco está.

—*Coño*, a ver si cuando llega cierta hora se meten todos en un ataúd. Come algo y vete a tu cuarto —le decía Natalia.

—No tengo hambre y mucho me temo que no pueda dormir hoy.

—Pues no te duermas, haz guardia hasta que llegue el *mojabragas* y nos cuentas si vuelve solo.

—Vickyyyyyy. —En ese momento era Claudia la que le reprendía—. ¿Tengo que recordarte qué pasaba cuando te viste con una responsabilidad similar sobre tus hombros? Empatiza un poco con ella.

—Solo intento que olvide las paparruchas de la tía esa consumida y sueñe con unicornios. Un beso a todas.

—Yo también me voy que es la cena de Leo —dijo La Fatalé—. Y Erik no ha vuelto todavía, así que me toca dormirlo. Misión más difícil que las cloacas.

—Teniendo una madre Fatalé, ¿qué esperabas? —Reía Vicky—. Cloe duerme diez horas seguidas. —Se oyó una pedorreta.

—Pues yo tengo uno de cada uno y otro aún peor, así que os dejo también. —El beso de Claudia sonó fuerte—. Os quiero. Mayte, a ti más que a ninguna.

Sonrió al oírla. Sabía que no era cierto, pero nada le hizo más ilusión que ser la madrina del primer hijo de Claudia. La razón: Claudia no habría ido a Londres y no hubiese conocido a los Lyon si ella no hubiera insistido. La única hazaña importante de su vida y de la que sentía tremendamente orgullosa. Su amiga era feliz, tenía una familia maravillosa y ahora intentaba devolverle el favor de alguna manera. Pero no necesitaba devolverle nada, su mejor premio era comprobar la consecuencia de un buen consejo.

A pesar de sentirse desplazada de algún modo, se alegraba por todo lo bueno que estaban viviendo todas ellas. Le encantaba verlas así. Algo que nunca llegaba a alcanzar a imaginar para ella misma. Madre y esposa no eran palabras que le resultasen cercanas ni siquiera a medio plazo. Tampoco eran un objetivo para ella, su felicidad quería alcanzarla de otro modo, por otra

vía. Esa sí la veía posible.

Echó una mirada a la princesa pesadillas antes de dirigirse hacia la casa.

Primera planta a la derecha.

3

No había dormido bien. Las leves cabezadas que dio no fueron profundas y sus sueños fueron algo dispersos y abstractos. No eran del todo pesadillas, pero estaban llenos de caídas al vacío o tropiezos. Huir sin poder correr, luces que no funcionaban y había perdido varios dientes en las pocas horas de sueño.

Se despertó sobresaltada. Aún faltaba media hora hasta que sonase el despertador, pero se levantó para ducharse antes de bajar a desayunar. En ese momento sí tenía hambre, su estómago emitía sonidos agudos.

El baño era enorme. Tenía una bañera con las mismas patas victorianas que el resto de muebles. Una bañera algo incómoda y sin cristal ni cortina, lo cual significaba esparcir agua alrededor.

Se onduló algo el pelo con un rizador grueso y agitó la cabeza para no verse demasiado peinada. Cuando creyó que ya estaba presentable cogió el móvil y se dispuso a bajar para desayunar. Esperaba al menos encontrar a alguien en la casa que le indicase dónde comer.

Desconocía si su estudio de trabajo tendría llave y a quién debía pedírsela. Se asomó al pasillo, pero su móvil emitió un sonido. Natalia y ella solían ser las más madrugadoras. Era un clip de audio, algo que solía usar La Fatalé cuando quería enviar una canción. Cerró la puerta y lo activó. Sonaron los coros de *Ameno*, de ERA. Tuvo que sonreír, la música gregoriana y épica le iba tremendamente bien al ambiente.

«¿Cómo ha ido la primera noche en el castillo encantado?».

«Como esperaba. Apenas he pegado ojo».

«No se lo digas a Vicky, que va a empezar a decir cerdadas de todo tipo».

Y sabía que llevaba razón.

«Suerte en tu primer día. Lo harás bien, por eso ni te preocupes».

Salió al pasillo, el rosal muerto era lo primero que vería cada mañana al salir, una bonita manera de recordarle lo penosa que era. Parte de la noche la había pasado pensando en las razones por las que Damon había decidido alojarla precisamente allí. Apenas había cruzado unas palabras con él y las había repasado en su cabeza una a una. Era imposible que él supiese nada de su vida y ella no le dio a entender nada más que su gusto por la lectura y una pequeña crítica hacia su obra.

Bajó las escaleras, cruzándose con aquella sirena de terror. La planta de abajo estaba tan vacía como el pasillo.

¿Dónde cojones *se mete esta gente?*

Todos los distintos salones tenían las puertas abiertas, cada cual más peculiar. Se hubiese detenido a inspeccionar cada uno de ellos, pero no era cortés ni educado. Llegó hasta ella cierto aroma a pan tostado y siguió su rastro como un perro.

Procedía de un salón cercano a la puerta de entrada. Esta también estaba entreabierta. En el marco, rascando su lomo, había un gato blanco que la miraba con interés.

Escritores y gatos.

Misma mirada inspeccionadora que su dueño. Entornó los ojos hacia él, desconfiaba cuando un gato miraba tan detenidamente. Eran animales descarados, engreídos, demasiado suficientes y

con aires de superioridad ante otra especie lenta y torpe como era para ellos la humana. Los gatos eran sin duda las perfectas mascotas de alguien como Damon.

Encontró una mesa de ébano de unos seis comensales cercana a un ventanal. Ya estaba el desayuno sobre la mesa y era abundante: fruta, tostadas, varias teteras, tazas y platos de loza gruesa y cubiertos dorados colocados frente a cada comensal, pero ni un alma.

Esto de verdad parece un puto *castillo encantado.*

Entró en el salón, la mesa estaba rodeada de sillones altos de un estilo robusto antiguo. Cada uno de ellos tenía un medallón en la parte superior con un símbolo. Se acercó a la mesa sin dejar de observarlos. Apartó uno y se dispuso a sentarse. Pero en cuanto se inclinó pudo comprobar un símbolo en el medallón de una de las sillas que tenía enfrente.

Una rosa.

Así que se incorporó de inmediato y se giró para mirar el símbolo del medallón de donde estaba a punto de sentarse.

Una pluma de pavo real.

Recorrió con la mirada cada uno de los sillones de madera. Vio un pájaro, un gato, un dragón, una serpiente que se mordía la cola, «el uróboro», las iniciales del señor de la casa y la rosa. Tenía la silla de la rosa a uno de los lados de la mesa. Frente al pájaro, junto a la pluma de pavo real y justo al lado de la de Damon. Resopló, pensando dónde sentarse.

Qué puta *paranoia.*

Se apartó de la mesa, desconfiada, y hasta se le quitaron las ganas de probar bocado. Recordó *Wonderland* y a Claudia en su época de Au pair.

Ríete tú de Wonderland*. Esto es peor que la fiesta del té.*

Miró la mesa con las teteras humeantes a media distancia y resopló, pensando dónde demonios debía sentarse. Observó bien cada asiento. Aunque aparentemente eran todos iguales, si se detenía en ellos podía comprobar que los reposabrazos eran diferentes: unos terminaban en garras, otros imitaban la piel de una serpiente, otros espinos… Cada uno según su símbolo.

Se sintió imbécil de estar allí como una necia, dudando dónde sentarse mientras las tostadas se enfriaban.

Soy la princesa pesadillas, ok*. A la rosa muerta.*

Retiró el sillón, que pesaba como sus mulas, y se sentó. Fue a coger una tostada tipo pan de molde, en su época de Au pair también era lo que solía desayunar. Se sobresaltó con una silueta en el umbral, notó cómo se le emblanquecía la cara del susto. Desconocía el tiempo que Damon llevaba allí observándola. Estaba apoyado a un lado del marco de la puerta, eso quería decir que no acababa de llegar.

Si me ha visto dudar como una idiota en dónde sentarme, me muero ahora mismo de la vergüenza.

—Buenos días —le dijo, apartando su cuerpo del marco y entrando en el salón.

—Buenos días —respondió ella desviando la vista hacia la mantequilla.

Mr. Damon se sentó en su sillón, en el extremo de la mesa, justo a su izquierda. Mayte sintió cómo todo su cuerpo se tensaba. Dio gracias a que estaba sentada. No tenía apoyada la espalda en el respaldo, la tenía ligeramente inclinada hacia delante como si aquella silla tuviese verdaderos espinos en su ornamento. No quería rozar ni los reposabrazos. A pesar de ser confortable y cómoda le pareció un aparato de tortura duro y frío. Que Damon estuviese a escasos centímetro tampoco ayudaba.

—Si hay algo que suelas desayunar y no esté en la mesa, puedes decírselo a los empleados y

mañana lo tendrás—le dijo.

Mayte notó cómo algo punzante en el estómago hizo que se le erizara ligeramente el vello.

—Gracias, no necesito nada más.

Y ¿dónde coño *están los empleados?*

Recordó el llamador del dormitorio, única forma de comunicación con ellos. Intentó sonreír, pero solo le salió un gesto poco natural. Vio a Damon mirar el respaldo de la silla y su espalda bien retirada.

—¿Te ha parecido cómoda tu habitación? —le preguntó, observando cómo Mayte intentaba mantener los brazos lejos de la madera.

—Sí. —Hasta sonó convincente—. No necesitaba una *suite*, pero gracias por la hospitalidad.

El asintió de una forma que no supo interpretar. El escritor alargó la mano hacia una de las teteras y se sirvió el desayuno. Allí no acudía nadie más, ni servicio ni más comensales a pesar de que estaba colocada toda la parafernalia frente a cada silla.

Yo creo que ni La Fatalé le encontraría explicación a esto.

Cortó la tostada con un cuchillo y se metió un trozo en la boca con el tenedor, aunque había perdido el apetito por completo. No estaba mala de sabor, pero para ella en aquel momento era como comer cartón.

—¿Te dio tiempo de pasear por el jardín? —preguntó él removiendo su té.

Ella asintió.

Y estoy viendo que no me va a dejar ni comer.

—Tienes un jardín bastante original. —No supo qué calificativo ponerle—. Toda la casa es sumamente llamativa.

Lo vio contener la sonrisa.

—No a todo el mundo le gusta la casa —negó levemente con la cabeza—. Mis amistades dicen que para unos días está bien, pero que nunca estarían cómodos en un lugar tan… peculiar. —Destapó una copa plateada repleta de fruta troceada—. Parece llamar la atención de curiosos y turistas. He tenido que poner vigilancia fuera para que no se llene de gente con cámaras. Aparece como lugar de interés en algunas guías turísticas de internet.

Mayte alzó las cejas.

No me extraña, la casa de los horrores de Thomas Damon.

—Hice algunos reportajes en revistas, intentando que la curiosidad se disipara, pero fue efecto contrario. —Hizo una mueca—. Me gusta asomarme a una ventana, pasear en mi jardín o salir y entrar sin tener a nadie en la puerta.

Y ¿para qué coño *te haces una casa así? Con una casa normal no vendría nadie.*

Se metió otro trozo de tostada en la boca como excusa para no intervenir en la conversación. Tragó tostada y palabras casi sin masticar. Miró de reojo el resto de sillas vacías en la mesa frente a los platos, tazas y cubiertos vacíos. Daba mal rollo, estaba claro que ya no iría nadie más a desayunar.

Si La Fatalé viera esto, me diría que saliese corriendo de aquí.

Volvió a levantar la vista y vio que el amo del castillo la estaba mirando de aquella manera inquisitiva, como la había mirado el gato, la misma mirada de su amiga Natalia. Su estómago podía ser inmune a los gatos y a Natalia, pero no a él. Soltó el cubierto en la mesa y escuchó un tintineo. Ambos bajaron la mirada. Su unicornio colgante había rozado con el borde del plato de loza. Mayte giró la muñeca enseguida para apoyarla en la servilleta de tela y esconderlo, pero los ojos entornados de Mr. Damon le indicaban que lo había visto. Claudia se empeñó en hacerlos

con el tamaño suficiente como para que se viesen claramente qué eran a media distancia. Quizás un poco incómodos al ser colgantes, solía rozar con todo, aquel tintineo le era familiar en mesas, en el teclado del ordenador cuando trabajaba y hasta alguna vez se lo había metido en el ojo cuando dormía. Pero era la norma, no podían quitárselos salvo excepciones. Dejarlo atrás significaba dejarlas atrás a ellas. Y ellas eran lo único que merecía la pena en su vida.

Lo vio mirarla de reojo.

¿Por qué coño *tenía que ser un unicornio? ¿Por qué no un símbolo de infinito, un trébol o una estúpida llave?*

Cualquier cosa menos llamativa en una mujer adulta que un unicornio. Aguantó la respiración, sabiendo que Damon se disponía a hablar.

—¿Un rinoceronte? —Lo oyó preguntar y ella se sobresaltó.

Notó cierto ardor en la cara. Miró a Thomas, este había levantado una ceja esperando su respuesta. Era evidente que no era un rinoceronte. Desconocía qué tipo de humor irónico podría tener Mr. Damon, pero desde luego en su rostro no había un ápice de burla.

Abrió la boca, pero tardó unos segundos en que su voz saliese.

—Un unicornio —respondió y él asintió.

—Un rinoceronte —repitió—. En la antigüedad se extendió la leyenda de un animal cuadrúpedo grande y fuerte con un cuerno en la frente. Un cuerno con la capacidad de atraer riquezas y con poderes curativos. Los más ricos y poderosos pagaban fortunas por esos cuernos que otras culturas, conocedoras del origen de la leyenda, supieron aprovechar para estafarlos.

Él bajó la vista hacia el colgante de la pulsera.

—Un animal solitario y libre que solía dejarse acompañar por mujeres —sonrió—. Fuerza, pureza, lealtad, el símbolo del alma libre por excelencia.

Mayte sentía que ya no podían arderle más las mejillas. Mr. Damon sonrió.

—El cuerno también representa el miembro viril masculino.

¿Por qué no podía ser una mariposa? ¿Por qué un unicornio?

—Suele utilizarse como talismán: éxito, la paz del alma… —Levantó los ojos hacia ella—. Un ser mágico que solo se deja ver por quienes ellos consideran dignos, puros de alma, protectores, leales pero indomables… Un animal que ha fascinado a numerosas culturas durante siglos. —Mayte lo miró con el rabillo del ojo, aquella forma de mirarla sí que podría fascinarla durante siglos—. Si tienes la suerte de que un unicornio te elija, encontrarás la felicidad plena en todos los ámbitos.

Damon arqueó ambas cejas.

—Pero ellos no existen, ¿o sí? —preguntó mientras ella cogía aire. No sabía qué decirle a un especialista en animales mitológicos y que no pareciese una estupidez. Casi podía oír la voz de Vicky, ella seguro que le respondería sin temor a la expresión que pudiese poner aquel hombre que desprendía un aura de seguridad arrolladora, una plancha incandescente que pasaba por encima suyo dejándola como un diminuto pañuelo recién planchado: lisa y plegada.

Claro que existen los unicornios. Exactamente cuatro.

—Tan reales como las estatuas que decoran esta casa. —Mayte agarró el tenedor por instinto.

Lo vio contener la sonrisa con su respuesta y esta vez fue ella la que arqueó las cejas. Algo se encendió en su interior, un pensamiento fugaz que hizo que se estremeciese y que su estómago se llenase de mariposas.

¿O ellos también son reales?

Miró de nuevo las sillas vacías a su derecha. Y le despertó un halo enigmático extraño,

olvidando por un momento su admiración por el prolífico y fascinante trabajo del señor Damon. Dando paso a algo más místico y cercano que hacía al dueño del castillo aún más atrayente a sus ojos, si es que eso era ya posible.

Enseguida todo aquel remolino de sentimientos se tornó del revés.

Yo no tendría que haber aceptado esta locura.

Si ya de por sí no se sentía a la altura del proyecto, se sumaban razones extraordinarias que le confirmaban sus temores. Aquel no era su sitio, no le correspondía por méritos. Lyon había exagerado con su recomendación, no tenía el bagaje, no tenía experiencia ni méritos propios suficientes para merecer estar allí.

Soltó el tenedor y se levantó enseguida. Mr. Damon miró la hora en un gran reloj del salón.

—En media hora tu estudio estará preparado para comenzar —le dijo.

—Puedo empezar ya…

—En media hora podrás subir a la segunda planta—repitió él y su voz sonó tan firme que no fue capaz de replicar.

Media hora para volver a su *suite* de las pesadillas o para pasear por un jardín solitario lleno de monstruos. O bien para sentarse a mirar al ser más peculiar que había conocido, y eso que era difícil superar a Vicky, mientras este terminaba su desayuno. Entonces recordó su falta al levantarse sin que él hubiese terminado de comer. Pero ya estaba en pie, no sabía si haría más el ridículo sentándose de nuevo o marchándose de allí.

Abrió la boca para coger aire, lo que de verdad no podía hacer era quedarse allí de pie como una imbécil.

—Me vendrá bien salir al jardín. —Se excusó, retirando la silla para poder escabullirse por el lado contrario a Mr. Damon.

Solo recibió una mirada de reojo por parte de él, que volvía a abrir otro recipiente metálico con cereales en su interior.

La he cagado. No es educado irme a mitad del desayuno, pero come demasiado lento.

4

A través de las cristaleras podía ver a su nueva traductora introducirse en el jardín. Sus tacones cortos se hundieron en el césped mientras ella buscaba algo en su bolso. No tenía noticias de que la muchacha fumase, así que supuso que sería el teléfono. Aquel objeto prohibido en la casa a todos los empleados, salvo a ella.

El suyo comenzó a emitir un sonido desde su bolsillo. Era Estela, ya estaría de camino a la casa.

—Thomas, ya he encontrado la forma de asegurarnos de que tu traductora haga bien el trabajo —le dijo en cuanto descolgó.

—Buenos días. —Esperaba que Estela percibiese la ironía en su voz.

—¿Te he despertado?

—Estoy a mitad del desayuno. —Levantó los ojos hacia el reloj de pared.

—Eso quiere decir que no saliste anoche. —Oyó la risa de Estela y negó con la cabeza.

—Sí salí anoche, pero regresé temprano. —Se limpió la boca con la servilleta y retiró el plato de él.

—Por un momento pensé que te quedarías con tu «invitada» por hospitalidad.

Se levantó de la silla y se acercó hacia el ventanal. Su «invitada» se había perdido entre las estatuas.

—Una *suite*, Thomas. Vale que tengas buena relación con Lyon, pero ella no deja de ser tu empleada. Tus empleados duermen en la trasera de la planta baja. Tus invitados en la primera. Solo tu familia duerme en las *suites*.

—Esa *suite* lleva vacía desde que se construyó esta casa, pensé que ya era hora de estrenarla. —No la veía, se habría adentrado hacia la parte central.

—Yo sigo pensando que te precipitaste aceptando. No sabemos nada de ella. He investigado y no ha hecho ningún trabajo relevante. Solo traducciones a media escala. No a tu nivel.

—Eso ya lo habíamos visto en su currículum.

—Te di más opciones.

—Qué más da. —Estiró el cuello hacia la parte derecha—. Cuando nos dio la muestra le diste el visto bueno.

—Sí, cierto. Pero solo era una muestra.

Damon resopló. Por una vez que él estaba tranquilo y confiado con que alguien tocase uno de sus trabajos inéditos, Estela no estaba muy de acuerdo.

—¿Y qué se te ha ocurrido? —Su voz reflejó el poco interés que tenía en conocer la respuesta.

—Hoy voy a llevarte a Ava —le dijo y Arthur desvió la vista del ventanal—. Ella revisará el trabajo de Mayte. La supervisará todo el tiempo.

—Mi traductora no necesita más jefes que el que tiene.

—No cabe réplica en esto. Tú escribe y yo me encargo del resto, ¿recuerdas? —La oyó decir. Siempre se llevó bien con ella. Su representante, administradora y persona de confianza en lo profesional. Su relación laboral con ella comenzó tras la fama, antes tenía a otro representante que por desgracia le tocó jubilarse por enfermedad. Un mentor que creyó en él y que logró

colocarlo en la cima, al que echaba de menos en cada nueva publicación. Estela era muy buena en lo suyo, de hecho, llevaba a tres autores de gran nivel. Pero era cierto que con él se volcaba en exceso, un exceso que a veces lo asfixiaba.

—Sabes que cuando escribo no me gusta tener esto lleno de gente —resopló.

—Tu representante, tu traductora, tu corrector, tu editor, la supervisora de tu correctora, tu madre, tu hermano, tus amigos… ¿quién ha dicho mucha gente?

Damon negó con la cabeza.

—Llego en unos minutos. —El móvil le decía que tenía una llamada en espera.

Y en cuanto Estela cortó la llamada saltó otra, esta vez era su hermano.

—¿Todos conocéis mis horarios? —Miró el reloj de nuevo, apenas le quedaban unos minutos para comenzar su jornada.

—Tranquilo, solo quería preguntarte si lo de la cena seguía en pie.

Cerró los ojos, no recordaba nada de una cena.

—Tienes el teléfono de mi cocinera, así que haz lo que te plazca —le respondió y se dispuso a colgar.

—Pero luego te quitas de en medio y la cena pierde el interés de mis invitados.

Damon arqueó las cejas.

—Pues no los invites. —Volvió a mirar a través del ventanal, ni rastro de la traductora—. Además, prefiero una cena tranquila esta semana. Estela quiere traer a un ejército y no voy a poder trabajar bien.

—¿Ya vas a encerrarte? —Reía su hermano—. ¿Te has hartado de todas tus nuevas amigas? Puedo llevarte más.

Resopló de manera tan sonora que su hermano aumentó la risa.

—Vale, no quieres jaleos. Casa vacía, entendido. ¿La princesa de las pesadillas entra dentro de casa vacía?

Entornó los ojos hacia uno de los arcos de la serpiente del lago Ness.

—Ella ahora mismo es parte de la casa —respondió—. Ella no cuenta.

—No sabes el interés que tengo en conocerla. —Volvió a oír su risa.

—Mantén tus zarpas y las de tus amigos lejos de mi traductora, quedas advertido—. Las carcajadas de su hermano se oyeron tan fuerte que tuvo que retirar el móvil de su oído.

—No la he visto y ya me está gustando esa monstrua nueva de tu castillo.

Entornó los ojos. Sí, la princesa de las pesadillas estaba bajo uno de los arcos del jardín. Ahora podía verla.

—Tengo que dejarte —le dijo.

—¿Ya vas a la cueva? Es temprano.

—Estela ya viene de camino. Y no quiero gastar el tiempo que me queda con el pelmazo de mi hermano.

—Claro que no, habiendo una mujer seguramente guapa en el castillo no pierdas el tiempo con tu hermano.

Mayte volvió a perderse entre las figuras, pero aún veía una parte de su pantalón. Había atravesado los arcos hasta el centro del jardín, sin embargo, no había ido mucho más adentro.

—Te dejo. —Esa vez no esperó respuesta y colgó. Le quitó el sonido a aquel aparato del demonio y lo guardó.

5

Miró la hora en su móvil. Dos únicos mensajes de las unicornio, algo extraño. Un tercer mensaje, para su asombro, del imbécil que había dejado en Barcelona.

«¿Dónde te metes?», le preguntaba. «Pasé cerca de tu casa, me acerqué, pero no estabas».

Tu puta *madre.*

Sus tacones se hundían en el césped del jardín, podía notar la hierba fría a través de la fina media en los huecos que dejaban sus zapatos de salón. Tuvo que frenar para no chocarse contra uno de los arcos de setos que formaba el cuerpo del monstruo del lago Ness. Pasó por debajo del arco.

«Estoy en un castillo encantado. Ni te molestes en buscarme».

Le dio al botón de enviar entornando los ojos y sus labios sonrieron levemente.

Pedazo de pringado.

Exactamente eso es lo que veía en ese momento, justo el calificativo que le dieron sus amigas la noche antes de partir a Londres.

Levantó la vista, estaba en medio del círculo que formaba el monstruo. Su cabeza, medio de dragón, medio de serpiente, la tenía a tan solo unos metros. Por detrás de él estaba el peculiar castillo del terror cuyo interior era aún más enigmático que su apariencia superflua.

Sonrió, observando las rejas con las enredaderas de espinos de metal que cubrían los ventanales, pudo localizar a ojo el del despacho de Mr. Damon en la parte superior de la planta alta, donde podía tener una vista privilegiada de aquella obra de arte que formaba su jardín.

Notó vibrar el teléfono entre sus manos.

«Te noto enfadada».

Sonrió al leerlo.

«No lo estoy».

Volvió a levantar la mirada hacia el ventanal. Era sorprendente cómo la ofensa se había disipado en ella. Ahora le resbalaba lo que pudiera hacer o decir aquel ser. Lo veía pequeño, muy pequeño, no merecía la pena ni perder el tiempo en responderle mensajes.

«Entonces, ¿podemos quedar algún día?».

Alzó las cejas, mirando el mensaje.

«No voy a volver en un tiempo y cuando vuelva será demasiado tiempo. Así que buena suerte».

Le dio a enviar y fue al chat de las unicornio. Claudia y Vicky le preguntaban por su noche. Miró a su alrededor por si había alguien en el jardín, todo el castillo estaba impecable, pero aquello parecía mantenerse por arte de magia porque no se veían empleados.

Se acercó el móvil a la boca.

—Chicas, este castillo parece de verdad que está encantado. Estatuas de monstruos por todas partes y no sé dónde se mete la gente porque siempre está vacío. La *suite* de la princesa que soñaba pesadillas me da un mal rollo de la leche, no he dormido una mierda. Si esto es una broma, este tío se tiene que estar partiendo de risa a mi costa. Si lo sé no vengo.

Llovieron los emoticonos.

—Mayte siempre viendo lo mejor de las situaciones —respondió Vicky—. Para qué quieres

más gente. Está el *juntaletras*, ¿no? —Se oyó su risa—. Mejor que no haya nadie.

Negó con la cabeza, mirando de nuevo a su alrededor para comprobar que nadie las escuchaba.

—Esta tarde voy, así que ya no estará tan vacío —le dijo Claudia.

Tener a Claudia en medio de un sueño extraño, que era lo que estaba siendo su estancia en Londres, no estaba mal del todo. No sabía si su presencia le daría realismo al asunto o si por el contrario sería aún peor.

—Tómatelo como unas vacaciones diferentes. —Se oyó la voz de Natalia—. Es trabajo, pero… Tía, ¿en qué trabajo duermes en una *suite*? Eres una princesa. Al fin llegó tu momento.

Ladeó su cuerpo intentando alcanzar con la vista la estatua de la princesa de las pesadillas, solo logró ver el monstruo que la perseguía.

—No es el prototipo de princesa que tenía en mente precisamente —resopló—. Espero no cagarla mucho.

—Espero hacerlo bien, espero no cagarla mucho, espero que estén contentos conmigo y me den más trabajos, espero que esto salga bien, espero que este tío sea el definitivo, espero, espero, espero… —Vicky tiró una pedorreta—. Deja de esperar, de intentar contentar a todo el mundo y empieza a ser feliz tú. Con esa actitud nunca disfrutarás una mierda por muy bueno que sea lo que te pase. Tía, eres la correctora de Thomas A. Damon. Thomas Damon, ¿hola? En serio, Mayte, ni a soñar te veías en una de esas.

Y sabía que Vicky llevaba razón.

—Es su primer día. —Era el audio de Natalia—. Vamos a darle unos días para que se haga a su nueva situación antes de coger el palo.

Le agradeció el gesto a su amiga porque lo último que necesitaba era una tarde con Claudia echándole la bronca.

—Cierto. —Era Vicky de nuevo—. Mientras tanto al *juntaletras* sí te dejo que intentes contentarlo.

Llovieron los emoticonos de nuevo.

—Ponte el traje rojo que te regalamos por tu cumpleaños, ¿lo has llevado?

Lo llevaba, pero lo tenía reservadísimo para ocasiones especiales. De hecho, no lo había estrenado aún. Un traje de pantalón recto y levita de una tela que le encantaba y que acompañaba una camisa del mismo color. El traje más elegante que había visto, las unicornio se lo habían llevado desde Milán. Lo compraron en una reunión a la que ella no pudo asistir por trabajo.

—Hace frío para esa tela.

—*Coño*, pues ponte un abrigo encima. —Claudia y sus soluciones rápidas.

—Chicas, os tengo que dejar. —Miró la hora—. Tengo que subir.

—¿Ves? Se acaba el tiempo y no nos ha contado una mierda del *juntaletras*.

—Vicky —le riñó mientras llegaban los emoticonos.

—Convierte en mindundis a todos los hombres que hayas conocido, ¿me equivoco? —Natalia solía usar las palabras exactas. Damon podía convertir en diminutos gnomos a todos los hombres con los que hubo iniciado cualquier cosa.

—Y posiblemente a los que conozca en un futuro, sí —suspiró—. ¿Eso es bueno?

—Tan bueno como quieras considerarlo. —Cuando Claudia reía y hablaba a la vez la hacía sonreír sin remedio—. Hablamos luego.

—Qué suerte tienes, *joder*. Ya me gustaría a mí meter la nariz ahí dentro.

—No, por Dios. —No quería ni imaginar a Vicky allí, entonces eso de las pesadillas tomaría

más sentido.

Oyó un motor de un coche. Se giró para verlo y entornó los ojos buscando conductor. Era complicado hacerse a la idea de que allí conducían del revés. Era Estela e iba a acompañada por más personas. Aquella imagen hizo que sus piernas tomaran cierta ligereza y que prefiriese la casa desierta. Al final Vicky tenía razón, para qué más que Thomas Damon.

—Mayte. —Oyó su voz y se enderezó.

Miró la hora con rapidez por si se había ido por completo. No podía subir tarde el primer día, infracción imperdonable. Damon observó su gesto.

—Faltan diez minutos —le dijo él.

Notó la tranquilidad en su pecho, pero no en su estómago. Mientras él estuviese cerca algo extraño no dejaba de moverse en su interior. Ni aunque se hubiese tragado las bolas de cristal de Vicky, y estas no dejaran de girar, podría notarlo tan fuerte.

Mr. Damon se acercó a Mayte despacio dirigiendo su mirada hacia la cabeza del monstruo del lago Ness. Lo vio colocarse a su lado, de frente al castillo. El olor de Damon se hacía ligero al aire libre, difuminándose levemente. Le gustaba el olor que desprendía, la hacía querer girar la cabeza hacia él, pero se mantuvo con la mirada hacia el castillo.

—Cada mañana te entregaré el trabajo que tendrás que traducir —le dijo—. Si tienes dudas o no entiendes algo, lo anotas y por la tarde lo aclararás conmigo. Ya sabes cuál es mi despacho, el que está justo en el centro. —Su voz no tenía tono desagradable, pero sonaba con demasiada firmeza—. Es el umbral a mi mundo, mi templo, el lugar donde trabajo y yo no trabajo en el mundo real. —Sintió su mirada—. Así que en las horas de trabajo olvida que esa habitación existe en esta casa.

Mayte bajó la vista, una forma brusca de decirle que no lo moleste con estupideces cada dos por tres.

—No hay excusas ni razón lo suficientemente relevante para llamar, interrumpirme o despertarme de lo que sea que esté haciendo —continuó mientras ella guardaba silencio—. Si la casa arde, si entran ladrones o si simplemente se comienza a derrumbar saltarán las alarmas.

Entornó los ojos hacia ella. Mayte lo miró de reojo, lo vio observar su pelo, algo había llamado la atención en él, concretamente una veta en algún lugar del flequillo largo que caía a un lado de su cara.

Se lo miró enseguida por si había alguna hoja o insecto pegado en él, pero no había nada. Desconocía qué podía tener de llamativo un simple mechón con una onda floja que había caído más de la cuenta con la humedad del ambiente. Tenía que haberlo previsto y haber llevado algún tipo de fijador más fuerte. Le pediría a Claudia que le acercara alguno aquella tarde. Seguramente en los días sucesivos sería consciente de la cantidad de cosas que había pasado por alto y que necesitaría, su amiga sería de gran ayuda.

Damon dirigió sus ojos oscuros hacia los de ella.

—Aunque creo que contigo no tendré problemas en ese sentido. —No sonreía un ápice.

Mayte miró su móvil.

—Cinco minutos —dijo ella, los minutos que faltaban para subir, a lo que Damon no añadió nada.

—Te permito un dispositivo conectado al mundo dentro de mi casa porque alguien me pidió que no te apartara de algo importante para ti que hay ahí dentro. Y me aseguró que ese hecho no influiría en tu trabajo ni en la discreción con el mío.

Mayte miró su móvil de nuevo. Sabía que Claudia no se habría ido demasiado de la lengua de

lo que había allí dentro, en el mundo unicornio, la amistad, la familia, los pilares de la existencia de cada una. La única oportunidad para no hundirse en el lodo aunque todo pareciese una mierda.

Pero ya le habían dejado claro más de una vez en pocas horas que era algo que al señor de la casa le resultaba molesto. Cogió aire y lo contuvo dentro.

—Puedo prescindir de él. —Alzó el brazo y se lo tendió a Damon.

El escritor miró el dispositivo que en ese momento volvió a vibrar tan inoportuno como siempre. Luego subió sus ojos hacia Mayte. Le gustaba la tez de Damon, tostada, mucho más que la de ella a pesar de vivir en un lugar tan poco soleado. Y lo bien que combinaba su color con los tonos oscuros que solía usar en la vestimenta. Si ya el día anterior el negro lo hacía mimetizarse en el ambiente del castillo, el rojo burdeos lo convertía completamente en parte del decorado.

—¿Debes prescindir de él? —Él no hizo ni el amago de cogerlo.

—Si así te sientes más confiado… —Levantó los ojos hacia Damon y aquello invisible que se había tragado en el desayuno daba vueltas en su interior. El jardín no resultaba tan siniestro y los monstruos mermaban de manera considerable si el amo del castillo estaba presente.

—No me refiero a mí. ¿Lo necesitas tú?

Mayte miró su móvil, era tan grande que apenas le cabía en la palma de la mano.

—Me refiero a que si hay algo verdaderamente imprescindible en él. —Seguía sin cogerlo.

—De verdad, si es una molestia o impedimento…

—Solo dime que lo necesitas. —Su forma de cortarla hizo que se sobresaltara.

Mayte guardó silencio. Claro que lo necesitaba. No creía poder afrontar lo que se le venía encima de nervios y presión interior sin ellas. Recordó las palabras de Damon sobre la mitología de los unicornios: protectores, curativos, mágicos, augurios de todo lo bueno que pueda pasarte. Exhaló el aire despacio y sintió una punzada en la garganta. Claudia iría a verla, pero no podía estar allí a diario. Las necesitaba a todas sin remedio. No estaba en su mejor momento personal, quizás las necesitaba más que nunca. Pero jamás puso impedimento en una norma en el trabajo, jamás hizo nada incómodo para nadie, ni una sola excepción, no era su forma de ser ni de actuar. Le gustaba no dar que hablar, no provocar ni una sola queja. Formal, correcta, impecable.

Y nada de eso ha sido suficiente para conseguir nada.

—Guárdalo. —Lo oyó decir y ella obedeció.

La observó mientras ella guardaba el móvil.

—Si aparte de Mrs. Lyon necesitas alguna visita puntual, no habrá problema —añadió él y Mayte negó con la cabeza enseguida.

Lo miró de reojo para ver su reacción.

No hay mindundis a los que desee ver. Ni uno.

Contuvo la risa y aquellas ráfagas entre las tripas se elevaron de manera notoria. No sabía si aquello había sido parte de la hospitalidad de Damon o propia curiosidad. La simple duda hizo que una parte de su tensión se disipara. La parte positiva de las cosas como decían sus amigas. No era una forma de pensar exactamente, bastaba con un simple sentimiento, algo parecido a ver a un unicornio entre los setos en medio del bosque. Una *suite* y privilegios que él no solía dar a los empleados invitaban a soñar aunque sus pies estuviesen en el suelo.

Thomas miró la hora en su reloj. No era frecuente ver un reloj convencional en la mano de un hombre moderno. Le gustaba la esfera azul, producía una especie de destello a pesar de que el sol se escondía tras las nubes.

Era cierto que había tenido que encontrarse con un unicornio en aquel bosque de la mente porque tan solo pensar que tendría que trabajar junto a aquel hombre durante un tiempo le abría

algo en el pecho que la obligaba a contener la sonrisa. Y la presión de hacerlo mal, de cometer errores y de no ser perfecta pasó a un segundo plano, un plano suficiente que no le impedía sentirse infeliz.

—Es la hora. —Se giró de nuevo hacia ella y esta vez Damon encontró su sonrisa. Quizás no lo esperaba porque lo vio detenerse en su boca, gesto que la hizo cerrar los labios de inmediato.

Atravesaron el arco de setos y se acercaron al castillo. Allí, en la puerta, estaba Estela acompañada de varias personas.

Trabajo solitario el del escritor.

Prefería el castillo encantado y solitario sin ninguna duda. Apenas se estaba comenzando a acostumbrar a la presencia de Mr. Damon, el resto no haría más que aumentar sus nervios. Y Estela la estaba mirando como si fuese una intrusa. Si las unicornio la viesen, aunque fuera un fragmento de segundo, ya le hubiesen puesto nombre. Ella nunca fue ocurrente con esas cosas. Miró a Damon de reojo, él sí que tenía nombre en el mundo unicornio. Contuvo la sonrisa.

Llegaron hasta Estela y sus acompañantes.

—Llevamos un rato esperando. —La oyó decir.

Damon sonrió a su representante.

—Has llegado demasiado temprano —respondió con frescura.

El resto saludó al escritor, que se giró hacia Mayte.

—Ella es mi traductora al español. —La presentó y Mayte se esforzó para sonreír.

Les tendió la mano uno a uno sin saber quiénes eran. Nadie se presentó ni Damon puso empeño. Enseguida los invitó a subir, lo vio con cierta prisa, prisa que no parecía tener en el jardín, y aquello la contrarió.

Llegaron hasta las escaleras. Miró de reojo a la sirena siniestra al rebasarla y hasta le vio cierto parecido con Estela. Ya le era familiar la primera planta y su pasillo con las rosas muertas.

Llegó la última a la segunda planta y se hizo a un lado, el de su estudio.

—Mayte. —Era la voz de Estela, ahora la llamaba como todo el mundo y no María Teresa—. Ella es Ava, trabajará contigo.

¿Conmigo?

Hasta Damon se giró hacia ellas.

—Estará contigo en el estudio los primeros días —añadió.

Mayte miró a la tal Ava, tendría más o menos su edad, era pálida, tanto como Estela, no creyó que fuese nativa hispana ni mucho menos. Nadie le dijo que tendría un centinela en el trabajo. Una loza pesada cayó de su estómago a sus pies. Una bola de acero con una cadena atada al tobillo que tendría que llevar por aquel castillo del terror. Intentó que su rostro no mostrase gesto alguno. Sin embargo, Estela estaba demasiado cerca de ella.

—No pensarás que íbamos a dejarte sola, sin supervisión, con un manuscrito de Thomas Damon.

Mayte abrió la boca para responder, pero Damon tocó el brazo de Estela.

—Tengo que hablar un momento contigo —le dijo.

Estela se giró enseguida dándole la espalda a Mayte. El señor de la casa ya había abierto la puerta de su despacho para que entrase.

—Yo soy el editor de Thomas. —Un hombre de estatura media y gran calvicie le hizo un gesto con la cabeza antes de entrar en el despacho de Damon—. Espero que hagas un buen trabajo para mis compañeros.

Sus palabras no resultaron del todo desagradables, pero las de Estela le habían dejado la cara

con la misma sensación que cuando recibía un balonazo en el patio del colegio. No sabía qué había querido decir la mujer con eso, pero la había dejado fuera de lugar. Ella no esperaba nada, solo esperaba trabajar. Era cierto que nadie le había dicho que tendría supervisora, pero notó un reproche o intento de ofensa que no correspondía. Y no entendía la razón cuando ella no había hecho nada incorrecto desde que pusiera un pie en el castillo.

Ava entornó los ojos hacia Mayte. Tenía el pelo cortado a la mitad del cuello, completamente liso y tan recto que parecía una peluca.

—¿Quieres que te vaya enseñando el programa? —le preguntó en español.

Pufff, si esta es la que me va a supervisar…

No habría pisado un país hispanohablante en años. Tenía el típico acento de los extranjeros que solo escuchaban español en clase. Suspiró antes de entrar en el estudio.

Ava arrastró un sillón y lo puso junto al del ordenador.

Que la voy a tener encima todo el tiempo.

Tuvo que detenerse a coger aire. No estaba acostumbrada a trabajar así. El halo del unicornio del bosque le había durado bien poco. Le había durado nada. ¿La parte positiva? Que le dijeran dónde *coño* estaba porque aquel ambiente no pintaba bien. Y a pesar de sus miedos no era Damon el que lo provocaba, sino su alrededor, algo que debía haber previsto. Pasaban los años y como le decían sus amigas: seguía siendo igual de inocente.

6

Su editor ya se había marchado después de haberle explicado los puntos del evento de la semana siguiente.

Estela hablaba casi sin respirar. Su forma de hablar no contribuía a que él se tranquilizara. Cuando ella tomaba decisiones sin contar con él le era difícil controlarse.

—Supervisar no es ponerle una carcelera —le rebatió cuando ella acabó de relatarle todas las razones.

Estela entornó los ojos.

—Al último le hiciste firmar el permiso para colocar una cámara en el estudio. ¿A esta no la grabas? ¿A esta le permites un móvil cerca de tu manuscrito? Claro, esta duerme en una *suite* y pasea contigo por el jardín.

Damon se sobresaltó al escucharla.

—Siempre has sido obsesivo con la seguridad y ahora te da lo mismo. Ya estoy acostumbrada a que las bragas te pierdan, pero esta vez está relacionado con el trabajo.

Era cierto que su amistad con Estela incluía que ella estuviese enterada de todo lo referente a su vida personal, que compartieran amigos y reuniones. Pero era la primera vez que ella le reprochaba algo como aquello. Arqueó las cejas.

—¿En qué momento de mi vida he mezclado bragas con trabajo? —Hasta le ofendió la frescura de Estela.

—En este. —Fue contundente.

— Ella ha venido a hacer un trabajo recomendada por un amigo cuya reputación conoces bien. No voy a ponerle cadenas ni una cámara ni pienso encerrarla en una mazmorra.

—Le vas a dar tu manuscrito así por las buenas. —Estela levantó la barbilla y bajó los ojos para mirarlo.

—Sí, así que puedes llevarte a Ava cuando salgas.

Estela se cruzó de brazos.

—Vale, voy a decírtelo claro. Es una novata. Lyon te la recomendó no porque sea la mejor, sino porque es… ¿familia de su esposa? Un enchufe directo. Nadie va a hacer prácticas con un manuscrito de Thomas Damon mientras yo esté aquí.

Damon negó con la cabeza. Era cierto que fue demasiado rápido, ni siquiera lo consultó con Estela. No aceptó disputas ni opciones. Lyon lo sugirió y él pidió una muestra de las traducciones de Mayte, la contrató sin pensar, no había más. Confiaba en los Lyon plenamente. Y ahora conocía a Mayte, aquella corrección excesiva lo hacía estar seguro de que ella nunca filtraría un manuscrito.

—Lo hará bien.

Estela levantó el dedo hacia él.

—Pues quiero comprobarlo. Así que dame unos días. —Cogió unas hojas de encima de la mesa y se dirigió hacia la puerta.

—¿Tú también? —Guiñó ambos ojos—. Mañana no quiero veros por aquí.

Estela hizo un ademán con la mano.

—Una vez a la semana —añadió él mientras ella abría la puerta—. No más.

Estela cerró la puerta y lo dejó solo. Thomas miró la pantalla del ordenador. En un estado

levemente alterado solía tardar una media hora en concentrarse, pero su tensión era algo más alta, así que perdería parte de la mañana. Cerró los ojos y se frotó el entrecejo.

Levantó la cabeza hacia la pared del lado donde estaba el estudio de la traductora. Esperaba que el primer día de Mayte no fuese una pesadilla más.

Su móvil sonó. Juraba que lo había silenciado. Era su hermano otra vez.

—Tampoco quiero perder mi tiempo de trabajo contigo.

—Ya he encontrado solución a lo de la cena.

Se recostó en el sillón y echó la cabeza para atrás.

—¿Solución a qué cena?

—Tú quieres tranquilidad, dices. —Notó malicia en la voz de su hermano—. Y yo quiero una reunión algo más divertida. Así que ya se me ha ocurrido un plan.

—Y como todos tus planes supongo que en mi casa…

—Le he dicho a mamá que hay una mujer estrenando la *suite* de la princesa de las pesadillas.

—¿Qué? ¿Para qué le dices nada? —Se incorporó enseguida—. No se te puede contar nada.

—Ahora mamá quiere ir a tu casa, quiere ir, quiere ir, quiere ir…

—¿Le has especificado que es por trabajo? Es un pequeño detalle que lo explica todo.

—Sí, pero ya sabes cómo es. Si no mete las narices no se queda a gusto. Dice que vas hacia los cuarenta soltero. Y está convencida de que eres una abeja torpe y que seguirás picando de flor en flor hasta que caigas en la mierda. —Volvió a reír.

—Ni se te ocurra traerla.

—No hace falta que la lleve, se presentará en tu casa.

Damon se llevó la mano a la frente.

—Así que te aconsejo que llenes tu casa de gente, le será más difícil inspeccionar a tu monstrua. No te agobies, yo te ayudaré en llenar la casa. Por ejemplo… ¿mañana por la noche? ¿El jueves? No, el viernes será perfecto. Por mamá no te preocupes mucho, pronto saldrá de viaje otra vez. Ya ha reunido a cuatro viudas. Está claro que los hombres morimos demasiado pronto.

Negaba con la cabeza.

—El viernes entonces, dile a Estela que se anime —resopló al escucharlo—. ¿Qué pasa con Estela?

—Que ahora es ella la que tiene miedo de los filtros. —Cogió aire—. Y quiere ponerle supervisión a la traductora.

—¿Una cámara como la otra vez?

—Peor, un centinela.

Su hermano rompió a carcajadas.

—Ya veo a Estela alojándose también en tu casa.

—De eso nada, quiero acabar la novela. Tranquilidad, soledad, ninguno entendéis eso. La próxima casa me la haré bien lejos de todos. De hecho, no os daré ni la dirección.

—Bueno, te dejo que escribas. —Volvió a reír—. Se te ve agobiado. Te llamo más tarde.

—Lo estoy y tú no ayudas.

—Tú eres el genio, yo el idiota. Los idiotas siempre somos felices, ya lo sabes.

Thomas tuvo que sonreír.

—Por cierto, no me ha dado tiempo de preguntarte, ¿en qué silla se sentó?

Sonrió al recordar a Mayte en el salón.

—En la de la rosa.

—¿Cómo lo sabías?
—Porque no podía sentarse en otra.

7

Era bastante incómodo estar sentada frente al ordenador con Ava en una silla junto a su sillón fijando la vista en la pantalla para ver qué escribía. Máxime con Estela en pie al otro lado, inclinada hacia la pantalla aunque no entendiese bien lo que ponía. Era una suerte que entre los varios idiomas que sabía no estuviese el suyo.

Una de las veces estuvo a punto de apartar el pelo rizado de delante de su cara que le impedía ver bien. Ava le iba diciendo a Estela si una frase cambiaba demasiado y esta le explicaba a Mayte que no podía tomarse licencias. A pesar de que Mayte le dijo, todo lo amable que era capaz, que había expresiones que no existían y había que sustituirlas, esta aun así no se fiaba y comenzaba a debatir con Estela. Mayte tomaba notas en su cuaderno de apuntes para consultarlo con Damon en la tarde.

Las horas pasaban lentas y más lento era aún el avance. Estaba convencida de que el principio del libro sería bueno y tendría enganche, como todo lo que escribía él. Pero aquel en concreto le estaba pareciendo una tortura y quizás no era culpa de las letras, sino de los cuatro ojos que le impedían hasta respirar aunque el estudio fuese amplio.

—Hora de comer —dijo al fin Estela.

Hora de huir con los monstruos del jardín. Muchos menos temibles que los de aquí arriba.

Un auténtico paraíso ahora que lo pensaba. Monstruos, flores y aire libre. Cogió el bolso y la libreta con el bolígrafo.

—¿Dónde vas con eso? —preguntó enseguida Ava.

—Quiero completar mis notas —respondió, intentando sonreír. Era la primera vez que acababa una jornada con un dolor considerable en el pecho y eso que había trabajado con presión varias veces.

Estela se asomó para mirar qué tenía en la mano.

—¿Esa libreta es tuya? —preguntó la representante de Damon.

Mayte miró la libreta. No era suya, la encontró en el estudio al entrar junto al bolígrafo dorado. Una libreta de anillas también doradas, de pastas gruesas de un color verde oscuro y una ornamentación de hojas troqueladas. Se la habían colocado allí para ella, supuestamente en el estudio no tendría que haber nadie más. Pero ahora se sentía como si lo estuviese robando.

—Creo que es una de mis herramientas de trabajo —le dijo.

—Las herramientas de trabajo se quedan en el estudio —la cortó enseguida—. Que vivas aquí no significa que puedas llevarte las cosas a donde quieras.

Estela era de su misma altura, así que cuando se colocaba frente a ella podía mirarla directa a los ojos, tan directa que la hacía querer dar un paso atrás.

—Lo único relevante en tu currículum era la recomendación de alguien a quien Arthur aprecia —le dijo—. Hay cientos de traductores, miles, pero te ha tocado a ti. —La señaló con el dedo—. Mi trabajo es asegurarme de que esto salga como debería.

Mayte miró el cuaderno, dudó un instante y acercó la mano a la mesa para dejarlo allí. El unicornio de su muñeca rozó las anillas emitiendo un leve sonido. Levantó los ojos hacia Estela.

—Voy a poner de mi parte para que todo salga bien. —Apoyó el cuaderno en la mesa.

—Quiero que seas consciente de que no vienes aquí a aprender. —Estela sonrió alargando una mano hacia su hombro, si aquello era un gesto de amabilidad resultaba tan falso que daba

más grima que confianza—. Los traductores de Arthur Damon, en todos los idiomas, lo traen todo aprendido.

Mayte se sobresaltó. No entendía el por qué aquel ataque cuando ella no estaba haciendo mal trabajo. Ya Estela la había visto trabajar, era poco, cierto, pero lo suficiente como para que le diese margen de confianza.

Soltó el cuaderno en la mesa. Salió del *sándwich* que habían hecho con ella las dos mujeres y se dirigió a paso apresurado hacia la puerta.

—Mayte. —La llamó Estela para que se detuviese.

Ella se giró hacia las dos ya con la puerta abierta.

—Os veo abajo. —Levantó la mano—. Tengo que hacer una llamada urgente.

Salió al pasillo y corrió hacia las escaleras. Bajó los primeros escalones con tanta rapidez que pensó que caería rodando. Sintió la puerta de Damon abrirse, también era ya su tiempo de descanso. En el descansillo pudo ver que Estela y Ava estaban ya en la barandilla, pero no perdió ni un segundo en mirarlas y bajó la segunda tanda de escaleras cruzándose con la sirena demoniaca.

En cuanto pisó la planta baja se dirigió a la puerta principal que llevaba al jardín. Por primera vez se encontró con una empleada, la mujer en cuanto la vio hizo un gesto con la cabeza y desapareció tras una de las puertas. Mayte arqueó las cejas ante su gesto.

Yo huyo de estas dos y esa mujer huye de mí.

Abrió la puerta, convencida de que los monstruos que decoraban el castillo debían de ser reales porque quería salir de allí y pisar el césped. No se detuvo hasta atravesar los arcos de setos y esta vez se adentró en lo más profundo, cerca de la princesa de las pesadillas.

Era cierto que estaba nerviosa por el trabajo, los días previos de su llegada a Londres habían sido una locura. Tenía miedo, miedo de hacerlo mal, de las exigencias que se le iban a imponer y miedo de tratar a alguien del nivel de Mr. Damon. Pero la actitud de Estela estaba saliéndose de todo lo que alcanzaba a imaginar y eso que su imaginación para las situaciones negativas era poderosa.

Si ya de por sí se sentía fuera de lugar, ahora se sentía un estorbo, una intrusa. Estaba de acuerdo, ella no era merecedora de un honor como aquel por méritos propios, pero al menos esperaba que le diesen la oportunidad de demostrar que podía hacerlo. Nunca se imaginó trabajando mientras dos personas cuestionaban cada frase que escribiría en un monitor.

Se puso la mano en la frente.

Yo no tendría que haber aceptado esta locura.

Era disparatado, desde que Claudia se lo dijo había caído en una especie de limbo irreal y difuso. Pero era una oportunidad de oro que debía aceptar a pesar de los miles de miedos. No estaba en su mejor momento, sabía que eso no ayudaría. El desánimo la llevaba consumiendo desde mucho tiempo atrás y en ese momento la empujaba a unos metros bajo el suelo.

Recordaba una sensación similar de niña. Se perdió de la mano de su madre con cinco años en un centro comercial abarrotado de gente. Fue un tiempo escueto, lloraba deambulando hasta que alguien se detuvo en ella y la llevó a uno de los vigilantes. Fueron unos minutos que no olvidaría donde descubrió el sentimiento de desprotección, el estar entre una multitud de extraños a los que ella no les importaba nada. Si la pisaban o la empujaban al pasar con sus bolsas, pequeña e insignificante, entre personas enormes con demasiada prisa o tan cerradas en ellas mismas que no eran capaces de ver que una niña lloraba muerta de miedo.

Levantó la vista hacia una estatua de una mujer delgada y consumida con las manos a ambos

lados de su desfigurado rostro. La princesa que soñaba pesadillas seguía allí perseguida por un monstruo cuyas garras estaban a punto de alcanzarla.

Miró a su alrededor, también la princesa estaba rodeada de muchas otras figuras, enormes y poderosas, pero ninguno de los monstruos la ayudaría a escapar.

Cogió aire.

Las princesas modernas se salvan solas. O acaban consumiéndose.

Tenía a tres ejemplos en cuadrículas en su móvil. La idea de los príncipes salvadores era primitiva, una farsa que inventaban en cuentos para hacer a las niñas soñar. Muchas mujeres que creyeron esas historias acabaron consumidas, bien esperando a un príncipe que no existía o bien empeñadas en ver un príncipe en algún miserable.

Cogió su móvil. Al menos en algún lugar había personas a las que sí le importaba. Tres mujeres que harían lo que fuese por ella. Solo el pensarlo hacía que le escociese la garganta. Daba cada día gracias a Dios por tenerlas.

—Primer día, una reverendísima mierda. Fin del resumen.

—¿El *juntaletras* es un ogro?

Bajó la cabeza y negó con ella como si Vicky pudiese verla.

—Hay monstruos en el castillo y no solo los que puso Georgina Lyon.

Claudia puso un emoticono.

—Bien, pues vamos a ponerles nombre. Venga, tú cuenta y nosotras decoramos.

—Claudia, no soy como vosotras. A mí los monstruos me comen.

—Tú eres tonta, pero tonta del culo. —Vicky hizo una pedorreta—. Si un monstruo te intenta comer, te cagas en su *puta* madre. Santas Pascuas. Así de fácil. No necesitas un curso intensivo ni tiempo, ni siquiera tienes que pensar mucho.

Casi sonrió. Ya le gustaría que las cosas se pudiesen solucionar así.

—No estoy en situación —negó con la cabeza.

—Ya estáis llenando esto y no me entero de nada —protestó Natalia—. Veinte audios de un bolso amarillo, cacas de perro y no sé qué mierda de música para eliminar el estrés que causan los niños. En serio, haceros un chat alternativo para mamarrachadas y dejad este para lo interesante. Mayte, ¿qué pasa?

Mayte fue escueta, como siempre solía ser en sus audios.

—Claudia, cágate tú en su *puta* madre de mi parte si la ves esta tarde —protestó Vicky.

—Natalia. —Claudia invocaba a La Fatalé.

—Esa tal Estela sonríe, intenta ser amable, pero por las buenas te reprocha cosas que aún no han sucedido. ¿Teme que la cagues o está convencida de que vas a hacer mal el trabajo? Mmmmm…

Mayte arqueó las cejas con la voz de Natalia.

—Cosas que no han sucedido —repitió Natalia. Podía oírse cómo cogía aire y lo soltaba en un suspiro—. Vale, por un lado es amable porque la obligan. Y quien la obliga a tratarte bien ya nos imaginamos quién es. Así que ya tenemos una pieza de Mr. Damon. En cuanto a ella, si intenta acercarse demasiado, aunque sea de buenas, desconfía. No es ni será tu amiga. ¿Te enteras?

—No, no es alguien que quisiera como amiga. —En eso estaba de acuerdo con Natalia.

—En cuanto a sus temores es fácil averiguar las razones que tiene. Sigue trabajando y si la cagas esa era la razón. Si lo haces bien es porque sus razones distan del trabajo. Solo hay que dejar que pasen los días.

—¿Podemos ponerle ya nombre? —preguntó Vicky y llovieron los emoticonos. Mayte se tapó con la mano para reír. Realmente el miedo o la tensión que le pudiese provocar Estela se disipaba en el aura en el que conseguían meterla sus amigas—. Tía, háblanos ya del *juntaletras*.

Se quitó la mano de la boca.

—También me desconcierta. —Arrugó la nariz—. No tengo quejas, es amable y…

Oyó un crujido a su espalda y se giró sobresaltada. Enseguida se retiró el móvil de la boca y se cortó el audio. Thomas alzó la mirada hacia la estatua junto a la que estaba Mayte y luego bajó sus ojos hasta ella.

—Es la hora de comer —le dijo—. ¿Cómo ha ido la mañana?

Una pesadilla más que suma a las que traigo.

—Muy bien —sonrió levemente y él asintió observando su rostro con detenimiento.

—¿Bien con Estela y Ava? —Seguía observando su cara, lo que la hizo no mover un músculo con la pregunta.

—Me han explicado el programa, yo los usaba más simples. La verdad es que han sido de gran ayuda.

—Estela está algo recelosa con la novela, le cuesta confiar —añadió y ella notaba cómo esperaba ver algo en su expresión.

—Es normal, no quiere que se vuelva a filtrar nada. —Esa vez sonrió—. Entiendo todo lo que hace y por qué lo hace.

Natalia me ha dado la clave para entenderlo. Dame unos días.

—Volabas escaleras abajo. —El tono de voz de Mr. Damon cambió a una leve ironía. Mayte abrió los labios levemente para coger aire, quizás él no la creía del todo aunque sonaba convincente y sincera.

—Necesitaba hacer una llamada —respondió con rapidez.

—Eso me ha dicho Estela. —Frunció el ceño mirando el móvil—. ¿Tienes notas que consultarme?

Mayte asintió.

—Las tengo arriba.

—Luego las miramos. Ve al salón, voy a despedir a Estela y Ava.

Aquello era lo mejor que había oído en todo el día. El castillo volvería a estar vacío. Podría trabajar toda la tarde tranquila. Sonrió con alivio y su sonrisa no pasó desapercibida para él.

—Diles que mañana les enseñaré el trabajo de esta tarde —se apresuró a decir para disimular.

Rodeó a Mr. Damon para dirigirse al salón. Hasta notó un leve rugido en las tripas, al bajarse los nervios daban paso al hambre.

Se dirigió hasta la puerta de la casa, podía ver en la zona de aparcamientos a Ava y Estela y les dijo adiós con la mano y una amplia sonrisa.

Que os den.

Entró directa al salón. Frenó en seco en la puerta. La mesa volvía a estar dispuesta para todos los comensales. Notó cómo el móvil vibraba aún en su mano.

—Mayte, *coño*, no cortes así los audios en lo más interesante.

—No podía hablar. —Buscaba la silla de los espinos y la rosa. No estaba donde la mañana, ahora estaba al otro lado de la mesa, de cara al ventanal.

Qué puñetera broma es esta.

—Un salón vacío, la mesa preparada para seis comensales, pero no va a venir nadie a comer. Cada sillón tiene un símbolo y no sé dónde leches sentarme. Esto es una *puta* paranoia. Claudia,

me río yo de *Wonderland* y la fiesta del té.

—Es un maestro del terror, ¿qué esperabas? ¿El *juntaletras* no come contigo? —Reía Natalia.

—En teoría sí, pero es como un juego porque no llega hasta que yo me haya sentado.

—¿Un juego y símbolos? Eso mola. Siéntate en lo más parecido a una verga.

—Vicky, por Dios, no estoy para bromas. —Miró hacia la puerta, temiendo que hubiese alguien.

La comida olía de maravilla. Una sopa de pescado aún hervía en un sopero en medio de la mesa.

—Esta mañana me senté en el mismo símbolo que hay en la puerta de mi habitación. ¿Es la que me corresponde?

—Si eres tú la princesa pesadillas es la que te corresponde. —La voz de Natalia, por primera vez, no la tranquilizaba—. Se lo has confirmado. Oye, me está gustando el *juntaletras*.

—¿Qué símbolos hay? —preguntó Claudia.

—Un uróboro, un pavo real, un pájaro… no sé qué leches es esto, este no estaba esta mañana, parece… no sé lo que es.

—Foto.

—No puedo hacer fotos.

—Menuda mierda de chat con tantas correcciones. Echa una foto ya.

—No, me he comprometido.

El siguiente audio de Vicky fue solo un resoplido.

—¿Es una verga?

—Nooo. No hay vergas, Vicky. Es un castillo de terror.

—¿Un látigo sado?

Ahora fue Mayte la que resopló. Retiró el pesado sillón de la princesa pesadillas y se sentó.

A tomar por culo. Si es lo que soy. Una amargada de la vida. Para qué ocultarlo.

—Me senté. —Entornó los ojos hacia un jarrón que decoraba la mesa con un par de rosas secas similares a las que había tras el cristal en el pasillo frente a su puerta. Pero estas sí eran naturales, flores secas ya medio marchitas.

Rosas muertas.

Negó con la cabeza.

Vaya terapia intensiva. De aquí al loquero de cabeza. Voy a acabar con el ego bajo el suelo.

—En tu sillón. —Natalia no preguntaba—. ¿Y cuál es el sillón del amo del castillo?

Tuvo que guardar el móvil al ver a Damon en el umbral. El color burdeos no era un color que le habría llamado la atención, pero ahora estaba comenzando a ser su favorito. Podía notar cómo él comprobaba el sillón que ella había ocupado y hasta se avergonzó. Se lamentó de no haberse sentado en cualquier otro. Una vez podía ser casualidad, pero dos veces en el sillón de la rosa muerta no podía ser por otro motivo que el que ella asumía ser la princesa que soñaba pesadillas.

Esperó a que él se sentara, justo de frente a ella. La sopa aún humeaba, para ser un país en el que la comida no le gustaba demasiado tenía que reconocer que Thomas Damon tenía buenos cocineros. La sopa de pescado olía de maravilla. También su estómago ya llevaba tiempo sin comer lo suficiente y ya no aguantaba más.

Como siga así voy a acabar de verdad como la estatua.

Alargó la mano hacia el cucharón de la sopa para servirse, pero se detuvo para que fuese él el primero en hacerlo.

Con el hambre voy a perder hasta los modales.

Damon le hizo un gesto con la cabeza para que fuese ella la primera. Se llenó el plato hasta la mitad y soltó el cazo.

—Me alegra que te encuentres cómoda en tu habitación —le dijo él mientras se servía—. Eres la primera huésped que se aloja en ella.

Justo tenía la cuchara a unos milímetros de su boca y la retiró de inmediato.

Veneno otra vez.

—¿Quema? —preguntó él y Mayte negó con la cabeza.

Cogió aire, se la metió en la boca y tragó como pudo. La primera huésped de la *suite* de la princesa pesadillas. Notaba cómo los colores subían considerablemente entre el calor de la sopa y el que le provocaba la incomodidad.

—¿Es un personaje de alguna novela? —preguntó. En internet no había nada, en ningún folklore histórico sobre un personaje similar.

—¿Has leído todos mis libros? —Ella negó con la cabeza.

—Todos, salvo dos. —Una segunda cucharada le quemó la boca por completo.

Él arqueó las cejas como si la respuesta a su pregunta fuera evidente.

—No me refería a libros publicados —añadió Mayte—. Ni siquiera a historias completas. Las figuras de esta casa, la decoración del jardín… están relacionadas con algunas de tus historias.

Thomas asintió con la cabeza.

Entonces, ¿quién coño *es ella?*

Su mente divagó y sus pensamientos le recordaron a Vicky. Una idea no muy disparatada es que fuese una habitación dedicada a una ex o lo que fuera. Que no estuviese estrenada quería decir que la princesa pesadillas, quien quiera que fuese, ya no estaba en su vida.

—Ella no está en ningún libro. —Fue su escueta respuesta.

—Solo en el jardín —dijo Mayte y él se sobresaltó. Dirigió su mirada hacia ella de una forma tan intensa que hasta derramó parte de su cuchara en el plato. Levantó los ojos hacia él y lo vio contener la sonrisa.

—Solo en el jardín —repitió.

Sentía que era mejor no sacar la conversación de la princesa pesadillas porque si así era como la veía él, menudo esperpento. Ya lo que le hacía falta a su ya de por sí ego enterrado: sumarle lo único por lo que no estaba acomplejada. Nunca fue fea, al contrario, en su época del instituto fue votada la más guapa del centro. Un estúpido concurso de voto secreto, sexista y denigrante. Algo retrógrado y primitivo, costumbre que por suerte se había perdido. Recordaba cuando fueron a darle la noticia, algo que la hizo huir de clase con el estómago descompuesto e irse a su casa a llorar. Nunca le gustó llamar la atención en absoluto hasta que conoció en la facultad a las tres locas y ya que la gente la mirase, por la razón que fuera, le daba igual.

Los años habían pasado, su cara ahora mostraba cierta madurez, las mejillas se habían vaciado levemente. Los rasgos de juventud se perdían despacio, la belleza dejaba paso a un atractivo bien distinto. Entornó los ojos hacia Damon. En los hombres era diferente, ellos iban de bien a mejor. Al igual que tardaban más en madurar en la juventud, también tardaban más en desarrollar el atractivo. Aunque suponía que Damon siempre lo tuvo.

Inteligencia, talento, atractivo, éxito, pasta, esto sí que es un monstruo y no los del jardín.

Si hubiese estado sola, hubiese resoplado. La sopa se acababa, vio en la mesa la tapadera de plata del sopero y fue a cogerla. Su mano chocó contra la de Damon y la retiró enseguida. Un leve roce de unos segundos que hizo que toda la presión de la mañana, sus miedos y soportar a la puñetera Estela faltándole el respeto, mereciese la pena.

La sopa se digería en su estómago entre rayos que le producían leves pinchazos y una corriente eléctrica que parecía imposible que la produjese el propio cuerpo de manera natural sin que nada lo ayudase. Era un misterio cómo el cuerpo reaccionaba a ciertos estímulos. Algo que siempre le llamó la atención. ¿Qué podía hacer que esa sensación se despertase? Hormonas, algo invisible. Vicky solía compararlo con el deseo sexual y algo de razón debía de llevar. En los animales era puramente hormonal, si una hembra estaba en celo era suficiente. Pero en los humanos era diferente, cualquiera no servía para despertar la magia. Y en ella Damon podía despertarla sobremanera.

Se mordió el labio, pensar en copulaciones, corrientes eléctricas en el estómago, hormonas y orgasmos, a medio metro de Mr. Damon, no era algo correcto.

Parezco una desesperada.

Apartó la mirada.

¿Princesa pesadillas? Si supiese lo que estoy pensando ahora mismo me cambiaría de habitación.

Detuvo aquellos pensamientos encadenados que la estaban llevando a salirse del tiesto o acabaría con más calor que el que le estaba dando la sopa. Y al final tendría que hacerle caso a Vicky y desquitarse con «Dios». Volvió a morderse el labio, sus pensamientos de nuevo se habían distraído hacia el mismo tema.

Mierda.

Y entonces recordó a Mr. Damon saliendo la noche anterior en compañía femenina y aquello en el estómago aumentó.

Mierda, mierda.

Él miró la hora en el reloj.

—Subimos y te explico lo que necesites —dijo—. En un rato tienes visita y yo a mi entrenador personal.

Ella se levantó con rapidez.

Sí, vamos a trabajar a ver si me concentro en otra cosa. Porque por este camino mal voy.

Subieron a la segunda planta, Damon le pidió que llevara las cosas a su despacho. Mayte entró en el estudio, aún olía al perfume de Estela. El cuaderno de notas estaba encima de la mesa, donde lo había dejado. Lo cogió y salió al pasillo. Damon había dejado la puerta del despacho abierta, ella se detuvo en el umbral. No se atrevía a traspasar las puertas del templo a pesar de que la puerta abierta era una invitación.

Damon recogía algunos papeles del suelo. Levantó la cabeza hacia ella.

La creatividad y el desorden.

—Pasa —le dijo, poniéndose en pie. Rodeó la mesa y arrastró una de las sillas. A Mayte le sorprendió que la colocara junto a su sillón y no al otro lado de la mesa.

Dio unos pasos, acercándose despacio mientras él tomaba asiento. Podía ver los numerosos folios encima de la mesa. En unos solo había textos, otros estaban tachados y en alguno pudo apreciar hasta algún garabato en forma de criatura extraña. Se sentó en la silla junto a Damon sin saber dónde apoyar el cuaderno, la mesa era grande pero estaba llena de cosas.

Se cruzó de piernas y apoyó la libreta en sus rodillas. Damon encendía su ordenador, un salvapantallas negro con el mismo símbolo de la verja de la puerta. Había tantos archivos en la pantalla de inicio que no sabía cómo él podría encontrar en cuál estaba escribiendo.

Pero él no dudó con el puntero del ratón y se dirigió a uno en concreto.

—Esta es la que estás traduciendo. —Ella arqueó las cejas ante el archivo. Un simple archivo

como cualquier otro, pero cuyo contenido se convertiría en millones de ventas. Como supuso que con el tiempo se convertirían los otros que permanecían cerrados.

Mayte abrió la libreta, había olvidado el bolígrafo en su estudio. Miró en la mesa, la cubeta de bolígrafos estaba vacía y supuso que estarían todos bajo los papeles. Levantó los más cercanos y encontró un subrayador, le serviría.

Oyó las teclas a su derecha. Miró de reojo, Damon tenía en la pantalla el primer capítulo de la novela, con el que ella había empezado a trabajar. Lo dejó en silencio un instante, él estaba leyendo algo en la pantalla.

Luego se giró hacia Mayte.

—Y bien, ¿qué necesitas?

Un vaso de vodka a rebosar mientras escucho las burradas que se le ocurrirían decir a Vicky.

Estaba convencida, lo más profundo de su ser era exactamente lo que necesitaba. Que alguien se tomase a broma cada paso que daba dentro del castillo. Liberar el miedo y la tensión, convertirlos en disparates sin sentido. Eso necesitaba.

Sonrió levemente mientras bajaba los ojos hacia sus notas. Comenzó a explicar todo lo anotado, incluso de una manera sutil las controversias con Estela en ciertas expresiones. Damon le fue aclarando punto por punto, amplió algo más de la novela, partes que aún Mayte no había tocado. Ella lo escuchó tan concentrada y atenta que hasta se olvidó de sus propios pensamientos, algo que agradecía.

—Espera. —Se giró hacia uno de los cajones de la mesa y sacó un puñado de folios de su interior. Los puso encima de la mesa—. Hasta aquí está el texto definitivo, al menos lo que llevo escrito. Como ves tiene notas, aquí es donde voy haciendo las revisiones de los borradores. —Miró de reojo su pantalla—. No siempre lo hago en el ordenador. Me lo llevo al dormitorio y a veces veo las cosas de otra forma. Incluso veo la novela entera de otra forma —sonrió, mostrándole aquella hilera de dientes perfectos. Mayte fue consciente, una vez más, de quién era el hombre que tenía delante. A ratos se le olvidaba. Aguantó la respiración—. No sigo reglas escribiendo, no me importa que la novela esté a punto de acabar. La cambio las veces que haga falta, algo que no le gusta a mis editores.

Mayte sonrió y él negó con la cabeza.

—En alguna han estado esperando a que yo acabase los cambios para enviarla a imprenta porque estábamos a unos días de la publicación. —Alzó las cejas y levemente los hombros—. Pero no sé trabajar de otro modo.

Mayte recogió su libreta y los folios.

—¿Has estado en la biblioteca? —preguntó y ella negó con la cabeza—. Puedes usar los libros que quieras. Aquí también tengo algunos. —Se levantó, dándole un leve roce en la mano para que lo siguiese.

Ella se miró la mano.

Otra vez.

Volvió a repetirse la misma sensación que tuvo en la mesa. Se levantó y lo siguió hasta una de las esquinas del despacho cerca de los ventanales.

—Aquí tengo los que uso para trabajar, al menos los que necesitaré para las próximas cinco novelas —añadió, buscando entre los lomos de los libros en el estante.

¿Ya tiene pensadas cinco más?

Él la miró de reojo y sonrió.

—No pensarás que toda esa montaña de la mesa es solo para una novela —respondió Damon a su expresión. Y ella alzó las cejas.

—¿Escribes varias a la vez? —Si ya una le resultaba compleja de seguir como lectora con tanto bicho y giros, no se imaginaba lo que sería crearlas mezcladas con otras cuantas más.

—Siempre —volvió a sonreír mientras seguía buscando en los estantes—. En las entrevistas me suelen preguntar cuánto tiempo me llevó escribirlas. Nunca sé la respuesta correcta. Hay novelas que empecé hace años y aún no las he acabado. Esta. —Le dio un toque a los folios que Mayte llevaba en la mano—. La empecé hace cinco años. En cinco años he publicado siete novelas más, algunas las empecé después.

Ella ladeó la cabeza mirando los libros, algunas eran ediciones muy interesantes.

—La mayoría no son narrativa —explicaba él. Mayte se dirigió hacia un libro de pastas de un llamativo color azul—. Aquí solo hay demonios. De los que no existen o solo han existido en la imaginación. Otros, como ese —señaló el azul en el que Mayte había puesto el dedo—, contienen demonios de los de verdad. Las mentes más perversas de la historia.

Ella retiró su dedo enseguida y lo vio contener la sonrisa.

—¿Sensible a la lectura? —Él alzó las cejas con suficiencia.

—Si deja de ser ficción, sí —respondió Mayte volviendo al libro de lomo azul y a los que lo seguían en la estantería—. No me interesan los aparatos de tortura ni cómo se mataba a la gente en otras épocas. No me gustan los sacrificios ni los rituales de sangre. —Pasaba el dedo por los títulos según iba nombrando—. Ni tampoco los asesinos en serie.

Bastante tengo con mis propias pesadillas.

Retiró el dedo de los libros y se colocó frente a Mr. Damon, que la miraba con asombro.

—Pero has acabado en un castillo repleto de monstruos y traduciendo un libro de terror.

Mayte tuvo que contener la risa, no dejaba de ser llamativo.

—Tus monstruos no están vivos, ni los de tu casa ni los de tus libros —respondió. El escritor entornó los ojos.

—Todos los monstruos viven en algún momento —aseguró y Mayte alzó las cejas. Mr. Damon le dio la espalda para retirarse hacia su mesa. Dejó el libro que llevaba en la mano sobre ella y apagó el ordenador con rapidez mientras negaba con la cabeza.

—Hace tiempo que no leo el capítulo primero. —Lo oyó decir—. Si vuelvo a leerlo lo modificaré otra vez. —Se giró hacia ella—. Y sois diez traductores los que estáis trabajando con él.

¿Diez? ¿Y dónde tiene a los otros nueve? ¿En las mazmorras del castillo?

Miró de reojo la estantería.

Simbología y bestiario femenino. Me interesa.

Tomó la palabra a Mr. Damon y fue a cogerlo. Él la observaba con atención.

—Leer y modificar, no puedo evitarlo —dijo.

—Eso también es un monstruo —respondió ella. El libro era una edición enorme, no esperaba que pesara tanto y tenía que apoyarlo en alguna parte o lo dejaría caer al suelo.

Damon corrió en su ayuda y puso las manos bajo el libro, una de ellas sobre los dedos de Mayte.

Corrientes, corrientes eléctricas.

—¿Qué tipo de monstruo? —Pero él parecía más interesado en su comentario.

—Uno maniático y compulsivo —respondió ella. Lo tenía cerca, tan solo el pesado libro los separaba. Podía sentir el olor intenso de Mr. Damon, una mezcla de inciensos con canela. Aquel

aroma no podía ir más con él. Misterio y seducción en su justa medida—. Pero tú eres el especialista en monstruos.

Inclinó levemente las piernas para agarrar bien el libro y echárselo sobre el pecho, la única forma de cargarlo hasta el dormitorio. Él bajó los ojos hacia el libro.

—Ese libro es del siglo XVII, seguramente habrá expresiones que no entiendas —le dijo y ella bajó la cabeza para mirarlo. Desde luego que se veía viejo—. Me gusta conocer la percepción de las mismas criaturas en distintos puntos de la historia y en las distintas culturas. No es fácil encontrar ejemplares en buen estado.

No lo voy a robar ni a mojar ni a romper. Sobran esos comentarios, Mr. Damon. Soy correcta, soy todo lo que se espera de mí.

Se apartó de ella, dejándola sola con el peso.

—Libros únicos, algo pesados e incómodos, con un olor peculiar. —Le vio media sonrisa—. Páginas gruesas, cosidas a mano y encuadernadas con piel humana.

¿Cómo?

Soltó el libro de inmediato y apartó un pie para que no le cayese encima. El ruido fue estrepitoso, eran unos cuantos kilos contra suelo de mármol. Cayó de canto y se abrió, quedando a medio abrir, entre los folios y la libreta. Entonces fue consciente de que había dejado caer algo tremendamente valioso, poco usual y seguro que caro como no llegaba a imaginar.

Ay, madre.

Se inclinó a cogerlo, pero no fue capaz de tocarlo.

Qué mal rollo, por Dios.

Retiró la libreta y los folios. Oyó las carcajadas de Damon y levantó la cabeza hacia él.

—Encuadernaban libros con piel humana, pero no te he dicho que este sea uno de ellos —le dijo y Mayte enrojeció de inmediato.

Encima guasita.

El escritor se acuclilló para coger el libro, Mayte lo tenía difícil con tremendo peso. Volvió a dárselo, ella lo cogió con recelo y volvió a echárselo sobre el pecho arqueando levemente la espada para hacer contrapeso. Él seguía con la sonrisa burlona mientras se dirigía hacia la puerta.

—¿Podrás bajarlo por las escaleras? —preguntó, abriéndole la puerta y dejándola pasar.

Mayte sabía que tenía que notarse físicamente cómo le ardía la cara de la vergüenza. Apretó los dientes y lo miró de reojo.

—Si caigo rodando prometo no romper la sirena —respondió y en cuanto lo dijo se arrepintió. Lo vio aumentar la risa.

Estaba ya en las escaleras. Podía ver aquella figura siniestra en la entreplanta.

Sí, sí que la dejaría caer y se romperá. Así que espero no dar un traspiés.

Comenzó a bajar escalón por escalón, libro, libreta y hasta el bolígrafo le era incómodo. No ir agarrada a la barandilla le daba inseguridad y hasta vértigo. Comenzó a ser consciente de que aquellas escaleras eran algo curvas y más empinadas de lo que pudiera parecer.

Mierda.

El bolígrafo cayó, oyó un tintineo escaleras abajo. Miró de reojo a Mr. Damon, él bajaba tras ella. La rebasó y cogió el bolígrafo.

—¿Quieres que te ayude? —Se detuvo en la entreplanta, junto a la sirena.

—No hace falta, gracias —respondió con rapidez, con un poco más de frescura que de costumbre. El tono divertido de Mr. Damon comenzaba a cabrearla.

Vete a reírte de otra.

Bajó los ojos hasta el bolígrafo, necesitaba las dos manos para sujetar el libro. Thomas sonrió, aquella hilera de dientes se asomó entre sus gruesos labios y vio de nuevo ironía en su expresión.

—Ya no hay estatuas que peligren de aquí a tu dormitorio —respondió él acercando la mano hacia la boca de Mayte, que quedó paralizada.

Notó el olor intenso de Damon en la manga de su camisa, estaba a milímetros de su nariz. Rozó el bolígrafo en sus labios y por reflejo los entreabrió. Él colocó entre ellos el bolígrafo en horizontal y ella lo atrapó. Notó un leve roce con sus dedos, acción que encendió aún más su cara y que aumentó aquellas corrientes que le producía la cercanía con el escritor.

Él dio un paso hacia atrás sin dejar de observarla. Si alguna vez se sintió más estúpida que allí plantada como una estatua, delante del escritor, cogiendo aquel pesado libro y con un bolígrafo que la obligaba a no poder mover un ápice la boca, no lo recordaba.

Lo vio contener la sonrisa.

—Que pases buena tarde —le dijo ya bajando la siguiente hilera de escalones.

Ella seguía sin moverse. No podía responderle o el bolígrafo caería. Lo vio contener la sonrisa y aquello aumentó su bochorno y también su enfado.

La madre que parió al juntaletras.

El libro cada vez pesaba más, se acercó a la barandilla y se apoyó en ella con la cadera.

La hostia *va a ser chica.*

Tendría que haber dejado que él le hubiese ayudado, pero no. Y no sabía ni siquiera el por qué le había negado la ayuda.

Si me caigo lo merezco por capulla.

Fue bajando escalón por escalón, de uno en uno. Damon había desaparecido escaleras abajo hacia la planta baja y el sonido de sus pasos le indicó que no se detuvo en la planta baja, sino que se dirigía hacia el sótano.

Estaba sudando. Llegó al fin hasta la planta de los dormitorios, se giró hacia su pasillo y quedó paralizada.

Oyó una risa que conocía bien, una risa contagiosa que era capaz de hacerla sonreír hasta en sus peores momentos. Le brillaron los ojos.

—Buenas tardes, princesa de las pesadillas. —Claudia cruzó una pierna con la otra.

Escupió el bolígrafo que aún tenía el aroma de Damon y expulsó el aire con fuerza. Los monstruos no eran tan temibles con una unicornio cerca.

8

—Normal que no hayas dormido una mierda con las garras de ese bicho del cabecero —le decía Claudia abriendo la puerta del pequeño balcón—. Buaaaaaa, qué pasada de jardín.

Después de haberle dado doscientos besos Claudia había inspeccionado la *suite* mientras Mayte se daba una ducha.

—De noche tiene que ser una pasada —añadió.

—Sí, todas las figuras tienen focos —explicaba Mayte asomándose—. Pero a cierta hora las apagan y es… —Sacudió el cuerpo.

—Menudo castillo encantado. —Cerró la puerta de cristal y la miró con picaresca—. ¿Y qué te parece el amo de la casa?

Mayte apretó los dientes y miró el libro que había sobre la cama.

—Lo prefiero a su representante —respondió y Claudia rio—. Pero no te creas que es fácil tampoco con él.

Resopló, Claudia había conseguido que se disipase el bochorno con Damon, aunque cada vez que recordaba su vergonzosa imagen, paralizada en la entreplanta, aquella sensación de salir corriendo le sobrevenía.

Claudia sacudió la mano.

—No me digas que no estás mejor que en Barcelona o en Madrid. —Tiró de ella hacia la puerta—. Un castillo encantado, un título de princesa, te pagan de maravilla y tu jefe es… —La miró de reojo y sonrió, apretando los dientes—. Un pedazo de jefe. No quiero quejas.

—No hay quejas. —Aunque los pinchazos en el pecho revelaban la sensación contraria.

—¿Te mola? —Fue tan rápida en la pregunta que la sobresaltó.

—No, no, ¿qué dices? —se apresuró a responder.

Claudia asentía de manera exagerada.

—Claro que no. —Le dio en el hombro, empujándola hacia el pasillo—. No es correcto ni moral y una completa traición a Christopher que te liaras con el amo del castillo encantado. —Volvió a empujarla mientras Mayte cerraba con llave—. ¡Qué vergüenza! Imperdonable.

La ironía de Claudia la ruborizó.

—No entra en tu infranqueable código ético. —Claudia miraba el rosal muerto tras la vitrina de la pared—. Rosas muertas.

Luego miró de reojo a Mayte.

—Es como si te conociese de verdad —sonrió.

—Por suerte para mí no me conoce. —Cogió aire y lo exhaló con fuerza.

—¿La comida bien?

Mayte asintió.

—Perfecta. No recuerdo haber comido mejor en Londres. —Su amiga hizo una mueca—. Era lo peor. —Le acompañó en la mueca.

Bajaron las escaleras. Mayte oyó una puerta y enseguida giró la cabeza. Mr. Damon apareció desde el pasillo del otro lado.

—Mrs. Lyon. —Se acercó a ella y saludó a Claudia.

Mayte se fijó en que él también se había duchado y cambiado de ropa. Su perfume ahora era

fresco, recién echado y no el que ella había olido en la manga de su camisa. Aquello le volvió a recordar su bochorno y desvió la mirada.

—¿Te quedas a cenar? —le preguntó a Claudia—. Yo tengo que salir y Mayte estará sola.

Claudia miró a su amiga sin dejar de sonreír.

—Hoy no puedo. Christopher y Georgina están fuera y tengo a cinco que atender. —Guiñó ambos ojos y Damon rio—. Otro día.

Damon miró a Mayte.

—Hasta mañana entonces —le dijo a ella. Luego se giró de nuevo hacia Claudia—. Hasta otro día, Mrs. Lyon.

Acabó de bajar las escaleras. No tardó en oírse la puerta de la salida. Claudia seguía sin moverse. Miraba a Mayte sin bajar un solo escalón más.

—Incorrecto, inmoral, bochornoso, escandaloso. Una vergüenza. —Rio mientras bajaba los escalones de espaldas.

—Déjalo ya —reprochó Mayte dándole en el hombro—. Además, dos noches que sale a la misma hora. Sale con alguien, con la que lo acompañaba ayer quizás.

—¿La has visto por aquí? —Claudia se inclinó hacia ella.

—¿Qué más da? Aquí no hay nadie como puedes ver.

—Exacto, nadie salvo una mujer que ocupa la *suite* de una princesa.

Mayte no rio a la ironía de Claudia.

—¿Quién te ha abierto?

—Un señor, luego me dijo donde esperarte y desapareció.

—Están todos escondidos —susurró Mayte.

Claudia hizo una mueca.

—Qué gente más rara estos británicos. —Miró un candelabro dorado con forma de garras—. Y luego las locas somos nosotras.

—Está claro que el señor quiere soledad. —Mayte miró a su alrededor—. Empleados invisibles, sensación de que la casa esté completamente vacía… —suspiró.

—Lo mismo tiene a la novia también escondida. —Reía su amiga.

Mayte levantó la mano para taparle la boca.

—Que aparentemente no haya nadie no significa que estemos solas.

—¿Hablan español? —Le dio con la frente en la suya—. Puedo decir lo que quiera. Miró las escaleras que bajaban al sótano.

—¿Qué hay en el sótano?

—No lo sé. Solo puedo estar en la planta baja, en el primer pasillo a la derecha y en el segundo a la izquierda —repitió las indicaciones de Estela.

Claudia la miraba con picaresca.

—¿Tiene ahí abajo un cuarto como el de los Warren? ¿Una habitación como la de Barba Azul?

Mayte negaba con la cabeza. Salían al jardín. Claudia se puso delante de ella mientras caminaba de espaldas. Entornó los ojos con picaresca.

—¿Una sala sado? —Al oírla se llevó la mano a la cara—. ¿Se oyen gritos por la noche?

Mayte negó con la cabeza de nuevo.

—Buena señal. O no tiene novia o es un *matao*. —Torció los labios en una mueca. Claudia le estaba recordando demasiado a Vicky.

—Necesitas una reunión unicornio con urgencia —le dijo a Claudia—. Estás desvariando.

—Tú estás desvariando. —Aumentó su risa. Levantó el pulgar hacia la verja del castillo por donde habría salido Damon con el coche—. Y más que vas a desvariar.

Mayte resopló. No sabía hasta qué punto era bueno tener a una unicornio cerca. Claudia se inclinó para darle un beso en la nariz. Le encantaba la forma de besar de Claudia, se sentía como una extensión de sus hijos, quizás eso era para su amiga. La última amiga que aún estaba sola, alguien a quien cuidar, sobreproteger y querer.

—Hoy no puedo quedarme más —le dijo—. Tengo que dormir a los peques, comprobar que las niñas hayan hecho las tareas y preparar el informe de esta semana —sonrió—. Pero volveré.

Dio unos pasos hacia el coche.

—Si necesitas cualquier cosa, sílbame. —Le guiñó un ojo—. Luego nos vemos en el chat.

Mayte le devolvió la sonrisa. La miró alejarse hacia su coche con aquellos andares ágiles. Si solo tuviese una parte de la positividad, la energía y la buena vibración que daba Claudia, sus pesadillas ya serían menos. Entonces recordó lo que Damon le dijo sobre los unicornios. Eran seres extraordinarios, no cabía duda, aunque a veces era bochornoso tenerlas cerca. Sobre todo cuando Vicky hacía acto de presencia.

Tuvo que contener la sonrisa al pensarlo. Sus amigas contrastaban tanto con la oscuridad y los monstruos que deseaba tenerlas cerca sin importarle las consecuencias.

La sensación al despedirse de Claudia era extraña. La soledad de la casa se hacía magnánima. Y la oscuridad y lo siniestro regresaban. El unicornio se había ido y el señor de la casa también.

Se giró hacia el castillo. Le daba tiempo de dar una vuelta por la biblioteca de la planta baja antes de cenar.

9

Se había llevado varios libros de la biblioteca al dormitorio. Antiguos títulos de Thomas A. Damon en inglés y sus versiones en español. Quería comprobar cómo lo habían hecho otros para hacer con exactitud lo que tanto Damon como Estela querían. Los autores tenían un estilo en concreto y solían utilizar los mismos recursos en todas las narraciones, le sería mucho más fácil.

Ya en camisón y una fina bata, leyó hasta que los párpados le pesaban. No había dormido las últimas noches lo suficiente y a pesar de los nervios quería y necesitaba dormir.

Se levantó del escritorio y se asomó a través de las puertas de cristal que llevaban a un pequeño balcón. Desde fuera había visto que solo había tres balcones en el castillo. Uno el suyo, otro más largo justo en la parte central del castillo, algo más elevado. Y un tercero a la misma altura que el suyo, pero al otro lado del central.

Las nubes se habían despejado, podía ver algunas estrellas y una luna grande y redonda. Con las luces apagadas de toda la casa, incluídas las del jardín, era más llamativa la luz que recibía del cielo. Apagó la luz central del dormitorio y solo dejó encendida la de la lámpara a uno de los lados de la cama.

Cogió el móvil, las locas querrían darle las buenas noches. Por suerte Claudia se había encargado de contar su visita de aquella tarde. Y se alegraba de que también fuese ella la que les hablase del ya «Sir Juntaletras» del chat.

—Esta noche creo que ya sí podré dormir —suspiró.

Volvió a asomarse al cristal. No sabía si Mr. Damon habría regresado ya. Los alrededores de la casa estaban completamente oscuros también. Vicky habría dicho una burrada porque el chat se llenó de emoticonos.

Abrió la puerta de cristal. El calor del interior contrastaba con el exterior, pero para su sorpresa notar el frío a través de la fina tela del camisón y de la bata de satén no le resultaba desagradable. Apenas le llegaban a la mitad del muslo, notar la piel a la intemperie resultaba placentero. Cogió aire y notó el fresco en la nariz, su pecho lo agradeció. Así que dio un paso hacia fuera. Desde el balcón podía ver de cerca una de las gárgolas de piedra a su derecha. A la izquierda solo había enredaderas de espinos de piedra y el lateral del balcón largo.

La luna se veía enorme, llegaba la primavera y era cuando la luna podía apreciarse de mayor tamaño. El balcón era estrecho y estaba vacío. Se asomó a la gruesa baranda, la piedra estaba helada. Podía ver las siluetas de cada estatua de la fachada y en la penumbra realmente impresionaban, llegando a hacerla sudar. También el jardín hacía formas monstruosas. Por un momento pensó que solo faltaba un aullido de hombre lobo de fondo para que el ambiente fuera perfecto. Pero solo había silencio, no se oía absolutamente nada, profundo silencio y oscuridad.

Solo mis pesadillas.

Cerró los ojos y cogió aire con fuerza de nuevo, sintiendo al final de la respiración un calambre en el pecho. Aquel que le impedía disfrutar de todo lo bueno que le sucediese.

—Dormir entre monstruos —decía Claudia—. Yo solo había visto el castillo en fotos y la verdad es que hoy me ha impresionado.

—Por lo menos tú lo habías visto en fotos, yo llevo todo el día buscando por internet y no he visto una mierda, salvo un reportaje que sí que se ve el jardín —decía Vicky—. Y la tía esta que

no manda ni una foto.

—Que no me dejan hacer fotos. —Había perdido la cuenta de las veces que se lo había dicho a Vicky.

—No te dejan fotos, pero cuando te conviene bien que la haces. Ayer te interesaba que viéramos a la esperpento.

—Eso es diferente, Vicky —respondió Natalia—. Lo de ayer no cuenta. Ella necesitaba que la viésemos.

—Y hablando de monstruos. ¿Mañana también tienes a La Medusa pegada a ti en el trabajo?

La Medusa, la madre que la parió.

Se llevó la mano a la frente y no pudo evitar reír. Lo de sus amigas tenía que ser sobrenatural porque Vicky, sin haber visto absolutamente nada de Estela, había estado muy cercana en el nombre. Alzó las cejas, visualizando a Estela y su abundante pelo rizado, podían asemejarse a las serpientes que tenía de pelo Medusa. Tuvo que taparse la boca para no hacer ruido al reír. Encogió el estómago aguantando la carcajada, a aquellas horas y en el completo silencio se oiría sobremanera.

—Seguramente. —Sorbió la nariz para seguir hablando sin reír—. Y ahora dime tú cómo la miro a la cara sin acordarme de ti.

—Es lo que quiero, que cada vez que la mires te acuerdes de mí y rías. —Por la voz sabía que Vicky sonreía—. Es lo que hacemos siempre. Intentar estar cuando se nos necesita y tú vas a necesitarme. Hazte a la idea de que estar con esa tía será como ir andando con la compresa mal puesta. Los mismos tirones de los pelos del…

Mayte se quitó la mano de la boca y comenzó a dar carcajadas sin remedio.

—Mayte. —Era la voz de Natalia de nuevo—. Nos hemos propuesto que salgas de una vez de todo esa mierda que tienes dentro y que siempre anda impidiéndote soñar. No vamos a dejar que te arruine, ¿sabes?

—Eso, querida Natalia, se llama consciencia.

—No, de eso nada. Eso se llama un duende interno que te advierte todo el tiempo de todo lo que puede salir mal, en qué puedes fallar y lo que puedes perder. Arruina la ilusión y no te deja ver ni disfrutar de lo que tienes.

—Pero siempre acierta, qué casualidad. —Torció los labios—. Va a salir mal, va a salir mal. Y… ¡oh, sorpresa! Sale mal.

Se oyó la risa de Natalia.

—Hasta cuando las cosas salen mal pueden disfrutarse —le rebatió. Entrar en debate con Natalia era saber que era imposible ganar, así que mejor callarse—. Lo malo suele durar poco, el resto del tiempo es disfrutable.

—Sois unas pelmazas. —Rio de nuevo Mayte.

—Te queremos, pero eso ya lo sabes —le dijo Claudia.

—Eres nuestra unicornio sensible —añadió Vicky—. Así que vamos a cuidarte más que a ninguna. Estaremos ahí donde estés.

Sonrió al oírlas.

—Os quiero —les respondió. Poco a poco se fueron despidiendo y desconectando.

Hasta mañana.

Lo pies descalzos se le estaban helando, tenía que meterse dentro ya. Se giró para entrar y se sobresaltó. No sabía cómo no se había dado cuenta de la luz, antes no estaba, cuando salió al balcón todo estaba oscuro, de eso estaba segura.

Pero ahora el balcón grande y central estaba iluminado. Y apoyado en la barandilla estaba el amo del castillo a tan solo unos tres metros de ella. Llevaba un pantalón azul de pijama y una bata burdeos ornamentada. Por la apertura central podía ver que no llevaba nada más debajo. Tuvo que expulsar aire lentamente ante tal imagen.

Yo no he firmado nada de esto. Madre mía.

Arthur Damon la miraba de aquella manera interesada con la que solía inspeccionarla. Abrió la boca para dar las buenas noches, pero en ese momento ella había caído en un limbo en el que solo podía pensar lo bien que le quedaban las batas cruzadas al señor de la casa.

Entonces bajó la vista hacia su propio cuerpo. Él no era el único que estaba en ropa de dormir y la suya era demasiado fina y escueta.

La madre que me parió. Qué vergüenza.

El frío de sus pies desapareció y le sudaron hasta las orejas de la vergüenza. Vergüenza que no parecía tener él al mirarla.

—Buenas noches —logró decir antes de entrar.

Lo vio contener la risa y el efecto lo sintió directo en su estómago. Se apresuró a entrar y a cerrar la puerta. Enseguida se dirigió hacia el espejo de suelo y se puso de espaldas a él. El camisón de satén marfil era tremendamente corto, se inclinó imitando la postura, como si estuviese apoyada en la barandilla. Se veían claramente los muslos al completo y, a través del encaje, parte de una de las cachas del culo. Se tapó la cara con la mano.

Quiero morirme ahora mismo.

—La madre que me parioooooo —dijo en el chat—. La culpa es vuestra, que me hacéis perderme y despistarme.

Ya no estaban en línea, pero Vicky y Claudia no tardaron en regresar. El sonido de los mensajes era como una especie de invocación inmediata si no había fuerzas mayores que les impidiesen hablar. No tardaron en preguntar y ella en responder. Natalia llegó cuando aquello se había llenado de emoticonos y audios.

—¿Qué ha pasado? Habéis llenado esto en cinco minutos —preguntó.

—Que doña correcta le ha enseñado los jamones al *Juntaletras* el segundo día de estar en el castillo. —Reía Vicky—. Y luego las locas somos nosotras.

—Qué vergüenza, por Dios. No sabía que estaba ahí.

—¿Vergüenza? Entre tanto monstruo lo habrá flipado. Mira cómo ha salido a echar el ojo. Lo que yo te diga, un tío es un tío, sea Sir Juntaletras o el escritor más famoso del mundo. Ahora se la estará cascando, te lo aseguro.

Mayte se tapó la cara con la mano.

—Va a pensar que lo he hecho queriendo.

—Hazme caso, ese no está pensando ahora nada de eso. Solo piensa en tus jamones y lo que haya alcanzado a ver. Se la está cascando —insistió Vicky.

Llegó un audio de Claudia, pero con la risa no fue capaz de hablar. Pronto llegó otro.

—Ahora mismo me estaba diciendo Christopher que le había enviado un mensaje a Damon para preguntar cómo iba… —Tuvo que parar para echar una carcajada—. Con Mayte.

—Pues dile que se espere un rato a la respuesta. —Hasta La Fatalé reía—. Que ahora está ocupado.

—Le va a decir que está encantado, eso seguro. Mañana te pones el camisón ese potente que tienes verde oscuro. Le da un infarto.

—Otra noche sin dormir. —Se mordió el labio. Si pensaba que lo del libro y el bolígrafo ya

era un bochorno, esto lo superaba sobremanera. Me quiero morir.

—Morir La Medusa cuando se entere de que has llegado al castillo caldeando el ambiente. —Reía Vicky—. Mejor, que se haga a la idea cuanto antes de lo que es una unicornio. Carga a «Dios» y te entretienes. Hablamos mañana. Besos a todas.

—Buen consejo, así te recuperas también del susto o de lo que sea que hayas visto. —La ironía de Claudia la hizo alzar las cejas.

—Hasta mañana. —Se despedía Natalia.

Mayte se sentó con la espalda apoyada en el cabecero de espinos y garras, encogió las rodillas y apoyó la frente en ellas.

Qué vergüenza, por Dios. A ver cómo lo miro yo a la cara mañana.

10

Bajó silenciosa y más temprano aún que el día anterior. Vergüenza terrible le daba recodar lo de la noche. Tanto que los momentos de la tarde le parecieron una anécdota sin importancia.

Mirarle a la cara sabiendo que me ha visto medio culo.

Mirar el chat y ver los comentarios de sus amigas sobre los jamones ibéricos tampoco ayudaba mucho, aunque tuvo que echar alguna que otra risa. Esperaba desayunar antes de que llegase Mr. Damon y después esconderse en el estudio hasta que llegasen Estela y Ava, sin pasar por la mirada escudriñadora de Damon, que seguramente estaría esperando su reacción después del bochorno de la noche.

Entró a gran velocidad al salón y frenó en seco cuando vio al señor de la casa ya sentado en la mesa mezclando la fruta en su plato. Levantó los ojos hacia ella y sonrió, le vio un haz de malicia.

El móvil le vibró, lo llevaba en la mano.

—Buenos días. —Lo oyó decir.

La mesa volvía a estar repleta, la noche anterior solo tenía alimento para un comensal. Bajó los ojos hasta su móvil.

«Correcta, formal, perfecta, pero luego le enseñas los jamones por la noche. Sigue así, que te va a empotrar antes de tiempo». Era el veredicto de Vicky.

Mayte alzó las cejas. No, no eran de ayuda, al contrario. Buscó su sillón y se sentó en él. Damon estaba en el extremo de la mesa, el sitio principal, el suyo estaba junto a su izquierda. Ninguna de las veces coincidían las sillas en el mismo lugar.

Esta vez Mayte si apoyó la espalda en el respaldo y miró de reojo para comprobar si él observó el detalle. Por supuesto que lo observaba. La sensación que las acciones que Thomas Damon le producían en el estómago le estaban encantando. Ya las conocía de otras veces con otros hombres, pero esa vez llegaban acompañadas de una extraña satisfacción que no sabía explicar cuando la realidad era que estaba llena de miedos.

Damon acabó de mezclar la fruta con azúcar y algo más. Luego cogió una cuchara sopera y le echó a Mayte en su cuenco, acto que a ella le sobresaltó.

—No pruebas fruta en ninguna comida.

Frunció el ceño al oírlo. Que observase sus hábitos, en tan solo dos días, era algo que no esperaba. Aunque estaba claro que era sumamente observador. Supuso que así eran los escritores, personas reales que se mezclarían en su cabeza para formar los ficticios.

—Envejecerás pronto —sonrió—. Si es por el ácido, así lo contrarrestarás.

Entendió el porqué del azúcar.

—Al menos es una forma de empezar hasta que logres comerla sola —continuó.

Le tendió una cuchara a Mayte que, con timidez y por compromiso, la cogió. No le gustaba la fruta y menos en ayunas.

Damon esperaba en silencio que ella empezase. Mayte apretó los dientes mientras cogía una cucharada de lo que parecía fresa, manzana, pomelo, plátano y algo verde que supuso que sería kiwi. Todo ello troceado en cuadrados pequeños.

Menudo cóctel.

Se lo introdujo en la boca. En cuanto notó el ácido, a pesar de estar mezclado con el azúcar,

se le encogió la lengua, erizó el vello y sacudió la cabeza por reflejo. Oyó la risa de Thomas Damon.

—El pan, la mantequilla y el café es solo relleno. Te mantiene vivo, pero nada más. Este tipo de cosas es lo que te mantienen más vivo que el resto —le dijo.

—Tomo vitaminas. —Se excusó ella—. Hay alternativas.

Él asintió al escucharla, pero estaba esperando a que ella volviese a coger otra cucharada.

Otra vez.

Volvió a sacudir la cabeza, sabiendo que tendría que acabarse el plato. La sonrisa de Damon bien valía comerse aquello una y una otra vez durante cien años. Tuvo que sonreír ella también.

—¿Esto me asegura trabajar mejor? —preguntó, frunciendo el ceño y él negó con la cabeza.

—Lo otro depende de ti. —Él volvió a atender a su propio desayuno—. En cuanto al trabajo, hazlo según tu criterio. No te veas influenciada por Ava o Estela. Cualquier cosa puede arreglarse después, no quiero que te retrasen.

Mayte negó levemente con la cabeza.

—Anoche estuve leyendo otras novelas tuyas y sus traducciones, creo que ya lo tengo —dijo orgullosa.

—Novelas de traductores que ya no trabajan conmigo —replicó él enseguida y Mayte calló de inmediato.

Coño, *no doy una.*

Levantó la cabeza hacia él, temiendo su expresión.

—No son una buena referencia —añadió, ladeando la cabeza.

Ella removió la fruta en el plato. Volver a comer una cucharada de aquello era una tortura para su paladar. Realmente le costaba soportar el ácido. Notó el bolso a su espalda volver a vibrar, las chicas estarían hablando de cualquier cosa y no paraban. La hora del desayuno era una reunión asidua. Las noches de madres de bebés solían ser muy movidas por lo que podía comprobar en el chat. Pensar en ellas le hizo ver su mala idea con los libros de la misma forma que sus amigas solían ver las cosas cuando se equivocaban de camino.

—Entonces ahora tengo una referencia de cómo no debo hacerlo. —Torció los labios mientras lo miraba de reojo.

Thomas volvió a sonreír. Esta vez la sonrisa hizo más efecto en ella que de costumbre, así que llenó la cucharada hasta el borde para engullirla con rapidez a ver si se le pasaba. Una nueva sacudida la sacó de aquel tornado de chispas entre las costillas. Había funcionado.

—Por cierto, hay una hora concreta en la que tengo programada apagar las luces del jardín —siguió y ella bajó la cabeza enseguida recordando la noche, la estaba comenzando a olvidar—. Si quieres que la retrase…

—No —lo cortó enseguida.

Lo vio alzar las cejas.

Me muero.

Desvió la cabeza hacia el lado contrario a Damon.

—Siento si hice demasiado ruido —se disculpó.

—No tiene importancia. —Lo notó coger aire despacio.

Si al final Vicky va a tener razón.

Lo del estómago regresó, y con más fuerza, al pensarlo. Se avergonzó de sus propios pensamientos.

—El viernes viene a cenar mi hermano con unos amigos —le dijo—. No quiero que te sientas

incómoda. Quizás también venga Estela.

Incomodidad asegurada.

—Puedo cenar arriba, no es un problema —respondió.

Él calló de inmediato y se detuvo a mirarla.

—Exactamente eso es lo que no quiero que hagas —dijo y ella se sobresaltó—. Eres mi invitada.

—No tienes ninguna obligación de ser amable conmigo. —Comenzaba a tolerar mejor el ácido, tragó casi sin masticar—. Demasiada amabilidad que ya no sé cómo agradecer.

—Ya lo estás agradeciendo. Te empeñas en trabajar bien, algo que aprecio en gran medida.

Mayte miró a su alrededor.

—Pero he podido apreciar que te gusta la soledad, no tienes por qué soportarme por la casa.

Thomas frunció el ceño.

—Es cierto que pido a mis empleados permanecer al margen, tengo horarios marcados para que no se crucen conmigo o mis invitados porque me gusta que esta casa parezca desierta. La sensación de vivir completamente solo. Pero eso no significa que haya compañías que me sean desagradables.

Digiere eso sin duendes, Mayte.

Thomas miró el reloj.

—Vamos fuera, el aire de la mañana es el mejor. —Se levantó.

O sea, me quedo sin tostadas y sin café. Solo el cóctel molotov.

Siguió a Damon hasta la puerta de salida. Cuando la abrió vio salir corriendo a al menos tres gatos al jardín.

—No hay gateras en la casa —explicó sobre la conducta de los felinos mientras otros cuantos entraban—. Algunos son nocturnos, otros prefieren el día para salir —sonrió—. Y otros no se mueven del sillón.

Thomas se quedó con la puerta abierta esperando a que el último gato entrara, el blanco que solía mirar a Mayte con la misma intensidad que su dueño. Fue descarado, tanto como pudo, luego movió la nariz, algún aroma le causó más interés que la traductora del amo. Mayte vio que él seguía sosteniendo la puerta para que ella pasara.

Estos modales me pierden.

Contuvo el aire mientras atravesaba el umbral y lo miró de reojo con disimulo. Cuando decían que los animales se parecían a sus dueños estaban bastante acertados, notó un gesto similar al que había hecho el gato blanco al pasar por su lado, quizás en un intento de captar su aroma. Una colonia que Mayte solía usar cada mañana, Chance de Chanel, un *au de toilette* discreto pero intenso a corta distancia. Echó de menos una cucharada de fruta ácida que le quitara de nuevo aquellas corrientes que iban por mal camino, un camino ombligo abajo que no venía al caso. O sí, pero que no quería ni pensar.

—¿Cuándo decidiste ser escritor? —se apresuró a preguntar mientras atravesaban las primeras figuras.

Le encantaba llegar al centro del jardín marcado por los arcos del cuerpo de la enorme serpiente con cabeza de dragón. Él sonrió al escucharla. La pregunta que le habrían repetido una y otra vez durante los últimos años.

—Yo era de esos niños que pasaban una hora mirando al techo antes de dormir. —Su sonrisa se amplió—. Mientras mis profesores explicaban cada materia me dedicada a dibujar monstruos.

Ahora fue Mayte la que sonrió.

—Fui un estudiante horrible, suspendía una media de tres a cinco asignaturas. Mis padres me tenían toda la tarde de academia en academia —negó con la cabeza—. Aun así acabé estudiando filología griega.

Eso sí estaba en su biografía. Le interesaba más la otra parte, la que no solía salir en los medios.

—Escribí mi primera novela en el último curso de instituto. —Torció los labios en una mueca —. Tuve profesores muy despistados y yo solía sentarme en la última banca. Esa novela se publicó diez años después. —Bajó la cabeza para sonreír—. Fue mi tercera novela publicada y aún tenía diez guardadas en cajones y algunas más comenzadas.

La miró de reojo.

—Sin embargo, hay algunas que a día de hoy no he conseguido terminar.

Mayte se detuvo en una de las figuras. Más adentro estaba la princesa de las pesadillas y no quería estar cerca de ella junto a Damon.

—Hay personajes que se me resisten —añadió, deteniéndose también frente a ella—. ¿Y tú? ¿Cómo llegaste a ser traductora? Vi en tu currículum que eres periodista.

Ella desvió la mirada, no le gustaba hablar de sí misma y menos aún a Damon. Su historia no tenía nada de interesante frente a alguien como él.

—¿Qué pasó? —insistió.

Tuvo que mirarlo. Esta vez iba vestido con un jersey marrón y ya dudaba qué color le quedaba mejor a Thomas Damon. Sus ojos oscuros la miraban casi sin pestañear. Sus labios estaban cerrados, así podía apreciar mejor su forma redondeada y perfecta. Pero no podía mirarlos y que él no lo notase, así que levantó la barbilla y lo miró a los ojos.

—Acabé la carrera e hice las prácticas, pero estas acabaron y no encontré trabajo. Trabajé de Au pair mientras colaboraba con un periódico digital, pero no se me da bien la escritura. —Los labios de Damon se movieron en un amago de sonrisa—. Demasiado tímida para televisión —negó con la cabeza—. La radio tampoco se me daba bien. Y tampoco es que tuviese demasiada vocación. Así que decidí rectificar.

Él frunció el ceño.

—¿No tenías vocación? ¿Por qué lo elegiste?

Ella dio un paso atrás, se sentía demasiado cerca de él.

—Tenía nota suficiente, era una carrera muy solicitada y pensé que eso iba a darme… —Espiró aire. Luego negó con la cabeza—. La juventud distorsiona las expectativas.

Damon ladeó la cabeza sonriendo.

—Gracias a esa distorsión soy lo que soy —añadió él a su afirmación—. Nadie cuerdo se dedicaría a escribir las novelas que escribo.

—A ti te fue bien la locura, a mí me hizo perder el tiempo —replicó ella.

En cuanto lo hubo dicho apretó los labios para no continuar. No quería que Damon la viese resentida con su suerte. Él entornó los ojos hacia ella.

—Si no te gustaba, ¿por qué acabaste la carrera?

No quiero hablar de esto, de verdad.

—Me gusta acabar lo que empiezo —respondió mientras él asentía.

—Como esos libros tostones que acabas de leer aunque no te gusten.

Exactamente.

—También hice allí mis amigas. Claudia es una de ellas. Ellas tienen parte de la culpa de mi pérdida de tiempo.

Lo vio sonreír ampliamente.

—No es excusa, las amigas no se pierden por un cambio de clase —replicó él con ironía.

No tienes ni idea. Es imposible separarse de las unicornio. Es ahora y me cuesta. A los diecinueve no me despegaba de ellas.

—¿Son ellas las que te hacen reír a carcajadas?

Mayte alzó las cejas y notó cómo le ardía la cara.

Las culpables de que te enseñase medio culo sin darme cuenta, las mismas.

—Lo son. —No pudo evitar sonreír.

—Debe ser bonito tener una amistad de tantos años —dijo él—. Yo no conservo amistades de mi juventud. Era el raro de la clase. —Frunció el ceño—. Las amistades no fueron muy intensas y luego cuando pasó esto de los libros se alejaron —negó con la cabeza.

—Pensaba que el éxito atraía amistades. —Esa vez fue ella la que frunció el ceño.

—Atrae a otras nuevas amistades, otro tipo de amistades, por llamarlo así. Las antiguas desaparecen.

Ella negó con la cabeza. No se imaginaba separarse de una unicornio por ningún motivo, ni éxito ni fracaso.

Mayte miró la hora en el móvil. Estaba lleno de mensajes unicornios. No podía pararse a leerlos.

—¿Por eso Claudia me pidió que no te separase de él? —Volvió a entornar los ojos.

Ella no fue capaz de responder a aquello. Oyó el motor de un coche, Estela entraba en la casa.

—Es la hora de subir —dijo.

¿Esta mujer no tiene otra cosa que hacer?

Rebasó a Damon para dirigirse hacia la casa, pero él le agarró la muñeca en la que sostenía el móvil para detenerla.

—¿Era por ellas? —Mayte abrió la boca, él estaba de frente a ella y aún no la soltaba. Notar su mano rodeándole la muñeca hacía que aquellas ráfagas se sucedieran una tras otra sin parar—. Ahí estaban las risas y lo que sea que tengáis. —Entornó los ojos—. Y sin embargo ayer estabas dispuesta a entregarme el móvil.

—Son tus normas —replicó ella enseguida. Quería que la soltase, quería retirarse. Temía que Estela los viera sin saber por qué ese temor. No era con Estela con quien Damon salía a cenar. Era otra chica más joven por lo poco que alcanzó a ver el primer día.

—¿Importan más que las normas? —preguntó y Mayte notó cómo la mano de Damon se aflojaba, pero no la retiraba de su muñeca.

—Las normas no dependen de mí, no puedo hacer nada. —Desvió la cabeza. No podía mirarlo en aquella postura. Demasiado cerca, distancia idónea para apreciar la perfección de su cara y que las corrientes la alcanzaran dispares por todas las partes del cuerpo hasta el punto de hacerla bascular y perder el equilibrio.

—¿Oponerte?

Ella sonrió levemente.

—No sé aquí, pero de donde vengo eso significa perder el trabajo.

—¿Y eso es un problema? —Ladeó la cabeza para encontrarse con su mirada.

—A mi edad sí. —Giró la muñeca en un intento disimulado de liberarse, pero solo encontró la palma de Damon sobre la suya al otro lado del teléfono. No dejó que se liberase al completo.

—¿Y de qué te sirve perpetuar algo si no tienes todo lo que necesitas?

Mayte se sobresaltó al oírlo. El móvil vibró entre ambas manos y él sonrió al notarlo. A corta

distancia su sonrisa era una maldad para el estómago de Mayte.

—Me encanta la soledad —añadió él, luego hizo un ademán con la cabeza hacia el móvil—. Pero no me importaría rodearme de personas que me hiciesen reír así. —Entornó los ojos hacia Mayte de nuevo—. ¿Has hecho fotos en la casa?

Madreeeee.

—No. —Encogió la barbilla al responder y a él no se le fue por alto. Pero ella no añadió nada, solo se mantuvo.

Es la hora, vámonos, joder.

Mayte desvió la mirada.

—Solo una —confesó. Notó cómo él movía la mano levemente aún sin liberarla.

—¿A qué? —No se atrevía a mirarlo, pero no notó enfado en su voz.

Estoy quedando como el culo.

Levantó la mirada hacia él y encontró aquellos iris oscuros en los que apenas se podía apreciar las pupilas. Cogió aire despacio.

—A esa figura de ahí atrás, a la mujer del rosal —respondió.

La princesa de las pesadillas.

Temió nombrarla. Vio que las cejas de Damon se movieron levemente. Su expresión cambió por completo y Mayte se desconcertó. Acaba de confesar que se había saltado una norma a pesar de la confianza que él había puesto en ella. Sin embargo, Damon ahora observaba su cara despacio, con el mismo descaro con el que la miraban sus gatos, como si acabase de encontrar algo en ella, algo que llevaba rato esperando, quizás días, más días de los que ella llevaba en el castillo.

No tiene explicación, pero es lo que desprende.

Lo vio sonreír y casi contener la sonrisa. Ella basculó levemente su cuerpo, los pinchazos le llegaban desde todos los ángulos.

—Buenos días. —La voz de Estela la sobresaltó y soltó la mano de Damon enseguida, apartándose de él con vergüenza.

Respondió con cordialidad, aunque desvió la cabeza hacia la figura de la mujer delgada. El aroma de las rosas llegaba levemente hasta ella.

Sus rosas no están muertas. No está del todo perdida.

—Mayte. —Oyó de nuevo la voz de Estela y se giró. Había una tercera mujer con ella y Ava —. Ella es Stephie, la secretaria de Thomas Damon.

Mayte le sonrió mientras recordaba a Vicky. Realmente Estela y su forma de acercarse a ella, inspeccionando su cara con descaro, la hacían parecer Medusa en medio de aquel jardín de monstruos amenazándola con sus serpientes. Mayte supuso que su imagen junto a Damon no fue del agrado de su representante.

Lo mismo está saliendo con su hermana.

Otra explicación no le encontraba.

—¿Ya podemos empezar? —preguntó, dirigiéndose a Damon a pesar de colocarse junto a Mayte.

Custodiada, cualquiera se escapa.

Mayte miró a Ava y a Stephie, cuyo interés en ella no era menor que el de Estela.

La Medusa, dice Vicky. ¿Solo Medusa? Mal lo llevo, tengo aquí a las tres Gorgonas al completo. Medusa y las dos hermanas.

Cogió aire con disimulo y lo expulsó lentamente.

Larga jornada me espera con estas tres.

11

Algo tenía que agradecer al editor de Damon y era que desde que llegó se había llevado a Estela del estudio. Tampoco Stephie permaneció junto a ella, tenía demasiado trabajo preparando algunas entrevistas de Thomas Damon.

Pero no había forma de quitarse de encima a Ava, que intentaba discutirle expresiones hispanas de las que no tenía ni idea.

Se acercaba la hora de que marcharan, al menos la hora en la que lo hicieron el día anterior. Estela al fin regresó y Ava no tardó en contarle su pequeño debate con Mayte. La representante la miró y casi logró ver las serpientes enroscadas alrededor de su cara.

—Sigue las indicaciones de Ava —le dijo firme.

Mayte sacó una de las traducciones de Damon, buscó una página en concreto y se la enseñó a Estela comparándolas con el original.

—Aquí está traducido tal y como dice Ava —le explicó.

Estela asintió.

—Por eso te digo que hagas lo que ella te dice. —Entornó ambos ojos en la réplica.

—Es exactamente lo que me ha dicho el señor Damon que no haga —respondió y Estela alzó las cejas. Vio entrar a Brad, el editor del escritor.

—¿Qué es exactamente lo que no quiere que hagas? —respondió Estela como si Mayte acabara de decir una estupidez.

—Que haga el mismo trabajo que hicieron otros que ya no están aquí —añadió.

Porque duraría lo mismo que duraron ellos. Algo que cada vez estoy más convencida de que te encantaría.

—Brad, tienes que hablar con Damon. —Oyó decir a Estela mientras ella se dirigía de nuevo a su monitor—. Esta vez está cambiando demasiado las pautas.

Brad miró a Mayte.

—Lo desconocía —respondió el hombre. Mayte mantuvo la mirada en el monitor—. Pero no creo que sea el mejor momento.

Madre, a este también le vamos a tener que poner nombre.

Notó cierta ligereza en las manos. El ambiente se palpaba extraño, de nuevo Mayte se sentía una intrusa que no merecía el puesto.

—Hablaré con los editores de España. —El hombre se retiró de la mesa de Mayte—. Os veo en el aeropuerto.

Aeropuerto, eso suena bien. Suena a lejos.

Salió del estudio y Mayte volvió a quedar sola con las tres gorgonas.

—Vamos a estar fuera tres días, así que seguirás el trabajo sola —dijo Estela y a Mayte le costó contener la expresión de satisfacción al escucharla—. Thomas tiene unos compromisos en Alemania.

Pero más fue el efecto que estas últimas palabras hicieron en ella.

—Seguirás sola, intenta mantener el ritmo. —Miró la pantalla—. Yo preferiría que parases hasta que regresemos, pero vamos mal de tiempo y Thomas no parece tener impedimento en que te quedes sola ni en su casa ni junto a su manuscrito inédito.

El tono de Estela iba declinándose hacia el desagrado a medida que pasaba el tiempo y solo

eran dos días. No quería imaginarla en un mes.

—Aunque no estarás del todo sola. Mrs. Lyon te visita, ¿no? —preguntó resuelta y vio cómo Ava y Stephie se miraban.

Mayte sabía que Estela no conocía a Claudia, pero supuso que el apellido Lyon era más que conocido.

—Ella y yo tenemos algunos conocidos en común. —Entornó los ojos—. Que han coincidido contigo alguna vez en algún evento en la mansión Lyon.

Mayte se giró para mirarla.

Los eventos en la casa Lyon, una buena tarjeta de visita de las unicornio.

Era mejor no recordar el bautizo del hijo menor de Claudia, Aníbal.

—Las amigas de Mrs. Lyon. —Estela sonrió y fue la sonrisa más falsa que Mayte había visto en humanos.

Sonrió lo mejor que pudo.

—Hay tanta gente en esos eventos… —respondió.

Menuda respuesta de mierda que le he dado.

Estela merecía una respuesta de Vicky o de Natalia. Pero le habían enviado a la unicornio correcta, aunque en aquel momento más que correcta se sintió cobarde.

Las amigas de Mrs. Lyon, así las conocían los del entorno de Lyon. Recordó la boda de Claudia cuando ellas eran unas desconocidas para aquella gente y llovieron los interesados, curiosos y pretendientes. No sabía en qué consideración las tenían después de varios años.

—Entre tanta gente mis conocidos os recuerdan a todas —volvió a sonreír Estela.

Vio una silueta en el umbral, se alegraba de que Thomas hubiese llegado justo en el momento incómodo cuando la conversación se desviaba hacia algo más sensible que el trabajo.

Él se acercó despacio hacia la mesa.

—Ya podéis iros —les dijo, supuso que a las tres—. Nos vemos en el aeropuerto.

Estela se apartó de Mayte.

—He reservado para comer en el restaurante —dijo, rebasando a Damon—. No te retrases.

Ava se levantó.

—A la vuelta seguimos. —Miró el monitor—. Avanza lo que puedas.

Como si no pudiese avanzar sin ti. Lo vas a flipar cuando vuelvas, sin ti dándome la vara en cada frase voy a volar traduciendo.

Cruzó una sonrisa con Stephie, que se despidió de manera escueta.

—Feliz estancia en el castillo. —Oyó decir a Estela.

Las siguió con la mirada hasta que la última cerró la puerta. Thomas hizo una mueca.

—Imprevistos —dijo—. Va con la profesión.

Lo vio resoplar.

—Cuanto más quiero centrarme en trabajar más surgen. —Se llevó la mano al entrecejo.

Mayte se encogió de hombros.

—Te he enviado un mensaje, graba mi móvil —añadió y Mayte alzó las cejas—. Por si tienes dudas o necesitas algo.

Había sentido vibrar el móvil hacía un momento, pero pensaba que eran las locas. Saber que era él hizo que el vértigo volviese a su estómago. Ahora tenía su teléfono y el simple hecho la hacía sentirse mejor aunque fuera algo sin importancia.

Thomas se inclinó junto a ella y echó un vistazo a la pantalla del ordenador.

—Aunque la casa está vacía sabes que hay gente, no estarás sola —añadió—. Te he enviado

el teléfono del ama de llaves. Pídele lo que necesites.

—Gracias —sonrió—. Pero si quieres puedo buscarme un sitio para estos días y venir por las mañanas a trabajar.

Thomas negó con la cabeza.

—Si piensas que estarás mejor con los Lyon te vas. Por mi parte no hay problema en que te quedes aquí. —Giró la cabeza hacia ella.

Tener a Damon a menor altura que ella, y que tuviese que mirar hacia arriba para verla, le era extraño. Sintió cierto bochorno, ella no era nadie y él un genio, nunca debería mirarla desde abajo. El vértigo del estómago aumentó nivel locura en paracaídas.

—Estaré bien entonces —sonrió.

—¿Serán demasiados monstruos para ti? —Rio él con ironía.

Salvo las gorgonas y el kraken que tienes de editor…

—Comienzan a gustarme —respondió ella con una sonrisa.

Damon entornó los ojos.

—¿Como la mujer del rosal? —dijo y Mayte se removió en la silla—. Es curioso, no es una figura que suela ser la devoción de nadie. —Seguía mirándola con los ojos entornados—. ¿Qué te llamó la atención?

Mayte abrió la boca, estuvo a punto de decirle que fue casual, que quería enseñarles a sus amigas una muestra de la decoración del castillo. Pero no quería parecer más imbécil de lo que ya de por sí se estaba mostrando.

Negó con la cabeza.

—Es la única humana entre bestias. —Fue su respuesta. Y era cierto, había bichos de todo tipo, algunos híbridos de humanos. Menos ella, una mujer.

—Cierto. —Y le notó la misma expresión que aquella mañana en el jardín cuando le dijo qué figura había fotografiado—. Ella es la única humana entre mis bestias.

Thomas se puso en pie con media sonrisa mientras le dio con los dedos en el mechón del flequillo que solía caer en una suave onda bordeando su cara.

Esto es peor que estar entre bestias.

—El viernes estaré de vuelta —le dijo.

Levantó los ojos hacia él.

—Hasta el viernes, entonces.

Damon dio un paso atrás sin darle la espalda.

—Escríbeme cada vez que lo necesites —le recordó y ella asintió.

Thomas volvió a dar otro paso hacia atrás.

—Algo me dice que no lo harás aunque lo necesites —añadió y ella se sobresaltó.

—Sí lo haré —replicó y él negó con la cabeza.

—Pensarás que me molestas, que serás insistente. —Hizo una mueca—. Ya he visto que prefieres prescindir de algo que necesitas si lo crees una incomodidad.

Ella alzó las cejas, sabía que Damon volvía a referirse al teléfono.

—Así que es mejor que yo te vaya preguntando —sonrió.

Sintió que se le encendieron hasta las orejas. Damon la estaba calando a pasos agigantados y aquello la abochornaba sobremanera.

Lo vio reír antes de girarse. Se fue cerrando la puerta tras él. Dirigió la mirada hacia la ventana, no le hacía gracia estar en aquel castillo encantado sola. Sola con los monstruos, sola con sus pesadillas, donde el silencio y el tiempo la harían pensar más de lo debido y ya conocía

hacia dónde solían llevarla sus pensamientos.

«Por el camino más oscuro aunque haya otros bien iluminados», solía decirle Natalia. Y llevaba razón, ella siempre solía caminar por el más oscuro.

La sensación en el estómago no se iba a pesar de que él ya se había marchado. No podía engañarse, ignorando aquella sensación no desaparecería. Que Damon le producía corrientes, vértigos y otras algunas cosas bochornosas de reconocer era un hecho, era real, mucho más que las figuras que decoraban la casa. No era lo correcto, no era lo que se esperaba de ella, pero estaba sucediendo. Y solo era el tercer día en la casa.

Cerró los ojos y cogió aire. Lo mismo Estela actuaba así con ella porque se lo había notado. Era una mujer acostumbrada a tratar con personas, sería fina como Natalia. Y quizás ella se lo habría dicho a Ava y a Stephie y por eso tanta curiosidad escudriñándola en todo momento. También lo sabría el editor y de ahí que la mirase como si fuese una ilusa cuya suerte había querido que acabara trabajando para Thomas Damon y era tan estúpida que hasta tenía esperanzas de algo más.

Apretó los párpados. Christopher no debió enviarla allí sabiendo que era una de las amigas de su mujer. Al fin y al cabo, una unicornio siempre era una unicornio, lo mostrase o no. Negó con la cabeza.

Miró su móvil y buscó el mensaje de Damon. Era tan solo uno largo, acostumbrada a los mensajes cortos de sus amigas era extraño visualmente ver un texto tan largo. Supuso que el ser escritor marcaba la diferencia.

Le explicaba dónde se encontraban los empleados, le dio el contacto de una mujer por si necesitaba algo y le aseguró que la casa tenía vigilantes día y noche y varias alarmas. Acabó con una frase: «Esos monstruos que ves solo están en mi cabeza».

Frunció el ceño y miró la hora del envío. Fue antes de hablar con ella.

Solo están en su cabeza.

Decenas de bestias y una humana.

Están en su cabeza.

Una mujer, quien quiera que fuese esa princesa de las pesadillas. Sonrió sin poder remediarlo y sintió el vértigo tan intenso como cuando él estuvo acuclillado en el suelo junto a ella.

Decenas de bestias y una mujer.

La princesa de las pesadillas también salió de su cabeza como el resto. Respiró de manera profunda. No tenía dudas de que, a pesar de estar sola en un castillo encantado, desierto y sin el dueño cerca, aquella próxima noche dormiría plácidamente. Una princesa tenía un lugar privilegiado en la casa de Thomas Damon y supuso que eso no era casual, como nada era casual en aquel castillo.

Y yo ocupo su habitación.

12

Sonaban las carcajadas de Claudia al través del móvil.

—Con que tiene amigos que nos conocen —decía Vicky—. Y eso que nunca la hemos liado mucho en la casa Lyon.

—Bueno… la última vez se nos fue de las manos —Mayte negó con la cabeza.

—Nadie se enteró de eso —rebatió Natalia.

—Y tanto que no se dio cuenta nadie. —Reía Claudia—. No se dieron cuenta ni los maridos.

Mayte tuvo que reír negando con la cabeza de manera más enérgica.

—Tres horas en la puta comisaría —Vicky resopló.

—Yo no sé cómo os aguantan —Mayte sonrió al grabarlo.

—No somos tan terribles —respondió Claudia.

—Natalia. —Vicky invocó a La Fatalé—. ¿Tiene que temer Mayte algo de lo que le hayan dicho a La Medusa de nosotras? ¿A que no? Si somos unas santas.

—Bueno… —La Fatalé meditaba la respuesta—. Cuando Claudia se casó con Lyon nos salieron agregados, ¿los recordáis? Pasamos de todos. Luego vienen nuestras particularidades y el juego del teléfono de boca a oreja en el que se distorsiona todo. —Hizo unos ruiditos con la boca—. Estaremos en una horquilla entre… maleducadas y frescas a interesadas o busca fortunas. La Medusa usará lo que más odie Damon si quiere eliminar a Mayte cuanto antes.

—¿Busca fortunas? —se extrañó Vicky.

—Sí, tu circo lleva el apellido de tu marido, Claudia es Mrs. Lyon y yo tengo un trabajo *top secret* y por lo tanto es desconocido e inexistente. Así que encajamos en la rama de vividoras.

—Pero Mayte no —la defendió Claudia.

—No seas imbécil, es la única soltera. La atacaran por ahí —respondió Natalia—. Sí, me inclino por esa teoría. Mayte, para ella te han enviado no a traducir a Thomas Damon, sino a cazarlo.

Mayte alzó las cejas y se sonrojó de la vergüenza de que alguien pudiese pensar aquello.

—¿Y qué hago? —Apretó los dientes. Con la teoría de Natalia su incomodidad con el entorno de Damon aumentaría.

—¿Qué vas a hacer? —Reía Vicky—. A los tontos siempre se les da la razón. ¡Cázalo!

Llovieron los emoticonos. Mayte no fue capaz de responder, no estaba para esas bromas.

—Venga ya, te mola. Y seguro que él no deja de pensar en tus jamones. Así que a por él.

Mayte volvió a negar con la cabeza. Ya faltaba poco para que apagasen las luces del jardín. Caminaba despacio hacia el altar de la princesa.

—Ya os he dicho que parece que sale con alguien —les repetía una y otra vez.

—No sale con nadie. —El audio de Claudia entró de inmediato—. Al menos con nadie fijo. La Medusa no es la única que ha estado indagando.

Mayte abrió la boca frunciendo el ceño.

—Después habláis de los demás. Sois peor que las gorgonas.

Llovieron los emoticonos de nuevo.

—Cuando regrese Georgina me contará más. Pero suele tener sus relaciones bastante discretas. No se deja ver acompañado en público jamás. Georgina conoce a alguien que estuvo con él cerca de un año, ¡un año! Ni fiestas ni eventos literarios, no la llevaba a ninguna parte. Y

en cenas o reuniones con más gente mantenía la distancia.

—¿Y cuándo follaban, *coño*? —Fue oír la voz de Vicky y llevarse la mano a la frente.

—Vicky, la gente no airea esas cosas. Pero al parecer esa historia se repite en versiones parecidas. —Claudia echó una risa—. A veces hasta simultáneas.

—Vamos, que colecciona monstruos y ligues —sentenció Natalia.

Con Natalia se llevó la otra mano a la frente.

—No pasa nada, eso no es nada para una unicornio. Y los jamones le dan cierta ventaja.

Y dale con los jamones.

Llegó hasta la figura del rosal.

—Dejadlo ya —les pidió—. Necesito que me apoyéis en el trabajo, que es a lo que he venido. Y no a enredarme más. Así no ayudáis.

—Claudia, la próxima vez cuenta esas cosas en el chat alternativo. ¿Lo ves? Mayte se caga con hombres así.

Levantó los ojos hacia la princesa pesadillas.

—Eso solo suma, Vicky —dijo a su móvil—. No es un hombre para mí.

—Ya está diciendo tonterías —bufó Vicky—. Venga, la cantaleta de siempre: «no es hombre para mí, él pertenece a otro mundo». Pero ahora si no castramos a Lyon pronto, preñará otra vez a Claudia. «No es para mí, es El Malo», me voy a callar lo que ha hecho con el malo, lo tiene hecho un calzonazos. ¿Y eso otro? «Es como querer un bolso del escaparate de una tienda en la que no puedo comprar», aquí no puedo ser objetiva. —La oyó reír—. Dime por qué este no es hombre para ti, que lo apunto en las frases absurdas de unicornios.

—Porque esta vez es diferente. Esta vez soy yo. —Contemplaba la exagerada delgadez de la figura—. Y no tengo la frescura de Claudia ni tu magia ni arrollo como lo hace Natalia. Vosotras tenéis un don. Yo soy la sosa, la aburrida, la que no pega con el grupo. La oveja negra.

—Venga, sigue insultándote, que tenemos tiempo —respondió Natalia.

Abrió la boca, ofendida por la ironía de Natalia.

—Es lo único que haces. Cuestionarte y medirte. Ahora tienes a La Medusa al lado y dices que te tensa. Pero siempre llevas una Medusa al lado. La tienes ahora y Estela no está. Soy sosa, soy aburrida, soy demasiado mayor… ¿Cómo va a fijarse Damon en mí? Seguro que hay mujeres mejores que yo, el mundo está lleno de mujeres mejores que yo. Pues claro que sí, Mayte. Pero no necesitas ser la mejor mujer para quererte ni necesitas ser la mejor mujer que exista para que alguien te quiera. Es más, no existe la mejor mujer.

Tragó saliva sin dejar de mirar la cara de la estatua.

—No vivas con miedo a perder porque así ni siquiera te permitirás la libertad de empezar la partida como realmente quieres jugarla. Y entonces solo te queda jugar como otros quieren que juegues y así nunca se gana —añadió Claudia.

—El día que te aceptes sin reprocharte cada fallo que puedas cometer, dejarás de soñar pesadillas. —Le encantaba la voz de Natalia.

Miró el móvil, Vicky estaba muy callada.

—Por una vez estoy de acuerdo con La Fatalé —dijo finalmente—. Por cierto, me ha encantado eso de que la princesa de las pesadillas sea la única mujer entre bestias.

—Eso tiene muchas interpretaciones —añadió Natalia.

Mayte sonrió mientras alargaba la mano hacia una de las rosas. El olor era intenso y embaucador. Tiró de ella y dobló el tallo, que sonó en medio del silencio. Tuvo cuidado de no pincharse. Se la llevó hacia la nariz y aspiró. Un olor fresco que ahora, separada de sus hermanas

y lejos de su madre, no tardaría en perder.

Ahora es una rosa muerta.

13

Llevaba un día de locos. Las visitas improvisadas solían ser las más intensas. Charlas, entrevistas y un sinfín de compromisos, fotos y firmas.

Ni siquiera había podido detenerse a comer, así que estaba dispuesto a devorar la cena antes de dormir. Su siguiente día no iba a ser muy diferente. Estaba deseando regresar a casa.

No sabía cómo le iría a la princesa de las pesadillas en su ausencia. Sabía por sus empleados que ella no había pedido absolutamente nada. Comía lo que le dejaran colocado en la mesa, seguía sus horarios y no le había enviado un solo mensaje. Así que fue él que tuvo que preguntarle aquella mañana.

«Todo va bien». Fue la escueta respuesta de la chica.

No esperaba mucho más de ella, su traductora era un tanto peculiar, no le habían hecho falta muchos días junto a ella para intuir algo de su personalidad. Mayte nunca rebasaría una línea que ella misma se había marcado, era una mujer enjaulada en la discreción y el buen hacer. La discreción y el buen hacer eran virtudes que precisamente él buscaba en un empleado, pero Mayte iba un paso más y las convertía en una jaula. Por esa razón le sorprendió oírla reír aquella noche en el balcón, sus carcajadas en la madrugada eran tan lejanas a lo que solía desprender aquella mujer que no pudo evitar salir a verla. Luego lo que encontró fuera también era muy lejano a la discreción. Una imagen que intentaba no recordar en su cabeza demasiado llena de ideas, pero que el satén marfil lograba empujar ocupando espacio gran parte del tiempo.

—Thomas. —Estela lo sacó de sus pensamientos—. Tu hermano dice algo de una cena mañana.

Leía en el móvil.

—Dile que lo anule —negó con la cabeza. No tenía ganas de cenas, quería descansar, desconectar y seguir escribiendo.

—¿Anular? ¿Tu hermano? Dice que lo llames, que te ha visto en línea un par de veces, pero que ni siquiera le respondes a los mensajes.

Thomas resopló.

—¿Sabes algo de la traductora? —preguntó Estela.

Thomas negó con la cabeza.

—Le pregunté esta mañana y dice que todo va bien.

—Todo va bien, ya veremos —repitió.

—¿Por qué no le das la oportunidad?

—Porque no tiene el nivel que necesitas. Yo soy la que busco a los traductores y tú te fías de lo que te dice tu arquitecto. —Sacudió la mano—. Casualmente una amiga de su mujer. —Ladeó la cabeza—. Casualmente la única amiga que le queda soltera.

Thomas frunció el ceño. Stephie se inclinó en la mesa con curiosidad por escuchar a Estela. Vio a Ava sonreír y Brad rio a carcajadas.

—¿Qué tiene que ver eso? —Al fin llegó su plato.

—Un grupo de amigas, jóvenes y muy llamativas. ¿Sabes que la esposa de Lyon era su niñera? —Alzó las cejas—. Una niñera y el arquitecto más famoso de Reino Unido, algo peculiar.

Thomas prefería comer a replicar a algo tan absurdo.

—La niñera tiene unas amigas, creo que son tres. Dicen que sumamente hermosas, ya sabemos, las españolas son… muy llamativas. Y se fueron casando. Viajes, un tren alto de vida… se rumorea que saben utilizar bien sus extraordinarios atributos.

Miró a su representante de reojo.

—¿Y?

—Que te meten a la única que queda soltera en tu casa. Buena jugada.

Thomas negó con la cabeza.

—Si piensas eso no conoces a Christopher Lyon.

—No, seguramente él no. Esto sería idea de su mujer.

Volvió a negar con la cabeza.

—¿Qué hace esa mujer en tu casa ahora mismo y durmiendo en una *suite*? Es una desconocida. Y tú un desconfiado. Son especialistas, van directas. Y los hombres caéis como imbéciles.

—No digas eso, Estela —intervino el editor—. Con Thomas no. Ahí lo tienes, cercano a los cuarenta e inmune a las artes femeninas.

La representante bajó la barbilla y levantó los ojos hacia él.

—Ninguna ha estrenado una *suite* del castillo.

Luego miró a Thomas.

—Hiciste esa *suite* como una mera exposición, con un baño poco práctico porque nadie iba a usarlo.

—Sí, pero ahora pienso que es una lástima que una de las habitaciones más grandes de mi casa se quede sin estrenar. —Su voz sonó a ironía.

—No tiene nada de malo —volvió a intervenir el editor—. La vida de Thomas no es cosa nuestra. Yo pienso que sabe cuidarse bien de según qué tipo de personas.

—¿Sabes lo que pienso? —añadió Estela—. Me gusta la gente que sube escalón por escalón, sin atajos. Y espero que tú sepas ver que si no están en escalones similares al tuyo, nunca sabrás si eres una presa imbécil que puso el pie en un cepo.

—¿Eso es Mr. Lyon para ti? —preguntó, sorprendido.

Estela guardó silencio. Stephie la miró de reojo.

Thomas ya había acabado su plato, cogió su teléfono y se levantó.

—Voy a llamar a mi hermano y a dormir. Hasta mañana, que descanséis. —Se despidió.

Camino al ascensor desbloqueó su móvil. Frunció el ceño al ver el aviso de un mensaje de Mayte. Había enviado una foto de uno de los jarrones de la *suite* con una rosa dentro. Sonrió al verla.

«Una rosa muerta. Me he tomado la libertad».

Dio una carcajada al leerlo. Que una desconocida deambulara por sus jardines sin su presencia no le hubiese hecho ninguna gracia si no se le hubiera venido a la mente Mayte con aquel fino camisón de satén caminando hacia el rosal de la princesa de las pesadillas.

«¿La libertad de matar a una de mis rosas? ¿O la libertad de hacer fotos dentro de mi casa?».

Su risa aumentó al darle al botón de enviar. Casi podía ver la cara de Mayte al leerlo. Estaba convencido de que estaría lamentándose por haber arrancado la rosa y aún más por habérsela enviado. Recordó las palabras de Estela, Mayte no le encajaba en aquel tipo de mujeres, había conocido a unas cuantas y ella estaba lejos. En el interior de una jaula no se podía más que tener pesadillas. Y la princesa ahora mismo temía haber molestado al dueño del castillo y ser reprendida.

«Una rosa muerta debe estar en la *suite*». Se apresuró a escribirle él.

«Lo siento». Fue la respuesta de Mayte.

El ascensor lo llevó hasta la planta. Su frase no había sido suficiente, lo iba a tener complicado. Si conociese a aquellas supuestas «cazafortunas» que decía Estela, no dudaría en preguntarles cómo se hacía reír a carcajadas a Mayte. Él mismo envidiaba aquella forma de reír, al fin y al cabo, también tenía de alguna manera una jaula, todo el mundo las tenía en mayor o menor medida. Unas pesadillas que podrían hacerse intensas en algunos momentos y otras desaparecer por completo, pero que siempre volvían.

«Te dije que hicieras uso de lo que necesitaras. Las rosas están dentro de ese uso», añadió en un nuevo intento de animarla.

«Pues me alegro porque me encantan».

Cerró la puerta de su dormitorio.

«Buenas noches. Que descanses», le respondió.

Se desnudó y se tumbó en la cama.

«Buenas noches».

Volvió a su mente la imagen nocturna del camisón por el jardín. Aunque estaba seguro de que ella nunca andaría por la casa en ropa interior, su cabeza no dejaba de visualizarla. Sacudió la cabeza, si no dejaba de pensar en ello sería él el que acabaría soñando pesadillas. Mayte no merecía esos pensamientos por su parte, ella no le mostró sus atributos extraordinarios de manera consciente y él nunca debió verlos. Pero una vez vistos le era difícil olvidarlos. Notó cierta tirantez en los bóxer y bajó la mirada hacia ellos. Apretó los dientes, podía detener su mente con esfuerzo, pero a aquella parte le costaba más contenerla. De hecho. no creyó que ya hubiese vuelta a atrás sin un remedio. Resopló.

14

—No me lo creo, enseña el móvil —decía Claudia.

Mayte sacó la lengua y la apretó con los dientes. Arrugó la nariz mientras enseñaba el móvil.

—Ostras, que es verdad. —Reía Vicky—. ¿Veis? A Doña Correcta le va la marcha. Luego se lamenta.

—La culpa es vuestra —les reprendió.

—La eterna excusa de Mayte —respondió Vicky de inmediato—. Nosotras siempre. Un latigazo menos que te pegarás esta noche.

—Un día de estos os voy a mandar a tomar por c…

—De eso nada, te encanta que estemos aquí —decía Vicky moviendo la nariz. Desde el *iPad* podía verlas con mayor tamaño. Estaba tumbada en la cama y se apoyaba el dispositivo en la barriga.

Notó el móvil vibrar en la cama. Vicky lo había oído y hasta se incorporó acercándose a la pantalla como si pudiese verlo.

—Eso ha sonado —le dijo Vicky y Claudia rompió a carcajadas desde su recuadro—. Mira a ver qué dice.

—Si es él, tu teoría de que se la está cascando, Vicky, no es la correcta. —Claudia se limpió una lágrima del ojo derecho.

Mayte se tapó la cara. Vicky sacudía la mano.

—Solo necesita una mano, puede escribir con la otra.

—Claudia, ¿tu marido es consciente de esto? —preguntó Natalia, que acababa de regresar al vídeo, un llanto la hizo tener que ausentarse.

—Damon le ha dicho que está muy contento con Mayte —respondió y Natalia asintió con ironía—. No necesita saber nada más.

—¿Era él el del mensaje? —preguntó Vicky con curiosidad.

Mayte miró el móvil. Le hubiese encantado que fuera él, pero era su madre que solía escribirle cada noche. Negó con la cabeza y sus amigas rompieron en carcajadas.

—Os digo que yo no me equivoco. Para estas cosas soy como Natalia. —Levantó el índice—. A ella dejadle los análisis profundos, a mí el comportamiento de los hombres.

Mayte entornó los ojos.

—No lo creo —les dijo—. No lo conocéis. Su vida no se centra en estas cosas. Y, además, aunque lo estuviese haciendo os aseguro que tiene mejores opciones que la traductora.

—¿Sí? ¿Quién? ¿Hay alguna mujer por allí aparte de ti y la canija del jardín? —preguntó Claudia.

Mayte negó con la cabeza.

—Puede tener a la mujer que quiera —replicó.

—Exacto —confirmó Natalia—. A la que quiera. —Entornó los ojos hacia Mayte—. Incluso a ti.

Mayte desvió la mirada, la de Natalia era difícil de soportar hasta a través del móvil.

—No debo ni pensarlo. Ni de pensarlo, ¿entendéis? —negó con la cabeza.

—Has accedido a escribirle y enseñarle tu pequeño hurto del jardín.

—Porque sois unas pesadas.

—Porque te mola. —Cuando Natalia respondía con tanta rapidez era difícil seguirle el ritmo —. Hasta el punto de que no te importa liberarte de tus limitaciones por unos segundos.

Vicky torció los labios y negó con la cabeza.

—Pero unos segundos es poco tiempo, los polvos, aunque sean flas, duran algo más —dijo y Claudia volvió a romper en carcajadas.

—Tu marido esta vez sí que nos va a mandar a tomar por culo —añadió Natalia.

—¿Te crees que él no imagina esto? —Claudia encogió los hombros—. Decía que lo hizo porque era Mayte y se fía de Mayte. —Arrugó la nariz—. Pero también sabe que Mayte no está sola. Que nunca la dejaríamos sola.

Vicky miró la hora.

—Ya, Mayte, mira a ver si está en línea —dijo la rubia.

Mayte miró el móvil y negó con la cabeza.

—Estará durmiendo, qué más da. —Dejó el móvil sobre la cama—. Y yo también quiero dormir.

—Déjalo por hoy. —Natalia sonrió con malicia—. Te dejamos por hoy. Mañana más.

—No pienso escribirle más. Ni siquiera le tendría que haber escrito hoy. —Levantó el dedo hacia ellas—. Dejadlo ya.

Vicky le lanzó un beso sonoro.

—Carga a «Dios». —Se despidió con la mano y Mayte tuvo que reír.

—Hasta mañana, preciosa.

Natalia le lanzó otro beso.

Claudia besó la palma de su mano y la puso en la cámara.

Los recuadros fueron desapareciendo. Apagó la luz, dejando solo la luz de la lámpara de la mesa de noche. Cogió el pesado libro que había cogido del despacho de Damon. No había encontrado absolutamente nada de ningún demonio femenino sobre una princesa de las pesadillas. Por más que pensaba lo más parecido era la novia cadáver. Aquel personaje infantil estaba basado en un antiguo cuento popular. De hecho, eran varios los relatos en distintas épocas, siempre solían ser mujeres que murieron el día de su boda o fueron abandonadas por su amado y murieron de pena. Ese tipo de demonios sí aparecían en el libro.

Después de haber escuchado lo que Georgina le había contado a Claudia del modo de actuar de Damon con las mujeres, podría encajarle algo más aquella figura. Quizás era una representación de una mujer en concreto o quizás las representaba a todas con las que había tenido algo parecido a una relación. Quizás la princesa eran todas ellas, abandonadas, consumidas. Lo mismo sus amigas se equivocaban y ella misma cuando se consideraba vinculada a aquella figura y solo era la advertencia de cómo acabaría si cometía errores, los pagaría caro.

Resopló. Cada vez tenía más sentido. Una novia cadáver o una princesa de las pesadillas no distaban mucho si lo pensaba con detenimiento.

Su móvil volvió a vibrar y se echó de lado para cogerlo. No había respondido a su madre y esta estaría insistiendo.

Pero no era su madre, era él.

Los latidos se le aceleraron de inmediato y aquellos destellos que producían calambres emergieron desde las costillas.

«Recuerda la cena de mañana».

Sacudió la cabeza. Si ya se encontraba fuera de lugar en el trabajo, en la casa, en los

privilegios y la hospitalidad que estaba recibiendo, estar en medio de una cena con gente del entorno de Thomas Damon se escapaba a sus pensamientos. Ahora más, que en tan solo dos noches sola en el castillo se había acostumbrado a aquella casa desierta que lo único que le faltaba era su dueño para ser un castillo encantado de los de verdad.

«Ok». Escribió, pero lo borró enseguida. Era la unicornio sosa, no había dudas. Menuda mierda de respuesta.

«No se me olvida».

Entornó los ojos, dudando en darle al botón enviar. Sacudió la cabeza.

«Lo tengo apuntado en la agenda», añadió y en ese momento sí le dio a enviar.

Correcta.

«Yo también necesitaría una», respondió él acompañándolo con un emoticono.

Tienes a las gorgonas. Seguro que te recuerdan hasta el cambio de calzones.

«Tienes secretaria, seguro que es más efectivo». Lo acompañó con otro emoticono.

«Y más molesto también. Ya sabes que no me gusta la compañía».

Mayte sonrió recordando aquel «todas las compañías no me desagradan».

«Solo monstruos, ya».

Y yo.

«Exacto».

Los destellos de las costillas aumentaron hasta el punto de hacerla querer mear de manera inminente.

Yo creo que esto es a lo que se refiere Vicky cuando dice «se me caen las bragas».

«Hasta mañana». Leyó un nuevo mensaje. Volvió a sonreír como una imbécil.

«Hasta mañana».

Se tumbó en la cama y volvió a resoplar.

Al final va a tener razón Vicky.

Miró el armario.

Voy a tener que cargar a «Dios».

15

A través de la ventana había visto llegar al señor. Desde la noche no había «dios» que le quitara la sensación de vértigo. Natalia decía que quizás llevaba demasiado tiempo muerta de sentimientos y ya no los recordaba.

En parte era cierto, llevaba unos tres años encadenando relaciones sin sentido con hombres que sabía que no eran los de su vida, ni siquiera eran hombres de los que estuviese realmente enamorada. Simplemente ilusionada con que algo podría ir a mejor. Natalia le decía que no entendía ese empeño en pensar que acompañada podía estar mejor que sola aunque fuese con una compañía que no fuera del todo óptima, sino la menos mala que encontraba. El final siempre era el mismo, eran ellos los que la dejaban y no los culpaba, de hecho, ella misma era la que los tendría que haber dejado a todos ellos mucho tiempo antes. Pero, al igual que acababa de leer libros que no le gustaban, terminaba películas que aburrían y se empeñaba en mantener trabajos que no la llevaban a ninguna parte, se empeñaba en alargar relaciones.

Imbécil.

Mirando a Thomas Damon le parecía lamentable verse a sí misma tiempo atrás, preocupándose porque tal o cual hombre no le daba el sitio que esperaba. Hombres insignificantes, necios, con el cerebro lleno de paja y una realidad distorsionada en la que pensaban que ellos eran únicos y especiales.

Y la realidad es que eran unos pringaos.

Al lado de Damon no podía verlos de otra forma. Pero, al igual que ellos le parecían diminutos a su lado, ella tampoco se sentía gran cosa como para que él pudiese ver en ella algo más que a una traductora con un aval importante que lo obligaba a ser cortés y amable.

A pesar de las bromas de sus amigas, que estaban convencidas de que Damon no podía dejar de pensar en «sus jamones», ella sabía la realidad. No tenía nada de especial. Era sosa, plana y estaba hecha en escala de grises. Tampoco había hecho méritos en ninguna parte ni resaltaba por algo en especial en nada. Uno de los escritores más famosos del mundo, con un atractivo que hacía que hasta ella levantara los pies del suelo, y rodeado de numerosas mujeres que soñaban con cazarlo, era difícil, por no decir imposible, que él se fijase en ella, que encima estaba dejando atrás su juventud y entraba en la madurez.

Miró la hora, no sabía a qué hora llegarían los invitados de Mr. Damon. Se había puesto una falda de tubo y talle alto color gris plata y una camisa de una tela con brillo de un color rosa palo. Desconocía qué tipo de amistades tenía él, pero podía intuirlo y no podía dar mala impresión.

Se había peinado con un poco más de conciencia y había marcado algo más el *eyeliner*, aunque siempre sutil para no perder la discreción.

Llamaron a su puerta y se sobresaltó. No esperaba que lo primero que Damon hiciese al llegar fuera ir a verla. Era cierto que le había dicho unas horas antes que tenía cosas que consultarle, pero esperaba que fuesen a la mañana siguiente y no antes de la cena.

Se subió a los zapatos de tacón, unos más altos que los que solía llevar, de una elegante tela gris. Cogió aire y abrió la puerta.

Exhaló el aire despacio al ver la imagen del amo del castillo de nuevo en casa. El verde oscuro también le quedaba bien, cualquier color de ropa lo hacía mimetizarse con la decoración de la casa, haciéndolo parte de ella. Comenzaba a ser consciente de que no era el castillo el que

producía aquella atracción morbosamente misteriosa. Era él el que hacía que el castillo pareciese encantado, donde los monstruos comenzaban a arrastrarla hacia aquel mundo oscuro y siniestro que envolvía a Thomas Damon.

Bajó los ojos enseguida, no esperaba que él notase un leve cambio en su aspecto y aún menos que ese cambio le gustara. Lo del estómago se estaba haciendo incómodo y sobre unos tacones tan finos le haría perder el equilibrio.

Él sonrió levemente.

—Tenía pensado que me enseñases todo eso que habías anotado, pero mis empleados me han dicho que has pasado demasiadas horas arriba estos días.

No he visto a un empleado en estos días, pero ellos a mí sí. Qué mal rollo.

—Trabajo y soledad, te envidio —añadió.

Estar sola en una casa como aquella era experimentar una soledad en mayúsculas. Había pedido a Claudia que no fuera a visitarla, no quería abusar de la hospitalidad del señor teniendo invitados en su ausencia. Así que se limitó a trabajar, pasear por el jardín, leer y, por supuesto, las risas con sus amigas en el chat por las noches en el balcón. El chat había hecho su función, nunca estarían solas en ninguna parte.

—No está mal, no —sonrió ella.

Vio cómo él ampliaba su sonrisa con satisfacción.

—Vamos abajo entonces. —Le dio un toque en el antebrazo para que le siguiese.

En la planta baja Mayte pudo ver al fin a algunos empleados preparando la mesa para la cena. Gente que colocaba cada cosa en su lugar para que cuando llegara la hora todo pareciese haber aparecido por un conjuro. Una sensación que comenzaba a gustarle en aquel castillo. Aquellos días solitarios se había sentido como una princesa de cuento esperando al príncipe. Aunque fuera una princesa de las pesadillas, durmiese entre espinos y bestias y el príncipe en vez de azul fuese color antracita.

No era un hombre ideal, muy lejos estaba el Thomas Damon que le había perfilado Claudia a través de los relatos de Georgina sobre mujeres que lo conocían bien. Thomas no concebía su vida en compañía, ni familiar ni de mujeres más que el tiempo justo. Y era reacio a las relaciones formales. Le habían pintado una especie de noviazgo furtivo, escondido, extraño en un hombre sin pareja que no tenía motivos para ocultar a ninguna mujer.

Miró de nuevo a los empleados antes de seguir a Thomas hasta el jardín, con ellos hacía exactamente lo mismo que con sus relaciones amorosas: esconderlos. Una rareza de Damon que comenzaba a entender una vez que se vio sola en el castillo, una soledad aislada, íntima y hasta mágica que le estaba encantando. Sin embargo, ahora, en aquel momento sentía el castillo completo. Antes faltaba su elemento principal, él.

El sol se había perdido y los focos del jardín alumbraban.

—¿Has dejado rosas en el jardín o las tienes todas en la *suite*? —preguntó él con ironía.

No me dejo trajinar más por las locas estas. Qué vergüenza.

—Solo cogí la que te enseñé. —Desvió la vista hacia una de las figuras de setos.

—Puedes coger las que quieras —se apresuró a añadir él.

Uno de los tacones de Mayte se hundió en el césped y su cuerpo basculó más de lo debido. Thomas no tardó en reaccionar y Mayte se aferró a los antebrazos de él para no caer.

No son los tacones, es él.

Sacó él tacón enterrado y lo colocó en lugar seguro.

Y lo bien que huele.

En la cercanía le resultaba difícil no mirarle los labios, sus pensamientos se disparaban muy lejos de ser correctos.

—Gracias —le dijo medio riendo de su torpeza.

Él se colocó delante de Mayte y miró sus pies, comprobando que podía andar sin que se hundiera el tacón de nuevo.

—Es problema del césped —dijo Mayte entornando levemente los ojos y él rio—. Tiene partes blandas.

—El césped es hierba sobre arena húmeda, claro que tiene partes blandas. —Su risa la hizo sentir imbécil. Se hundió de nuevo, esta vez con el tacón izquierdo, y él le agarró el brazo—. Es problema de tus tacones.

Se detuvieron junto al rosal y él se giró hacia la princesa de las pesadillas.

—He pedido que dejen unas tijeras. —Se inclinó para coger unas tijeras de podar que estaban junto al rosal—. Te será más fácil.

—Gracias. —Tanta cortesía no hacía más que empeorar su estado. Damon le dio las tijeras.

El rosal envolvía por completo la estatua y estaba repleto de rosas en distintas fases, desde capullos a otras que comenzaban a marchitarse.

Alzó la vista hacia la mujer de piedra.

—¿Tiene algo que ver con los mitos de las mujeres cadáver? —preguntó, su curiosidad ya no aguantaba más.

—¿Mujeres cadáver? —se extrañó él y Mayte se lamentó por haber preguntado—. Las mujeres cadáver o novias cadáver, en todos sus folklores, suelen perseguir a un hombre. Un demonio despechado, abandonado, al que se le ha arrebatado su única ilusión que era unirse al amado. Y lo busca a él o a alguien que lo sustituya.

Damon dio unos pasos hacia el rosal y también miró la figura.

—No veo que esta mujer persiga a ningún hombre.

Cierto. Mierda. Torpe, torpe, torpe, torpe.

—¿Está muerta? —Ya no podría parecer más imbécil, así que ya no importaba preguntar más.

—No —respondió tranquilo—. Pero ella no lo sabe.

Mayte frunció el ceño.

—¿Y qué le pasa?

Aunque no dejaba de mirar la estatua, mientras el olor a rosas se mezclaba con el de Thomas, vio que él giraba la cabeza hacia ella para mirarla.

—Ausencia de sueños —añadió—. ¿Sabes qué significa?

Ella negó levemente con la cabeza.

—Duermes cada noche, a veces recuerdas lo que sueñas. Sueños buenos, otros abstractos. «Hoy he soñado con esto o aquello». «He soñado, he tenido un sueño…».

Mayte seguía notando la mirada de Damon fija en ella.

—Pero otras veces ese sueño es malo y provoca unos sentimientos exagerados. Te despiertas acelerada o con ganas de llorar. Entonces deja de ser un sueño. Cuando no hay sueño…

—Hay pesadillas —completó ella.

—Eso es.

Notó cómo se le erizaba el vello en todo el cuerpo.

—No hace falta estar dormido para soñar —añadió Thomas—. Además, está al alcance de todos. No importa quién seas, cómo sea tu vida, es decir, no importa si tienes una vida perfecta o llena de problemas. Soñar es lo único que puede salvarte de las pesadillas.

A Mayte le brillaron los ojos. Enseguida se inclinó para soltar las tijeras donde las cogió Damon y así zafarse de su mirada los instantes suficientes para digerir lo que él le estaba diciendo y que tanto entendía.

—¿Cuántas veces has escuchado que en la infancia está la felicidad? —le preguntó y ella sonrió aún inclinada en el suelo—. Es la época en la que proliferan los sueños, luego van desapareciendo con los años. Y es cuando comienza el miedo, la inseguridad, el hastío y la sensación de mala suerte.

Le tendió la mano para que se incorporara. Mayte se vio en la obligación de no rechazarla. Tocar a Damon le producía una sensación de calidez que le encantaba. Se alzó, apoyándose en su mano.

—No importa que lo tengas todo si vives entre pesadillas. —Lo tenía de nuevo demasiado cerca. Su olor eclipsaba el de las rosas. La imagen de Damon la atraía hacia él con una extraña fuerza invisible. Mayte inmovilizó su cuerpo y lo dejó abandonado, tan inerte como el de la figura que tenía a un par de metros. Exhaló aire despacio para que no se le notase.

Bajó los ojos. No era consciente de que él no la había soltado de la mano, ni ella quería que lo hiciese. La temperatura de Thomas contrastaba con la piel fría que ella solía tener. Le gustaba, le gustaba hasta el límite. Un límite que podría llevarla a perder la cordura si se despistaba y acabaría peor que la princesa de las pesadillas.

Sonó el timbre, sonido de órgano de iglesia. Completamente siniestro, pero, ya, acostumbrada a aquella casa encantada, lo sentía familiar y embaucador. Ya no era peculiar la apariencia del castillo ni su decoración ni sus figuras demoniacas. En ese momento se sentía tan parte de ellas como la princesa de las pesadillas. Una semana había hecho falta para sentir de algún modo un nexo entre ella y algo que habitaba allí y que empujaba a sus pies a alzarse sobre el suelo en contra de su voluntad.

Levantó los ojos hacia Damon, a él no pareció importarle que el timbre sonase, seguía mirándola a ella. Aquel entorno era perfecto cuando la imagen de Thomas se mimetizaba entre arbustos, madera de ébano, carey y espinos de hierro.

Permanecería aquí toda la vida.

Sacudió levemente la cabeza, soltó la mano de Thomas y se apartó de él. Se oía el chirrido desagradable de la puerta y varios coches entraron. Podía apreciar las luces de los faros llegar hasta el aparcamiento.

Un gato maullaba cerca del rosal. Mayte se giró, era el blanco.

—No le gusto —dijo ella y él comenzó a reír—. Es el que más se detiene a mirarme, pero no me deja tocarlo.

Damon se acercó a él y con dos dedos acarició su hocico, justo sobre la nariz.

—Discretos, silenciosos, inteligentes y desconfiados —dijo—. Me fascinan.

Alargó la mano hacia Mayte y esta vez ella no dudó en cogérsela de nuevo, lo estaba deseando. Damon tiró de ella para que se inclinase a su lado.

—El comportamiento felino es mucho más complejo que el de los perros. Ellos pueden llegar a ser domésticos, pero nunca te pertenecen del todo. —Llevó la mano de Mayte hasta el gato, que por un momento la miró de aquella manera intensa—. Si piensas que no le gustas, seguramente te rechazará. Él sabe que es más rápido en movimientos, que su vista es más avanzada, que tiene mejor equilibrio que tú. No somos dignos, supongo.

Mayte llegó hasta el suave pelaje del animal. Notaba algunos de los pelos sueltos, estaba mudando el pelaje y este se le pegaba en los dedos.

—Pero a diferencia de los humanos a ellos no les importa nada de eso para que puedas conseguir su respeto.

—¿Aunque me vean torpe y lenta? —preguntó con cierta ironía.

—Aunque te vean torpe y lenta. —Rio—. No les has amenazado con un palo ni los asustas ni los ahuyentas a gritos. No tienen motivo para despreciarte. Tú no tienes la culpa de no ser como ellos, los humanos no tenemos sus capacidades. Pero podemos ser lo mejor que sepamos dentro de nuestras propias oportunidades.

El gato giró su cuerpo hacia Mayte y dio un paso hacia ella, levantando la cabeza para que lo siguiera acariciando.

—¿Ves como le gustas? —continuaba Thomas mientras el gato pasaba el lomo por la rodilla de Mayte. Ella lo miró de reojo, él sonreía mientras miraba al gato que cada vez se pegaba más a las piernas de la chica. Hasta con la tenue luz del jardín los dientes de Damon se veían inusualmente blancos.

El animal se dejó acariciar la cabeza y el cuello. Había dejado de mirarla de aquella manera escudriñadora, cerraba los ojos mientras le rascaba. En cuclillas y con aquellos tacones tan altos era muy difícil mantener el equilibrio, máxime con aquel animal haciendo una leve presión con su cuerpo. Pero no se atrevía a agarrarse a Damon aunque le encantara la idea.

—¿No tienes animales en casa? —preguntó él.

Mayte negó con la cabeza.

—Últimamente «casa» es ninguna parte —respondió mientras desviaba la mirada hacia el gato.

Así de triste es mi vida.

Era difícil reconocer delante de Damon que había estado de piso en piso hasta volver de nuevo a casa de sus padres. Para alguien como él aquello sería realmente cutre. Así que prefirió explicarlo de una manera abstracta.

—¿Y dónde estaba ninguna parte antes de venir aquí?

—Madrid, Toledo, Tarragona, Tarrasa y Barcelona. —Obvió otras estancias más cortas.

Lo vio abrir la boca para preguntar algo más, pero el gato huyó de repente. Mayte se giró para ver qué lo había asustado. Había gente en el jardín, oyó cómo llamaban a Thomas.

Él se incorporó enseguida y volvió a tender la mano a Mayte para ayudarla a levantarse. Ella se la cogió enseguida, estaba deseando tener un nuevo contacto con él. Algo que le abochornaba admitirse a sí misma. Sonaba patético dentro de su cabeza.

Damon tiró de ella hacia uno de los arcos de la serpiente mientras bajaba la mirada hacia sus zapatos.

Mayte le soltó la mano enseguida, lo último que quería era que nadie los viese otra vez demasiado cerca como aquella mañana.

Él alzó las cejas divertido.

—Desde que llegaste no dejas de apuñalar mi jardín —le dijo con ironía, atravesando el arco del monstruo del lago Ness. Ella desvió la cabeza intentando no reír.

Y lo que le divierte sacarme los colores.

Mayte se detuvo cuando vio el centro del jardín lleno de gente que no conocía. Tres hombres y tres mujeres jóvenes. Había también una cuarta mujer de cierta edad, Thomas fue directo a ella y la besó en la mejilla.

En cuanto iban saludando a Damon el interés de todos se fue centrando en ella, que permanecía a media distancia, dentro del umbral de setos y sin atreverse a acercarse a ellos.

Thomas se giró hacia ella.

—Ella es Mayte, mi traductora —dijo y se vio obligada a dar unos pasos hacia ellos. Notó que uno de los focos la alumbraba, así podrían saciar mejor la curiosidad.

El joven que estaba más cercano a Damon sonrió ampliamente.

—Impresionante —dijo cuando tuvo a Mayte a un par de metros, lo que hizo que ella se detuviese de nuevo.

Thomas le lanzó una mirada de reprimenda que hasta a Mayte la hizo contener la sonrisa.

—¿Qué es impresionante? —le preguntó.

Él chico volvió a mirar a Mayte sin dejar de sonreír.

—Que te haya dejado sola en el castillo cuando ni siquiera me lo permite a mí, que soy su hermano —respondió con frescura.

Mayte alzó las cejas y notó cómo se ruborizaba de manera notoria.

—Serías al último que dejaría solo en mi casa —aseguró su hermano con ironía dándole una palmada en el hombro. Sus acompañantes rieron.

La mujer mayor se había acercado a ella y Mayte no fue consciente hasta que la tuvo encima.

—Mi nombre es Lilia Damon. —Le tendió la mano, mirándola con aún más descaro que con el que la miraban los gatos—. Soy la madre de Thomas y Dylan. —Miró a sus hijos.

—Encantada —respondió Mayte.

La mujer se detuvo en el color de sus ojos de manera tan curiosa que Mayte no sabía si pestañear. Soltó la mano de la mujer para no alargar demasiado el saludo y se giró levemente hacia el resto.

Damon los presentó uno por uno, aunque Dylan se presentó solo. No había que ser muy lista para ver que poco tenía que ver su carácter con el de su hermano. Los otros dos amigos de Damon eran Freddie y Max. Las chicas eran Nía, Phoebe y Madelaine. Sonrieron con amabilidad, pero Mayte ya no se fiaba de las sonrisas.

Unos nuevos faros de coche le anunciaron que llegaban más visitas, supuso que eran las tres gorgonas, las únicas que faltaban allí. Así que se mimetizó entre las tres mujeres.

Entre esta señora que no deja de mirarme y las que vienen ahora prefiero estar entre estas tres guapitas. Así se reparten las críticas entre las cuatro.

Miró de reojo a Nía. Tenía el pelo liso hasta mitad de la espalda, de un tono castaño oscuro. Era la chica que había visto en el coche de Damon el primer día. Notó un latigazo en el estómago, pero en forma de flagelo, y ambos tacones se le hundieron en la tierra bajo el césped.

Bajó la vista hasta sus pies. Recordaba la frase que solían decir sus amigas.

Las brujas no cuentan.

Pero dudaba que aquella chica pudiese parecerle una bruja cerca de Estela. La Medusa no tenía competencia.

—Vamos dentro —les dijo Damon y todos lo siguieron.

Oía a su espalda a Dylan, el hermano de Damon, hacer algún comentario sobre el peculiar jardín de la casa y todos le rieron la gracia. Mayte tenía toda su atención puesta en no caerse con aquellos zapatos. Al fin pisó el suelo de cemento y piedra que llevaba a la puerta de la casa y allí encontró a Medusa junto a sus dos hermanas. Notó la mirada de Estela, ella también había apreciado el cambio en su atuendo: más elegante, más llamativo y, no podía negarlo, también más sensual sin perder su estilo.

—Ya has conocido a los Damon al completo —le dijo Estela mirando tras de ella—. ¿Cómo te ha ido estos días?

Mayte abrió la boca para responder, pero Damon se colocó a su lado.

—No es momento de hablar de trabajo —cortó a Estela.

Ella entonó los ojos hacia él.

—No me refería exactamente al trabajo, sino a su estancia entre monstruos.

Damon contuvo la sonrisa.

—Está sucumbiendo al encanto de mis monstruos. —Miró de reojo a Mayte, divertido.

Estela alzó las cejas mirándola mientras el resto entraba en la casa seguidos de Damon. Mayte supuso que tendría algo más que decirle.

—El castillo resulta atrayente, no me sorprende en absoluto. —Una frase cuyo tono la hizo tensarse. Pero era algo de lo que Natalia ya le había advertido.

—Atrayente como no lo esperaba el primer día que llegué. —Fue la respuesta que La Fatalé le había preparado para el caso, en su versión más *light*. Si era cierto que pensaban que su misión allí iba más allá que la de traducir un libro, era exactamente lo que Estela necesitaba escuchar para confirmarlo.

Vio a Ava abrir la boca, sorprendida por la frescura. Y la invadió un halo de satisfacción que rara vez experimentaba.

A veces ser una unicornio tiene sus ventajas. Ojalá lo fuese todo el tiempo.

Les dio la espalda para subir los escalones y entrar.

—¿Has avanzado mucho? —Ava se apresuró para entrar a su lado.

Mayte le explicó de manera escueta sus avances.

—Demasiado rápido. —Oyó decir a Estela a su espalda—. Las prisas no son buenas.

Se giró para mirarla de frente. Realmente las serpientes de Estela se abalanzaban sobre ella para morderla.

—No solo se te exige eficiencia, sino también calidad —añadió la representante de Damon.

—Por eso estoy deseosa de que los editores hispanos os den la primera valoración —respondió Mayte entrando en el salón.

No puedo dejar que me inyecte veneno.

Repetía las palabras de Natalia. En su situación personal no podía permitirse alguien que le mermase la moral continuamente o acabaría en un círculo de mierda, buscando una perfección en su trabajo que ni ella ni nadie podría conseguir. Por mucho que Estela se empeñara en la excelencia. La excelencia tenía un límite en su trabajo, ella solo podía traducir, la novela era cosa de Damon y no de una traductora.

Vio la mesa puesta, esta vez más numerosa que de costumbre. Buscó su silla, ya era capaz de reconocerla desde lejos, aquellos espinos de ornamento la delataban. Vio a una de las amigas de Damon dirigirse a ella, pero se detuvo a hablar con la otra chica, la morena, Nía. Mayte aprovechó para alcanzar la silla con la mano y retirarla de la mesa.

Las jóvenes la miraron extrañadas.

Esta silla es mía. Yo soy la princesa pesadillas. Así que, iros a soñar a otra parte.

—Con permiso. —Se colocó entre la silla y la mesa.

Vio a Lilia al otro lado de la mesa mirando la silla y mirándola a ella con las cejas alzadas. La mujer no dijo nada, solo la miraba con sus enormes ojos verdosos bordeados por una gruesa línea de *eyeliner* negro que los hacía parecer aún más grandes.

El olor delató a Thomas, que acaba de retirar la silla del extremo de la mesa, justo a la derecha de Mayte. Entonces fue consciente del porqué aquella silla era tan codiciada. El bochorno no tardó en hacerle arder la cara.

Acabo de cagarla.

No quería ni mirar a Estela, que estaba al otro lado y se sentó junto a la madre de Thomas. Mayte tenía delante a Dylan, que estaba al otro lado de su hermano.

Miró de reojo a Thomas, que ya se sentaba sin prestar atención a la forma en que todos miraban a Mayte por haberse apresurado a sentarse junto al señor del castillo.

Ahora pensarán que soy una fresca o algo aún peor. Sí, ahora estarán convencidos de que soy una cazafortunas.

Le consolaba que al menos a La Fatalé le pareciese lo correcto que Estela acabase de convencerse de que ella era una cazadora del hombre de éxito, la última de su grupo de amigas en elegir a la víctima de sus malas artes femeninas.

Según Natalia aquello era un arma de doble filo. Por un lado, la parte moral y peyorativa bajo la crítica social. Por el otro, el pensamiento colectivo de que esas artes estaban reservadas solo a las habilidades y posibilidades de unas pocas. Algo que la empoderaría delante de otros y quizás no la vieran como la presa fácil que realmente era para estar atacándola continuamente.

Natalia nunca se equivoca.

Se sentó, intentando convencerse de que su gesto impulsivo no era una cagada delante de todos.

Si Natalia lo dice, es así.

Sin embargo, estaba segura de que aquella acción más sería del agrado de su Vicky, que le encantaba que todos intuyeran un posible empotramiento inminente. Aquel pensamiento la hizo contener la sonrisa.

Ya quisiera yo.

Fue un pensamiento fugaz. Apretó los dientes mientras encogía el estómago. La oscuridad de la casa la estaba invadiendo sobremanera, se estaba dejando embaucar por aquel entorno de una forma que se escapaba hasta a los pensamientos de Mr. Damon.

Qué horror.

Damon destapó la sopera que compartirían él, Mayte y Dylan.

—Las señoritas primero —dijo Dylan con su amplia sonrisa, que tenía la misma forma perfecta que la de su hermano pero con un halo de frescura y poca vergüenza que estaba muy lejano al de Mr. Damon.

A este por lo menos se le ve venir. Más peligroso es el del otro lado, que embauca como pocos. Pero en ese sentido a mí no debe importarme. Esto no va conmigo.

La madre de los Damon estaba junto a su hijo Dylan. Mayte sentía su mirada todo el tiempo.

—¿Mayte? —Probó a pronunciar su nombre. El mismo acento británico de todos al llamarla —. ¿Estás cómoda en la *suite* de la princesa de las pesadillas?

Se hizo el silencio. Notó cómo los amigos de Damon callaron sus conversaciones. Y Nía y Phoebe, que seguían su conversación aún sin sentarse, también guardaron silencio para escuchar su respuesta.

—Habitación misteriosa. —Oyó decir a Max riendo—. Thomas nunca la enseña.

—Cierto —dijo la otra chica, Madelaine—. ¿Cómo es?

Freddie rompió a carcajadas.

Thomas la miró para ver lo que ella tenía que decir. Mayte estaba terminando de servirse la sopa.

Unicornios, poseedme unos segundos, por Dios.

Notó balancear su medalla en la muñeca. Entornó los ojos.

—Habitación cerrada y misteriosa —repitió ella sonriendo, notaba a su derecha los ojos oscuros de Damon, no le importaban el resto de ojos, solo los de él. Y le encantaba que la mirase, esperando impaciente cuál era el veredicto de su invitada.

—Siempre bromeamos con él sobre lo que sea que tuviese guardado en esa habitación —dijo Freddie sin dejar de reír.

—¿Algo como la habitación de barba azul? —respondió a Freddie y Damon alzó las cejas sorprendido por su respuesta.

La risa de Freddie aumentó.

—Sí, algo así —le confirmó Max.

Dylan la miraba con una amplia sonrisa. La señaló con el dedo.

—Una habitación simbólica hecha para que nadie la usara —dijo Lilia, la madre de los Damon—. Con una cama demasiado alta para subirse y una bañera poco práctica. Una exposición, un empeño de mi hijo. La habitación de un fantasma. Al menos esa era la idea.

Qué mal rollooooooo.

—Es la segunda habitación más grande de la casa —intervino Estela—. La de la princesa del castillo. Un auténtico privilegio.

Sintió la mirada de Nía al otro lado taladrándole la sien.

Hija de puta*, La Medusa. Quiere asegurarse de que no haga amigos.*

Apretó los dientes y separó los labios en una mueca.

—¿La habitación de un fantasma? —le susurró a Thomas Damon y este rompió a carcajadas.

Aquella reacción de Thomas hizo que la atención de todos se centrase en él. Hasta vio la sorpresa en su propio hermano Dylan, que había alzado las cejas sonriendo.

—Creo que tu traductora no volverá a quedarse sola en el castillo —dijo Dylan, que comenzaba a servirse la sopa.

Quizás era otra noticia que también desconocían los amigos de Damon.

Y Nía.

Se le sumaban los monstruos a pares.

—Otro privilegio —añadió Estela.

La madre de Thomas Damon estaba en silencio, observando cómo Mayte cogía la cuchara.

Vaya mierda de cena. Con lo bonita que estaba la mesa fantasma de esos primeros días.

Sin la frescura de Claudia, sin la seguridad de Natalia y sin el morro de Vicky era difícil soportar miradas y susurros. Miró su unicornio de la muñeca y cogió aire despacio. Era sorprendente cómo solo un símbolo, de tamaño insignificante, podía significar tanto. Hasta el punto de remover algo en su interior que le daba cierta fuerza y le producía un leve picor en la garganta.

No estoy sola.

Sonrió y sabía que su sonrisa se veía sincera.

—Pues me alegro de que a los fantasmas les guste ver la televisión —dijo y Damon volvió a reír, aunque esta vez no fue tan efusivo. Quizás fuese el único que sabía que en el interior de uno de los muebles estaba escondida una televisión de alta definición con todo tipo de canales en la que ver prácticamente todo lo existente en el marco audiovisual.

—Privilegio tras privilegio. —Oyó decir a Estela, que cruzó una mirada con Nía. Luego se dirigió hacia Mrs. Damon—. Y decíamos que esta casa parecía inhóspita y siniestra. —La mujer sonrió—. Pues nuestra nueva traductora se ha adaptado muy bien.

Echándome a los leones.

Phoebe miró su asiento y luego a Thomas. Que hubiese entrado decidida a sentarse en su sillón, cuando estaba claro que Nía estaba dispuesta a sentarse en él, no era una acción que hubiese pasado desapercibida para nadie. Pero era su sillón, el hecho de que estuviese junto al de Mr. Damon no era casual, estaba segura de que no. Quizás él quería comprobar si era capaz de ocupar su lugar delante de todos, si el hecho de usar el trono de la princesa pesadillas superaba el bochorno de cómo lo pudiesen interpretar los presentes. Una desconocida que solo llevaba una semana allí se sentaba junto al anfitrión, por delante de su propia madre, su amiga especial y su representante.

—Sola en este castillo —intervino Max y sacudió la cabeza—. No sé si eso se puede considerar un privilegio.

Damon cogió su móvil sonriendo. Las luces que rodeaban la mesa bajaron la intensidad y solo quedaron alumbrados por la luz de las velas de los candelabros de la mesa. Mayte lo miró de reojo, él podía controlar cada luz de aquella casa con el teléfono. Algo que solía estar de moda, Claudia lo hacía y también Vicky desde mucho tiempo atrás. Comenzó a sonar una tenue música.

Los invitados miraron a su alrededor, el salón a aquella media luz se tornaba más siniestro y estrambótico.

—Es como si en cualquier momento fuera a salir el conde Drácula de la pared —añadió Max y varios rieron.

Vio que Madelaine, Nía y Phoebe no prestaban atención a las ironías del tal Max. Acababan de cruzarse un susurro, era imposible oírlo desde donde se encontraba. Levantó los ojos hacia Lilia, la madre de Damon, esta seguía pendiente de ella. Estela, sin embargo, estaba más pendiente de Thomas. Ava y Stephie parecían más metidas en su propia conversación con Freddie.

Las otras gorgonas no son tan chungas cuando Estela no las arrastra.

Entonces pensó si ser chunga significaba la diferencia entre despido o permanecer en el equipo. Si sus contratos dependían de bailar al son de Estela. Y hasta qué punto era lo correcto ser lo que se espera de una misma si lo que se espera es rechazar a otros o desconfiar sin motivos.

Bajó los ojos. Su unicornio brillaba hasta en la penumbra. Sonrió.

—Al principio también pensé que era un lugar inhóspito y siniestro —dijo y todos callaron para escucharla. Volvió a ver con el rabillo del ojo cómo Damon la miraba esperando oír qué tenía que decir delante de todos—. Y la sirena de la primera planta me daba una grima que… —Miró a Damon haciendo una leve mueca, no esperaba que él sonriera de aquella manera, así que no fue capaz de terminar la frase.

—¿Y en tan solo una semana has cambiado de opinión? —preguntó Estela, que volvía a servirse sopa—. Porque se te ve cómoda en la casa. Hay una gran diferencia entre la mujer que vi entrar mirando las estatuas con desconfianza, a esta que veo junto al señor de la casa.

La Fatalé me lo advirtió y aquí está la muestra de que nunca falla.

Thomas Damon guardó silencio. Era lo que esperaba. Natalia le decía que él solo saldría en su defensa en una insinuación o ataque cuando la viese al límite. Que él quería ver su reacción en todo momento y en cualquier situación.

Mayte levantó los ojos hacia Estela.

—Hace una semana solo veía monstruos que desconocía, pero en estos días he podido indagar sobre ellos y conocer la historia de cada uno. Se ven diferentes cuando se sabe de dónde nacen sus historias y las razones… —miró a Damon un momento, algo que no tendría que haber hecho

porque le mermaba el ingenio y le dificultaba las palabras. Regresó enseguida a Estela—, por las que cada uno está donde está.

Luego se giró para mirar el respaldo de su silla.

—En cuanto al sillón, siempre he usado este, desde el primer día. Cada sillón es diferente y tiene símbolos que aún no he logrado entender el significado, aunque cada uno está relacionado con algún elemento de la casa. —Sus palabras hicieron que todos, hasta Estela, se girasen para mirar los suyos—. Pensé que cada uno estaba asignado a alguien en concreto. Y este. —Se inclinó para que Estela pudiera comprobarlo—. Tiene el mismo símbolo que la puerta de mi habitación. Cada día lo he encontrado en lugar distinto. —Miró el sitio donde se encontraba Lilia —. Junto al ventanal. —Miró a Phoebe—. En un extremo. —Miró a Nía—. O en el centro de la mesa.

Miró de nuevo a Thomas Damon, que mantenía las cejas alzadas.

—Lo mismo he hecho el imbécil todo este tiempo, pero pensaba que era el sillón de quien fuera que ocupara la habitación de las pesadillas.

Lilia miró a su hijo enseguida. Dylan sonreía mirándola a ella, mostrándose más sorprendido que su hermano, o al menos mostrándolo con más efusividad.

No me puedo creer todo lo que he dicho.

Sin ironías, de la única manera humilde y correcta que sabía hablar, siendo sincera, diciendo la verdad. Y para su asombro, aunque se hubiese equivocado y quedara como una lela ante el señor de la casa, su familia y sus amigos, no se sintió avergonzada.

—¿Es así? —preguntó Max a Thomas.

—En este tiempo ninguno habéis visto más que monstruos en esta casa —respondió él con cierta ironía—. Me alegra que al menos alguien haya entendido mi casa.

No fue capaz de mirarlo, mantenía la vista en la sopa que apenas había probado.

—Quizás ser cercana a los Lyon tiene alguna ventaja, ¿no? —Volvía a ser Estela.

—Los Lyon solo hicieron lo que yo les pedí —se apresuró a responder.

—¿Cercana a los Lyon? —preguntó Nía.

—Amiga de Mrs. Lyon. —Mayte se sobresaltó al oír la respuesta de Lilia Damon. Allí habían indagado sobre ella más de lo que pensaba. Aunque tampoco la culpaba. Era una extraña en casa de su hijo—. Hermosa esposa de Mr. Lyon.

Mayte sonrió por cortesía.

—Solo la he visto una vez, pero recuerda tanto a esas actrices del cine en blanco y negro… —añadió.

—El sueño de todos es una casa diseñada por Mr. Lyon —dijo Freddie—. Cuando Thomas nos dijo que le estaba construyendo una casa no pensaba en algo como esto precisamente.

Se oyeron algunas risas.

—Mayte. —Esta vez era Nía—. Eso que has dicho antes de las historias de esas figuras, ¿en una semana te ha dado tiempo de estudiarlas? Quiero decir, el castillo está lleno.

—Además de traducir la novela de Thomas —puntualizó Ava.

Mayte negó.

—He localizado algunas en los libros de Arthur Damon. Otras las encontré en libros de la biblioteca. No todas todavía —le sonrió.

Thomas había fruncido el ceño mirándola.

—Cada vez manda a hacer más —dijo su hermano—. Cualquier día no se podrá andar por los pasillos.

Volvieron a escucharse risas. Damon seguía mirándola a ella.

—¿Qué más bestias pondrías tú? —preguntó él con interés.

Mayte sonrió.

—Una gorgona. —Ni lo meditó—. A Medusa.

Ahí lo llevas, Estela.

Dylan sonrió al escucharla mientras miraba a su hermano.

—Le acabas de crear una necesidad. Mañana mismo la encarga.

Damon alzó las cejas.

—¿Por qué no se me había ocurrido? —Le había gustado la idea, no tenía dudas.

Porque ya tienes una. Casi todo el tiempo.

Thomas entornó los ojos.

—La veo —dijo, levantándose de la silla.

Y yo la veo también.

Lo vio levantarse, sorprendida por su reacción. Las luces se encendieron y tuvo que entornar los ojos con la molestia que le causaron. Damon se perdía por el pasillo.

—Ahora correrá a pintarla —le explicó Dylan.

Mayte alzó las cejas mirando el plato de Damon.

—Mañana tendrá diez distintos modelos de Medusa. —Reía su hermano—. Seguramente ni dormirá hoy.

Mayte tragó saliva y miró de reojo a Lilia Damon, que seguía con aquella mirada felina.

No va a dormir y yo lo único que quería era marcarme un «Vicky» con la imbécil esta.

Miró hacia el pasillo. Damon aún no regresaba, hasta dudó que volviese a aparecer en el salón, pero al fin lo vio regresar con un blog de dibujo y varios lápices.

—¿Ves? —dijo Max. El resto ya había entablado conversación y nadie prestaba atención cuando Thomas volvió a sentarse.

—¿Ahora vas a dibujar? ¿En la mesa? —le reprendió su madre. Mayte tuvo que contener la sonrisa ante la situación—. Estás en medio de una cena.

Damon apartó su plato.

—No tengo hambre. —Lilia negaba con la cabeza mirando a su hijo.

Estela lo miraba.

—Esto es otro retraso en la novela —farfulló.

Pues que te den.

Thomas comenzó a dibujar los retorcidos espirales de serpiente de Medusa.

—Más rizado —le azuzó Mayte y él levantó el lápiz y la miró de reojo.

—¿Quieres probar?

Ella negó de manera efusiva.

—Pinto fatal. —Lo vio contener la sonrisa.

Dylan se inclinó para ver el dibujo. Mayte aprovechó para retirar su plato.

—Esa no la vas a poder hacer de setos —decía el hermano de Damon.

—Es Medusa, tiene que ser de piedra —dijo Mayte—. En el pasillo y pones un espejo al otro lado de la pared.

Damon levantó la cabeza y la señaló con el lápiz.

—Sí. —Volvió a pintar, esta vez hacía óvalos en la cola para acabar en un cascabel.

Y que todo esto tenga origen en una de chat. Cuando se lo cuente a las locas lo van a flipar. El chat es épico, no hay duda.

Max se había levantado para ver el dibujo y se colocó tras Thomas. Madelaine, Stephie y Ava lo imitaron. Mayte enseguida estuvo rodeada por casi todos, salvo por Mrs. Damon y Estela.

El postre estaba en una pequeña mesa que estaba situada en la pared. Vio a algunos acercarse a esta y coger una porción de tarta en pequeños platos. Mayte se levantó, la curiosidad que había despertado el dibujo de Mr. Damon hacía que se viese demasiado ahogada entre extraños que se inclinaban sobre ella para mirar el blog en la mesa.

Cogió su porción de tarta y una cucharilla.

—Era la niñera de los Lyon. —Escuchó decir a Estela dirigiéndose a la madre de Thomas mientras ambas se acercaban a la mesa.

Levantó la cabeza hacia ellas. Estela fue consciente de que la había oído, quizás no la había visto levantarse de la mesa o quizás sí lo hizo y hablaba a posta para ver su reacción. Mayte les sonrió.

—Claudia necesitaba mejorar su inglés y mi tía tiene una agencia de Au pair —intervino Mayte tranquila. Tenía a la madre de Damon a tan solo medio metro y sus ojos verdosos inspeccionaban su cara, parte por parte, como haría un artista antes de dibujar a su modelo.

—Vaya —respondió Estela—. Supongo que te debe una muy grande.

—No me debe nada. —Se concentró en el balanceo de su unicornio mientras movía la cuchara sobre la tarta. Aquel bichejo realmente parecía desprender una extraña magia que la protegía de ciertos monstruos—. La casualidad la llevó a donde debía estar.

—Una casualidad muy afortunada. —Estela ladeó la cabeza hacia Mayte—. Los Lyon son una familia muy bien situada.

Ir andando con una compresa mal puesta. Exacto, Vicky.

—Quiero decir que… sería un gran cambio para ella, supongo.

Mayte entornó los ojos.

—Fue un gran cambio para los Lyon, más bien. No siempre la fortuna es la que se puede apreciar desde fuera —respondió, soltando el plato con la tarta a medio comer.

Lilia Damon miró el plato que ella había soltado y luego la miró a ella.

—¿Comes poco por las noches o la comida británica no te gusta? —preguntó la mujer cogiendo una porción de tarta.

—Aún no me he hecho a estos horarios de comida —se excusó Mayte. No le cogió de sorpresa que la mujer hubiese sido consciente de que apenas había probado nada. No dejó de mirarla ni un instante.

—Muchos cambios también para ti —añadió la mujer.

Mayte alzó las cejas, en la voz no le notó la ironía de Estela, pero no entendió sus palabras.

Estela se colocó frente a ella.

—En unos días tenemos el comienzo de la feria del libro de Londres, por alguna otra casualidad afortunada Arthur Damon quiere que nos acompañes —le dijo casi sin respirar. Mayte tuvo que emblanquecer y no pudo ocultarlo, vio la cara de satisfacción de Estela—. Esto es lo que conllevan las casualidades afortunadas, cambios de un día para otro.

Estela se retiró de la mesa y la dejó sola con Lilia Damon. Mayte desvió la cabeza.

Y delante de la madre.

Podría no tener importancia. Pero si ya de por sí despertaba curiosidad en la mujer, y la incomodidad de su mirada le transmitía cierto rechazo, la forma de actuar de Estela no haría más que aumentar la desconfianza de la mujer hacia ella.

Pero no tiene importancia. Yo solo soy la traductora.

—Cambios —dijo la mujer sirviéndose más tarta. La miró de reojo antes de retirarse hacia la mesa.

Mayte se quedó sola. Los amigos de Damon seguían rodeándolo. Vio que Madelaine le había quitado el sillón de la princesa pesadillas.

Aquí no pinto nada.

Se acercó a ellos despacio y tocó el hombro de Damon, que se sobresaltó al sentirla.

—¿Qué te parece? —preguntó él en cuanto vio que era ella quien llamaba su atención.

Ella entorno los ojos hacia el dibujo.

—Menos monstruo y más mujer. —Fue su consejo. Aquella cara más se asemejaba a un orco de Mordor.

Damon negó con la cabeza.

—Es un monstruo, debe de serlo. —Perfiló su labio torcido con la punta del lápiz en forma de sombra.

Mayte miró de nuevo el dibujo y cogió aire. Nía estaba sentada sobre el reposabrazos del sillón de la princesa de las pesadillas. Estela estaba al otro lado de Damon. Ava le dio un leve empujón para apartarla y Mayte dio un paso atrás.

—Ha sido un placer cenar con vosotros —dijo, dando un segundo paso atrás. Su voz hizo que Thomas levantase la cabeza enseguida.

—Creo que hemos aburrido a tu traductora —dijo Dylan Damon y sus amigos rieron.

Vio la cara de satisfacción en Estela, Ava e incluso en Nía. Era evidente que era un estorbo, incómoda, no grata.

—Hasta otro día. —Ya estaba cerca de la puerta.

Recibió una despedida cordial de todos. Vio cómo Damon volvía a bajar la cabeza hacia su blog. Ella se giró y salió de allí.

16

Se tumbó boca arriba. Esperaba que sus amigas acabasen de poner emoticonos, aún no se habían recuperado de la noticia de la futura nueva figura de Medusa que iba a decorar el castillo.

—Que la ponga pronto, quiero verla. —Reía Claudia.

—Vaya comparsa que tienes, Mayte —dijo Vicky—. Gorgonas, La Medusa, las lobas y la madre de psicosis. Pues sí que va a ser un castillo de terror.

—Terror me ha entrado cuando me ha dicho Estela lo de la feria del libro —resopló.

—¿Terror? Si ha sido lo mejor de toda la noche. Qué magnífica oportunidad para relacionarse en ese mundo. Más trabajo, Mayte —dijo Natalia—. Abrirte camino.

—Casualidad afortunada, será hija de *puta* —refunfuñó Claudia—. El próximo día me llevo los patines.

Llovieron los emoticonos de nuevo.

—Dale unos patines a Claudia y rodarán cabezas. —Reía Vicky.

—Es un arma discreta —respondió Claudia con ironía.

—¿Ya se han ido? —preguntó Natalia.

Mayte se incorporó para mirar por la ventana. El jardín aún estaba encendido.

—He visto coches salir, no sé si se habrán ido todos.

—¿Qué piensas, Fatalé? —preguntó Claudia—. Danos tu veredicto.

—A pesar de que Mayte diga que ha sido tenso, incómodo y una mierda de cena, yo no he visto nada mal. Es más, nuestra última unicornio salvaje me está sorprendiendo para bien.

Mayte frunció el ceño.

—¿Sí? —respondió, sorprendida. Natalia no solía regalar frases como aquella.

—Sí. Me gusta cómo se comporta Damon cuando está solo contigo y me gustan tus reacciones a los ataques sutiles en público. Y él sigue la pauta que cabría esperar. La verdad es que me tenéis muy intrigada. —Rio con su voz grave—. Es un hombre muy inteligente, aún no sé de qué va su juego. Sabemos su comportamiento con las mujeres en un ámbito distinto al trabajo y ahí tienes la prueba con Nía. Confirma lo que contó Georgina, la viste salir con él el primer día y hoy ni un solo indicio de que tenga algo con ella. Y de la misma manera desconocemos si hay algo más con esas otras dos chicas que han ido hoy, quizás con quien menos lo esperes. Aunque dudo que en el trabajo se atreva, yo descartaría a las gorgonas. Sabe lo que quiere con las mujeres y lo que quiere debe mantenerlo lejos del trabajo. Es consciente de que no es lo normal ni lo correcto, por eso no creo que mezcle la seriedad con la que lleva su profesión con los líos. Sí, descarta a las gorgonas.

Mayte dio una carcajada interior que hizo que su barriga diera un pequeño bote.

—Estela lo sabe y por eso actúa así. Su imposible, su amor platónico, ella no es mujer a sus ojos y eso la perturba. Por eso descarga contra Mayte. Siempre os digo que es el comportamiento de unos lo que revela la verdad sobre otros y Estela me dice y me asegura que Sir Juntaletras sí ve una mujer en Mayte a pesar de tener una relación laboral con ella. Es mi teoría.

—¿Y la madre? —preguntó Vicky con curiosidad.

—La madre teme que al hijo se le peguen lapas, como es normal. Las madres son protectoras y su hijo es un caramelo *deloux*. Sigue un patrón normal. Una desconocida ocupa una *suite* en

casa de su hijo y quiere inspeccionarla. Recuerda que es una *suite* especial. Hay una princesa en ese reino de monstruos ideado por Thomas Damon, una única mujer. Y Mayte está en su dormitorio y ocupa su sillón en la mesa que equivale a un trono. Es normal que la inspeccione, que desconfíe. Si encima Estela la vende como una cazafortunas, pues súmale razones. Se mantendrá como madre de psicosis el tiempo que haga falta.

—Tía, lo cuentas que suena a peli. Me encantas, Fatalé. —Reía Claudia—. Esto es mejor que el Netflix.

—Muy divertido para vosotras que estáis al otro lado del teléfono, como las antiguas novelas en la radio. Pero yo sigo aquí en medio de los monstruos.

—Los monstruos se van, Mayte. Y te quedas al Juntaletras solo para ti. Ni te quejes —le dijo Natalia.

Ella cerró los ojos y se puso la mano en la frente.

—Yo he venido a trabajar y os estáis montando una película de la leche —protestó.

—Una película, sí, seguro. —Rio Vicky con ironía—. Esta todavía no se ha enterado de nada.

Oyó cómo llamaban a la puerta con la mano.

—Llaman, chicas. —Se incorporó de un salto.

—Pues corre y abre y le enseñas los jamones otra vez. —Sonó la risa de Vicky.

Se levantó de la cama, estaba en camisón y descalza.

—Un momento —dijo en voz alta.

Se puso la bata cruzada, esta vez llevaba un conjunto en satén azul marino, menos transparente que el marfil de la noche del bochorno, y sin encaje.

—Como no la empotre se la va a tener que casc… —Silenció el móvil enseguida.

Negó con la cabeza mientras lo dejaba sobre la cama. Corrió hacia la puerta y la abrió despacio, con aquel sonido chirriante que tenían todas las puertas del castillo no era capaz de abrirlas rápido, parecía que iban a caerse de un momento a otro a pesar de la robustez que tenían.

Thomas Damon estaba frente a ella, tras él podía ver el rosal muerto en el interior de la vitrina.

Ooootra vez enseñando jamones. Lo quiero hacer queriendo y no me sale.

La culpa la tenía ella. Nunca le gustaron los pijamas de algodón, sentía debilidad por la lencería de dormir. Quizás aquel empeño en pasar desapercibida durante el día lo compensaba con aquel atuendo llamativo cuando nadie la veía. Pero ahora estaba a la vista, al parecer, todo el tiempo, y era algo que debía considerar. Se había atado la bata lo más cruzada que pudo para tapar el escote. Sentía tan apretado el cinturón que estaba segura de que tendría el aspecto de una lechuga en el súper cuando las sujetaban con gomillas.

—Vi la luz y… —comenzó Thomas.

—Estaba despierta, no te preocupes —respondió tranquila a pesar de que se reponía del vuelco que le había dado el estómago cuando oyó que llamaban a la puerta.

Sentía el suelo frío bajo la planta de los pies y este le llegó hasta los tobillos.

Damon llevaba una pequeña bandeja dorada con tapa. La alargó hacia Mayte.

—No sé si es por el cambio de horario o porque había demasiada gente. —Levantó la tapa.

Tarta de natilla y galletas.

—Pero no te he visto comer en la cena —añadió.

Volvió a tapar la bandeja y se la dio a Mayte. Ella sonrió levemente, el frío de los pies había desaparecido. Cogió la bandeja con cierta vergüenza.

—Gracias —le dijo, esperando que se retirase, pero Thomas continuaba en su lugar.

Alzó la vista hacia él. El verde de su camisa era el mismo que el de las hojas secas del rosal tras su espalda. Bajó los ojos enseguida, antes de perderse en la imagen que tanto le gustaba: cuando Thomas Damon se mimetizaba en aquel ambiente misterioso que la atraía sin remedio.

—He acabado el primer boceto de Medusa —dijo y sonrió. Ella alzó los ojos, él ya no llevaba la camisa abrochada por completo, un par de botones le dejaba entrever la base del cuello, mínima parte de su cuerpo que Mayte sabía que no debía de mirar. Aunque más descubierta estaba ella y a él no parecía importarle.

—¿Quieres verla? —preguntó.

¿Ahora?

—Claro. —No podía decir otra cosa.

La sonrisa de Thomas se amplió. Dio unos pasos por el pasillo hacia las escaleras. Mayte miró el interior de su habitación. Dudaba si salir de ella o no. Decidió dar un paso hacia el pasillo. Vio a Damon coger el blog de la media columna donde comenzaba la escalera y ella se acercó a él, dejando la puerta abierta de la habitación.

Cuando llegó a la escalera Thomas ya se había sentado en el primer escalón. Mayte no se atrevía a acercarse demasiado, el camisón era corto y en la cercanía volvería a enseñar sus vergüenzas. Así que bajó un par de escalones y se sentó bajo él, apretando sus muslos uno contra otro, lejos de la vista de Damon. No era una postura cómoda porque tenía que girar la espalda demasiado hacia él y debía de aflojarse el cinturón si no quería explotar sentada, pero esto le abriría el escote y prefería reventar.

Thomas le dio el blog.

—Haré varios antes de decidir —le dijo, inclinándose hacia delante para ver el dibujo cerca de ella. Le estaba encantando el olor de Damon en la soledad. Entre gente se perdía, entre gente el castillo no parecía tan encantado.

Dejó la bandeja junto a ella y entornó los ojos hacia el dibujo. Thomas le había dado sombras. Era sorprendente que, aparte de las letras, no tuviese mal talento para el dibujo.

—Más rizado —dijo y él la miró desconfiado.

—Son serpientes, no parecerían reales. —Cogió el lápiz y le dio más forma a una de las serpientes del pelo. Mayte se tensó, el blog reposaba sobre sus muslos y notó la presión del lápiz —. ¿Por qué Medusa?

Porque a Vicky se le ocurrió.

—Me gusta la historia de Prometeo —respondió, conteniendo la sonrisa.

—Prometeo le corta la cabeza a Medusa —dijo él mirándola de reojo.

Una genialidad por su parte.

Suspiró.

—Entonces no te gusta Medusa —añadió Thomas y Mayte se sobresaltó. Lo miró de reojo, sabiendo que tenía que estar roja. Era como si él supiera qué significaba Medusa.

—Un monstruo que mata con la mirada, claro que no me gusta. —Ladeó la cabeza mientras Damon seguía curvando las serpientes.

Sabía que Damon debía de estar incómodo pintando en aquella postura, así que le devolvió el blog.

—¿Qué más cambiarías? —preguntó él.

Mayte cogió la bandeja y se la puso sobre las piernas. Le salivaba la boca de pensar en la tarta.

—La boca, una lengua bífida. —La cucharilla era demasiado pequeña para el hambre que

tenía.

Una lengua larga y llena de pústulas.

—Eso está bien, sí.

La tarta era un majar de dioses, el sabor del dulce mientras miraba a Damon pintar concentrado, la escalera bien le podía parecer el Olimpo.

—Larga —puntualizó ella y lo vio alzar la vista hacia ella un instante.

Él la había pintado con dientes puntiagudos, tuvo que emborronarlos por abajo para poder pintar la lengua.

—¿Eras de las que te daban miedo los monstruos de niña? —sonrió.

Mayte rio, no hacía ni falta responder.

—¿Y de mayor? —volvió a preguntar.

Negó con la cabeza enseguida.

—He estado sola en esta casa varios días, ya ves que no —respondió con satisfacción.

Thomas levantó el lápiz del papel. Acababa de pintar la lengua bífida de Medusa.

—No me refiero a cuando estás sola —respondió él.

Desvió la cabeza enseguida. Lo de Medusa no había sido buena idea. Él era inteligente, era intuitivo, una especie de versión masculina de Natalia. Quizás sabía por qué lo decía, quizás conocía a quién se refería. Quedaría como una mal educada, como una imbécil, infantil, insegura, una niñata con vestimenta elegante y pinta de profesional que no era más que una mujer amargada, llena de inseguridades y que se cuestionaba todo el tiempo mientras la atormentaban las pesadillas. Ausencia de sueños, estos desaparecieron con los años dejando únicamente pesadillas.

—Todos los monstruos viven en algún momento, ya te lo dije el otro día. —Volvió con el lápiz al dibujo.

Mayte bajó la cabeza, estaba a punto de levantarse y de regresar a su dormitorio. Notaba los pies húmedos, sudor que hacía que las plantas resbalasen en el mármol.

—Siempre habrá monstruos —añadió él con voz tranquila—. Por eso gustan mis novelas. Yo llevo la fantasía a la realidad humana. Mis lectores ven en ellas sus tormentos, sus miedos y se plantean la forma de enfrentarse a ellos. La mayoría solo están dentro de nosotros. No tienen más realidad que la que les permitimos. —Levantó la mirada hacia Mayte—. ¿Por qué te has marchado de la cena?

Esperaba la pregunta y levantó el culo del escalón enseguida para salir corriendo, pero Thomas la detuvo para que volviera a sentarse.

—Creo que ya te han informado de que vendrás conmigo a la feria del libro. Y quiero asegurarme de que no saldrás corriendo también.

Mayte resopló. Miró hacia el pasillo, podía ver la puerta abierta de su habitación.

—Has sido muy cordial, dándome el honor de estrenar una *suite* que no sé por qué es diferente al resto de habitaciones de la casa, pero no me has hecho ningún favor.

Fue tan sincera que hasta ella misma se asombró. Cerró los ojos, lamentándose de lo que acababa de decir.

—¿No te gusta tu habitación? —Thomas dejó el blog a un lado y giró su cuerpo hacia Mayte.

—Claro que me gusta. —Como también le gustaba la tarta y no se la estaba comiendo. Como también le gustaba él y no hacía nada para agradarle más de lo debido.

—¿Dónde está el problema?

—En las consecuencias de ocuparla —negó con la cabeza.

Todo tiene consecuencias. La tarta y tú también las tenéis. Las del dulce se arreglan con un par de carreras. Las tuyas no.

Las consecuencias, llevaba más de media hora valorándolas junto a las locas del chat. Las consecuencias de haber sido recomendada y llegar hasta allí sin méritos, las consecuencias de aquel cambio a última hora, de pasar a ser una privilegiada en la casa de un hombre que no solía dar privilegios. Consecuencias de que su mente se desviara de su único objetivo allí. Lo miró de reojo, él se lo ponía tremendamente difícil. Cogió aire por la boca y este rebotó en su pecho y lo soltó de nuevo.

Vio que Thomas observó el gesto, él tenía la mirada fija en la base de su cuello y la bajó hasta su pecho, justo donde cruzaba la bata azul.

—Fui yo quien decidió contratarte, fui yo quien decidió alojarte en una *suite* principal y el que ha decidido que acudas conmigo a un evento como parte de mi equipo —añadió—. Sean cual sean las consecuencias, no son tu culpa.

Ella se giró levemente hacia el lado contrario de Damon, no quería darle del todo la espalda.

—Ni siquiera estar aquí, en la escalera ahora mismo, es tu culpa. —Lo oyó decir—. Has sido todo lo que se esperaba de ti. Trabajas bien, eres educada, correcta, eres todo lo que buscaba y algo más.

Ella bajó la vista hacia la bandeja dorada.

Ese algo más me ha matao.

Notó cómo la bata se resbalaba de su muslo y caía a un lado, la sujetó enseguida y se tapó.

—Tu miedo era no estar a la altura —prosiguió él—. Ahora sabes que lo estás. Sin embargo, sigues teniendo miedo.

Le cogió la mano para que se girarse. En cuanto notó la mano de Damon y lo miró de reojo pudo olvidar hasta que se encontraba descalza en una escalera, con un mini camisón y una fina bata que no le cubría todo lo que deseaba.

Él le puso el blog sobre los muslos.

—Dibuja tus monstruos —le pidió, dándole el lápiz.

Notó cómo le brillaron los ojos.

—Quiero verlos.

Mis monstruos no caben en este papel.

Thomas se había inclinado hacia delante para verla mejor. Ella no era capaz de levantar la cabeza.

—No dibujo bien —dijo.

—No hace falta dibujarlos bien. —Lo notó moverse, bajaba un escalón, ya solo los separaba uno. Estaba demasiado cerca, al inclinarse de nuevo hacia ella casi podía rozarla en el hombro.

Ella garabateó la silueta de un torso, era una mujer delgada pero con algo de forma. No pintó sus piernas, un ovalo fino formara la cara. El pelo fueron solo unas cuantas rayas onduladas. Detuvo el lápiz y se quedó inmóvil.

No puedo.

Miró el dibujo y sintió cómo los ojos se le humedecieron. No era Medusa ni ninguna gorgona ni eran las lobas que rodeaban a Damon ni el Kraken ni mucho menos la madre de psicosis. Era un monigote esbozado, pero podía reconocerle, su mente le daba forma a aquellas líneas torpes y pudo verla claramente. Su mayor monstruo era ella. Allí radicaba sus peores temores.

—Lo siento. —Le devolvió el blog a Damon y se puso en pie.

Se giró casi sin importarle si desde aquella perspectiva en el suelo podía verle los jamones y

donde estos acababan. Se retiró con la rapidez suficiente para que la visión fuese fugaz.

—Mayte. —La llamó él, pero ella no se detuvo. Solo alzó una mano para que le permitiese escapar.

Lo sintió levantarse también y seguirla. Ya ella estaba con una mano en el picaporte de la puerta de la *suite*. Se detuvo en su puerta entreabierta, con la cabeza sin atreverse a mirar a Arthur Damon. Estaba a su lado, había sido más rápido que ella y la había alcanzado.

—¿Quién es la princesa pesadillas? —preguntó, ya sabía que poco podía ocultar de ella a Damon. Él parecía poder ver a través de aquel fino velo superficial con el que solía ocultarse.

—¿Y tú me lo preguntas? —Cerró los ojos al escucharlo.

Apretó el picaporte con la mano y cogió aire. No aguantaba más tiempo allí de pie junto a él. Comenzaba a tomar consciencia del satén, de la escasa ropa, de sus pies desnudos. Entró en su habitación y cerró la puerta, sabiendo que Thomas Damon, un dios de la creatividad y las letras, hombre perfecto donde los hubiese en absolutamente todos los sentidos que alcanzase a imaginar, estaba al otro lado. Y ella acababa de darle con la puerta en las narices.

Suspiró camino del baño mientras se quitaba la bata. Dejó caer el camisón y las bragas junto a la bañera y se introdujo en ella, sentándose. Abrió el grifo y el agua comenzó a caer, aún fría. El fondo de la bañera se llenaba, tardaría un rato en templarse. Apoyó la frente en las rodillas mientras se le erizaba el vello de todo el cuerpo con la temperatura del agua.

Le costaba respirar, algo en el pecho se lo impedía. Cerró los ojos. Lo había oído de la voz de Damon, estaba a la altura, era correcta, era educada, era todo lo que se esperaba de ella, era todo lo que Damon buscaba y algo más. Y nada de eso la hacía feliz, nada de eso detenía sus monstruos y sus pesadillas.

Y notó cómo su cara se tensaba como el rostro de la figura del jardín y su estómago se encogía vacío de apenas haber probado comida durante horas. El agua se templaba mientras su cuerpo se consumía en sus pensamientos. Los monstruos, cada uno del castillo encantado, se hicieron reales a su alrededor.

17

Era difícil volver a actuar como si nada después de lo de la noche anterior. Bajó temerosa al salón a desayunar y lo encontró vacío. Solo había un desayuno colocado y no el disparate de los días anteriores. Solo uno, frente al sillón de la rosa de espinos.

A pesar de temer cruzarse a Mr. Damon, y enfrentarse a su bochorno por el comportamiento extraño que tuvo con él, se apenó de que no fuese a desayunar con ella.

Se sentó, las tostadas estaban aún calientes. Y hasta le habían dejado el bol de frutas similar al que él le preparó aquella mañana. El detalle hizo que echara más en falta su compañía. Llevaba días sola en aquel castillo y en ninguno de los desayunos lo echó en falta tanto como aquella mañana. Quizás eran sus ansias de comprobar si él estaba molesto, enfadado, decepcionado. Le había dado con la puerta en las narices cuando él no hacía más que ser cortés con ella. Una *suite*, privilegios, amabilidad y un trozo de tarta que era un manjar de dioses. Y ella le respondió de aquella manera estúpida.

Imbécil, imbécil, imbécil.

Se lo había repetido durante toda la noche las muchas horas en las que no pegó ojo. Las ojeras regresaban de nuevo a su cara, demasiado maquillaje para ocultarlas. Notaba el párpado inferior tirante y acartonado.

Sonó su móvil. Desde temprano las locas no paraban de hablarle. Ella fue escueta como siempre que contaba sus cosas.

«El empotre que te perdiste en las escaleras, so *capulla*».

Fue el mensaje de Vicky. Negó con la cabeza, ellas seguían con lo mismo. Y lo último que necesitaba eran las bromas de las locas respecto a Thomas Damon.

Había pensado mucho aquella noche, el silencio y el insomnio le habían dado margen de repasar cada uno de sus pasos desde que llegara a la casa Damon. «Correcta», decía el señor del castillo. Pero no era del todo cierto, quizás a simple vista. Desde el primer día había infligido la norma de fotografiar algún elemento de la casa, no dejaba de bromear o más bien permitir las risas de las locas, el segundo día le había enseñado medio cachete del culo a Thomas Damon, utilizaba un sobrenombre poco respetuoso con la representante e incluso se había atrevido a sugerir una figura del monstruo que ella formaba en su cabeza de Estela delante de todos. Era una maleducada, una frustrada que pagaba su inseguridad con los demás. Se sentía peor persona que Estela.

Solo bebió un vaso de leche con una cucharada de café instantáneo para espabilarse y subió a su estudio para trabajar. No le apetecía ver a Estela, era sábado y no creyó que esta regresase hasta el lunes. Podría seguir trabajando todo el fin de semana, de hecho, no creyó que fuera a hacer ninguna otra cosa.

Damon parecía haber desaparecido como las personas que limpiaban la casa, como los que ponían la comida sobre la mesa, arreglaban el jardín o le arreglaban el dormitorio cada mañana.

Solo sé quejarme, quizás por eso no avanzo por dentro.

Ser la princesa pesadillas era lo único que sabía hacer bien. Entonces entendió la explicación de Georgina: «una princesa sin reino». Eso era ella, una princesa sin reino y, aunque lo tuviese, seguramente con aquella forma de ser no sería capaz de disfrutarlo.

Trabajó durante toda la mañana y bajó a comer. Tampoco encontró más de un cubierto en la

mesa. Volvía a estar tan sola como cuando Mr. Damon se había ausentado. Desconocía si este estaba en su despacho trabajando, no había escuchado la puerta en ningún momento a pesar de haber estado pendiente.

Imbécil.

No dejaba de repetírselo. Quizás su forma de actuar lo había hecho cambiar de parecer respecto a ella y ahora era verdaderamente un estorbo en aquella casa.

Salió al jardín después de comer, su móvil no dejaba de sonar. Ni siquiera las burradas de las unicornio eran capaces de hacerla reír.

Rodeó al monstruo del lago Ness y llegó hasta la princesa de las pesadillas. Se inclinó para coger las tijeras y fue a cortar una de las rosas, una ya medio marchita, le daba pena cortar una más joven a la que aún le quedaban días de hermosura y buen olor.

Oyó un maullido y sintió una leve presión en las pantorrillas. Era el gato blanco, se giró para mirarlo, acababa de restregarse por sus piernas y le había dejado pelo en el pantalón.

Me ha confundido con un cepillo.

Se inclinó y lo acarició. El animal levantó la cabeza con gesto placentero. Mayte sonrió al verlo.

No le importa que yo sea torpe y lenta.

Recordó las palabras de Damon.

No le importa que no sea como él.

El gato se dejó acariciar un rato para luego marcharse, volviendo a quedar sola frente al rosal.

Cortó la rosa y soltó las tijeras para regresar a la casa. Era más sencillo andar por el jardín con el tacón corto. Al menos no perdía el equilibrio. Pisó de nuevo el suelo de asfalto y levantó la cabeza. Encontró a Damon en el umbral. Volvía a vestir de negro, como el primer día, no cabía duda de que era el color que mejor juego hacía con la casa.

Thomas miró la rosa que Mayte llevaba y alzó levemente las cejas.

—¿Para qué quieres una rosa que ya no huele bien? —preguntó y ella se sobresaltó.

Bajó sus ojos hacia la flor, hasta algunos de sus pétalos estaban ya con los bordes quemados.

—Me daba pena cortar otra que puede vivir más tiempo —respondió.

La estoy cagando por segundos. Imbécil es poco.

—Pero perfumaría tu dormitorio durante unos días. —Entornó los ojos hacia ella—. Esa no.

Sintió ganas de tirar la rosa a la basura. No hacía ni falta recordar lo de la noche anterior para sentirse estúpida. Thomas se cruzó de brazos.

—Mis editores en español han dado el visto bueno a tu traducción —le dijo, pero sin embargo no sonrió.

La satisfacción no fue suficiente para hacerla sonreír a ella tampoco.

—Si sigues a ese ritmo pronto me pillarás y acabarán presionándome aún más para que entregue el manuscrito pronto. Así que intenta bajar el ritmo. —Entornó más los ojos—. Trabajas catorce horas… Que vivas aquí no significa que no tengas un horario de trabajo. Uno normal, nada de esclavitud. —Lo vio contener la sonrisa y negar con la cabeza—. Puedes salir cuando quieras. No eres mi prisionera.

Mayte alzó las cejas. Acababa de caer en la cuenta de que no había puesto un pie fuera del castillo desde que llegó a Londres.

—Ir a casa de los Lyon, de compras, lo que te apetezca. —Miró a su alrededor—. Acabarás siendo otra figura más del decorado de mi casa. —Esa vez no pudo aguantar la risa.

Ya sé que soy penosa, no hace falta que me lo recuerdes.

Mayte apretó los dientes mientras sentía un leve ardor en el pecho.

—Cierto —le respondió y él se sobresaltó.

Thomas la miró de reojo.

—En cuanto a la reunión en la feria del libro —añadió—, es dentro de tres días.

Ella alzó las cejas intentando disimular el tembleque de las piernas que le producía estar otra vez entre gente. Según el veredicto de La Fatalé había perdido las habilidades sociales, pero era algo fácilmente recuperable.

—El próximo viernes mi hermano se ha empeñado en organizar una nueva cena, esta vez algo más numerosa. —En ese momento sí que notó que su cuerpo basculaba—. Creo que te gusta la soledad de la casa tanto como a mí, pero todos debemos ir haciéndonos a la idea de que dentro de poco se llenará al completo.

¿Más monstruos?

Thomas dio unos pasos hacia ella.

—Estela está organizando la fiesta para celebrar mi título. —Rodeó a Mayte hasta colocarse a su lado para mirar el jardín—. En su momento estaba en mitad de una gira y no pudo ser y no quiero posponerla por más tiempo. Vendrá mucha gente de toda Inglaterra, incluidos los Lyon.

Giró su cabeza para mirarlo. Al menos tendría a Claudia a su lado.

—Por muy rápido que vayas en la traducción estarás en la casa, así que serás una de mis invitadas. ¿Algún problema? —Inclinó la cabeza hacia ella.

Negó efusivamente con la cabeza, aunque sentía ganas de salir corriendo del castillo. Una fiesta de la alta sociedad como no soñaba a imaginar, horror, terror…

—Será un honor. —Hizo un gesto con la cabeza en señal de cortesía. Pero Thomas frunció el ceño, a él no podía engañarlo.

Asentía con la cabeza, le recordaba al gesto de Natalia cuando le daba la razón como a los locos sin creerse nada en absoluto.

—¿Quieres ver a mi Medusa? —le preguntó, tirando de su muñeca.

—Claro. —Le alegró que al menos Thomas no hubiese cambiado de parecer respecto a ella a pesar de su comportamiento extraño.

Lo siguió por el pasillo hasta su biblioteca. Allí había varios bocetos de Medusa. Thomas Damon no debía de haber hecho nada en toda la mañana más que dibujar. Entendió las palabras de Estela sobre que esa idea de un nuevo monstruo en casa le retrasaría la novela.

En un caballete parecía estar la definitiva. Más rostro de mujer que el resto y su pelo mezclaba rizos de pelo natural con serpientes. Tenía la lengua larga y bífida, tal y como ella le había pedido. Su cuerpo terminaba en una cola de cascabel. Sonrió al mirarla, era asombroso el talento en el dibujo del genio de las letras.

—Siempre me gustó el dibujo —explicó él—. Pero ganó la escritura.

Mayte alargó la mano para coger el dibujo, Medusa llevaba algo en la mano. Entornó los ojos, tenía estrujada en su puño una rosa seca, algunos pétalos habían caído al suelo hechos añicos. Casi se le cayó la hoja al ser consciente de lo que Damon había dibujado.

La hoja no cayó al suelo, pero la rosa sí. Thomas se inclinó a cogerla y la puso en la mesa, unos pétalos quedaron en el suelo.

—¿Te gusta? —preguntó.

Ella cogió aire mientras notaba cómo le ardían hasta las orejas. No podía entender de qué manera Arthur Damon había podido adivinar quién era su último demonio. Pero, como siempre le decían las unicornio, el primer paso era admitirlo. Digerir su realidad.

—Claro que me gusta —respondió, dejando la hoja en el caballete.

—Ya la he enviado, la harán en piedra y he pensado en colocarla en la primera planta, justo donde empieza tu pasillo.

Dónde si no.

—Entre la sirena de la escalera —sonrió—, y esta. Va a quedar un camino precioso a la *suite*.

Él sonrió a su ironía. Mayte levantó los ojos hacia él, ningún monstruo le resultaba tan temible si Thomas Damon acompañaba en la decoración. Le encantaba aquella biblioteca de techos altos y escaleras de caracol.

—¿Tienes algún plan esta tarde? —preguntó y ella se sobresaltó. Ya debía de estar roja, así que no temió más vergüenza. Él no esperó que respondiese—. Si pongo a ese lado a Medusa necesito otra estatua al otro lado. ¿Quieres ayudarme?

Se dirigió hacia una de las escaleras y subió por ellas para coger unos libros.

—No hace falta que sea uno ya creado, podemos inventar —sonrió mientras bajaba el último escalón—. Creo que entiendes algo de monstruos.

Ella desvió la mirada ante la ironía de Damon. Él soltó los libros en la mesa y produjo un ruido que se escuchó en toda la biblioteca. Le encantaban aquellos libros antiguos y enormes que desprendía un olor a tiempo que la hacían pasar a ese otro mundo oscuro de Thomas Damon.

—No sabía que entendía de monstruos. —Anduvo hacia la mesa—. Hasta que llegué aquí.

Lo vio sonreír al oírla. Mayte cogió la rosa y la miró.

Rosas muertas.

La puso en un pequeño vaso dorado que había sobre la mesa. Sentía que las apariencias habían acabado, no importaban, él podía ver la verdadera princesa de las pesadillas todo el tiempo, desde que pusiera un pie en aquel castillo. Miró de reojo a Thomas Damon, él había colocado un nuevo blog sobre la mesa. Mayte abrió el primer libro de ilustraciones demoniacas.

—¿Qué habías pensado? —preguntó y él aumentó su sonrisa.

18

Se les había hecho de noche en la biblioteca. Por primera vez los empleados del señor les habían servido la cena en persona, ya que él la había pedido en la misma biblioteca. Una bandeja portátil donde ellos iban cogiendo la comida.

Habían acabado sentados en el suelo. En la mesa había tal pila de libros que no cabía el blog de dibujo. La propia Mayte había bajado más de una docena desde las escaleras. Volvía a estar descalza, a media tarde abandonó sus zapatos a un lado de la biblioteca para no caer rodando por alguna de las empinadas escaleras de caracol.

Thomas Damon había dibujado varios bocetos de una especie de híbrido con cola y unos cuernos retorcidos. Habían decidido que su monstruo debía tener cola como Medusa y la sirena de la entreplanta de la escalera. Así que el resultado fue una mezcla masculina de las otras dos figuras.

—Acabado —dijo él—. La encargaré con Medusa para colocarlas a la vez.

Dos figuras de piedra que Mayte estaba segura de que terminarían de conseguir aquel efecto misterioso que tenía la planta de los dormitorios. Una a cada lado del comienzo de cada pasillo, el que llevaba a la *suite* del señor y el que llevaba a la suya.

La tarde y parte de la noche se le habían pasado volando, parecido a cuando estaba con sus amigas. Casi había conseguido olvidar que pronto asistirían a aquella feria donde estaban los grandes del sector y aún más aquella fiesta de cortesía que Sir Thomas Damon pensaba dar en su casa. Le gustaba el castillo solitario, encantado, tal y como lo tenía la mayor parte del tiempo. Y, por supuesto, con el amo dentro de él.

Su móvil comenzó a sonar, era tarde y las unicornio hacían acto de presencia. Siempre era igual, primero sonaba el primer mensaje, a los pocos segundos otro y lo separaba unos segundos más el tercero. Luego llegaba la avalancha.

«¿Dónde estás metida, princesa pesadillas?».

Preguntaban por ella, pero dejó el móvil en la mesa mientras recogía los libros y los llevaba a su sitio. Cuando acabaron de recoger los libros cogió su móvil y se dirigió hacia la puerta, ni siquiera había mirado la hora, pero podía imaginarla, era la hora del chat.

—Gracias por la ayuda —dijo él acercándose a ella.

—No ha sido nada —sonrió—. Me ha gustado aprender más sobre monstruos.

Él miró su mano, donde llevaba el teléfono.

—¿Siempre hablan tanto? —preguntó Damon mirando el móvil.

—Sí. —Rio Mayte saliendo de la biblioteca. Ella miró también el móvil de Thomas, también lo había silenciado, pero no había dejado de vibrar junto al de ella—. A ti también te hablan sin parar.

Damon alzó las cejas y miró su teléfono.

—Pero mis mensajes no me hacen reír como a ti los tuyos —respondió y Mayte aumentó la risa.

Comenzaba a no desagradarle ni asustarle ni a avergonzarle que él la observara demasiado. Lo de sus risas al teléfono era evidente aunque lo hiciera desde su balcón, aunque lo hiciera en medio del jardín cubierta por grandes setos monstruosos.

Dio un paso atrás, estaba demasiado cerca de Thomas Damon.

—Hasta mañana —se apresuró a decir mientras su talón rozaba la escalera para subir.

Lo vio contener la sonrisa.

—Hasta mañana. —Se giró en cuanto él respondió y salió corriendo escaleras arriba. Entró en la *suite* y se cambió mientras leía los mensajes de sus amigas. Un audio de un minuto le fue suficiente para explicarles su tarde.

Recordó que la rosa medio marchita había quedado en el vaso de la mesa de la biblioteca. Torció los labios, no pensaba salir de la *suite*, Damon estaba abajo y parecería lela al bajar por una rosa que ni siquiera daba olor.

—Baja, lo mismo piensa que quieres candela. —Reía Vicky.

Llenó los mofletes de aire y resopló.

—O sea. —Era Claudia—. Que tendremos a una Medusa en el castillo. —Su risa aumentó—. La cara de Christopher cuando ha visto el boceto que le ha enviado Damon.

Llovieron los emoticonos.

—¿Qué ha dicho? —Mayte se tapó la cara.

—Que si ya la estábamos liando en el castillo. Le he dicho que no, que no has pasado de enseñarle los jamones al Juntaletras.

—¿Sabe quién es La Medusa? —Reía Vicky.

—No dejas de nombrarla, claro que lo sabe. Dice que pasan los años y no tenemos arreglo.

Mayte asintió con la cabeza. No, no tenían arreglo.

—Pero creo que hemos superado sus expectativas con lo de la estatua. —Claudia debía de estar secándose las lágrimas de los ojos. Se oyó cómo se sorbía la nariz.

—Y creo que hasta Damon lo sabe. —Mayte se llevó de nuevo la mano a la frente—. Lo sabe todo, no importa lo que quiera mostrar, sabe lo que soy. Y sabe quién es Medusa. *Joder*, es como Natalia. Observa, deduce y acierta.

—No, no es como Natalia —intervino Vicky—. A este los jamones le dispersan la analítica.

Tuvo que sonreír mientras esperaba el audio de Natalia. Llegó a los pocos segundos.

—¿Y qué tiene de malo? —Cerró los ojos con la voz grave de Natalia—. No eres un genio de las letras ni vendes millones de libros ni eres dueña de un castillo. Pero no por eso debes de avergonzarte.

—No me avergüenzo de eso —negó con la cabeza—. Pero estoy tan en el otro extremo… una fracasada, no tengo estabilidad de ningún tipo ni por fuera ni por dentro. No me siento digna ni de estar aquí ahora mismo. Todos lo que rodean a Damon llevan razón, no debería estar aquí ni debería de tener los privilegios que tengo. «Afortunada casualidad».

Se oyó una pedorreta de Vicky.

—¿Eso es lo que piensan todos los que rodean a Damon? —preguntó Claudia con ironía.

Mayte alzó las cejas.

—No lo insinúan como La Medusa, pero no sabes cómo me miraban anoche. Claro que lo piensan.

Llegó un nuevo audio de La Fatalé.

—Tú eres la que piensas que no eres digna —le dijo firme—. El resto del entorno de Damon solo está asombrado porque esos privilegios los tenga alguien que no conocen. Piensan que El Juntaletras está cayendo en una red femenina extraña, urdida en un chat de locas, ¿sabes? —Rio con la ironía de Natalia—. Creen que él no te conoce, pero se equivocan. Creo que él te conoce bien —se oyó la risa de Natalia—, tan bien como a esos bichos que crea.

Abrió la ventana. Para que no pasara lo de la otra vez se sentó justo en el umbral del balcón. Aunque Damon se asomase al suyo no podría verla.

—Soy un bicho raro, en eso es especialista. —Se llevó las rodillas al pecho y apoyó los brazos en ellas.

—Le encantan los bichos raros. —Era Natalia de nuevo.

—¿La estás ayudando? —Se oyó la voz de Vicky y tuvo que reír—. Porque si tu teoría esta vez es que al Juntaletras le mola nuestra unicornio porque es un bicho raro, ayudarla lo que es ayudarla, no sé.

Negó con la cabeza y apoyó la frente en las rodillas.

—Te digo que Sir Juntaletras está rodeado de mujeres que se sienten de su nivel o dignas de cazarlo, se mueve en muchos ambientes. En el trabajo habrá decenas que estén a su nivel profesional, en lo personal por supuesto que habrá otras que lo igualen o lo superen en cuentas bancarias y en otros ámbitos seguro que suplen las carencias con otras virtudes. Y luego está Mayte, una princesa sin reino que se siente a kilómetros del príncipe azul. Damon no está acostumbrado a eso, la mayoría de mujeres lo persiguen o lo rechazan en algún juego para atraerlo más. Pero Mayte simplemente lo mira a través de un cristal, como las rosas muertas del castillo. Y eso le gusta, le permite descubrirla, indagar, enseñarle su mundo despacio. Yo ya le he puesto plazo, peeeero…

—Lo dirás en el chat alternativo, ya —respondió Mayte. A saber qué andarían diciendo en aquel espacio que se le vetaba. Pensándolo bien, prefería no saberlo.

Vio algo fugaz pasar por su lado y caer al suelo y se sobresaltó. Había una rosa roja, un capullo enorme, fresco, que desprendía un olor sorprendente. Inclinó su cuerpo para asomarse. Thomas Damon estaba asomado a su balcón de piedra, tenía unas cuantas rosas más. Las batas de cachemira no podían quedarle mejor, esta vez era de un turquesa apagado.

Puffff.

Y aquel cruce de tela en el pecho que le mostraba que no había nada más debajo.

Pufff.

Como solía decir Vicky.

«No hay Dios *que lo quite por mucha batería que tenga».*

Tenía que reconocer que desde que estaba en el castillo lo había utilizado cada noche y en aquel momento lo tenía cargando sobre la cama. Apretó los dientes, sabiendo que tendría que cargarlo un buen rato antes de acostarse.

Saltó otro audio automático.

—Yo siempre digo que aquí «doña Correcta» va a zorrear con El Juntaletras antes que nosotras con los nuestros —soltó Vicky.

Cortó rápido el audio, sentía cómo el móvil vibraba. Los emoticonos llovían mientras a ella le ardía la cara.

Que no sepa español, por Dios, ni una palabra.

Tampoco creía que las palabras que había usado Vicky estuviesen en ningún manual de B2. Así que se tranquilizó enseguida.

Apoyó las manos en el suelo y no tuvo más remedio que ponerse en pie.

El verde, mierda.

El camisón verde oscuro que tanto le nombraba Vicky en todas las bromas. El más bonito, no podía negarlo, pero con el que menos quería que Damon la viese. De hecho, solo lo había usado cuando él estaba de viaje. Lo último que esperaba es que después de haber pasado tantas horas

con él en la biblioteca volviese a buscarla de algún modo.

Apoyó las manos en el borde de piedra y levantó la cabeza.

Mierda.

Al haber estado sentada, el cruce de la bata se le había abierto por completo, solo el cordón sujetaba la bata y hasta tuvo que coger uno de los hombros para que no resbalase. Aunque pegase el cuerpo a los barrotes de piedra no había forma de taparse frente a Damon. No quería ni pensar en que aquella tela le marcase los pezones.

Mierda.

Thomas alargó el brazo para darle las flores, estaba en el extremo del balcón que daba al de Mayte, con la altura tendría buena vista del escote del camisón. Volvió a sujetar la bata a la altura del hombro para que no cayese.

—¿Huelen bien? —preguntó él con una leve sonrisa cuando Mayte las cogió.

Huelen de maravilla. Pero no me tapan lo suficiente. Y que ni se te pase por la cabeza que voy a coger la del suelo.

Le enseñaría los jamones al completo si lo hacía.

—Gracias. —Prefirió mirar las flores que la expresión de Damon.

Dio unos pasos hacia atrás, retirándose de la baranda. Mala idea. Poco, pero algo, le tapaba la estructura del balcón, las rosas no eran suficientes para cubrirse, solo cuatro. Miró de reojo la de suelo, luego alzó la vista hacia Damon que también la miraba esperando que la recogiese. Lo pudo ver contener la sonrisa.

Será sinvergüenza.

Ella frunció el ceño al entender que le divertía ponerla al límite de la corrección. Una corrección difícil de mantener cuando llevaba puesto un mini camisón de satén y una bata abierta medio caída por los hombros.

Apretó los dientes mientras acercaba el pie a la rosa del suelo. Metió el tallo entre los dos primeros dedos y levantó la pierna doblando la rodilla. En un rápido movimiento la alcanzó con la mano y la cogió.

¿Ves? Sin agacharme, sin bascular y sin enseñar los jamones.

Sonrió con satisfacción mientras sentía un dolor punzante entre los dedos del pie.

Pero me acabo de arañar tó *el dedo gordo.*

Intentó disimular el dolor en su expresión, estaba convencida de que una de las espinas le había hecho sangre en el lateral del dedo gordo. Escocía como los cortes con hojas de papel.

Sonríe, Mayte, él no lo sabe.

Thomas miró su pie, luego a la quinta rosa que se unía a las cuatro en las manos de Mayte, de nuevo miró su pie y sonrió de aquella forma burlona que lograba sacar el bochorno en Mayte.

—Tienen espinas. —Damon hizo una mueca—. Lo tendré en cuenta la próxima vez.

Ella desvió la cabeza hacia el jardín ya apagado.

Este supera a Natalia.

Volvió a mirar el pie de Mayte.

—Espera un momento —dijo antes de entrar en su habitación. Ella aprovechó para quitarse el nudo de la bata y cruzársela bien. No había mucha tela que cruzar, era su conjunto más escueto, pero al menos logró cubrirse algo más.

Una sombra en el suelo le indicó que Damon estaba de nuevo en el balcón. Levantó la mirada y hasta dio un leve grito. Thomas Damon se había montado en la baranda de piedra y había saltado hasta su balcón.

Hostias, *que se me mata El Juntaletras.*

Estela no se lo perdonaría, Lyon no se lo perdonaría ni los millones de lectores ni las unicornio ni ella misma. Abrió la boca para coger aire mientras él caía frente a ella, en pie, como siempre decían que caían los gatos.

—No vuelvas a hacer eso. —Le salió tan firme y tan autoritario que hasta él se sobresaltó.

Thomas alzó las cejas y se giró para mirar su balcón.

—No es más de medio metro —dijo, girándose de nuevo hacia Mayte con expresión divertida.

Lo vio pegarse a ella y se quedó inmóvil mientras él la rodeaba con un brazo por la cintura. Sintió una mano de Damon en uno de sus muslos y la alzó para sentarla en la ancha baranda de piedra.

Ahora sí me muero.

La baranda de piedra tenía anchura suficiente para apoyar el culo con estabilidad, pero el tener la espalda al aire, a varios metros sobre el suelo, hizo que el vértigo que le producía Damon se intensificara con el vértigo real.

—No vas a caerte —le dijo él riendo.

Mayte bajó los ojos hasta sus muslos, los apretó fuerte uno contra el otro. Al mínimo movimiento le vería las bragas.

Prefiero caerme de espaldas.

Damon seguía riendo mientras le cogía el pie derecho. Sentir la mano de Damon y su contraste con el frío de su piel hizo que se le erizara el vello de manera bochornosa. Lo miró enseguida, claro que él lo había notado.

Mayte se dio cuenta de que él había llevado un pequeño neceser blanco que dejaba en el suelo mientras se acuclillaba frente a ella.

Si levanta la cabeza me ve las bragas.

—No es nada —se apresuró a decir.

—Nada no mancha el suelo —respondió, sacando una gasa del neceser.

Mayte desvió la mirada hacia el suelo, eran solo unas gotas de sangre, pero las suficientes como para que Damon se diese cuenta de la consecuencia de su insistente corrección. Encogió la rodilla por reflejo cuando sintió el frío espray en la herida, quemaba. Apretó los ojos. Volvió a recordar sus muslos y el camisón y dedujo el resultado visual de su movimiento inconsciente.

Jodeeeeer.

Thomas le colocó una gasa enseguida y la apretó en la herida. Le escocía a morir, aún no era capaz de abrir los ojos. Quería sacudir el pie, liberarlo de él y de la gasa, y echar a correr hasta que se le quitase la quemazón.

Herida tonta de las que escuecen.

—Creo que no vas a perder el dedo. —Oyó la voz irónica de Damon—. Pero tampoco soy especialista en heridas.

Retiró el pie de él en cuanto Thomas acabó de pegar el esparadrapo. Apoyó las manos en la piedra para bajarse.

Antes de que vuelva a cogerme él.

Se mordió el labio al recordar la mano de Damon en su muslo. Él se había puesto en pie y estaba frente a Mayte con las cejas alzadas.

—Gracias —le dijo.

¿Ahora saltará por el balcón o saldrá por la puerta?

Entonces recordó algo que azotó en su pecho y aflojó sus piernas. Se giró hacia el jardín.

Que me ponga la mano en el muslo y me suba al poyete del balcón otra vez, así me tiro directa al suelo.

Había dejado a «Dios» cargando sobre la cama.

La madre que me parió.

Vio a Damon mirar su balcón.

—Subir no es no mismo que bajar. —Lo oyó decir y cerró los ojos.

Qué hago, por Dios.

La cama estaba cerca del ventanal, en cuanto entrase lo vería. Era de un color escandaloso que contrastaba con la colcha.

Para no verlo.

No sabía el por qué hacían esos cacharros tan poco discretos.

—¿Puedo? —preguntó él con media sonrisa.

—No —respondió enseguida y él se sobresaltó.

Damon alzó las cejas.

—Las damas primero, quiero decir. —Mayte entró en la habitación con tanto ímpetu que hasta le dio en el hombro a Damon al rebasarlo.

Allí estaba «Dios» con su forma curva, enganchado al cable.

Un bochorno tapa a otro.

No le daba tiempo a meditar qué sería peor. Se quitó la bata y la echó sobre la cama con rapidez junto a las rosas. Se giró hacia Thomas Damon con el camisón más corto y deslumbrante que tenía. Una fina tela que se pegaba a su cuerpo por completo de un verde oscuro que se tornasolaba a la luz. Y ella acababa de quitarse la bata por voluntad propia, dentro de su habitación, justo cuando un hombre había puesto un pie en ella.

Esto es para morirse de verdad.

Una provocación sin duda, una insinuación de lo más descarada, de lo más bochornosa y desesperada. La vergüenza era peor de lo que imaginó. Cogió aire por la boca mientras notaba cómo sus mejillas se encendían. Thomas se detuvo cuando se puso frente a él.

Era mejor que hubiese visto el consolador.

Y tanto que era mejor que lo hubiese visto. Lo vio entreabrir la boca, quizás sorprendido o no supo deducir la expresión, apartó la mirada de él enseguida. Noto cómo el unicornio se balanceaba en su mano.

Qué error cometió Lyon metiéndome aquí.

Thomas dio dos pasos hacia ella, estaba demasiado cerca, casi podía rozar su nariz con la barbilla. Sentía el olor intenso del escritor, ese olor que le atraía tanto hacia aquel lugar donde se cruzaba su bata, la base del cuello que tanto le gustaba de Thomas Damon. Quedó inmóvil mientras él se inclinaba levemente hacia ella y se detuvo esperando su reacción.

Me lo he buscado, yo solita.

Mayte bajó la cabeza enseguida. Entonces los ojos del escritor se entornaron hacia la cama y sonrió.

—¿Qué había en la cama? —Contenía la risa.

Ella se apartó de él enseguida y lo oyó reír.

—No alcanzo a imaginar qué te ha hecho quitarte la bata delante de mí —añadió y ella se llevó la mano a la frente.

Qué desastre.

El bochorno se multiplicaba, aunque por un lado se alegró de que él descubriese que su acto no era una provocación sexual. El móvil sonó desde el suelo y se sobresaltó. Aún estaba en el umbral del balcón.

Que no salte un audio, por Dios.

Lo miró hasta que el aparato dejó de emitir el sonido. Thomas continuaba con su sonrisa burlona mientras observaba de reojo el cable que sobresalía de la bata hasta el enchufe. Tenía el *iPad* en la mesilla de noche, el *e-reader* en la otra mesa redonda y el móvil en el suelo. Desconocía qué posibilidades se le podrían pasar por la cabeza al escritor sobre aparatos de recarga.

—Algo tremendamente incorrecto, deduzco —añadió y ella no fue capaz de mirarlo.

Mayte se apresuró a recoger el móvil del suelo y lo dejó en la mesa junto al *e-reader*. Levantó al fin los ojos hacia Damon. Él ya no sonreía, la miraba serio, esperando alguna reacción más por su parte. Pero ella lo único que quería en ese momento era que él se marchase de allí.

—La culpa vuelve a ser mía. —Dejó el tono irónico para dar paso a uno más serio, muy parecido al del primer día que la conoció—. Yo no tendría que haber irrumpido en tu habitación. Sea lo que sea, no es de mi incumbencia.

Dio unos pasos hacia la puerta, Mayte levantó la cabeza hacia él y lo vio mirar de reojo a la cama.

No tenía dudas de que Vicky no hubiese cubierto el consolador con la bata, dándole igual que lo viese. Natalia directamente le hubiese dicho que se marchase por donde había entrado aunque existiese el peligro de que cayera al jardín. Y Claudia le hubiese soltado cualquiera de sus frescuras entre risas. Sacudió la cabeza, recordando su actuación. Para ser la unicornio sosa no estaba cumpliendo exactamente las expectativas.

Una unicornio siempre será una unicornio. Aunque haga todo lo posible por no serlo.

Thomas Damon abrió la puerta y se giró para ponerse frente a ella ya desde el pasillo. Inclinó la cabeza.

—Mis disculpas, señorita Casanovas —le dijo, manteniendo la cabeza baja pero alzando los ojos hacia ella—. Siento haberme confundido los primeros segundos.

Mayte alzó las cejas mientras el pecho se le aceleraba. Damon volvía a dar un paso atrás. La expresión irónica volvía a su rostro, perdiendo aquella elegancia de caballero inglés y dando paso a aquel Arthur Damon más acorde a todo aquello le perfilaban en el chat.

—Y siento aún más que todo haya sido una corrección de incorrecciones —añadió y Mayte entreabrió la boca para expulsar el aire—. Por un momento pensé que habías alejado las pesadillas.

La madre que lo parió.

Tuvo que sujetarse en la pared para no bascular.

—Aunque hay alternativas más discretas a la vista y por lo tanto al juicio del resto. —Miró de reojo la cama.

Será grosero.

Ella dio unos pasos hacia la puerta y la agarró para cerrarla, pero vio la mano de Damon apoyada en el marco. No era cortés romperle los dedos al escritor que la empleaba y la hospedaba en su nuevo trabajo.

—Por supuesto que hay alternativas —respondió con rapidez. Sentía la cara completamente roja de la vergüenza y de cierto ardor que le invadía el pecho. Una mala combinación que la haría explotar en segundos.

Miró la mano de Damon en el marco de la puerta, vio cómo apretaba los dedos, no estaba por la labor de quitarla de ahí y dejarla cerrar. Algo que deseaba con desesperación. Thomas sabía qué podría ser aquello que estaba bajo la bata.

Cogió aire despacio, esperando que bajase aquella quemazón que le subía hasta la garganta y que la haría decir barbaridades a kilos sueltos.

¿Está ofendido?

Ya no le divertía lo que fuese que hubiese dejado bajo la bata ni su forma bochornosa de actuar. Estaba ofendido porque su primera impresión no había sido lo que parecía. La quemazón del pecho se mezcló con el vértigo de pensar que Thomas Damon hubiese aceptado de buen gusto una provocación por su parte.

Mierda.

Y tanto que Lyon no la tendría que haber metido allí. Se apenó por la confianza que había depositado en ella, por la que el propio Thomas Damon había depositado en ella. Regresó la vergüenza por la escasez de ropa, claro que la culpa era suya, nunca debería de haber salido de su dormitorio con aquellos atuendos y ya iban tres veces que se mostraba así con el señor de la casa.

Apretó la mano en el picaporte, iba a cerrar aunque la mano de Thomas Damon se interpusiera. Pero él volvió a traspasar el umbral y notó cómo la tocaba en la nuca.

—Alternativas a juicio de los demás. —Él entornó los ojos hacia ella. Lo volvía a tener tan cerca como antes, solo que en ese momento él ya sabía cuáles era sus intenciones reales.

—Alternativas a mi juicio. —Bajó los ojos mientras apartaba levemente su nuca de los dedos de Thomas Damon. Levantó los ojos para ver su reacción. Su enfado no se había disipado por completo, aunque había regresado la curiosidad sobre ella que siempre le mostraba.

—¿Qué alternativas?

Levantó los ojos, él habría tenido que acercarse aún más mientras ella no lo miraba, lo cual la hizo querer retroceder, pero la mano de Thomas se lo impedía.

—Prefiero las rosas muertas —respondió y él entornó los ojos. Mayte encogió el pie con el dedo vendado—. Ya has visto lo que suele pasarme con las otras. —Lo hizo sonreír levemente —. No siempre todo fueron pesadillas, pero los sueños tampoco me sirvieron de mucho.

Giró la cabeza para liberarse de él, comenzaba a sentir el aliento de Thomas Damon y su cuerpo respondía acorde con la situación. Le urgía retirarse a tiempo.

Y prefiero eso que está sobre la cama a un empotre contigo. Debo de ser gilipollas, *seguramente.*

Se apartó de él y movió la puerta para que quitase la mano del marco.

—Buenas noches, señor Damon —le dijo, esperando a que diese un paso atrás para salir al pasillo.

Thomas no se movió de su lugar. La observaba despacio.

Vete, joder.

Aquella forma de mirarla también hacía que su cuerpo reaccionara y no de buena manera. Conocer que Thomas Damon sentía algún tipo de atracción hacia ella la activaba sin remedio. Aunque aquella atracción solo fuera un fugaz calentón por haberle visto algo más allá de los muslos en el balcón o verla ahora escueta de ropa.

Exhaló aire despacio, tenía que controlarse. Y para eso era necesario que él se fuese de inmediato.

Al fin apartó su mano del marco y salió al pasillo.

—Buenas noches.

Ella esbozó una leve sonrisa, la mejor que fue capaz de poner, que estaba segura de que se vio tan forzada como era. Él no sonrió, solo bajó la cabeza y se marchó pasillo abajo. Mayte cerró la puerta cuando Damon ya estaba a unos metros.

Resopló, mirando su dormitorio. Allí estaba aún el neceser blanco de primeros auxilios y las rosas junto a la bata tapando el consolador motorizado. Volvió a resoplar y apretó los dientes.

Mierda.

Volvía a meter la pata y cada vez lo hacía de manera más profunda. Solo había una manera de evitar que se repitiera aquello. Lo hablaría con Damon al día siguiente, sería lo primero que haría.

19

Las carcajadas de Dylan se oían tan fuertes que tuvo que apartarse el teléfono del oído.

—No te tendría que contar nada —Thomas negó con la cabeza.

—Me encanta tu princesa pesadillas. —Oyó decir a su hermano—. Y siento tu frustración.

Volvió a romper en carcajadas.

—No es frustración, solo que he hecho el imbécil —resopló—. Es mejor así, ella pertenece a mi vida laboral y tengo mis normas.

—Dejó de pertenecer a tu ámbito laboral desde el momento en el que la metiste en la *suite*. —La ironía de Dylan no lo ayudaba.

—Casi meto la pata con ella. —Se llevó la mano a la frente.

—No te culpes, solo de imaginármela con esos camisones…

—¡Dylan!

—*Ok*, es uno de los tesoros de tu castillo, no soy digno. —Reía su hermano.

—Soy imbécil. —Resbaló la mano por su cara hasta la boca.

—Y tanto, mira que preferir un artefacto que a ti. Estás perdiendo facultades con las mujeres —volvió a reprender a su hermano tras oírlo decir aquello—. Vale, solo has perdido facultades con esta.

—No he perdido nada, no estoy haciendo nada. Ni es mi intención.

—Ya, ya lo veo. Bueno, ahora que sabes que no quiere nada contigo, ¿puedo dar vía libre a mis amigos? Les ha gustado tu monstrua.

—De eso nada, no hay vía para nadie. Es mi traductora.

—Lo hizo realmente bien anoche. Salió ilesa del ojo de todos, hasta del de mamá. Se retiró, aumentando el interés en ella. Había mucha curiosidad por conocerla, ¿sabes? Acabas de retirar a Nía del tablero y todos quieren saber. Las sospechas se centraron en tu monstrua, pero ayer nos desconcertó a todos. Ningún interés en permanecer en el grupo y menos junto a ti. Así que ahora Nía cree que su sustituta es Madelaine. —Las carcajadas de Dylan volvieron a resonar.

—¿Y tú quieres otra cena? —negó efusivamente con la cabeza.

—Por supuesto y más numerosa —confirmó su hermano—. Pero intenta que tu monstrua no se espante otra vez.

Resopló. Miró a través del ventanal. Ya no había luz en el dormitorio de Mayte.

—Hasta mañana, hermano. No vuelvas a hacer el imbécil. —Rio Dylan—. No te pega.

Thomas alzó las cejas. Colgó a su hermano. Ni siquiera sabía para qué le había contado nada, no le ayudó en absoluto. Se acercó al balcón para cerrarlo, efectivamente la luz de Mayte estaba apagada, quizás ella no había necesitado hablar con nadie sobre la incomodidad de la última hora. Quizás ella no necesitaba a esas personas que estaban dentro de su teléfono y con las que tanto reía. Resopló, la princesa no era la única poseedora de pesadillas en el castillo.

20

Desayunar sola era algo que esperaba después de lo de la noche. Había oído a Damon en las escaleras, él estaba ya arriba, pero no era la hora acordada en la que tenía que empezar ella, así que tomó una tostada pequeña y salió al jardín. Le encantaba el jardín a primeras horas de la mañana. Sus tacones pequeños se hundían en el césped, mojándole las medias.

Era la hora en la que sus amigas le daban los buenos días, le gustaba escuchar los audios mientras atravesaba los arcos del monstruo del Lago Ness.

—¿Veis como no me equivocaba? El Juntaletras quiere empotrarse a la princesa pesadillas. —Reía Vicky.

—Ni se te ocurra decirle una palabra a Lyon —suplicó a Claudia.

Miró la pantalla, esperando la respuesta de Claudia. Entró su audio.

—¿A cuál de los Lyon? Si es Georgina, ya es tarde. —Negó con la cabeza al escucharla.

Se giró para mirar el ventanal del despacho de Damon. Era el primer sitio al que iría cuando subiese, pero no se atrevía a hacerlo antes de tiempo. Sonó el timbre, Estela llegaba.

Entornó los ojos.

—Me empiezo a acostumbrar a los monstruos. —Grabó mientras observaba cómo el coche de la representante se dirigía al aparcamiento. Dentro iba Ava.

Mayte ladeó la cabeza.

—¿Se ven menos terribles cuando se sabe que el amo del castillo está con la bragueta floja? —Tuvo que bajar el sonido del audio de Vicky.

Resopló.

La madre que la parió.

Entró un audio de Natalia y volvió a subir el volumen. A ella quería escucharla bien.

—Si te estuvieses acostumbrando a los monstruos, no huirías.

Frunció el ceño.

—No estoy huyendo, voy a seguir trabajando para Damon. Pero no desde el castillo.

—Claro que estás huyendo. No de los monstruos del trabajo, esos ya empiezas a controlarlos. Huyes de los otros, los del resto del día. Por eso quieres irte. —Se oyó cómo llamaban a Natalia. Se apenó de que tuviese que marcharse tan pronto—. Los que terminarán haciendo que hagas algo incorrecto, poco ético, quizás inmoral.

—Incorrecto, poco ético, inmoral. Mmmmm, me encanta cómo suena. —Reía Vicky.

—Venga, dilo, Vicky. —Se oyó el audio de Claudia—. La madurez es aburrida, lo correcto, lo ético, las normas, lo que se espera de alguien normal.

—Exacto, lo que se espera de alguien normal. Eres todo lo que se espera de ti, Mayte. Anoche hiciste lo correcto y Damon lo sabe. No te dejará salir del castillo.

—Sí me dejará, me dijo que no era una prisionera.

—Te dijo que podías pasear y salir con amigas. No marcharte del castillo, no abandonar tu *suite*. Eres la princesa pesadillas, tienes tu trono, un reino, ¿no lo entiendes?

—No. —Cerró los ojos. Necesitaba marcharse de allí.

—Ahora perteneces a su mundo —le respondió despacio, Vicky debía de estar sonriendo—. Y quiere verte dentro de su mundo. Me está encantando su juego.

Estela y Ava ya habían entrado en la casa. Se apresuró hacia la puerta, no quería llegar tarde.

—Os dejo, voy a hablar con él.

—Habla, sí. —Vicky le lanzó un beso sonoro.

Subió las escaleras con rapidez y llegó jadeando a la última planta. Se dirigió hacia la puerta del despacho de Damon.

—¿Dónde vas? —La voz de Estela la hizo girarse—. No se le puede molestar. —Entornó los ojos, acercándose a ella—. Pero eso ya lo sabes.

—Tengo que decirle algo. —Cogió el picaporte de la puerta y se dispuso a llamar con la otra mano.

—Pues dímelo a mí y yo se lo transmito. —Estela puso la mano sobre la de Mayte y agarró también el picaporte.

Qué fuerte.

Se quedó un momento inmóvil, pendiente de cómo reaccionaba su cuerpo ante la actitud de Estela. Ella le atrapaba la mano entre la suya y el picaporte, notaba la medalla del unicornio clavada en la muñeca.

—No es nada referente al trabajo —añadió Mayte y vio cómo la expresión de Estela no podía ocultar una sorpresa poco agradable.

—Pues mala cosa, estás aquí para trabajar —respondió con rapidez.

—Pero además vivo aquí. —Llamó a la puerta con la otra mano.

Se oyó a Damon protestar al otro lado y pudo ver la cara de satisfacción en Estela.

—Por esa misma razón podrías haber esperado a otro momento. Te sobran momentos en el castillo, ¿no? —Estela inclinó la cabeza.

Le entraron ganas de lanzarle una pedorreta como hacía Vicky. Pero cogió aire y soltó el pomo. Dio un paso atrás para retirarse de la puerta. Había sido una mala idea, ya Damon le advirtió que bajo ningún concepto tenía que molestarlo cuando trabajaba ni aunque la casa se cayese a pedazos. Sí, fue una estupidez por su parte.

La puerta se abrió y Thomas miró a Estela y a Mayte, estaba claro que no le hacía ninguna gracia que lo molestasen.

—Tu traductora parece tener prisa por decirte algo —se apresuró a explicar su representante.

Pudo ver la curiosidad en él. Thomas se apartó de la puerta para dejarla entrar. Estela arqueó las cejas mientras Mayte traspasaba la puerta.

Vete con tus serpientes a otra parte.

Fue la propia Mayte la que cerró la puerta enseguida, dándole con ella en las narices. Se giró y vio el rostro de Damon aún más sorprendido por su acto con Estela que por el hecho de que llamara a su puerta a aquella hora. En ese momento fue él el que alzó las cejas.

Mayte se puso frente a él y levantó la cabeza decidida. Era más difícil de lo que pensaba. Los jerséis de lana le quedaban realmente bien por la mañana a Thomas Damon, le consoló que al menos esa imagen la seguiría contemplando.

—Quiero irme del castillo —lo soltó tan escueta y bruta como pudo.

Las cejas de Damon se alzaron aún más.

—Vendré cada mañana —añadió—, a trabajar como todos. Pero no viviré aquí.

Mayte se quedó en silencio, inmóvil, esperando la respuesta de Damon. Él había dado un paso atrás, bajado la cabeza y lo oyó coger aire.

—Siento lo de anoche. —Lo oyó decir tranquilo.

—No tiene importancia.

—Sí, sí que la tiene —replicó, levantando la cabeza hacia ella. Volvió a coger aire.

—Vendré cada día como hacen Estela o Ava o el resto de empleados de la editorial —se apresuró a explicar Mayte—. Trabajaré hasta la hora que sea necesario, no te preocupes por eso. No me importará quedarme hasta tarde, pero no dormiré ni viviré en el castillo.

—Si no tiene importancia lo de anoche, ¿por qué quieres irte? —preguntó, dando un paso hacia ella.

Esperaba la pregunta y había solo una respuesta clara. Había una posibilidad de que acabase fallando y quería alejarla.

No podía decírselo a Thomas Damon.

—No creo que deba tener ninguna diferencia con el resto de trabajadores. —Ladeó la cabeza —. ¿Dónde están los otros traductores?

—No en esta planta —respondió—. No en una *suite*.

Mayte asintió.

—Pues llévame con ellos —respondió.

Damon se dirigió hacia su mesa.

—Los empleados editoriales trabajan en un edificio pequeño que hay en la parte de atrás del terreno. Estela se encarga de visitarlos. Yo suelo ir una vez a la semana. Algunos viven en Londres, otros se hospedan en las habitaciones de empleados en el sótano. No entran a esta parte del castillo, no acceden al comedor ni al jardín ni nada referente a mi vida personal. ¿Es lo que quieres?

La miró con interés, esperando su respuesta.

Tengo que estar loca sin duda.

—La verdad es que había pensado en irme con los Lyon, pero si crees que estaría mejor en el sótano, por mi parte no hay problema.

Damon bajó los ojos asintiendo.

—Supongo que esto es como aquella vez que me ofreciste el móvil, norma que tengo para todos mis trabajadores —añadió.

Ella se sobresaltó con sus palabras mientras él rodeaba la mesa de nuevo para llegar hasta ella.

—Ser una más. —Entornó los ojos.

—Me pediste discreción. Es complicado ser discreta en una *suite* que nadie ha ocupado nunca.

Damon alzó las cejas y hasta contuvo la sonrisa.

—Consecuencias de mis decisiones. —En ese momento la rodeaba a ella. Tuvo que girarse para no perderlo de vista. Se puso de nuevo frente a Mayte—. Huyes de las consecuencias.

—Llámalo como quieras. —Ya se estaba cansando de dar explicaciones—. No puedo seguir aquí.

Mayte bajó la cabeza. Claro que pensaba que era lo mejor, pero estaba siendo tan desagradecida con las consideraciones que Thomas Damon tenía con ella que hasta se avergonzaba. Ser correcta en todos los sentidos era imposible.

Levantó los ojos hacia él, estaba terriblemente cerca.

—Alternativas —dijo Thomas dando otro paso más hacia ella.

Asintió con la cabeza mientras él se inclinaba hacia delante.

—No hay alternativas esta vez —habló tan cerca de su cara que Mayte tuvo que retirarse—. El contrato, ¿recuerdas? —Continuaba con los ojos entornados—. Traducir mi novela mientras permanecías en mi casa. Eso significa ser tan correcta como puedas dentro del castillo, dentro de

mi mundo y cerca de mí.

Abrió la boca para replicar pero la cerró de golpe.

¿Cómo lo sabía Vicky?

—¿Por qué? —Se retiró de él—. Ni siquiera sabías quién era y decidiste traerme a tu casa. No quieres a nadie en tu casa, aquí no hay nadie nunca, desierto, encantado.

Negó con la cabeza y se apartó de él, dirigiéndose hacia el ventanal. Allí estaban todos los monstruos de setos de Thomas Damon.

—Vi a Estela con otras llaves de mi supuesta habitación —dijo, mirando la única figura humana del jardín.

—Sí, esa era tu habitación en un principio. —Se colocó junto a ella, también miraba hacia el jardín—. Cuando hablé con Lyon decidí contratarte sin dudarlo. Eres familia de mi arquitecto, no podía alojarte en el sótano. Así que en un principio esperaba tenerte en el castillo como invitada y, si veía que funcionaba bien y te ganabas la confianza al completo de todos, podrías marcharte a donde decidieras y trabajar en las oficinas de fuera. Justo lo que me pides.

Frunció el ceño, mirándolo.

—No me he ganado la confianza. —Aquello le ofendió sobremanera.

Él hizo un gesto con la cabeza, indicándole que había dicho algo absurdo.

—Te la ganaste en el momento que decidí cambiarte de habitación y ya ves que conservas tu teléfono. No es eso.

Entonces qué mierda pinto aquí.

Notó la mirada de Damon en su sien, pero ella seguía observando a la princesa de las pesadillas.

—Por lo general no me gustan las visitas ni que nadie deambule por mi casa. Esa sensación de soledad, de castillo encantado como dices, me fascina. —Hasta ella tuvo que sonreír al oírlo —. Todos ellos, los monstruos que habitan el castillo, suelen ser mi única compañía, los ajenos rompen esa magia que necesito mantener a mi alrededor.

Lo vio girarse hacia ella y acercarse algo más.

—Llevas aquí unos, ¿doce días? Paseas por mi jardín, ríes a carcajadas en el balcón, ocupas un asiento en el comedor y vas y vienes a la biblioteca. Pero el castillo sigue siendo el mismo, el que creé y en el que me gusta vivir.

Se sobresaltó al oírlo y desvió la mirada hacia el lado contrario a Damon.

—Un día, hace mucho, soñé que una princesa perdida y sin reino llamaba a mi puerta. La princesa que soñaba pesadillas. Cuando envié el proyecto de la casa pedí que le hicieran esa habitación simbólica, una habitación que nadie ocuparía nunca. La estaba reservando solo para ella. Por si algún día ella venía aquí por algún motivo aleatorio o casualidad.

Madreeeee.

—Estás justo donde debes estar, no importa que seas una amiga, una empleada o una desconocida. Es tu habitación. —Damon volvió a mirar al jardín—. Pero si es complicado para ti, eres libre. Pensándolo bien, es egoísta por mi parte condicionar tu contrato a tu permanencia aquí. —Hizo una mueca—. Ni siquiera creo que sea legal.

Mayte contuvo la sonrisa ante su ironía.

—Insisto, el castillo sigue siendo el mismo aunque tú deambules por él —añadió—. Supongo que perteneces a él hasta antes de que supieras que existía.

Mayte lo miró de reojo, había quedado petrificada ante aquel despliegue de sinceridad mágica.

—¿Tan claro se ve que soy una mujer consumida y llena de demonios? —preguntó, haciendo una mueca y él rio.

Damon negó con la cabeza.

—No exactamente eso. —Volvió a acercarse a ella—. Simplemente vi tu forma de vivir, tu autoexigencia, tu miedo a fallar. Monstruos y pesadillas. Probé los primeros días y ocupaste el trono, así que no tuve dudas de que no me equivocaba.

Tuvo que contener la risa de nuevo. La verdad era que debía de ser idiota para no querer quedarse en el castillo.

—Y tu presencia se difuminó en mi mundo —sonrió.

Ella se giró levemente hacia él.

—¿Y ese dormitorio cura las pesadillas? —Guiñó los ojos y él rio de nuevo.

Damon negó con la cabeza.

—Más bien es ese aparato que sueles sacar al balcón, y que te hace reír, el que podría curarte las pesadillas.

Esta vez Mayte no pudo aguantar y rio.

—Me encantaría que te quedases —Damon sonrió al decirlo—. Recuerda que soy un especialista en monstruos.

Mayte rio negando con la cabeza. Por mucho que quisiera echar a correr lo cierto era que no quería salir de su mundo ni mucho menos alejarse de él. Luego miró a Thomas Damon.

Puffff.

—Todo lo correcta que pueda ser —suspiró con un murmullo.

Damon dio una carcajada. Luego dio otro paso más hacia Mayte y le puso la mano en la nuca. Gesto que hacía que todo su cuerpo se paralizase de inmediato.

—Además, en tus horas libres seguiremos diseñando monstruos —añadió y a Mayte le encantó la idea—. Solo haremos un trato, no volveré a saltar a tu balcón si no vuelves a dejarte ver con esos camisones.

Ella abrió la boca, su cara se encendió al momento. Damon volvió a reír.

—Seremos correctos, así que ahora a trabajar. —Hizo un ademán con la cabeza hacia la puerta—. Si no queremos otra reprimenda de Estela.

Mayte giró la cabeza para reír.

—A seguir creando monstruos. —Lo vio bajar la mirada hasta sus labios—. Cada uno a su manera —sonrió levemente.

Este hombre no puede ser más perfecto. Y yo voy a meter la pata muy pronto si esto sigue así.

—Seremos correctos —repitió ella.

Difícil misión. Puffff.

—Correctos —Damon asintió con la cabeza, pero Mayte notó que se acercaba aún más.

Quítate, quítate.

Su cuerpo no respondía a la orden.

Está llegando, si me besa tendré que tirarme por el ventanal después.

Cerró los ojos. No era capaz de retirarse, pero tampoco quería que la besara.

Consecuencias.

Espiró aire y este se cruzó con el aliento de Damon. Él se detuvo y Mayte abrió los ojos despacio. Su pecho no podía ocultar la respiración más rápida de lo normal. Thomas Damon no había completado la acción y ella no pensaba hacer la otra parte.

Notó cómo él dejaba resbalar la mano por su cara y la despegaba de ella. Luego miró su mesa

de despacho.

—A trabajar. —Entornó los ojos con ironía hacia Mayte—. ¿Pido que bajen tus cosas al sótano?

Ella negó con la cabeza, riendo.

—Me quedaré entre monstruos un tiempo más. —Se dirigió hacia la puerta.

—¿Como esos libros que lees hasta el final? —Le encantaba aquella mirada de Thomas Damon.

—Algo así. —Abrió la puerta con media sonrisa.

Tuvo que cambiar la expresión en cuanto vio a Estela en el pasillo. No quería que la viera salir del despacho de Damon con la cara de imbécil que seguro que llevaba. Notaba los pies ligeros, aquella sensación que le dejaba la presencia, la voz y el olor de Thomas Damon.

Me quedaré con mis pesadillas.

Miró a Estela, esperando su orden.

Entre monstruos.

Estela ya se dirigía hacia ella para decirle alguna de sus frases soberbias.

Siendo todo lo correcta que sepa ser.

Notó cómo se movía el unicornio de su mano. Tuvo que contener la sonrisa.

21

El despertador sonó antes que el resto de días. No era una mañana más y necesitaba tiempo. Era el día que Damon asistía a la feria del libro de Londres. Había estado hasta tarde hablado con sus amigas, ellas hicieron todo lo posible por tranquilizarla. Los dos últimos días apenas había visto al dueño del castillo. Varias entrevistas y el ultimátum de Estela en cuanto a los plazos lo habían hecho desaparecer la mayor parte del tiempo. De hecho, la noche anterior apagó su luz, sabiendo que la única luz que quedaba prendida en el castillo era la del despacho del escritor.

Se duchó con agua demasiado caliente, era la que más solía relajarla. Tenía desde la noche el traje preparado, al fin lo estrenaría.

Sonrió al mirarlo, el color rojo intenso y la caída de la tela tanto del pantalón como de la levita le encantaba. Se puso la parte interior, del mismo color, una especie de camisa de tirantes lencera que luego iba abrochada al escote en pico de la levita, haciendo que pareciese una pieza única. Realmente pensaba que era un traje diseñado para que la chaqueta no se quitase.

Había adelgazado en Londres, recordaba el pantalón de tela caída algo menos suelto, ahora le gustaba más. La parte del tobillo era la que más le gustaba, ancha y con una pequeña abertura a los lados que hacía que luciese mejor los altos tacones también rojos. Aquella mañana tendría que evitar el jardín, al menos las partes más densas y blandas.

Metió el móvil y la cartera en el bolso de mano y se miró al espejo.

Impecable.

Menos discreta de lo que le gustaba, pero a la altura de acompañar a alguien como Thomas Arthur Damon.

Dio un paso atrás para verse mejor. Era una pena el cielo siempre grisáceo de Londres, la tela lucía mucho mejor con el sol español. No quiso más adornos, las joyas no eran lo suyo, no llevaba más que su icónica pulsera y porque no podía quitársela.

El reloj le marcaba la hora, así que salió de la habitación. El rojo intenso de su traje contrastaba con el oscuro de las rosas muertas.

Hoy las rosas son jóvenes y huelen bien.

Llegó hasta la planta baja, Damon salía del comedor. Alzó las cejas al verla, no acostumbraba a vestir colores tan llamativos por el castillo.

—Entra y come algo, la comida allí es horrible —le dijo y ella rio.

Lo único bueno de usar zapatos de salón tan altos era estar más cerca del rostro de Thomas Damon. Supuso que compensaba la tortura.

Lo vio mirarla de reojo mientras retiraba el sillón de la rosa, su trono, para ella. Mayte se detuvo, era la primera vez que él le ofrecía el sillón y no dejaba que se sentase por elección.

Ya tenía preparada en la mesa aquel cóctel de frutas que solía desayunar él, junto las tostadas y la leche.

—Hay que darse prisa. —Miró la hora en su reloj—. El coche ya está en camino.

Debía tener cuidado al engullir y no mancharse. Lo de la fruta le llevaría demasiado tiempo, así que la apartó. Vio a Damon seguir con la mirada el bol, desplazándose, aunque no dijo nada.

—Hoy estaré ocupado, pasarás la mayor parte del tiempo con Estela —le dijo y ella tragó el trozo de tostada sin masticar. Thomas puso el codo en la mesa—. Pero seguramente conocerás a la mayoría de escritores que te gustan.

Sonrió mientras ella lo miraba de reojo.

—Blanca Álvarez Duarte, Irina Yadav… —Lo oyó decir y su sobresalto fue tal que hasta levitó del sillón. Thomas rompió en carcajadas—. Sé que no soy uno de tus escritores de referencia, pero, tranquila, es superable.

La ironía de Damon la hizo reír.

—Pero no me pidas que me acerque a Irina. —Hizo una mueca y Mayte alzó las cejas—. Creo que deja toda su sensibilidad en las novelas.

Sus cejas se alzaron un poco más.

—Es insoportable. —Hizo un ademán con la mano—. Siento tirarte el mito, pero… —resopló y volvió a sacudir la mano—. Mejor que la conozcas para entenderme.

Y tanto que le tiraba el mito. Irina era su escritora favorita por excelencia, la reina de la novela romántica internacional. Una delicia trimestral que devoraba en dos días por muy largas que fueran sus páginas. Tenía un estante solo para ella y sus novelas, que solía leer y releer en sus momentos bajos.

Se oyó el timbre con aquella música de órgano y se limpió la boca con la servilleta enseguida.

—El coche —le avisó Thomas, tirando de su chaqueta para que se levantase—. Hoy conocerás mi otro mundo.

—Va a encantarme seguro. —Rio ella.

—¿Nunca has intentado escribir nada? Todo el mundo quiere escribir algo en algún momento de su vida.

Mayte negó con la cabeza.

—Saldría algo tremendamente aburrido.

Damon asintió con la cabeza.

—Como las novelas de Irina —respondió con ironía.

Mayte frunció el ceño y sintió el arrebato de darle una colleja. Irina era su transporte hacia el limbo donde dejaba de sentir por ella misma y vivía las vidas de otros. Irina era sagrada, era su dios, un hada madrina que la hacía descansar de las pesadillas.

Thomas Damon rompió a carcajadas.

—Es la culpable de demasiadas expectativas en las mujeres, luego las pagáis con nosotros —añadió.

—Contigo lo pagan continuamente, no lo dudo. —Fue tan rápida su respuesta que no le dio tiempo de pasarla por el filtro de la corrección. Algo que llamó la atención de Thomas mucho más que el rojo intenso de su traje.

No respondió, él no era el más indicado para hablar.

A callar, eso es.

Cogió su bolso de mano y pasó por delante de él para llegar hasta la entrada. Alargó la mano hasta la puerta, pero se encontró con la de Damon. Al parecer él tenía la intención de abrirle la puerta.

¿Y estos modales hoy?

Vicky le hubiese dicho que era por el traje y el top lencero. Pero ella sabía que Damon ya la había visto bochornosamente más escasa de ropa y no era la razón. No soltó el picaporte, pero fue él quien abrió y la empujó con la otra mano en la parte inferior de la espalda. Cada contacto con Damon la inmovilizaba, no fue muy ágil al salir. Agradeció el suelo enlosado, en el césped hubiese caído de boca.

Se giró para mirar a Arthur Damon, este no se había separado de ella, no se hubiese caído

aunque se lo propusiera.

Se apartó de él en cuanto vio al coche acercarse para recogerlos. Era oscuro y llevaba un único ocupante, el conductor.

—Cortesía de los organizadores, Estela nos espera allí. —Abrió la puerta.

Saber que tendría que soportar a Estela todo el día completo le atragantaba la garganta.

Se sentó en la parte de atrás del coche mientras Damon le explicaba el programa del día de feria. Realmente lo tenía muy ocupado. Entrevistas, firmas, fotos, charlas y más compromisos. Tendría que apañárselas sin él y bandear a Estela tanto como pudiese.

El coche se detuvo en la puerta del edificio y allí estaba Estela, esperándolos sin dejar de mirar la hora.

Ni que hubiésemos llegado tarde.

Se bajó por el lado contrario a Damon, con lo cual tuvo que rodear el coche completo para llegar hasta Estela, tras su jefe. La mujer la miró de reojo, pero no pudo evitar girar levemente su cabeza para observarla mejor.

Hoy arranqué rosas vivas.

Mayte sonrió al saludarla, esa sonrisa que decía Claudia que siempre jode.

—Estarás contenta de estar aquí hoy. Te vendrá estupendo hacer contactos para tu trabajo. —Fue lo primero que le dijo la mujer, dándole la espalda para entrar antes que ellos.

—Me vendrá estupendo, sí —respondió Mayte y notó la mirada de Damon en la sien.

Lo vio fruncir el ceño.

—Todavía no has acabado lo mío. —Se inclinó para acercarse a su oído—. Y hay más.

Mayte se giró y se encontró con su cara, ambos se retiraron de inmediato. Thomas se detuvo e hizo que ella se detuviese también mientras Estela seguía su camino.

—Eres mi traductora, no voy a dejar que te acosen a tarjetas —le dijo firme, tan firme que Mayte sintió ganas de romper a carcajadas.

Apretó los labios para no reír.

—Tendrías que haberme puesto una pegatina en el traje. —Lo adelantó y se giró para no darle la espalda, esa vez fue él el que contuvo la sonrisa. Ella negó con la cabeza—. ¿Y si decides prescindir de mí? —volvió a negar—. Cogeré tantas tarjetas como pueda.

Thomas Damon alzó las cejas.

—No en mi presencia —advirtió él.

—Estaré todo el día con Estela, ¿recuerdas? —Entornó los ojos y entró en la feria.

La leve frescura que le había invadido momentáneamente se le fue de repente al entrar. Había mucha gente, un ruido considerable, innumerables mesas y estantes llenos de libros y carteles que colgaban del techo. Pudo reconocer en algunos de ellos la portada del último de Thomas, también su foto en blanco y negro en otro de ellos. Lo notó a su espalda y se sobresaltó.

—Me cambiarías por Irina Yadav sin dudarlo —dijo él y esa vez sí que tuvo que sonreír.

—Aunque sea verdad eso que dices de ella —le confirmó.

La rodeó para ponerse a su lado. Mayte podía ver lo que producía la presencia de Damon en público, pero él parecía estar acostumbrado porque no les prestaba atención, estaba más interesado en su conversación con ella.

—¿Ves? Lo sabía —le dijo—. Los libros que sueles leer.

Mayte ladeó la cabeza.

—¿Qué tiene de malo? —Guiñó levemente los ojos.

—Que la vuelta al mundo real es más triste.

Ahí llevas razón.

—¡Vamos! —La voz de Estela los sobresaltó. La representante se dirigió enseguida a Mayte.

Estela tiró de ella mientras Damon las adelantaba al lado.

—Es una feria del libro, no un club social —le susurró Estela. Primera picadura de serpiente, regresaría al castillo llena de veneno.

—No me subiré a los estantes ni me balancearé en los carteles —respondió y ella misma se sobresaltó. Levantó los ojos hacia Estela algo enrojecida.

Madreeeeee. La terapia de anoche con las locas no me ha venido bien.

Se había venido arriba, demasiado arriba. La nueva actitud de Damon con ella estaba empujando lo suyo. Thomas Damon se había detenido y ambas tuvieron que frenar para no chocar contra él.

—Ahí la tienes, toda tuya. —Lo oyó decir.

Mayte alzó la vista y abrió la boca. Una diosa hindú con ojos claros enormes que le recordaba a Natalia. Piel oscura, gruesos labios y mirada soberbia.

—Irina Yadav —intervino Estela—. Ve a pedirle una firma.

Notó la malicia en la voz de Estela.

Si hasta esta me anima a que me acerque, menuda pieza tiene que ser.

—Por supuesto. —No pensaba perder la oportunidad y la curiosidad por saber si era verdad que su carácter le podía.

Oyó la risa de Estela. Hasta de espaldas pudo reconocer el olor de Ava, demasiado especiado, no le gustaba en absoluto.

—Ava, ¿puedes traer un libro de Irina para Mayte? —le pidió Estela.

Ava la miró perpleja y luego se dirigió hacia uno de los *stands*, hablaba con alguien del personal.

—No volverás a leerla —susurró Damon.

—Sería difícil. —La miro de reojo. Irina tenía el pelo castaño y lo llevaba recogido en una cola tirante, algún tipo de fijador hacía que brillase sobremanera. Su vestimenta se salía de lo común, pero eso ya lo sabía por fotos y reportajes sobre ella. Era elegante pero extravagante, una mezcla entre muñeca manga japonesa y sofisticada elegancia. Llevaba un vestido de una tela azul oscura tornasolada en morado. Ajustado por arriba pero con vuelo por abajo, corto, tan corto que se podían ver sus enaguas de tul del mismo color. Llevaba botas altas y tacones enormes.

Qué maravilla.

Recordaba a las barbies con las que jugaba cuando era niña, ese estilo de ropa, sus peinados. El mito cobraba vida y le estaba encantando aunque Damon y Estela dijesen que era estúpida.

Irina los había mirado de reojo. Aunque seguía su camino apenas se había detenido en Mayte, más lo hizo en Damon y en Estela, supuso que ya los conocía de sobra.

Caminaba seria, soberbia, hermosa y decidida. Mayte sonrió levemente al ser consciente de que de aquella cabeza salían los pocos sueños que le animaban últimamente.

Ava llegó con el libro. Estela se lo dio a Mayte enseguida.

—Corre —le dijo—. Es difícil pillarla.

Mayte negó con la cabeza.

—Os está mirando, os conoce, podéis presentármela vosotros. —Abrió el libro para ver las solapas. Hermosa como pocas.

Levantó los ojos hacia Thomas Damon, este había dado un paso atrás. Hasta le divirtió su gesto.

Mayte se abrazó al libro de Irina, el último que había publicado y en edición de tapa dura. Estaba en inglés, versión original en la que escribía. Ya solo con eso estaba encantada. Él observó su gesto, alargó una mano hacia su brazo y se adelantó para llevarla hasta Irina.

—Thomas no está aquí para eso. —Estela detuvo a Damon y lo apartó de Mayte—. Ya te he dicho que esto no es un club social. Es trabajo.

Damon miró de reojo a su representante.

—Vamos, ya empieza la entrevista —le dijo a Thomas.

—Solo un segundo. —Él tiró de Mayte y esta lo siguió entre la gente. Observó que a Thomas Damon le abrían el paso como ocurría con Irina.

—¡Irina! —La llamó y esta lo miró de reojo con la barbilla alta.

Parecía más alta de lejos, a pesar de aquellos tacones no era más alta que Mayte. Irina olía a polvo de talco y flores. Un olor enigmático, tanto como ella.

—El señor de las bestias. —Fue la respuesta tranquila de Irina, como si cualquier mosca se le hubiese acercado y no un autor de tal nivel.

Damon guiñó ambos ojos hacia ella, pero Irina ya no lo miraba, se detuvo en Mayte con una mirada tan intensa que la hizo bajar la cabeza.

—¡Thomas! —Ahora lo llamaban a él desde un grupo cercano.

Thomas miró a Mayte de reojo y luego a Irina.

—Es mi traductora —le dijo, dando un paso hacia donde lo llamaban—. Gran seguidora tuya, intenta ser amable.

La escritora sonrió, cuando sonreía podía verse la juventud que realmente había tras tanto maquillaje.

—Traductora del maestro del terror y seguidora mía —respondió con ironía—. ¿Cómo se lleva eso, Sir Thomas Damon?

Damon no respondió a la risa de Irina. Mayte abrió la boca ante la frescura de la joven.

—Oscuridad y monstruos. —Irina cogió el libro de los brazos de Mayte sin dejar aquella sonrisa sarcástica.

Thomas negaba con la cabeza. Irina levantó los ojos hacia él y le dijo adiós con la mano. Era evidente que ella no pensaba moverse, sino que tendría que ser él el que debía retirarse.

Hostias, serías la ídola *de Natalia.*

Volvieron a llamarlo y él acudió enseguida. Mayte se quedó sola con Irina mientras ella cogía un boli de una mesa cercana y abría el libro.

—¿Cuál es tu nombre? —Ni siquiera la miraba. Era cierto que tenía un carácter peculiar y desagradablemente altivo.

—Mayte —respondió.

Irina ladeó la cabeza escribiendo el nombre.

—¿Así? —preguntó una vez escrito y Mayte asintió—. ¿De dónde eres?

—De España —respondió y ella sonrió.

—¿Y cómo has acabado en Londres entre los monstruos de Thomas Damon?

Mayte se sobresaltó con la pregunta. Su tono sarcástico, irónico y extraño era como si supiese realmente lo que preguntaba.

Irina escribía esperando la respuesta.

—Soy traductora y el marido de una amiga es amigo de Mr. Damon. —Para qué mentir. Era así, un enchufe como una casa.

Irina sonrió sin dejar de escribir.

—Eso explica por qué la posesiva representante de Damon te mira así. —Levantó los ojos hacia Estela, que de nuevo acompañaba a su escritor. Luego miró a Mayte—. Oscuridad y bestias.

Bajó los ojos de nuevo hacia la dedicatoria y continuó escribiendo.

—Levanta la cabeza, Mayte. —La oyó decir y Mayte frunció el ceño—. Se te nota demasiado.

Mayte abrió la boca, no sabía a qué se refería, pero comenzaba a ruborizarse. Irina la miró un momento, debía de haber llenado la página con la dedicatoria porque no dejaba de escribir.

—Se te nota demasiado que te encantaría ser invisible a pesar de llevar un traje de ese color —Irina volvió a sonreír dirigiéndose de nuevo a su dedicatoria—. Y es inútil, él te ve todo el tiempo.

La escritora ladeó la cabeza mientras Mayte notaba cómo sus latidos se aceleraban y algo resurgía de las costillas. La vio firmar al fin.

Irina se detuvo a leer lo que había escrito, su sonrisa se amplió.

—Los príncipes azules no existen —dijo, dándole al extremo del bolígrafo para cerrarlo—. Todos vienen hechos en escala de grises. Son las mujeres las que tienen que darles color con su propia paleta de colores. A veces sale un color bonito a la primera, otras el color no gusta y se tiene que corregir con más colores de su paleta. —Levantó sus ojos enormes con exageradas pestañas postizas hacia Mayte—. ¿Sabes qué color sale cuando se mezclan demasiados colores?

Mayte alzó las cejas.

—Sí, Mayte. —Irina misma se respondió—. Color mierda, color vómito o color negro. Por eso es mejor tirarlo a basura y empezar de nuevo.

Su sonrisa se amplió otra vez al ver la cara de Mayte. Irina miró hacia Damon y Estela.

—Su miedo es que aciertes con el color a la primera. —Le devolvió el libro y se inclinó hacia el oído de Mayte—. Y el de su representante aún más.

Mayte se sobresaltó e Irina comenzó a reír. Aquella risa que le recordaba a la risa contagiosa de Claudia.

La escritora entornó los ojos con ironía.

—Lo malo de cuando encuentro estas situaciones en la vida real es que me pierdo lo mejor de la historia. —Esta vez Mayte no pudo evitar sonreír.

Estela y Damon iban a por ella. Irina, sin embargo, solo miraba a Mayte. Ella los sintió a su derecha.

—No te doy la tarjeta del imbécil del encargado de mis traductores porque no te aseguro que te llame solo para darte trabajo —dijo e hizo una mueca sin importarle que Estela y Damon la escuchasen.

Es como una mezcla de unicornios, joder.

Tuvo que contener la sonrisa. Irina seguía ignorando a Damon y Estela. Señaló el libro y le guiñó el ojo antes de marcharse.

A saber qué me habrá escrito.

Estela y Thomas miraban a Mayte perplejos por la conducta de Irina. Ella abrió la tapa y la cerró de repente. Que alguno de ellos pudiese leer lo que le había escrito era como dejar que alguien escuchara un audio de Vicky. Y eso que solo había leído el principio.

Madreeeeee.

El libro no le cabía en el bolso, así que tendría que buscar una bolsa porque no pensaba separarse de él en todo el día.

—Me encanta. —No esperó a que le preguntaran qué le había parecido Irina. La vio volver a mirarla de lejos y reír—. Aún más que antes.

Damon alzó las cejas.

—¿Qué te ha dicho? —Él también fue consciente del cruce de miradas entre Irina y Mayte.

—¡Thomas! —Volvieron a llamarlo. Algo que agradeció, no quería responder a aquello.

Quedó sola un instante y enseguida levantó la tapa del libro para leer la dedicatoria completa.

A Mayte…

22

El coche los dejó en la verja de la casa de Thomas Damon. Mayte llevaba una bolsa con varios libros dedicados de algunos autores. Aunque el principio fue difícil entre tanta gente, consiguió moverse entre los más famosos del ámbito con soltura. Thomas había estado todo el tiempo entre entrevistas, conferencias, sesiones de firmas y fotos y reuniones varias. Observarlo en la distancia había sido una nueva experiencia que sumarle a su convivencia con él. Ahora tenía más claro quién era su jefe aunque ya nada podía hacer que le gustase más.

El libro de Irina estaba metido entre otros que lo aplastaban y guardaban su dedicatoria. Era realmente increíble cómo con tan solo una mirada Irina había visto la realidad. Le había enviado una foto de su dedicatoria a las locas y le habían dado un aplauso colectivo a la escritora. Hasta Natalia, que no solía leer romántica, había prometido salir corriendo a comprar una de sus novelas.

La verja se cerró con su peculiar chirrido. Por mucho que estuviese acostumbrada a las vistas del jardín y el juego de focos iluminando las estatuas, desde todos los ángulos, seguía embargándole la vista.

El olor a césped húmedo y el silencio contrastaban con el ajetreo del día. Le dolían los pies a morir, demasiadas horas, más de doce, con aquellos zapatos del demonio.

—He visto tarjetas en esa bolsa —dijo él mirando la bolsa de reojo.

—Las hay. —No pudo evitar reír.

Thomas se detuvo en la primera papelera junto a la puerta.

—Pues tíralas —le señaló la papelera de hierro.

Mayte negó con el dedo índice.

—Mi contrato contigo no es eterno —respondió y él alzó las cejas—. Es ilegal, así que las necesitaré.

Lo vio contener la sonrisa. Los focos del jardín hacían que la imagen de Thomas Damon fuera tan impresionante como la de las estatuas.

Se desvió del camino de la casa hacia el césped. Mayte se detuvo en el asfalto, sin embargo. Thomas bajó los ojos hacia sus pies.

—No quiero apuñalar tu césped —dijo ella y él sonrió.

Y quiero volver a la habitación de inmediato.

En los últimos días no hubo situaciones incómodas, estuvo la mayor parte del tiempo sola. Ahora regresaba la compañía de Thomas Damon en la soledad de aquel castillo encantado, entre estatuas y espinas de forja. Una ambientación embaucadora contra la que no tenía armas.

Thomas alargó la mano hacia ella para que se agarrase, sabía bien lo que pasaba cuando entraba en terreno blando con aquel tipo de zapatos. Pero Mayte se inclinó y se los quitó. Pisar el césped húmedo con una fina media, después de horas en pie, hizo que se le erizara la piel.

Resopló, entre aquella sensación y «Dios» había poca diferencia. Levantó los ojos hacia Damon, pero él seguía observando sus pies.

—Puedes clavarte algo o estropear el traje —dijo él.

Mayte ladeó la cabeza mientras daba unos pasos más, era cierto, iba pisándose el borde del pantalón.

Corrección.

Siguió dando unos pasos, adentrándose en uno de los arcos de setos. Negó con la cabeza y él alzó las cejas. Se apresuró para alcanzarla. El silencio absoluto de aquel castillo le encantaba.

Solo se oía el fino sonido del agua de una pequeña fuente que Thomas tenía para los gatos. Mayte había visto tres, eran de baja estatura y se mimetizaban con el decorado del jardín.

Ella no se desviaba, iba directa a la casa atravesando el monstruo del Lago Ness, atajo directo hasta la puerta del castillo. Se conocía perfectamente cada rincón de aquel jardín, últimamente su lugar favorito era una cúpula bajo la que solía leer las tardes de llovizna.

Thomas se detuvo justo en el centro de la serpiente, pero Mayte dio unos pasos más. Soltó la bolsa de los libros y los zapatos en el suelo y se giró para mirarlo. Notaba mojados los bajos de los pantalones y las medias, no había sido buena idea descalzarse.

Damon miró la pulsera de Mayte.

—Mrs. Lyon lleva una igual, ¿qué significa para vosotras? —preguntó, cogiéndole la mano y alzándola para verla mejor.

Amistad, compañía, lealtad, afecto, locura, hacer lo que te salga del potorro sin importarte lo que piensen los demás.

—Es algo que nos hace ser más felices cuando estamos en dificultades —respondió.

Damon entornó los ojos hacia el colgante.

—¿Cuántos unicornios hay?

—Cuatro —sonrió al decirlo y él la miró.

Movió la mano de Mayte para que basculara. Luego bajó la mano de nuevo, pero no la soltó, gesto que hizo que ella se tensara.

—Buen lugar para traer a un unicornio —dijo, riendo.

No sabes lo que dices.

Bajó los ojos enseguida. Le gustaba que Damon la mirase de aquella manera, precisamente como no quería que la mirase. Podía perderse en aquel olor mezcla de la canela de él con las flores y la hierba mojada.

Aún no le había soltado la mano, por eso su estómago se mantenía encogido, cerró los ojos y se concentró un instante. Sentía el peso del unicornio basculando.

Un unicornio aquí, no sabes lo que dices.

Un unicornio nunca sería discreto, nunca sería correcto, nunca sería invisible. Recordó las palabras de Irina: «Él te ve todo el tiempo». Recordó la dedicatoria, recordó a cada una de sus amigas, sus bromas, su forma de ver las cosas desde que llegó al castillo encantado. Abrió la boca para coger aire.

No tienes ni idea de lo que es un unicornio.

Se apoyó con la punta de uno de los pies, estaban completamente mojados y aun así no sentía frío.

Ni idea.

Pero ella sí sabía lo que significaba. Si sus amigas estaban en lo cierto, si Irina estaba en lo cierto, ella nunca había dejado de ser una unicornio. Estaba ahí, como el rosal muerto tras la vitrina, viendo pasar el tiempo.

Alzó una mano hasta el filo de la chaqueta desabrochada de Damon y pasó los dedos por el borde. En ese instante el que se tensó fue él, podía sentirlo a la vez que su cuerpo se iba soltando poco a poco. Thomas le soltó la mano mientras ella llegaba a las solapas.

Levantó los ojos hacia él de nuevo. Sin dudas él debía de ser una más de las estatuas del jardín. Su imagen hacía que sus pensamientos se perdieran sin remedio.

—No sé si es buen lugar para traer a un unicornio —le dijo, retirando la mano de la chaqueta —. Aunque eso no debería importar.

No debería importar.

Puso de nuevo la mano sobre la chaqueta de Damon.

Puedes comenzar a pintar a tu príncipe. Él lo está deseando.

Fue la primera frase de Irina en su dedicatoria. ¿Lo estaba deseando? Lo miró para comprobarlo, pero se encontró con el rostro de Thomas Damon pegado al suyo.

Esto es lo que pasa cuando se le abre la puerta al unicornio.

No basculó ni se retiró. Los labios de él estaban cerca, un recorrido de apenas un fragmento de segundo, sin meditar, sin pensar, acercó sus labios a los de él. Y los encontró gruesos y los encontró suaves y con una temperatura mayor de la que esperaba.

Mayte entreabrió la boca y pegó su cuerpo al de él. Su gesto tuvo que activarlo de alguna manera porque enseguida la rodeó con los brazos y la apretó mientras le introducía la lengua en la boca.

Y lo notó apretarla de nuevo y bajar sus manos hasta el glúteo. Ella ladeó la cabeza y los labios de Damon no tardaron en dirigirse hacia su cuello.

¿Qué demonios estoy haciendo?

No podía echarle la culpa a él, era ella la que había comenzado, tampoco al chat de las locas y sus burradas, ni siquiera a Irina. Su acción, sus consecuencias.

Cerró los ojos y apretó la nuca de Damon contra su cuello mientras él bajaba la mano por sus glúteos hasta la ingle.

Esto no puede estar pasando.

Lo agarró por los hombros y se apartó de él, jadeando.

¿Qué he hecho?

Le brillaron los ojos, estaba aterrada. El pánico se tenía que reflejar en su cara, la notaba ardiendo y los pies se le helaron de repente.

Dio unos pasos atrás.

—Mayte. —La llamó él, pero ella se giró y echó a correr.

Dejó atrás la bolsa, los zapatos y a Thomas Damon. Se tapaba la cara con una mano mientras subía las escaleras hasta su habitación. Dio un portazo al cerrarla.

—Mierda, mierda, mierda. —Se apretaba las sienes.

Sin encender la luz se asomó al balcón, allí seguía él, justo en el mismo lugar, ahora le daba la espalda a la casa.

Idiota, idiota, idiota.

La humedad de sus ojos aumentó. Las pulsaciones seguían aceleradas, tanto como su respiración. Y aquella parte de abajo mejor ni nombrarla. Corrió hacia el baño y abrió el grifo del agua fría en la bañera y colocó el tapón. Se quitó el traje y se metió dentro, el agua estaba tan fría que pronto comenzó a temblar.

Se abrazó y apretó con los brazos, pero la sensación en las costillas no se quitaba, ni dejaba de jadear ni tampoco aquellos latidos entre las piernas. Tampoco se disipaba la vergüenza, las ganas de echar a correr, ni la necesidad de dar marcha a atrás y no haber hecho una estupidez.

Cogió aire y lo espiró con fuerza.

Oyó un sonido que parecía proceder de la habitación.

¿Qué coño?

Era continuo, toc, toc, toc. Se incorporó de la bañera. El agua apenas le había llegado a las

costillas, pero todo su cuerpo temblaba de frío. Se envolvió con una toalla y se asomó al dormitorio. Estaba cerrado, el sonido tendría que ser tras la puerta.

Volvió a sonar, toc, toc, toc, toc, no llamaban como siempre, era algo seguido que no estaba dispuesto a parar hasta que abriese. Negó con la cabeza.

Todavía no han acabado las pesadillas hoy.

Apretó los dientes y abrió. Encontró el rosal muerto tras el cristal y bajo él, en el pasillo, sus zapatos y la bolsa de los libros. Se inclinó para asomarse, pero se sobresaltó. Thomas Damon estaba echado en la pared.

Si ya con los camisones era malo, ahora desnuda y envuelta en la toalla había terminado de pintar el cuadro. Cogió aire despacio.

—Lo siento —le dijo.

Thomas seguía apoyado.

—¿Qué sientes? —Se retiró de la pared y se puso frente a ella. Mayte tenía la piel completamente erizada por el agua fría—. ¿No haber sido correcta?

Ella bajó la cabeza.

—¿Las alternativas? —volvió a probar él.

Levantó los ojos hacia él.

—Ya hay pocas alternativas. —Esa vez tuvo que abrir la boca para respirar.

Damon asentía mientras ella respondió.

—¿Los monstruos? ¿Las pesadillas? —seguía preguntando.

Volvió a respirar por la boca mientras él se acercaba a ella. No sabía dónde habría dejado Damon la chaqueta, llevaba la camisa azul con los botones del cuello desabrochados. Mayte se fijó en su piel, también tenía la respiración acelerada, si el agua no había sido suficiente para ella, no quería imaginarse cómo estaba él si sus amigas e Irina Yadav no se equivocaban.

—¿Qué sientes? —Tenía la boca entreabierta, podía ver sus dientes, que escondían aquella lengua que instantes antes lamía su cuello. Y era cálida, justo lo que necesitaba para que su cuerpo dejase de temblar—. Dime, ¿qué es lo que sientes?

Mayte notaba sus labios secos, las piernas heladas, pero aquello entre las piernas no dejaba de vibrar; ardía.

Miró a Damon de nuevo sin dejar de respirar por la boca mientras sus pensamientos se disparaban. Dio un paso hacia el pasillo, saliendo de la habitación.

—Siento que a veces no medite bien lo que hago, siento que no me importen las consecuencias. —Notaba cómo le brillaban los ojos—. Siento actuar sin que me importe lo que sea correcto. —Dejó caer la toalla al suelo ante la mirada de Thomas Damon—. Siento hacer lo que quiero, decir lo que pienso, no ocultar sentimientos aunque pudiesen dar vergüenza. —Dio unos pasos hasta estar a centímetros de él.

Thomas abrió la boca, era evidente que lo había dejado sin palabras y aún más alterado de lo que ya iba. Lo vio alzar una mano hacia su cuerpo y cerró los ojos para concentrarse en el tacto.

El impacto de su mano a un lado de su espalda helada hizo que se estremeciese.

Una unicornio siempre será una unicornio.

Se giró para darle la espalda y pegarse a él. Después de conocer cierta forma de vida era difícil ser de otra manera aunque sus pesadillas se lo impidiesen continuamente. Notó la otra mano de Damon en su barbilla y los labios en su cuello de nuevo.

—Siento no ser lo que se esperaba de mí. —Le ayudó a resbalar la mano hasta sus ingles, donde la temperatura contrastaba con el resto de su cuerpo.

Notó los dientes de Thomas apretarse en su cuello y mientras le apretaba uno de sus pechos ella le guio los dedos hasta el clítoris. Notaba su miembro duro tras los glúteos y perdió consciencia de que estaban en medio del pasillo. Se apretó contra él con fuerza cuando los dedos de Damon movieron su clítoris. Arqueó la espalda y espiró con un leve gemido. Él le mordió el cuello con más fuerza.

Vicky tenía razón, Natalia tenía razón y Claudia e Irina, que ni siquiera la conocía. Hasta ella lo sabía aunque le costase reconocerlo, el príncipe estaba deseando aquello.

Se dio la vuelta, después de haberlo visto durante el día como el escritor que realmente era le extrañaba no sentir nada extraño al estar junto a él y en aquella situación. Quizás habían sido más las horas en el castillo encantado, haciéndose parte de su mundo.

Le desabrochó la camisa. Vendrían las pesadillas, no lo dudaba, y serían las más grandes que hubiese conocido. Pero ahora le habían dado margen para ser lo que quisiera ser. Y ella no tenía dudas de lo que estaba haciendo.

Thomas se inclinó, agarró sus muslos y la cogió en brazos.

—¿Esta noche no habrá pesadillas? —le preguntó, caminando hacia el otro lado del pasillo.

Mayte negó con la cabeza y él rio. La puerta de la *suite* del señor estaba abierta y no lo vio cerrarla. No había nadie en la planta ni subiría nadie hasta el día siguiente. Tenía gran curiosidad por conocer cómo era la habitación de Thomas Damon, pero en ese momento le daba igual, solo era capaz de verlo a él.

La dejó caer en la cama, pero no tuvo margen y se tumbó encima de ella para besarla. Aprovechó uno de los movimientos de él para desabrocharle el pantalón. Lo único incómodo que sentía era que él no estuviese desnudo. Quería, necesitaba verlo desnudo y que todo su cuerpo tomara temperatura con él.

Consiguió quitarle la ropa, aunque él le ganaba terreno en su interés en ella. Pese así, se la agarró con las dos manos.

Pufff.

Desde luego que lo del cuerno del unicornio y el miembro viril tomaba sentido. Tuvo que morderse el labio para no reír. Lo oyó gemir, le encantó aquel sonido, cerró los ojos mientras se concentraba en moverlo despacio y con firmeza. Si seguía así iba a tener el primer orgasmo hasta antes de que se la metiera. Y estaba loca por tenerla dentro.

Thomas se separó de ella y se sentó. Lo sintió buscar en la mesilla de noche, acabó pronto, pero más rápida fue ella en sentarse encima y poner los muslos sobre los de él. Estaba tan mojada que aquello enorme resbaló por el agujero hasta el fondo y arqueó la espalda en un gemido. Thomas la abrazaba por la espalda mientras levantaba la cadera para que se clavase más. Volvió a gemir. Sentía cómo le besaba el cuello mientras acercaba su mano hacia el clítoris. Comenzó despacio, al ritmo de sus movimientos, pero fue añadiendo rapidez y fuerza. Si aquello comenzaba así, no tenía dudas de que quedarían bien lejos las pesadillas.

23

Se sobresaltó al ver a Ava en el umbral. Cuando se concentraba bien solía asustarse si alguien irrumpía en el despacho sin llamar. Ahora entendía cuando Damon le decía que no lo interrumpiese por nimiedades, ni siquiera por cosas importantes. Si ya una traducción necesitaba concentración, no quería imaginar manejar los mundos que manejaba Damon en su trabajo.

—Thomas dice que vayas a verlo en unos minutos, está acabando con su editor y Estela —le dijo y ella asintió. Ava siguió observándola un rato más antes de cerrar la puerta.

No creía que ni Ava ni Estela se hubiesen dado cuenta de nada. Cuando ellas llegaban todo era como siempre. Mayte deambulaba por el jardín mientras Damon estaba en el despacho. Nada era diferente a los ojos de los demás, solo a los de ellos.

De los saltos por el balcón y los continuos cambios de *suites* para dormir solo se habrían dado cuenta los discretos empleados del castillo encantado, invisibles a la vista y, como se suele decir, lo que no se ve no existe.

Aquella noche volvían a tener cena, algo que no le hacía gracia. Habían invitado a los Lyon, pero estaban fuera. Esa vez Claudia estaba haciendo un reportaje a unos kilómetros de Londres. «Me pierdo las mejores», le había dicho su amiga, que desde que supo lo de ella y Damon sentía más necesidad de curiosear de cerca.

El móvil vibraba, las locas al completo sabían lo de Damon y, a pesar de soltar alguna que otra burrada en el chat, estaban menos activas. Supuso que lo mejor estaba en el chat alternativo. Ese que, aunque se lo enseñaran, prefería no mirar.

Tuvo que soportar los comentarios: «Ya sabíamos todas que doña Correcta iba a ser la más ligera de todas». «Desnuda en el castillo, eso supera el nivel Vicky». «Superando expectativas como buena unicornio». O aquella famosa frase: «¿Quién quiere ser normal, pudiendo ser una unicornio?».

Desconocía si Lyon se había enterado, no quería ni preguntárselo a Claudia, prefería no saberlo. Aunque él en el fondo conocía lo que podía suponer enviarla a la casa de Arthur Damon

Se levantó con el cuaderno de notas y se dispuso a ir al despacho de Damon. Estela iba de camino hacia ella.

—Está acabando la novela —le dijo con amplia sonrisa y ambos ojos guiñados.

Parecía que Estela se alegraba de que su trabajo y por lo tanto su estancia en el castillo tuviesen los días contados. Desconocía que Damon ya le había dado algunos manuscritos sin acabar para que le diese la opinión de cuál debería ser el próximo para publicar. Aunque era cierto que de nuevas traducciones no se había hablado nada aún.

Le devolvió la sonrisa a Estela, aquellos días había hecho todo lo posible para no enfrentarse a ella. Trabajar callada mientras Ava la visitaba dos o tres veces cada mañana, o bien se estaba acostumbrando a ellas, o bien había encontrado la parte positiva de su trabajo. No, no era correcto, seguramente era lo más bochornoso que hubiese hecho en la vida, pero no quería pararse a pensarlo, las pesadillas comenzaban a dispersarse.

—Y tú, ¿estás acabando tu trabajo? —Al final tuvo que detenerse a unos metros de la puerta de Damon.

—Llevo buen ritmo, en un mes estará acabado. —Intentó mantener la sonrisa.

—Un mes... —Los ojos de Estela seguían guiñados—. Supongo que te encantará regresar a

España, este clima es algo diferente.

Mayte alzó las cejas.

—Me encanta la lluvia, no es ningún problema —volvió a sonreír mientras se aproximó con unos pasos hacia el despacho de Damon.

Entró en el despacho de Arthur Damon, dejándola con la boca abierta para añadir algo más, pero estar más tiempo con Estela significaba que la conversación se siguiese tensando y bastante tendría con aguantarla en la cena aquella noche.

Thomas Damon estaba en pie cerca de la puerta. Ya Estela no podía verle la cara, pero, aun así, no sabía cómo saludarlo delante del resto y que nadie pudiese sospechar nada. Aunque Natalia tenía su extraña teoría, como siempre, de que Estela ya habría presupuesto algo como aquello aun antes de que sucediera. Y eso según La Fatalé conllevaba consecuencias, pronto Estela prepararía artillería contra ella. Pero no sería aquella mañana de cielo soleado, la luz entraba con fuerza por la ventana de Damon a través de los barrotes de espinos.

Thomas cerró la puerta tras ella y giró una pequeña palanca para accionar el pestillo. La puerta emitió un sonido que seguramente también se oyese desde fuera.

Acabas de despejarle las dudas a Estela.

Pero Estela siempre estaba informada de todo lo referente a Thomas Arthur Damon. Desconocía si hasta él mismo pudiese haberle dicho algo.

Mayte miró la puerta tras ella, lo del pestillo era la primera vez que lo hacía, el castillo siempre solía estar desierto y él nunca la había llamado a su despacho cuando Estela estaba allí.

Lo miró con las cejas alzadas mientras él reía.

—Esto no estaba en el contrato —le dijo mientras él se acercaba con malicia—. Menuda estafa.

Damon dio unas carcajadas y la acorraló en la pared.

—Es tu hora de trabajo y la mía también. —Ladeó la cabeza para que no la besara.

—Y solo escribo sobre monstruos. —Acercó sus labios hacia la base de su cuello, el punto débil de Mayte, el que la hacía estremecerse por completo—. Imagina si escribiese las novelas de Irina Yadav.

Mayte dio unas carcajadas que se detuvieron con el primer mordisco.

Pues te saldrían de maravilla, no lo dudo.

Thomas le levantó la falda y tiró de las medias, aquella prenda estúpida que solo servía para incordiar. Lo empujó cuando le vio las intenciones, tenía a Ava en el estudio, a Estela no muy lejos, a Stephie, la secretaria, y hasta al editor de Mr. Damon por allí.

Pero él solo reía sin intenciones de parar. Le levantó la pierna y se inclinó. Pudo haberlo empujado de nuevo para retirarlo de ella, pero Thomas fue veloz y llegó con la lengua hasta su clítoris, no había forma de hacer fuerza contra él aunque se lo propusiera. La lengua de él era ávida y sabía bien buscar la parte blanda y sensible que lograba anularle todo movimiento que no fuese hacia él. Apretó la espalda en la pared mientras se le aflojaban las piernas, perdería el equilibrio por completo. Tuvo que morderse el labio para no gritar, estaba convencida de que Estela no se retiraría mucho de la puerta, como solía hacer cada vez que ella hablaba con Damon en su presencia, contando minutos e intentando escuchar.

«Grita», le hubiese dicho Vicky si supiese de aquella situación. «Grita y jódela por completo». Realmente era lo que tenía ganas de hacer. No había precio para ver la cara que pondría Estela, ahora entendía a Irina Yadav cuando decía que en la vida real se perdía lo mejor de las historias.

Volvió a apretarse contra la pared mientras Thomas le levantaba más la pierna izquierda y ahondaba más en ella. Si lo pensaba bien, después de la tensión que había del pasillo para fuera, aquella escena tenía aún más sentido. Y pensar en la más incorrecta de las situaciones le aumentaba el placer. Quizás aquella era la raíz de sus pesadillas, empeñarse en no salirse de las normas, en exigirse una corrección extrema cuando le encantaba sentirse terriblemente incorrecta.

Levantó la barbilla y gimió, conteniendo la voz todo lo que pudo, pero agarró la cabeza de Thomas y la apretó contra ella. Él reaccionó a la acción hundiendo la lengua en sus genitales, Mayte abrió las piernas aún más y dobló más las rodillas para facilitarle el trabajo. Volvió a apretarlo contra ella mientras arqueaba la espalda, alejándola de la pared. La lengua de Damon salió y se detuvo en su clítoris de nuevo, justo en el momento necesario. Se mordió el labio con fuerza sin dejar de apretarlo mientras su respiración se aceleraba para espirar con fuerza.

Hiperventilaba, le temblaban las piernas, los genitales al completo y sentía la boca seca. Él se retiró de ella riendo. Pudo ver la libreta en el suelo, ni siquiera recordaba en qué momento la había dejado caer.

—El contrato fue una auténtica estafa —decía él dirigiéndose hacia la estantería de libros que había cerca de la ventana.

Ella resopló.

Madre mía. Me estoy luciendo de verdad.

24

—Sois unas cerdas, ¿lo sabéis? —Se tapó la cara con la mano, regresaba de la cúpula del jardín, acababa de oír el sonido de órgano que anunciaba que los invitados de Mr. Damon llegaban.

—La que fue a hablar. —Vicky lanzó una pedorreta—. Tiene al Juntaletras raspándose la verga por las paredes.

Natalia puso tres filas de emoticonos.

—A ese ritmo va a acabar cambiando de género —añadió el Hada Madrina.

Se giró para ver entrar los coches, más que la última vez.

—Ya llegan. —Torció los labios—. Me gusta más el castillo vacío.

—Los monstruos son molestos —respondió Claudia.

—Recuerda todo lo que hemos hablado esta tarde —dijo Natalia. Mayte se mordió el labio.

—¿Conversaciones fuera del chat? —protestó Claudia—. Eso no vale.

—Era muy largo para un audio —decía Natalia—. Y necesitaba que estuviese preparada. Van a lloverle hoy por todas partes.

—¿Te digo lo que le van a dar por todas partes hoy? —soltó Vicky y volvieron los emoticonos.

Resopló. No había forma de sacarlas del tema.

—Ya me gustaría estar contigo ahí. —Se oyó otra pedorreta de Vicky.

Mayte se tapó la cara. Una cosa era alejar sus pesadillas y otra meter a las unicornio dentro del castillo encantado.

—Madre mía —murmuró, prefería no imaginarlo.

—Chicas, os dejo. —Se asomó a través de los arcos de setos, ya había gente dirigiéndose hacia la casa. Thomas Damon los recibía en la puerta.

—Nos perdemos las mejores, esto no puede ser —protestó Vicky.

—Que te gusta un cotilleo. —Reía Claudia.

—Siempre —respondía ella—. ¿Cuándo una de mallas?

Sonaba lejana una reunión de nuevo. Hacía ya tiempo que no coincidían, los hijos de Natalia y Vicky eran pequeños aún y tenían complicado hacer viajes.

—Para el verano —dijo Claudia—. Id pensando qué podemos hacer.

—Paracaídas.

—¿Otra vez? —Las oía de fondo mientras observaba entrar a Estela acompañada de otras dos mujeres que no conocía. Sí reconoció a Dylan y los otros dos amigos de Damon, también a Nía y Madelaine, que esa vez iban sin la otra chica. Echó en falta a la secretaria de Thomas y tampoco vio a la señora Damon, algo que le alegró.

Se tiró del vestido de punto azul, al andar se le subía y le hacía arrugas en las caderas. Pero entre los nervios y otros ejercicios extra que le hacía Damon en los últimos días la ropa la notaba más holgada. Recordaba que no hacía mucho aquel cinturón elástico le apretaba como la cinta de una lechuga.

—Suerte. —Se oyó un beso sonoro de Natalia.

Sonrió al escucharla. Era una fortuna tener una amiga como Natalia que lograse transmitirle la seguridad, despejar las dudas y aplacase el miedo. Realmente era una fortuna tenerlas a todas en aquel aparato pequeño donde se permitían las locuras, caer, errar y que nada tuviese

importancia.

Miró el castillo, ella nunca se hubiese atrevido a ir allí si no fuese por ellas. Necesitaba que la empujasen continuamente hasta los bordes de los precipicios, aunque una vez en el borde ella fuese capaz de saltar sola.

«Si tienes miedo, cógeme fuerte», solía decirle Vicky mientras empujaba a Natalia antes de comenzar a contar. Rio al recordarlo. Una de unicornios, le encantaba la idea. Aunque a veces terminasen en lugares inimaginables que no estaban previstos. Se le vino a la mente el bautizo del hijo pequeño de Claudia y se llevó la mano a la frente. Más increíble era que tanto Mr. Lyon como Eric o Andrea las entendiesen. A veces ellos mismos sufrían las consecuencias bochornosas de su conducta inmadura y alocada. Era digno de admirar sin duda. Supuso que a los tres les temblarían las piernas cuando las cuatro se juntaban.

Negó con la cabeza y miró el castillo.

No tienes ni idea, Thomas Damon.

Y era mejor así. De todos modos, no era hombre para ella.

Mi reino está muy lejos del suyo.

Ladeó la cabeza y se acercó a la casa. Ya solo de saber que tendría que cenar en compañía se le quitaban las ganas de comer. No había nadie en la puerta y supuso que todos estaban ya dentro. La puerta estaba abierta, así que entró y se dirigió al salón.

Allí estaban todos, preparados para sentarse. Enseguida dirigió sus ojos hacia Thomas, cuyo sillón presidía la mesa como la otra vez. Y vio a Dylan y a una desconocida dispuestos a sentarse a su lado.

Sintió una leve punzada en el pecho mientras sus ojos se dirigían a los sillones. No había rosas ni espinos cerca de Damon, su trono no estaba junto al señor. Tragó saliva mientras sentía algo caer al interior del estómago y era áspero y pesado.

Qué esperabas, imbécil.

Una invitada, una trabajadora, la traductora de Thomas Damon. Luego lo que ella hiciese de extra en sus horas libres era otra cosa. Se mordió el labio, buscando el sillón de la princesa de las pesadillas.

Estela lo encontró antes y se sentó frente a donde tendría que sentarse ella, quizás esperaba verle la cara todo el tiempo. Espiró aire con fuerza y apretó el móvil aún en la mano. Los invitados ya se sentaban, su silla estaba casi en la otra punta de la de Thomas.

—Mayte. —Oyó la voz de Estela—. Aquí.

Ya lo sé, hija de puta.

Estela le sonrió de aquella manera falsa que siempre hacía, lo hacía tan bien que hasta podía engañar a quien no la cociese.

«Natalia». Escribió en el chat mientras el resto se sentaba. «El trono está en otro sitio, lejos, apartado».

Envió el mensaje al propio grupo, ya estaba abierto y no tenía tiempo de buscar el chat con Natalia. No sabía qué especie de arrebato le estaba entrando, pero el bochorno la inundó, se sintió imbécil, ilusa y muchas otras cosas la invadieron de golpe. Sabía que Natalia lo entendería solo con esa frase, necesitaba que lo supiera aunque ello no arreglara nada.

Espiró aire de nuevo y se acercó a su sillón de espinas. Era algo más alto que el resto, un sillón especial, como el del Thomas Damon. Pero aquello no hacía que se sintiese mejor.

Estela destapó la bandeja. Una carne especiada y crujiente que olía de maravilla, pero su estómago no reaccionaba, seguía inerte, pesado, dolido. Su móvil vibró.

—Ella es una de las traductora de Thomas —decía Estela a una chica que la acompañaba—. Ella es Daniella.

Mayte le sonrió como pudo, pero su vista enseguida se dirigió al móvil.

«Si te hubiese sentado al lado dirías que es un descaro y que qué vergüenza», le había respondido Claudia. «El caso es ver lo negativo en todo».

Y tenía razón. Hasta se abochornó de sus propios sentimientos.

«Busca el morbo, pedazo de idiota. Toda esa gente no tiene ni idea de los polvorones que os montáis. Se caerían de espaldas». Tuvo que desviar la vista al leer a Vicky, no tenía remedio.

Pero no llegaba el audio de Natalia.

—¿Has contactado con algún editor? —preguntaba Estela—. Para cuando acabes aquí, me refiero.

Mayte negó con la cabeza.

—Pues deberías —añadió la mujer—. Aprovecha ahora que tu trabajo con Thomas es reciente, luego esas cosas van perdiendo valor, como las medallas en el deporte.

Empezó la metralleta.

Miró de reojo a Thomas, ni siquiera había dirigido una mirada hacia ella, ni al llegar ni al sentarse.

Y antes me observaba todo el tiempo.

Quizás ya no tenía nada de especial y misterioso. Ya no tenía muchos secretos que descubrirle, los había enseñado todos. El calor la estaba inundando.

Cortó un trozo de carne y se lo sirvió en el plato. Oía la risa de Dylan y el corro de su alrededor después. Miró de reojo, vio a la desconocida que estaba junto a Damon darle con el hombro entre risas.

Busca el morbo, dice Vicky. No sé qué mierda de morbo puede haber aquí.

Su móvil vibró.

«Deja de pensar estupideces». Dejó caer el tenedor al suelo al ver que Natalia había respondido. Sonó tan fuerte que al fin Damon miró. Mayte cogió su móvil de forma desesperada. Pero en ese momento solo existía el chat para ella, su salvación.

«Está actuando como cabe esperar. Oculta todo lo referente a su vida personal. Tú eres hoy la traductora, una más. No porque seas tú, capulla, no porque te haya follado y ahora te tire a la basura. Sino porque es su forma de actuar. Estáis en público y ahora hay razones para no querer contacto en público».

Cierto.

Se sintió neurótica y una desesperada. Una estupidez la estaba convirtiendo de nuevo en una magnánima princesa pesadillas. Cogió air algo más tranquila.

«Lo dicho, busca el morbo al asunto». Puso de nuevo Vicky. Soltó el móvil en la mesa. Miró de reojo a Damon de nuevo, Vicky podía decir lo que fuese y Natalia llevaría razón como una santa, pero no le gustaba la situación.

Una más.

Thomas no era uno más, aunque viviese cien años y pasase por docenas de hombres él nunca sería uno más. Como solían decir las unicornio…

Este es de los que dejan una tara de por vida.

Y taras ya le sobraban. La chica que acompañaba a Estela dijo algo y tuvo que reír por compromiso mientras meditaba su conflicto interior.

El móvil sonó.

«¿Qué mierda te pasa ahora?». Natalia le había enviado un privado.

Estela la observaba, vio cómo miraba el móvil que Mayte dejaba sobre la mesa. «Que se multiplican los monstruos por dentro», había sido su respuesta.

«Llevas diez días con ese tío. Deja de pensar estupideces».

Volvió a mirar a Damon de reojo. ¿Quién *cojones* era aquella tía del escote grande que se inclinaba hacia él? Recordó todo lo que Georgina le dijo a Claudia sobre Damon. ¿Habría más aparte de ella?

«Debo de ser una loca, sí». Escribió a pesar de que Estela la miraba. «Y no se te ocurra decirme que sabía dónde me metía».

«Primero deja el móvil, que parecerás imbécil leyendo mensajes. Luego buscas un hueco, vas al baño y hablamos».

Llevaba razón, parecería imbécil. Apenas había comido y lo mejor de las bandejas ya estaba en los platos de los comensales.

Con la Medusa delante y esa tía de las tetas grandes encima de Damon.

Cogió aire despacio.

«Busca el morbo, pedazo de capulla». Vicky también le había escrito. «No eres una más y si Sir Juntaletras no sabe verlo ya se lo diremos nosotras». Tuvo que sonreír al leer a Vicky. Ella no le veía problemas a nada, ni siquiera a que su amiga cayese con un hombre peculiar como era Thomas Damon.

Estela estaba sumamente simpática y eso la desconcertaba. Solo podía significar una cosa, lo peor estaba al llegar. La excesiva amabilidad era solo una forma de preparar el terreno, ya se lo advirtió Natalia.

La pregunta de su amiga siempre solía ser: «¿Merece la pena?». En ninguna de las situaciones anteriores, con ningún otro hombre llegó a responder y sin embargo ella seguía la corriente hasta que acababa. Con Damon la respuesta era firme aunque dudara si lo mejor era seguir la corriente. Porque esa vez seguir la corriente tenía otro tipo de consecuencias, consecuencias de verdad. Seguir la corriente significaba vivir situaciones que la incomodaban, que le producían aquella sensación pesada en el estómago y no quería un estómago como la estatua del jardín.

Acabó la cena y se levantó para ir a por el postre. Ya otros se habían levantado. Vio a Dylan acercarse con su sonrisa irónica.

¿Sabrá algo este?

Supuso que sí, lo que hizo que desviase su mirada hacia los dulces. Se alegró de que lo parase otro de sus amigos, Max. Así que cogió su porción de tarta y se retiró de la mesa. Estela se puso a su lado.

A esta no me la quito de encima hoy.

Veía a Thomas, que también se había levantado de la mesa. Aquella mujer desconocida le llevaba el postre. Aquel detalle tampoco se le fue por alto a Estela.

—Es extraño verlo rodeado de gente fuera del trabajo, ¿verdad? —dijo Estela.

Mayte ladeó la cabeza recordando cómo lo vio en la feria del libro, entre admiradores, periodistas y más personas de su mundo profesional.

—Te puedo asegurar que no es tan solitario como puede parecer. —Soltó una risa.

Ya empezó.

Miró a Estela esperando qué era lo que iba ahora. Medusa tenía los ojos entornados y las serpientes preparadas. Se inclinó hacia el oído de Mayte.

—Todas las mujeres que ves aquí han acompañado en algún momento a Thomas Damon.

Todas quieren lo mismo, que él se fije en ellas más que en otras. —Se apartó de ella para mirarla —. Pero ninguna conseguirá el trono del castillo. Thomas no es así.

Intentó que su cara no mostrase más expresión que la de una estatua.

—No hay más —recalcó Estela.

Mayte recibió el veneno de las serpientes mientras alzaba los ojos. Miró a Nía y a Madelaine. Luego a Daniella, la que parecía muy amiga de Estela, y por último a la más descarada conquista de Damon, que lo acaparaba por completo. Y el veneno de Estela hizo efecto, era normal según Natalia, cuando alguien estaba débil, un pájaro apenas alzando el vuelo después de años con las alas entumecidas.

No podía culpar a Estela, era una realidad. Ella era una más de aquellas cinco mujeres, aunque tenía que reconocer que Thomas Damon no había ido a ningún lugar que no fuese el trabajo desde aquella noche del pasillo. Así que en aquel momento debería de ser la única, no era un consuelo grande, pero al menos hacía que pudiese tragar mejor las palabras de Estela.

Pero era la realidad, Damon la escondería tanto como a los empleados del castillo. Como solía decirle, ella era parte de su mundo y de la casa. Eso se sentía, un complemento más decorativo.

Y Vicky dice que busque el morbo. No lo hay.

No le entraron más que dos cucharadas de tarta, dejó el plato en la mesa.

—Voy al baño —le dijo a Estela.

Pero el primer baño estaba ocupado y se alegró, necesitaba alejarse algo más de aquella gente. Cogió el móvil y buscó a Natalia.

«Creo que me he equivocado. Esto es lo que menos necesito».

«¿Ha sido Medusa o Damon?».

Resopló al leerla. Cerró la puerta del baño.

«La cena es una concentración de empotres de Damon».

Natalia le respondió con un emoticono.

«Pues dile que no te gusta el libro y no quieres seguir leyendo». Alzó las cejas con la frase de Natalia.

«Será lo mejor».

«Pero tendrás que terminar el trabajo».

«Lo sé».

«No, no lo sabes. Vendrán más pesadillas».

Torció los labios mientras miraba el móvil.

«¿Y qué quieres que haga?».

«No lo sé, pero hay algo que tengo claro. Que todas tenemos claro. No queremos que hagas nada que no te haga feliz».

«¿Y si algo me hace feliz solo a ratos?».

«Ser feliz a ratos no existe».

Apoyó la cabeza en la pared. Natalia esa vez no la estaba ayudando. Suspiró.

«Vuelvo con Medusa. Luego hablamos».

Tenía que regresar. Guardó el móvil y salió del baño. Frunció el ceño, las luces del pasillo estaban apagadas cuando juró haberlas encendido al pasar. Alzó la mano para encenderlas de nuevo, tanteando la pared. Solo estuvieron encendidas unos segundos, se volvieron a apagar.

Qué coño.

Volvió a encender y estas se apagaron. Entonces recordó que Damon controlaba las luces

desde su móvil.

Y ahora que venga Vicky a ver qué coño tiene esto de morboso.

Sintió cómo la agarraban de la muñeca y tiraban de ella. Dio un grito mientras su cuerpo se estampaba con el de Thomas. Él se apresuró a cerrar la puerta de la biblioteca.

Mayte abrió la boca para protestar, aún no se había recuperado del susto, pero él la besó con rapidez. Y ahora pudo entender a Vicky. El Hada Madrina solía acertar en ciertos temas tanto como Natalia.

La apretó contra él y la alzó para sentarla en la mesa. Parecía que la cosa no iba solo de un beso rápido antes de regresar.

—Has tardado demasiado en salir de ese salón —le dijo, desabrochando los botones de su vestido de punto.

Mayte alzó las cejas y abrió la boca para replicar a aquel juego que no entendía. Pero Thomas la tumbó en la mesa, oyó caer algunas cosas, siempre había bolígrafos y bloc de hojas en las mesas de la biblioteca. Uno de sus zapatos también cayó al suelo y el segundo casi voló mientras Thomas levantaba su vestido hasta donde le permitía el cinturón elástico.

Puso una mano en el hombro de Damon para detenerlo, pero este ya tenía la lengua en uno de sus pechos. Según Natalia eso de ser feliz a ratos no existía, pero Thomas era capaz de revertir sus pesadillas en décimas de segundo.

Lo agarró del cuello y cerró los ojos.

—¿No es mejor después? —preguntó ya con la respiración acelerada.

Le encantaba su sonrisa maliciosa en aquellos momentos. Ya tenía los pantalones desabrochados y el miembro fuera y bien preparado. La agarró por la cintura y la pegó a él hasta que lo sintió clavándose en la ingle.

—¿Cuándo es mejor? —Volvió a apretarla y esta vez aquello entró directo por el camino correcto—. Dímelo.

Pero ya no podía responder. Thomas volvió a embestir y ella gimió sin recordar que fuera estaban los invitados de Damon.

Apretó los muslos para agarrarlo y sintió cómo aquello salía y volvía a entrar. El veneno de Medusa salió por completo de su cuerpo.

25

Thomas regresó por el pasillo, en cambio ella se dirigió al jardín. El chat se había llenado de estupideces de todo tipo, no tenía ganas de pararse a leerlas. Llegó hasta la cúpula donde solía leer. Cerca había un columpio de hierro, espinos de acero como el resto de la decoración exterior de la casa.

No hacía una temperatura desagradable, se sentó en él, había noches que estaba mucho más frío. Resopló, recordando su conversación con Natalia. La sensación de haber metido un pie en un agujero regresaba, si no había sido capaz de acabar relaciones que no llevaban a ninguna parte con hombres que no amaba, cómo podría hacerlo con alguien que le producía aquellas cosas que le hacía sentir Thomas Damon.

Giró la cabeza hacia la casa, las luces seguían encendidas en el salón y podía ver siluetas a través de los ventanales. La imagen nocturna del castillo era un espectáculo que la transportaba a los cuentos de princesas que tanto le gustaron. Un príncipe, lejos de tener la inocencia de los protagonistas de los cuentos, la había embaucado por completo, metiéndola en un remolino de ideas, sueños y pesadillas que no podría detener.

Veneno de serpientes que había hecho su misión y le habían abierto los ojos en el extraño cuento.

—Un castillo, monstruos, un nido de serpientes, pesadillas y una princesa. —Se balanceó en el columpio.

Le encantaba cómo se veía la luna desde allí, sobre todo cuando se apagaban los focos del jardín. Pero aún estaban encendidos, no se apagarían hasta que las visitas no se marchasen.

«¿Te ha ignorado?», preguntaba Claudia en el chat.

Negó con la cabeza pensativa, como si Claudia pudiese verla.

Me ha empotrado en la biblioteca.

Contuvo la risa, no podía escribir aquello, daría para tres días de bromas. Cogió aire despacio, levantando la barbilla, y su balanceo se intensificó. El olor a las flores nocturnas la tranquilizaba, le recordaba al verano en la infancia.

Damas de noche.

Aquel olor le era familiar. Cerró los ojos, aunque solía fantasear con castillos encantados nunca se imaginó que algún día se vería en uno con un príncipe un tanto peculiar.

Apoyó la frente en las cadenas del columpio, meditando las particularidades del príncipe.

—Los príncipes azules no existen —murmuró aquellas palabras de Irina. Ella tenía una forma muy característica de perfilar a los hombres y era cierto, sus protagonistas nunca fueron perfectos.

Aquello de que eran las mujeres las que le daban color a los príncipes tenía sentido. Cada mujer tenía una paleta de colores personales, por eso era frecuente fallar en la mezcla y que el color ennegreciera. Si ella no tenía el color concreto, nunca saldría buen resultado.

Eso es.

Levantó la vista hacia el ventanal del salón. ¿Qué colores tenían aquellas mujeres que según Estela querían el trono del castillo?

¿Qué colores tengo yo?

Cogió aire y lo echó en un suspiro. Tenía que regresar. Se levantó del columpio y se dirigió

hacia la casa, estando segura de que no tenía los suficientes colores como para pintar a Thomas Damon, ni siquiera pensaba que sus colores tuviesen pigmentos como para ni siquiera cambiar el color de Mr. Damon.

No era un hombre cualquiera, estaba hablando de un hombre que lo había conseguido todo, respeto, éxito, dinero y un título de Sir.

Rebasó la estatua de la princesa de las pesadillas.

Y yo también estoy hecha en escala de grises.

Negó con la cabeza. No sabía cómo iba a poder salir de aquello.

Se detuvo en los escalones de la entrada. La comitiva de invitados ya salía de la casa.

—Vaya —le dijo Estela, la primera en salir—. Pensaba que ya estabas arriba.

Mayte negó con la cabeza.

—Tenía una llamada, los cambios horarios con España… —No sabía cómo excusarse, llevaba casi una hora fuera entre el empotre, peinarse y empolvarse de nuevo, y su vuelta por el jardín.

—Claro, la familia. Los echarás de menos, supongo. —Le dio en el hombro—. Ya queda menos para verlos. ¿Tienes algún plan para verano?

Levantó la cabeza y sonrió.

—Claro —respondió y por una vez no mintió. La reunión de amigas sería lo más interesante que le ocurriría en verano. Ellas recogerían los trozos que quedarían de la princesa pesadillas cuando Damon le diese la patada en el culo en lo profesional y personal.

Al menos le consolaba que le quedasen las risas. Ya le buscarían la parte cómica, no tenía dudas.

Estela le miró el vestido y Mayte enseguida se miró, esperaba no tener nada que le delatase lo que había pasado en la biblioteca.

—Hasta el lunes. —Se despidió, sonriendo—. Ah, ella es Lis. —Presentó a la descarada amiga de Damon—. Creo que no has tenido ocasión de conocerla hoy.

Lis ya salía de la casa y pudo ver algo en su cara, decepción.

El empotre ya está repartido hoy. Lo siento, chica. Otro día te tocará a ti.

Sus propios pensamientos fueron piedras en su estómago. Nía sin embargo salió de la casa como si nada, sabía que su momento también había pasado, pero ya estaba más hecha a la idea. Dylan salía riendo, aquel hombre no dejaba de reír continuamente, Mayte lo consideraba una especie de Vicky en versión masculina.

—Hasta otro día. —Se despidió el muchacho—. No sé si te veré antes de la fiesta del Sir.

Mayte frunció el ceño. Ni se acordaba de aquello. Una fiesta del Sir sería algo incómodo en su máximo exponente, la casa llena de gente y ella sintiéndose más decorado si es que podía serlo.

—¿Estará aquí todavía? —se extrañó Estela.

La mujer llamada Lis la miró con atención.

—Thomas acaba de encargarme de ello. —Sacó una tarjeta y se la tendió a Mayte—. Soy organizadora de eventos. —Miró a Estela de reojo—. Necesito una lista de invitados.

—Stephie te la enviará el lunes. Tienes tres semanas.

Lis sonrió con ironía.

—Me sobran dos. —Arrugó la nariz.

Se giró hacia Damon, que salía junto a Madelaine y otros amigos.

—Preparad lo que queráis —les dijo—. Lo mío son las letras.

Estela se detuvo en Mayte de nuevo.

—Acudirá la familia Lyon al completo, una suerte si andas por aquí.

Mayte no pudo evitar sonreír. Con un unicornio en un evento los monstruos se dispersaban.

—Andará por aquí —intervino Damon—. No creo que acabe antes del mes.

Parecía que Damon tenía el final de su trabajo más definido que ella.

Un mes.

Regresaría a finales de primavera, no era mala fecha.

—Yo te veo el lunes. —Ava le dio en la barbilla antes de dirigirse al aparcamiento.

Los hombres ya iban delante, se oía la voz fuerte de Dylan diciendo alguno de sus disparates.

Lis hablaba con Damon, muy bajo, casi en un susurro. Él respondió algo y ella se apartó de él.

—Encantada —le dijo a Mayte antes de alejarse hacia su coche.

El resto se despidió de ella de la misma manera escueta. Vio a Madelaine y Nía mirarla de reojo y murmurar algo entre ellas.

Mayte se metió dentro mientras Damon esperaba a que todos los coches saliesen de la verja. Subió las escaleras y se dirigió hacia su *suite*. Se quitó aquel vestido entubado y se colocó el camisón y la bata. Esa vez le toco al azul oscuro. Se asomó a la ventana, Damon no estaba solo, volvía a hablar con Lis. Entornó los ojos hacia ellos, aquella mujer se había marchado hacia el aparcamiento para coger su coche, pero había regresado, quizás no se conformaba con lo que había recibido del escritor. Quizás en el pago de su organización del evento quería algo más.

Negó con la cabeza, abrió las puertas del balcón y prefirió alejarse y sentarse en la cama. Tenía el móvil sin batería, así que lo enchufó. Se tumbó bocabajo, su postura preferida a la hora de leer mensajes, aunque las lumbares le dolieran después.

—Las pesadillas no se han ido, solo han cambiado. —Grabó a sus amigas.

Suspiró. Cada vez estaba más convencida de que la estupidez que tenía con Damon solo la llevaría a un agujero peor del que estaba.

—Venga ya, ¿el veneno de Medusa? —Vicky lanzó una pedorreta—. Como se pase cojo un avión y le meto la varita por el culo.

Mayte se mordió el labio, no dudaba de que lo haría.

—No es un veneno, es la realidad —suspiró—. Esto es otro libro que no debería acabar de leer. Los finales de estos libros nunca son buenos, ya me los conozco.

Ninguna respondía, quizás eso significaba que llevaba razón. Que su grupo confirmase sus pensamientos solo hacía que aquella sensación empeorase.

Al rato llegó un mensaje de Claudia.

—Vale, de momento tienes trabajo por terminar con Damon, ¿no? Hacemos una cosa, sigue leyendo a ver qué pasa.

—¿Qué va a pasar, Claudia? —negó con la cabeza—. Tendría que haberme ido cuando lo decidí, hubiese evitado todo esto.

—Con «todo esto» quieres decir esos empotres a todas horas. Uhhh, hubieses evitado una hecatombe, sí. Menudo martirio. —La ironía de Vicky la hizo sonreír.

—Qué bruta eres, Vicky —respondió Claudia—. Mayte habla de sentimientos.

—¿Y qué son los orgasmos?

—Son respuestas físicas.

—Un coño van a ser respuestas físicas.

—¿Ah, no? ¿Tú tienes sentimientos con «Dios»?

Negó con la cabeza, aquellas disputas solían durar varios minutos si Natalia no las cortaba desde el principio.

Qué esperaba que iba a pasarme con los consejos de estas locas.

—Chicas, ya os estáis desviando. Mayte necesita vuestra ayuda y os ponéis a decir estupideces, como siempre.

—No nos estamos desviando, Fatalé. Hablábamos de empotres y orgasmos. —Se defendió Vicky.

—No, realmente empezamos a hablar de que Mayte no se siente tan bien como debería con lo que sea que tiene con Damon —protestó Claudia.

—Sois un desastre de amigas, ¿lo sabéis? —Soltó el audio. Mientras Natalia ponía orden se acabaría el tiempo. Damon no tardaría mucho si aquella Lis no lo entretenía demasiado.

—Lo reconozco, sí —dijo Vicky—. Te hemos empujado a hacer lo que tú llamas estupideces. Si sale bien, estupendo. Si no te sientes bien, le metes fuego a la traducción y lo mandas a tomar por culo. Simple, rápido.

—No es simple ni rápido —intervino Natalia—. A Mayte le cuesta tomar decisiones. Máxime si estamos hablando de Damon. Hace muy poco, unos días antes de ir a Londres, dijo que no volvería a perder el tiempo con ningún hombre.

—Precisamente perder el tiempo, con este, no lo está haciendo. —Reía Vicky.

—Voy a eliminarte del chat —amenazó Natalia.

—No, ya me callo, ¿quién coño puso a esta de administradora? Me tiene manía.

Se hizo el silencio. Mayte se asomó de nuevo por el balcón, todos se habían marchado, Damon estaría al subir.

—Mayte no busca las relaciones furtivas que suele tener Damon —siguió Natalia—. Ella quiere una vida normal, como tienes tú, Claudia o yo.

—¿Y qué te dice que no pueda tenerla? —resopló Vicky—. ¿Que El Juntaletras es un raro? Lo es. Pero no es impedimento.

—No es él, sino ella. —Alzó las cejas al escuchar a Natalia—. El Juntaletras lleva demasiados años con esa forma de pensar y es complejo que cambie de opinión, no imposible. Sin embargo, el problema lo tiene Mayte. Nadie encuentra estabilidad con otra persona si antes no encuentra esa estabilidad consigo misma. Tú lo has vivido y Claudia y yo.

—¿Y qué queréis que haga? —suspiró, dándose la vuelta en la cama y colocándose bocarriba.

—Yo digo que sigas empotrándote al Juntaletras —dijo Vicky.

—Yo que esperes un tiempo más para decidir —rebatió Claudia.

—Y yo. —Aquella era la opinión que más le interesaba—. Que hagas lo que tengas que hacer para sentirte mejor, sin que te importen las consecuencias. Feliz a ratos… —repitió las palabras que habían tenido aquella noche—. Mermarán esos ratos y solo quedará lo malo. No hay agujero del que no puedas salir. Solo tendrás que gritar y allí estaremos.

Sonrió al escucharla. La puerta se abrió, Thomas estaba en el umbral. Le encantaba cómo la miraba cuando llevaba aquellos camisones. La había visto desnuda muchas veces, pero siempre parecía que era la primera vez y aquella sensación le encantaba.

Silencio el móvil y lo dejó a un lado de la cama. Sintió un mordisco en el lado derecho del culo y gritó.

—Bruto —protestó, apartándolo por el hombro.

Thomas rompió a carcajadas. Le dejó hueco para girarse y se tumbó sobre ella.

—¿Dónde tienes ese cacharro alternativo? —preguntó con voz maliciosa.

Mayte entornó los ojos. La creatividad de Damon era prodigiosa en todos los campos. Aquella noche tampoco habría pesadillas.

26

Las semanas habían volado y en unos días tenía la fiesta de Sir de Arthur Damon. Las visitas de Lis eran continuas en los últimos días y vio hasta a Estela algo más alterada de lo habitual.

El castillo se llenaba de monstruos por día y supuso que la noche de la fiesta sería aún peor. Volver a ser parte del decorado, mimetizarse con el castillo, discreta, invisible. Tal y cómo sabía que Thomas solía hacer con sus relaciones, Mayte estaba oculta a ojos de todos. Su madre y su hermano fueron a cenar una noche, noche que Mayte pasó en casa de los Lyon a petición del propio Thomas.

Nunca llegaron a salir de la casa, algo que, si lo meditaba bien, aun le gustaba menos cuando ella misma vio los primeros días cómo Thomas salía en coche con aquella tal Nía. Sus pesadillas aumentaban y tal y cómo le había dicho La Fatalé la felicidad a ratos había mermado. Su traducción acababa, también su estancia en el castillo, y su relación con Damon solo conseguiría sumirla más en la inseguridad y el hastío de la vida.

Natalia le había preguntado si había hablado algo de aquello con él. No de manera abierta y concreta, pero las veces que le había propuesto salir de la casa él había puesto excusas o directamente se había negado.

«No hay nada que hacer», les había dicho a sus amigas a través del chat.

«Pues mándalo a la porra», le respondían ellas.

Se encontraba en el jardín, por primera vez había bajado en camisón y descalza. Damon estaba trabajando en su despacho aunque era tarde.

—No se atreve a mandarlo a la porra. —Natalia era directa—. Teme que en cuanto lo haga él corra a por Lis.

Natalia era directa y certera. No tenía dudas de que en cuanto ella acabase aquello, fuera lo que fuese, a él le daría igual y la sustituiría por otra. Era cuestión de tiempo, solo quería no estar delante.

Anduvo hasta la princesa de las pesadillas. Habían podado todo el rosal, salvo uno de los capullos más jóvenes. Las rosas muertas serían una de las decoraciones del jardín en la fiesta. Se las habían llevado para secarlas y prepararlas para la fiesta.

—Solo quiero no estar aquí cuando eso pase. Solo serán un par de semanas más —respondió.

—A ver, Mayte, entérate. —Era de nuevo Natalia—. No hay ningún problema, llevas un mes con Damon, entraría dentro de lo normal lo que está haciendo. El problema es que ya sabemos que él suele ser así aunque pasen meses y saberlo no te beneficia. Por eso lo ves de otra manera. Yo sigo en las mismas, si algo no te hace feliz, no debes de seguir. Sea Damon o Perico. Ningún hombre es un dios, ninguno es insuperable, ¿sabes?

Miró hacia la casa, la luz del despacho seguía encendida.

—Si no ha salido el color azul, no es el tuyo, solo lograrás color mierda —le recordó Claudia.

Miró de reojo a la princesa de las pesadillas. Pensaba de verdad que se estaba librando de acabar así, pero, al contrario, su proceso se estaba acelerando. Ni las noches con Damon ni sus tardes en la biblioteca ni los paseos por el jardín lograban alejarla de ser aquella estatua.

Sonrió, mirando de nuevo la luz del despacho.

—Me hubiese encantado haber acertado con el color —les dijo. Thomas era perfecto, pero ya

sabía de antemano que no era un hombre normal.

—A lo mejor no usaste la paleta de colores entera —intervino Natalia—. Tienes colores bien escondido debajo.

Negó con la cabeza. Cogió aire.

—Pues bien, allá voy. —Dio unos pasos, decidida.

—¿Vas a echarle *cojones*? —Se asombró Claudia.

—Claro que se los va a echar, es una unicornio, ¿qué crees? —Reía Vicky.

—Mayte, piénsalo bien, que luego te nos caes al suelo —le advirtió Claudia.

—No hay nada que pensar, chicas. —Le echó una última mirada a la princesa de las pesadillas—. No quiero ser ella. No quiero. No es lo que quiero en mi vida. No.

Entró en la casa decidida. Lo pies estaban húmedos del césped y resbalaban por el mármol. Subió las escaleras, sintió que Thomas bajaba de la segunda planta y lo esperó cerca de la estatua de aquella sirena siniestra.

—Pensaba salir al jardín —le dijo, besándola en el hombro. Mayte cerró los ojos al sentirlo. Había demasiado a lo que tendría que desacostumbrarse—. Vamos.

Tiró de ella, pero no se dejó guiar y el gesto lo sobresaltó.

—¿Estás bien? —preguntó, alzando las cejas.

Mayte subió unos escalones y se puso frente a él, prefería hablarle sin demasiada diferencia de estatura.

—No quiero seguir con esto —soltó.

Thomas abrió la boca para decir algo, era evidente que no lo esperaba. La cerró sin decir palabra. Mayte cogió aire, ahora venía la explicación, lo más difícil. Él dio un paso hacia ella.

—No. —Le sujetó el hombro para que no se acercase más.

—No te confundas con las visitas de Lis, no hay nada…

—No me confunde Lis, me confundes tú. —Su mano no fue suficiente para sujetarlo. Thomas se echó sobre ella y la apretó para besarla. Le gustaban los labios de Damon, su lengua con aquella temperatura considerable. No tardó en aflojar su cuerpo y en dejarse caer en la escalera. Él le besaba el interior de los muslos.

—Para —le pidió, pero en vez de parar apartó sus bragas con un dedo y metió la lengua en su clítoris.

La sequedad se perdió de inmediato. Su cuerpo se encogió mientras Thomas rozaba su lengua por toda la abertura. Cuando se refería a que sería difícil no imaginó que le fuera a costar tanto. Cuando él hacía aquello era imposible para su cuerpo poder apartarlo.

Y él lo sabe.

Volvió a encogerse cuando sintió la lengua de Damon entrar en el orificio, salir y volver al clítoris. No había alternativas para aquello, con Thomas había disfrutado del sexo como nunca había disfrutado con todos aquellos mindundis con los que hubiese estado.

Cerró los ojos e imaginó la estatua del jardín.

No es lo que quiero.

Respiraba acelerada, Thomas no paraba, su lengua ahora se movía con rapidez.

—No. —Encogió las piernas y él quedó inmóvil con la firmeza de su voz.

Apenas podía recobrar la respiración. Juntó sus rodillas y las apartó de él.

—Te he dicho que no quiero seguir con esto, sea lo que sea. —Se levantó e hizo que él también se levantase.

—¿Por qué? —Si unos momentos antes estaba sorprendido, ahora estaba completamente

desconcertado.

—Mi traducción termina, mi estancia en el castillo también, y esto no va a ninguna parte —respondió. No estaba bien explicado, había mucho más, pero temía que él volviese a atacar de aquella manera contra la que tenía pocas defensas.

—¿Qué más da la traducción? —respondió él—. Puedes seguir en Londres. Ya buscaremos una casa, un hotel.

Pufff, mis dudas se despejan por momentos.

Entornó los ojos hacia él.

—Alargar esto —lo cortó ella—. ¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? Pensaba que estabas bien conmigo…

—Me encanta ser parte de un decorado invisible, sí —respondió sin meditarlo.

Thomas negó con la cabeza.

—No eres un decorado, no…

—¿Salgo de la casa contigo? —volvió a cortarlo—. ¿Puedo acercarme a ti cuando tenemos gente alrededor? Dime qué diferencia hay.

Thomas guiñó ambos ojos.

—¿Eso? —La miro como si estuviese diciendo una estupidez—. Qué más da. Sabes que tengo una forma de ver las cosas diferente. No es porque seas tú, siempre soy así.

Mayte sonrió con ironía.

Exacto.

—Por esa misma razón no quiero seguir con esto —respondió—. Ni siquiera hasta que me vaya. No quiero seguir perdiendo el tiempo. No pienso perderlo nunca más. Series que me aburren, libros que no me gustan… —negó con la cabeza—. Darles la oportunidad para que al final se confirme que eran una reverendísima mierda.

Thomas alzó las cejas.

—No tengo por qué ser correcta, por qué ser lo que otros quieren de mí. —Subió otro escalón —. No tengo que hacer nada que no me haga feliz, ni siquiera algo que me haga un poco infeliz. Eso es lo que me ata a esas pesadillas.

Volvía a jadear.

—No quiero acabar como tu princesa de las pesadillas y el tiempo se acaba para mí. —Lo vio intentar acercarse de nuevo, pero ella lo detuvo.

—Siento…

—No puedes sentir ser cómo eres. —Subió otro escalón para dirigirse hacia su dormitorio—. Pero no eres hombre para mí.

Se giró, dándole la espalda, y se dirigió hacia el pasillo de las rosas muertas.

—Mayte. —La llamó él y ella se giró hacia él—. ¿No se fueron las pesadillas?

Ella sonrió levemente.

—A ratos —respondió, recordando a Natalia—. La felicidad a ratos no existe.

Se giró para abrir su dormitorio. Sintió los pasos de Damon rápidos en el suelo, enseguida lo tuvo frente a ella, cerca, demasiado cerca. Le cogió la cara.

—Dime, ¿te has enamorado de mí? —le dijo, pegando su cara a la de ella, rozándole los labios.

Esto es el ego, ¿no?

Alzó las cejas, sorprendida, y se apartó de él para abrir la puerta.

—Dímelo —insistió.

Acabó de abrir la puerta con la llave y se metió dentro. Cerró, dándole con la puerta en las narices.

Resopló ya dentro de su dormitorio y sola.

—Lo hice —murmuró. Le dolía el pecho—. Lo he hecho.

Cerró los ojos y cogió aire. El corazón le palpitaba tan fuerte que podía sentirlo bajo la bata del camisón.

—Lo he hecho. —Sabía que vendrían las consecuencias—. No debo tener miedo.

Miró la cama, aquel demonio del cabecero que abrazaba el colchón con sus garras.

—Es la única forma de escapar, no debo de tener miedo.

27

Que Thomas no estuviese en el desayuno no era una sorpresa. Tenía que acostumbrarse a una nueva situación hasta que terminara el trabajo y se marchase del castillo.

No se sentía liberada, aunque se repitió toda la noche que no tendría miedo no andaba bien. Natalia estuvo hablando con ella un rato, pero ni siquiera la firmeza de La Fatalé pudo con ella.

Subió a la segunda planta para trabajar y se metió en su estudio. Supuso que Thomas estaba en el suyo. Encendió el ordenador y alguien llamó a la puerta. Ver a Estela en aquel momento hizo que la punzada en el pecho aumentase.

—Aquí te traigo los últimos capítulos —le dijo, dirigiéndose hacia la mesa—. ¿Tienes ya el traje de la fiesta? Conociéndote, intuyo que será impecable.

La miró de reojo.

—Tan correcta como siempre —añadió y pudo notar cómo las serpientes se acercaban—. Discreta, educada, todo lo que se esperaba de ti. —Se inclinó hacia ella—. Thomas me ha pedido que busque a su próximo traductor.

Lo esperaba, lo esperaba tan pronto como había sido.

—Eres todo lo que se exigía y aun así no ha sido suficiente. —Estela se irguió de inmediato —. Espero que tu estancia en el castillo de Thomas Damon haya sido de tu agrado.

Mayte sonrió levemente.

—Ha sido una experiencia más —respondió tranquila, aunque el corazón se le salía por la camisa—. Siempre se aprende.

Estela sonrió con ironía.

Sí, te merecerías una varita metida por el culo.

—Nunca se sabe lo bastante, es bueno que lo reconozcas —añadió Estela—. No era fácil, imposible diría yo.

Sabía que no se refería a la traducción. Apretó los dientes para no responder.

—Si necesitas algo, estaré con Damon ultimando los detalles del lanzamiento.

La siguió con la mirada hasta que se fue. Cuando se cerró la puerta resopló. Miro su móvil, tenía decenas de mensajes.

—Nanuk, una varita mágica y unos patines —dijo y hasta tuvo que reír—. Ni con todo eso sería suficiente. Estoy acabada, chicas.

Llovieron los emoticonos.

28

—¿La princesa pesadillas te ha mandado a paseo? —Dylan no dejaba de reír.

Thomas apretó los labios, su hermano rodeaba la mesa.

—No te he pedido que vinieses para que te rías de mí.

Dylan se sentó en un salón y se cruzó de brazos.

—Claro que me río, al fin alguien te manda a paseo. Ni tu arte seductor ni todo esto embaucador que te rodea ha sido suficiente. Una mujer —negó con la cabeza—, como cualquier otra, te ha mandado a paseo. A ti, Sir dios de las letras. —Volvió a reír—. Me encanta tu monstrua.

Thomas le daba vueltas a un bolígrafo con las manos.

—¿Y ahora qué? ¿La despides?

—No es despido, su contrato es diferente. Pensaba que siguiese trabajando para mí, pero le he pedido a Estela que busque otro traductor.

Dylan alzó las cejas.

—Así por la buenas, otro traductor.

Su hermano se inclinó en el sillón.

—¿Quieres que la siga teniendo deambulando por el castillo en camisón?

—Puedes tenerla como al resto de empleados —propuso su hermano y Thomas negó con la cabeza.

—No quiero tenerla como al resto de empleados. —Se llevó los dedos al entrecejo y lo apretó. Cogió aire—. Quiero que todo siga como estaba.

Sus palabras sobresaltaron a Dylan.

—¿Qué parte de que te ha mandado a paseo no has entendido? —Le lanzó una bola de papel.

—Me ha mandado a paseo porque no soy hombre para ella, según dice. —Dejó caer el boli en la mesa—. No le gusta mi forma de vivir las relaciones. Supongo que el ser amiga de la señora Lyon ha tenido algo que ver.

—Siiii, tu fama no es del todo correcta.

—Y Mayte no quiere perder el tiempo conmigo.

Dylan asintió.

—Y tú si quieres perder el tiempo con ella.

—Yo no estoy perdiendo el tiempo con ella. —Volvió a coger el bolígrafo—. No siento que esté perdiendo el tiempo con ella. Pero lo que ella quiere no es lo que quiero yo —negó con la cabeza.

—Sí, porque eso de que te enganche una mujer está feo, ¿no? Perderías ese halo de dios que tienes.

Ahora fue Thomas el que le lanzó una bola de papel.

—Vale, quieres seguir como está y no sabes qué hacer. —Dylan levantó las manos. Entornó los ojos hacia su hermano—. Porque la realidad es que te han enganchado y no quieres reconocerlo.

Dylan volvió a recibir otra bola de papel, esa vez con más fuerza.

—Esta tarde he invitado a merendar a Lis —dijo Damon. Dylan abrió los ojos como platos.

—¿Meter otra mujer? Eso no es buena idea.

—Es lo que pasa en las historias de esa Irina Yadav que tanto lee, ¿no? Eso siempre funciona.

Dylan se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa.

—¿Recursos de novela romántica? Estás acabado, hermano. —Rompió a carcajadas.

—¿Tienes una idea mejor? —resopló Thomas.

Dylan volvió a cruzarse de brazos.

—Decirle que te has enamorado de ella, que estar contigo no es perder el tiempo, que en el libro lo mejor está por llegar… la besas, echas un polvo épico y todos felices. Puedes presentarla oficialmente en la fiesta esta semana. Mamá estará feliz.

Thomas alzó las cejas.

—¿Feliz? Estela no deja de decirle que es una cazafortunas —replicó a su hermano. Dylan movió la mano.

—Sabes que le gusta seguirle el rollo a Estela. Lleva años temiendo que te liases con ella. Le encanta la princesa del castillo, hasta me dijo que ojalá fuera certera en su caza de fortuna.

Thomas negó con la cabeza riendo.

—También dice que es la más guapa de todas esas amigas guapas que sueles echarte. Le encantan esos ojos medio verdes medio amarillos. Es el color que le ponías a los monstruos que dibujabas de niño.

—Y ¿por qué no me dice nada de eso a mí? —Realmente aquello le divertía.

—Porque dice que eres un cagado con estas cosas. Que saldrías corriendo antes de engancharte. Y que como sigamos así los dos se morirá sin ser abuela y nos esperará en el inframundo para darnos con la alpargata.

Thomas rompió a carcajadas.

—¿Prefieres los recursos de novelas a ceder? —Dylan se levantó—. Tú mismo.

Thomas apretó los labios.

—No esperaba esto y menos tan pronto —protestó Thomas mirando hacia el ventanal.

—Cierto, no acostumbras a que las mujeres no hagan tu voluntad. —Se inclinó hacia su hermano—. Precisamente esta lo hace.

Dylan se sentó en la mesa.

—Y si ese absurdo de invitar a merendar a una amiga no funciona, ¿qué piensas hacer?

Thomas negó con la cabeza.

—No lo sé, pero no quiero que se vaya. —Apoyó el codo en la mesa.

—Métela en la mazmorra. —Le dio una colleja a Dylan.

Su hermano rompió en carcajadas.

29

Vio llegar a Lis y se metió en su habitación, prometiéndose no salir hasta que ella no se hubiese marchado. Supuso que, como otras veces, era para ultimar los detalles de la fiesta, pero era tarde y no se marchaba.

Oyó el timbre a través del balcón y se asomó. Más coches llegaban.

No puede ser.

No solo Lis, ahora también más invitados. Hasta reconoció el coche de Estela. Resopló.

Estela no dejaba de tensarla. Sabía que no era por el trabajo, sino por su fracaso con Damon. En cuanto a él, era como en aquella cena entre amigos, solo que no la asaltaba en la oscuridad. En ese momento sí que se sentía una completa estatua del castillo.

Comía y cenaba sola en el salón, un solo plato para un solo comensal que a veces ni siquiera probaba. Esperaba que en las dos semanas que le quedaban allí no se convirtiese literal en la princesa pesadillas. Las ojeras comenzaban a verse hasta a través del maquillaje.

Oyó voces en el jardín.

Mierda.

Tendría que bajar, no le quedaba más remedio. Se miró, llevaba un pantalón y una camisa blancos, no estaba del todo mal, pero no como otras veces cuando había invitados. Ni tan peinada ni maquillada como acostumbraba.

Este es el momento en el que todo me debería de resbalar y bajar con unas mallas de unicornio.

Rio de sus propios pensamientos. Ya le gustaría tenerlas allí, a las mallas y a ellas, al completo.

Sacudió la cabeza. Cogió el móvil, se lo metió en el bolsillo de atrás del pantalón y bajó a la planta baja.

Vio a Damon recibir a sus invitados y lo notó sorprendido de verla. Quizás se esperaba que no se atreviese a bajar. También lo vio mirarla de reojo. Su atuendo no era el de siempre, las ondas se habían perdido y el mechón del flequillo no caía. Había perdido el glamur, era consciente. Ya le daba igual, no pintaba nada allí, solo era tiempo hasta que acabase la traducción, nada más. Un ánima que deambulaba por la casa.

Todo debería resbalarme.

Pero mirar a Lis le repateaba la barriga. Y ver entrar a Nía y a Madelaine también. Al menos Estela no iba con su amiga, aunque la acompañaba la madre de Damon, que no sabía si era peor.

La señora la miró de abajo arriba. Los *jeans* blancos con zapatos de salón no quedaban mal, tampoco la camisa, aunque debería haberse puesto un cinturón. Notó vibrar su móvil en el culo y lo saco. Sus amigas sabían de su estado y no dejaban de escribirle.

«¿Se ha ido ya la novia cadáver? —había preguntado Vicky».

«Al contrario, cena improvisada. Y yo con estas pintas».

Llovieron los emoticonos.

«Hoy ni se te ocurra sentarte en el trono», respondió enseguida La Fatalé. «Siéntate en lo que sea menos en las rosas».

Frunció el ceño. No la entendía, pero no era mala idea.

«Lo que te dije la otra vez, siéntate en lo más parecido a una verga».

Se mordió el labio.

«Da igual donde me siente, estoy acabada y él lo sabe. No tiene más que verme».

—¿Mayte? —La llamo Estela para que dejase de prestar atención al móvil—. Mrs. Damon ha venido hoy.

Ella inclinó la cabeza con amabilidad hacia la señora. Entraron en el salón.

—No esperábamos hoy tu invitación —decía Nía mirando a Lis.

Mayte las observó, Nía no esperaba encontrar allí a Lis.

Encima voy a presenciar guerra de gatas. Vaya noche.

Y llegó hasta los sillones. Buscó las rosas, esa vez el sillón estaba junto al de Thomas Damon. Entornó los ojos.

Qué lista eres, jodida Natalia.

Cogió aire y rodeó la mesa para llegar hasta otras sillas.

Un pájaro, un dragón, una serpiente…

Pasaba el dedo por los medallones de los sillones. Mrs. Damon la observaba, se sobresaltó al encontrar tan cerca a la mujer.

—Llevo aquí mes y medio —dijo Mayte—. Y aún hay detalles que no había visto.

La mujer miró uno de los medallones.

—Me voy a sentar en la serpiente. —Contuvo la sonrisa ante la ironía de Mrs. Damon.

—Y yo en el centauro. —La escogió al azar. Un centauro con cuernos, buco raro donde los hubiese, en el jardín había uno igual hecho en setos.

La mujer miró el medallón.

—¿Por qué ese? —preguntó con curiosidad.

—Es mi horóscopo. —Se giró para mirarlo. Sí, cuernos era su horóscopo, cierto.

Y porque no hay ninguno con forma de verga, pero este fijo que la tiene más grande que el resto de monstruos.

Entre su inestabilidad y las locuras de sus amigas estaba desvariando sobremanera.

—Lilia, ¿sabes que la señorita Casanovas no sigue con nosotros? —intervino Estela.

Lilia, sin embargo, estaba más atenta a que Nía ocupase el trono de las rosas y que Lis se sentase en al otro lado de Mr. Damon.

—¿Otro cambio de traductor? —respondió la madre del autor sin prestar mucha atención. Dirigió sus ojos hacia Mayte—. ¿No entraba en tus expectativas?

Mayte se sobresaltó con la pregunta.

Ayyyyy, que esta sabe que he estampado al hijo. Me muero ahora mismo.

—Ha sido Thomas el que ha tomado la decisión. —Se apresuró a aclarar Estela. Aquello llamó la atención de Nía, Madelaine y Max, el único amigo de Damon que había acudido a la cena. Le llamó la atención que no estuviese Dylan.

—¿Sí? —Miró con sus ojos excesivamente pintados a Mayte—. Supongo que no se trabajará igual sabiendo que no seguirás con ellos.

Mayte negó con la cabeza.

—Su hijo me ha dado una gran oportunidad —respondió, extrañándole que el estómago le rugiese con el bistec—. Ahora tengo algunos editores interesados en mi trabajo.

—Y la amabilidad de alojarla en el castillo —añadió Estela.

Lilia entornó los ojos.

—No dudo de que tendrás muchos editores interesados, no podría ser de otra manera.

El bistec era grueso, pero estaba tremendamente tierno y sabroso.

—Las rosas están preparadas, han quedado preciosas. —Oyó decir a Lis.

Mayte se quedó pensativa.

—¿Ya no hay rosas en el jardín? —preguntó Lilia. Su pregunta se dirigía a Mayte, ella y su hijo eran los únicos que podían dar respuesta.

—Solo una. —Seguía pensativa, sin mirarla.

Cierto, ya no había rosas en el jardín, no había caído en el detalle. La estatua de la princesa ahora se veía aún más lúgubre y triste. Una única rosa decoraba su peana de flores, una rosa a punto de florecer. Las hojas verdes la envolvían en algo que no la hacía resaltar de los setos, haciendo que, aunque fuese la única figura humana, la única figura de piedra no dejase de ser una más.

Solo una.

—Es una suerte que el tiempo nos acompañe. —Oía la voz de Lis—. En el jardín como querías.

Miró sonriendo a Damon.

—La orquesta te va a encantar, ya les he dado la lista de música que quieres —añadió.

Lilia volvió a mirar a Mayte.

—Tengo entendido que viene la familia Lyon, es una suerte para ti —le dijo.

—Claro que es una suerte —Estela respondió por ella—. Entre tanto desconocido no te encontrarás fuera de lugar.

Acabó el bistec y en cuanto vio al primero levantarse para ir a por el postre se levantó. Se sirvió dos porciones de tarta, el cuerpo le pedía azúcar.

—Vaya, parece que tu estómago se ha acostumbrado a Londres y sus horarios. —Oyó la voz de Nía, que se servía tarta a su lado. Levantó la cabeza hacia ella—. Recuerdo el día que te conocí.

Lilia y Estela se acercaban a su derecha. Tenía a Thomas Damon y a Lis apenas a un metro de ambas.

—Sí, temí acabar como esa estatua del jardín —respondió y se hizo el silencio.

—¿Cuál? —preguntó Lis.

Mayte la miró tras otra cucharada de tarta de galletas.

—La dueña de las rosas. —Miró a Thomas tras responder.

Soy una unicornio acabada, pero unicornio al fin y al cabo.

—Cierto, es horrible. —Rio Lis.

—No es horrible —intervino Lilia—. Tiene algo que la hace diferente al resto. —Miró a su hijo—. A mí me gusta.

—Pues siento decirte que esa estatua será sustituida por otra —respondió Damon.

Y Mayte sintió piedras ásperas y pesadas en su estómago de nuevo.

—Una de setos, como el resto —logró decir, sin embargo—. Para que no resalte demasiado.

Thomas alzó las cejas al oírla. Estela rompió a risas. Lis dijo algo que no llego a oír. La representante de Damon se acercó a Mayte.

—No me digas que vas a volver a cambiar de trabajo, ¿decoradora de jardines?

Mayte soltó el plato en la mesa.

—Siempre me gustó la jardinería, pero se me suelen morir las plantas —le respondió y Estela siguió riendo.

Se fueron apartando de la mesa, Mayte se quedó retirada. Lilia tampoco se iba con el resto.

—Música, orquesta y demasiada gente. Mi hijo debe estar deseando que pase todo. Odia las reuniones numerosas. —Miró a su alrededor—. De hecho, me ha sorprendido que hoy preparase

esto.

Se inclinó hacia Mayte.

—Y odia bailar, así que no sé para qué quiere una orquesta —añadió la mujer—. Supongo que para una mujer como tú debe de ser un raro, ¿no?

Mayte se sobresaltó.

—No… —No sabía que decir—. Es un genio, todos los genios tienen sus rarezas, imagino.

Lilia asintió con la cabeza, luego le señaló al resto con la cuchara.

—Para la mayoría no son relevantes —dijo la mujer y Mayte la miró de reojo—. O es una rareza como la de esa estatua que llamáis horrible. Puede atraer de alguna manera por lo enigmático, lo rocambolesco o misterioso. —Lilia la miró con intensidad—. Pero no quieres esa figura para ti.

Alzó las cejas al oírla. Claro que aquella mujer sabía algo, quizás lo sabía todo.

—¿Cierto? —preguntó Lilia Damon.

Mayte levantó la barbilla, seguramente quería que le respondiese directamente.

Solo dos semanas, qué más da.

—Cierto y no creo que nadie lo quisiera. —Miró a las amigas de Damon.

—Te sorprendería conocer que sí. —Rio la mujer—. Thomas. —Lo llamó su madre y él acudió enseguida. Estela estaba pendiente de ellos.

Mierda.

Thomas la miró de reojo.

—¿Qué pasará con la *suite* si la estatua se va? —preguntó Lilia con curiosidad.

Él ladeo la cabeza hacia Mayte.

—Ya está estrenada, ha perdido el misterio y la curiosidad, así que pasará a ser una habitación de invitados.

—Pero cambia esa bañera. —Mayte entornó los ojos hacia Thomas y Lilia contuvo la sonrisa.

—Lo tendré en cuenta —respondió él de manera apresurada—. Además, tendré que cambiarle el nombre.

Mayte asintió.

—Puedes hacerle una foto de recuerdo, pero pronto, tras la fiesta la quitarán de ahí —añadió Thomas y Lilia se escabulló de manera silenciosa.

—Ya la hice. —Le recordó ella alzando su móvil.

Intentaba controlarse, pero el pecho comenzaba a arderle.

—Cierto, no tan correcta ni tan discreta. —Por su manera de hablar él también se alteraba por segundos. No era buena idea seguir su conversación.

—Quítala del jardín pronto —dijo Mayte apretando el móvil en su mano.

Thomas dio un paso hacia ella. Sabía que los estaban observando.

—¿Te alegra que la quite? —Su tono era extraño y eso que se contenía delante de todos.

—Logró escapar del monstruo, claro que me alegro de que la quites de ahí —añadió Mayte —. Débil, casi un cadáver y consiguió escapar.

Dio unos pasos hacia atrás para apartarse de él.

—Hasta mañana, señor Damon. —Se giró, dándole la espalda.

Se despidió del resto y salió del salón.

—Mayte. —Oyó la voz de Estela y se detuvo. La mujer la rodeó y se puso delante de ella—. ¿Tanto te ha jodido que se te acabe el contrato? Escúchame. —Levantó el dedo índice hacia ella —. Ni se te ocurra hablarle así a Thomas Arthur Damon el día de la fiesta porque me aseguraré

de que no vuelva a salirte trabajo jamás en el mundo editorial, ¿te enteras? —Entornó los ojos, estaba enrojecida.

Serpientes y pesadillas.

Se apartó de Estela.

—¿Me has escuchado? —Ni siquiera se giró para responderle—. ¡Mayte!

Subió las escaleras.

Si tuviese fuerzas os ibais a cagar tú y tu escritor favorito.

Cerró la puerta de la *suite* con un portazo.

—Chicas… —Notó el escozor en la garganta y cómo los ojos le brillaban mientras apretaba los labios, pero estos empezaron a vibrar. Soltó aire y rompió a llorar. Tuvo que parar el audio.

Chat alternativo

—Chicas, la culpa es mía, yo la metí en esto. Acabo de hablar con Mayte, está fatal, quiere salir corriendo, salir de allí. Y sola no sé lo que puedo hacer con ella. Me siento fatal, no deja de llorar hoy. Y yo que pensaba que sería una gran oportunidad para ella y lo mal que lo está pasando.

—¿Mañana es la fiesta de Sir Juntaletras?

—Sí y la he tenido que convencer para ir —resopló en el micro—. No la culpo, con la capulla de la Medusa esa, Damon que ahora está con el cabreo… Chicas, mañana puedo comerme a la Medusa y cagarme en la puñetera nación del Juntaletras. Pero sola no puedo levantar a Mayte.

—¿Sola? ¿Por qué sola? Cuenta con mi perro. —Rio Natalia.

—Y con mi varita mágica.

—¿Estáis en serio?

—¿Que si estamos en serio? Organiza una de unicornios temprano y busca la forma de colarnos por la noche en la fiesta del «Sir me cabreo porque no me tiro a la de las pesadillas». Fatalé, haz las maletas que una unicornio está llorando.

—¿Habláis de verdad?

—Las mallas, Claudia.

—Hecho.

—¿Fatalé?

—¿No me has dicho que haga las maletas? ¿Qué quieres?

—Mañana nada de mandos a distancia ni APP móviles, ¿eh? Que luego hay transferencias…

—Ya, ya.

—Pues eso. Nos vemos mañana.

30

Ni siquiera había preparado el vestido, le dijo a Claudia que le llevase uno cualquiera. Si no fuera por ella ni siquiera asistiría, pero se lo había prometido.

Ya habían salido todos, salvo Lis. Era demasiado tarde y su coche seguía allí.

Resbaló la espalda por el balcón y se sentó en el suelo. Cogió aire y lo espiró de golpe. Hacía rato que se había sincerado por completo y hasta rompió a llorar. Solo le quedaban dos semanas en el castillo y sus pesadillas se habían multiplicado. Quería que llegase el fin y por otro lado no quería marcharse de allí. El pecho le dolía a reventar.

Cerraba los ojos y quería desaparecer. No quería asistir a aquel circo de la noche siguiente donde todo el que rodeara a Damon pudiese darle un puntapié. Solo necesitaba echar a correr hasta que no pudiese respirar, gritar hasta quedarse ronca.

No podía más, se ahogaba como la estatua del jardín. Se llevó las manos a las sienes y se las apretó. Ahora entendía lo que significaba aquella figura. Dolor, angustia, ahogo y vacío del que duele.

Alguien llamó a su puerta y se sobresaltó. Se apresuró a abrir, una parte de ella albergaba que fuese Damon, aunque Natalia ya le había advertido que aquello no ocurriría por el momento.

Era un empleado, se sorprendió al ver un empleado de Damon en el pasillo.

—Ha llegado un paquete de Mrs. Lyon —dijo el hombre dándole la caja.

Supuso que sería el vestido para que se lo probase. Cogió la caja y le dio las gracias a aquel hombre que no tardó en desaparecer hacia el ascensor. Sacudió la caja, si era un vestido pesaba bien poco.

Frunció el ceño mientras clavaba la uña en el precinto. Envuelta en papel de seda había una prenda. Tuvo que sonreír al verlas.

Esa vez eran lilas, con unos unicornios enormes que ocupaban casi toda la prenda, purpurina y colores brillantes. Lo acompañaba una sudadera blanca con un bolsillo canguro. En el bolsillo había un unicornio de los colores de las mallas.

Me encanta.

Claudia encargaba modelos cada vez más llamativos de sus icónicas mallas iniciales. Tenían varias, siempre iguales, modelos a los que solían apuntarse Michelle y Mary Kate Lyon. Mallas que utilizaban para las reuniones, para las terapias, para ser ellas. Era como su traje de super héroes.

Llevaba una tarjeta. Ponía una hora, casi al amanecer. Frunció el ceño, no era un buen plan levantarse temprano el mismo día de la fiesta, aunque tampoco creyó que pudiese dormir, así que prefería un paseo con Claudia. Pensándolo bien, no había mejor plan para coger fuerzas para la noche.

31

Sonó el despertador, era de noche. Lo apagó antes de que hiciese demasiado ruido y despertase a Mr. Damon.

Como siempre, las mallas sin usar costaba subírselas como unas medias apretadas. Sentía el pecho a punto de explotar, una especie de corriente eléctrica que le producía algo vertiginoso en el pecho. Andar con deportivas después de tanto tiempo con tacones era como flotar.

Se colocó una camiseta nadadora bajo la sudadera blanca y se miró en el espejo. Cierto que aquello tenía que ser un traje de super heroína porque podía tener delante a Thomas Damon, Estela y decenas de monstruos como ella y le daba realmente igual.

Se hizo una coleta, las de los moños solían ser Claudia y Vicky, a ella y a Natalia no les quedaban bien.

Cogió aire.

—La madurez es aburrida, lo correcto. —Ladeó la cabeza, sonriendo—. Las normas, las expectativas que tengan sobre nosotras.

Se mordió el labio inferior.

—Se permite equivocarse, se permite caerse. —Se giró para mirarse por detrás. Aquellas mallas marcaban bien los jamones.

Y el chumino.

Era el único defecto, que al andar se metía demasiado entre las piernas. Entornó los ojos hacia su imagen sin maquillaje, casi sin peinar.

—Una princesa pesadillas. Y una mierda.

No necesitar aparentar, no necesitar agradar a nadie, eso sí que era una liberación.

—Ser una unicornio. —Tocó el cristal del espejo—. Eso es, ser una unicornio.

Cogió una mochila de tela que iba enganchada a la sudadera y abrió la puerta.

Se sobresaltó al ver pasar a un empleado. El pasillo estaba lleno de gente. Alzó las cejas, sorprendida.

—¿Señorita Casanovas? ¿La hemos despertado? —preguntó una mujer de servicio.

—No, en absoluto.

—Tenemos que preparar las habitaciones para esta noche —explicó la mujer.

Hostias.

Menuda juerga había montado la tal Lis, con estancia incluida.

Salió del dormitorio mientras más empleados subían y bajaban. Todas las alas del castillo estaban llenas de empleados.

Amanecía, había mucho ruido fuera. En el aparcamiento había un camión donde descargaban mesas redondas y sillas enteladas.

Guauuuu.

La verja permanecía abierta. De otro camión descargaban los jarrones con las rosas muertas.

Rosas muertas, no sirven, no huelen y se deshacen.

Hizo una mueca mientras pasaban delante de ella con una mesa alargada. Supuso que era la mesa principal, la única de una forma diferente al resto.

El coche negro familiar de los Lyon entraba. Le extrañó que lo llevara el chófer, aquella

especie de furgoneta de cristales oscuros la solía conducir Claudia. Una nueve plazas que casi llenaba su numerosa familia.

El coche giró hacia otra parte del jardín, no podía llegar hasta el aparcamiento con los camiones.

Apresuró el paso y se adentró en el césped. Qué cómodo era oírlo crujir bajo las deportivas, sin mojarse, sin hundirse. Puro placer. Atravesó el umbral del primer arco del monstruo del lago Ness y llegó al centro, donde el bicho marino tenía la cabeza.

Entornó los ojos, los setos se movían.

—¿Nanuk? —Alzó las cejas, el perro enseguida movió las orejas. Pero siguió oliendo la cabeza de setos de la serpiente.

No puede ser verdad.

Le brillaron los ojos, los nervios y el vértigo que tenía en el estómago aquella mañana eran el presagio de algo extraño. Lo sintió desde que se colocó las mallas.

Nanuk levantó la pata y un chorro salió como una fuente, dirigido hacia el monstruo del lago Ness.

¡Sí!

Contuvo la sonrisa. No tenía dudas de que había unicornios cerca, el ambiente cambió de inmediato. El simple gesto de Nanuk, solo hecho si su ama lo permitía, tenía gran significado.

Eso es.

Atravesó otro arco de setos mientras algunos empleados colocaban las mesas. No tenía el olfato de Nanuk, pero podría oler la presencia de sus amigas.

El césped crujía de una manera continua, bajó la vista. Una esfera de cristal rodaba y sus ojos brillaron con más intensidad.

Ahora sí que es un castillo encantado.

Levantó los ojos y allí estaban las tres, junto al rosal vacío de la princesa de las pesadillas, vestidas con la misma ropa que ella. Y los monstruos que se estrujaban en su pecho y en su cabeza salieron huyendo de repente. Era ese el efecto que hacía la presencia de los unicornios en todas las historias, ahuyentar a los malos bichos y a la oscuridad. El pecho se le llenó de aire, un aire que olía a rosas vivas de colores llamativos.

Claudia reía mientras se apoyaba en una de sus piernas. La Fatalé había alargado la mano y Nanuk acudía a ella. Vicky hizo regresar su esfera, esta se alzó y la atrapó al vuelo. Parecían un espejismo en medio de aquel jardín tan familiar. La humedad en sus ojos aumentó y el escozor de su garganta también.

—No me lo puedo creer. —Abrió los brazos y apretó con fuerza los labios para no romper a llorar.

Todas se tiraron sobre ella, tuvo que dar un paso atrás para no caer.

—Ya estamos aquí. —Oyó decir a Vicky y ya no pudo aguantar las lágrimas.

—Todo va a ir bien. —La voz tranquila de Natalia diciendo las palabras precisas, pero que esa vez no pudieron detener el llanto, sino aumentarlo.

—Poder unicornio. —Claudia le agarró la cara—. Terapia de las buenas. —Hizo una mueca —. Aunque no tenemos mucho tiempo, precisamente.

Vicky la acompañó en la mueca. Luego miró hacia el castillo.

—Qué ganas tenía de meter las narices aquí —sonrió, apretando los dientes, y Claudia rompió a carcajadas.

—Luego, ahora vamos con el tiempo justo.

—Luego, ¿qué? ¿Tiempo justo? —La llevaban hacia el coche, tirando de los brazos.

—¿Te crees que venimos de polizones? —Vicky le movió la coleta—. Somos invitadas de Sir Juntaletras.

—¿Qué? —Le tiraban los párpados de tanto como abrió los ojos.

—Eso es cosa de Claudia. —Vicky se abrochó.

Le encantaba el coche enorme de Claudia, los asientos de atrás podían moverse. Los habían colocado dos de lado y frente a los otros dos. Claudia pulsó un botón y un cristal que separaba la parte de atrás con la delantera del coche comenzó a subir.

—No se va a enterar de nada y no habla una mierda, así que mejor no le damos dolor de cabeza —explicó mientras el cristal subía. Vicky rompió a carcajadas.

—¿Empezamos? —La rubia la señaló con el dedo.

Mayte acababa de limpiarse las lágrimas, no esperaba que pronto comenzara el miedo. Por encima de todo les temía, les temía a morir.

—No hemos venido solo a la juerga de esta noche —comenzó Vicky y guiñó ambos ojos—. El champán mola, pero, no, no hemos venido por eso.

—Venimos a hacer terapia contigo —continuó Natalia—. Lo necesitabas de manera desesperada.

—Anoche llamé a Thomas Damon, le dije que teníamos que hacer algo importante, que no podíamos aplazarlo, que estas dos tienen un trabajo complejo y bueno… tú estabas en Londres. Me dijo que sí, pero que deberíamos estar a la hora de la fiesta. Entonces le dije que seguramente Christopher y yo no podríamos ir a la fiesta porque teníamos que atender a la familia y tal, y… —Chascó los dedos—. Tu Juntaletras tuvo la genialidad de invitarlos a la fiesta.

Vicky negaba con la cabeza riendo. Le daba a unos botones cerca de los asientos. Comenzaba a sonar *Thunder,* de Imagine Dragons. El Hada Madrina empezó a mover los hombros al ritmo de la música mientras levantaba las manos.

—La mala noticia es que la terapia va a tener que ser a ritmo rápido porque hay que volver, cambiarse y todo eso —continuó Claudia levantando la voz para que se la escuchase con la música—. Los niños están con las niñeras, a los maridos les hemos dejado las maletas preparadas para ir al castillo, así que tenemos unas horas por delante, supongo que hasta principio de la tarde. Algunas tardáis la leche en arreglaros.

—La mala noticia es que estamos en ayunas y no podemos empezar como la ocasión merece. —Vicky levantó una botella de Vodka. Sacudió la cabeza e hizo una mueca.

—Baja la música, por dios —le dijo Natalia—. No me gusta hablar gritando.

Nanuk iba en el maletero, en su porta de siempre. Natalia lo señaló.

—Hemos empezado bien.

Mayte no pudo evitar reír al recordar la imagen del perro levantando la pata en el monstruo del lago Ness y se tapó la cara con la mano.

—Ha sido todo muy apresurado, lo decidimos ayer —decía Claudia—. Da gracias de que tienes a una amiga especialista en la improvisación.

Mayte miró las mallas.

—¿Cómo se improvisa eso?

—Improvisándolo unas semanas antes, las tenía guardadas para un caso como este. —Levantó el dedo índice—. Ha sido más difícil organizar la terapia.

Vicky hizo levitar la esfera, le encantaban aquellos cacharros, su interior brillaba con una luz lila brillante.

—Yo tuve que hacer magia para traernos a mí de Roma y a esta de Madrid. No hemos dormido nada. Pero aquí estamos.

—Aquí estamos. —Natalia, que estaba frente a ella, le cogió la mano y la puso en el centro de las cuatro.

Mayte notó que su unicornio basculaba. Cada una llevaba el suyo, como siempre.

—¿A quién hay que meterle la varita por el culo? —preguntó Vicky y todas rompieron a carcajadas.

32

Thomas se levantó temprano. Los empleados hacían demasiado ruido. Lis se había tomado demasiadas molestias en organizar aquello. No hacía falta tanta parafernalia. Miró la hora, los empleados llegarían a medido día para instalarse.

Aquello estaba abarrotado de gente, la verja abierta le daba una sensación extraña. Abriría su casa a los invitados como nunca lo había hecho, dejándolos entrar, indagar e incluso dormir.

Le dolía el pecho, si ya de por sí no le gustaba aquello, lo de Mayte agravaba su estado. La reacción que tuvo la noche anterior. En el fondo sabía que merecía que ella le hablase así. Dylan se lo había advertido, aquello de eliminar a la princesa pesadillas, terminar su relación laboral con ella y la visita demasiado larga de Lis no eran más que berreos de niño poco acostumbrado a no conseguir lo que quería.

Resopló. No sabía lo que pensaba Mayte de Lis, pero esta confundió su exceso de atención con otra cosa y no sabía si también se había enfadado por rechazarla de manera completamente explícita la noche anterior.

Mayte no estaba. Claudia dijo que la recogería temprano, pero le prometió estar para la comida. En cuanto a esas otras dos desconocidas estaba deseando conocerlas. Había una oportunidad única, justo en el momento que necesitaba. Mayte estaría de mejor humor, supuso, con aquellas mujeres cerca que le arrancaban carcajadas.

Miró su jardín, estaban montando las mesas y sillas. No reconocía su propio castillo.

33

Habían bajado del coche de Claudia y se habían montado en un cuatro por cuatro con un guía. Luego, después de bajarse, tuvieron que andar más de una hora por una montaña.

—Claudia —decía Natalia jadeando—. ¿Qué parte de poco tiempo no entendiste? Nos ha traído a tomar por culo de Londres.

Nanuk corría delante de ellas.

—No había otro sitio para esto. —Se defendió Claudia buscando en su mochila—. Vicky, ¿has dejado el agua en el coche?

—Noooo.

—¿Quién la lleva entonces? —preguntó, pero el Hada Madrina dio un grito.

—Que guapada. —Se asomó al precipicio.

Mayte iba la última. No estaba tan acostumbrada al deporte como el resto. Natalia por su trabajo, Vicky por su afición a deportes extremos y Claudia por los patines.

Se asomó al precipicio y sintió el vértigo en el estómago. A unos cien metros terminaba la ladera y comenzaba un vacío de al menos doscientos kilómetros más sobre un lago.

—Precioso, ¿verdad? —dijo Claudia orgullosa.

Mayte oyó un crujido. Un grupo de jóvenes llegaba con unos petates.

—¿Qué se supone que vamos a hacer aquí? —preguntó Mayte retirándose del precipicio.

Vicky se acercó a ella alzando el dedo.

—Levantarte los pies del suelo —sonrió.

Pues sí que están locas.

—Como una cabra —murmuró.

—No te quejes. —Vicky cogió un arnés que uno de los jóvenes había sacado de los petates—. Es la locura lo que nos hace lo que somos. Mete las piernas.

34

Tener que esperar en la puerta, como un imbécil, para recibir a los invitados era lo peor del día, no le cabía duda. Estaban siendo demasiado impuntuales, era demasiado temprano y eso significaba tener que aguantar aquello más tiempo, justo era la hora en la empezarían a llegar y ya había más de medio centenar de personas dentro. Quedaba claro que todos estaban deseosos por curiosear el castillo. Ese día las fotos estaban permitidas y no dejaba de ver móviles por todas partes.

Levantó los ojos y vio al fin una cara que le agradaba encontrar.

—Mr. Lyon. —Dirigió su mano hacia él.

Christopher le estrechó la mano y le apretó el hombro con la otra. Thomas recorrió con la mirada enseguida, albergaba la esperanza de que Mayte estuviese con Claudia Lyon. Pero él solo iba acompañado por hombres.

—Ellos son Eric y Andrea. —Les presentó enseguida. Thomas les dio la mano a cada uno.

—Bienvenidos. —Pero las mujeres seguían sin aparecer.

No se atrevía a preguntar y Christopher no le decía nada sobre su mujer.

—Os he alojado en habitaciones cercanas —les señaló a un empleado que estaba con una carpeta y un subrayador—. Primera planta, pasillo de las rosas muertas.

Decir aquello amplió su ansiedad porque Mayte llegase.

—Claudia ha estado aquí esta mañana. —Como Lyon no sacaba el tema, no tuvo más remedio que hacerlo él—. No la he visto, se fueron temprano.

Christopher alzó levemente las cejas y miró de reojo a uno de sus acompañantes.

—No tardaran en llegar —respondió Lyon—. Tenían algo que hacer.

—Sí, ya me explicó, algo que no podían aplazar. —Y la curiosidad por saber qué era podía con él—. Dejad las cosas en el dormitorio y le enseñas la casa a tus amigos.

Christopher alzó una funda de traje.

—Esto es de Mayte —dijo.

Damon cogió la percha y se la dio a uno de los empleados.

—Llévalo a la *suite* —pidió. Vio cómo los acompañantes de Lyon se miraban tras oírlo. Se giró hacia ellos—. Espero que os guste la casa. Una de las mejores obras de este genio.

Lyon rio y Damon le dio una palmada en el hombro.

—Os veo dentro.

—Gracias por la invitación —dijeron los tres y entraron.

Los observó entrar. Desconocía cómo serían las amigas de Mayte, solo tenía la referencia distorsionada que le había perfilado Estela. Ellos parecían bastante normales. La realidad era que Mayte aún no había llegado.

35

—Puedes mirar abajo, Mayte —le decía Claudia riendo.

Las habían atado a los arneses. Lo chicos de la empresa habían quedado arriba sujetando las cuerdas con una maquinaria. Sabía que aquellas cuerdas eran seguras, pero aun así le temblaban las piernas si miraba hacia abajo.

—Tengo vértigo —respondió.

Iba entre Vicky y Claudia. Natalia estaba al otro lado de Vicky. El Hada Madrina caminaba por la pared de piedra hacia abajo con demasiada naturalidad. En cambio, ella apenas podía mantener los pies pegados a la piedra, su cuerpo basculaba hacia atrás y se ponía nerviosa.

—Pues la pared se acaba más abajo —le advirtió Natalia.

Resopló.

—Lo haces mal —le decía Vicky colocándose a su lado—. Tienes que ponerte más horizontal, como si caminases hacia atrás.

—Vicky, estamos en un precipicio, la pared es vertical.

—En eso consiste el descenso. —Se oyó algo y ambas se giraron para mirar—. Van a grabarnos en dron. El vídeo va a quedar que te cagas cuando le ponga música.

Natalia dio un salto de rana y cayó unos metros más abajo.

—Eso no lo hace Mayte ya la maten. —Reía Claudia.

—Suelta cuerda —le decía Vicky.

—La madre que os parió. Os digo que tengo vértigo y me traes a hacer descenso, puénting, paracaídas y todas las burradas que se os ocurren.

—Deja de quejarte, echa la espalda hacia atrás. Cuanto más bascules más te pegaras a la pared.

Mayte alzó las cejas.

—Vamos. —Tiró de ella.

Hacerle caso a Vicky a quinientos metros del suelo no era algo que le diese mucha confianza. Pero supuso que la empresa era buena y que las cuerdas estaban homologadas. Basculó el cuerpo y apoyó al completo los pies en el suelo.

Vicky llevaba razón, podía caminar hacia atrás y la cuerda cedía a buen ritmo.

—Prueba a saltar —le decía Natalia.

—De eso nada.

—Entonces llegaremos tarde y Damon cogerá un cabreo de narices —respondió La Fatalé.

Mayte la miró entornando los ojos. Pensar en Damon en aquel precipicio hacía que el vértigo, las pulsaciones y toda esa adrenalina que conllevaba estar en una situación extraordinaria fuera levemente placentera.

—¡Salta, *joder*! —gritó La Fatalé.

Inclinó las piernas como veía hacer a Natalia para coger impulso. A modo de rana se empujó en un salto que la separó un par de metros del suelo. Pudo ver el precipicio al completo bajo sus pies.

—A por la Medusaaaaaa. —Oyó gritar a Vicky y resonaron las carcajadas.

La madre que la parió.

Basculó el cuerpo, poniéndose recta. Si Vicky no la llega a sujetar se habría quedado pegada a la pared como una salamandra.

—Os mato —protestó.

—Acabamos de llegar, todavía no. —Reía Claudia.

La pared de piedra se acababa y llegaba el vacío.

—Ahora viene lo mejor. —Vicky descendió la primera y siguió soltando cuerda mientras su cuerpo quedaba colgando tan solo de la cuerda—. Buaaaaaaa, qué chulada.

—Me encanta. —Natalia miraba por el filo de la pared de piedra.

Mayte fue la última en llegar. La pared se acababa en una hondonada natural, no podrían descender bocabajo, así que quedaría colgando y eso le era tremendamente difícil.

—Baja más. —Ya todas estaban colgando. Natalia se balanceaba.

—Esto es una pasada, chicas —decía Natalia basculando su cuerpo para ponerse bocabajo—. Puffff, placer supremo.

Vio a Natalia abrir las piernas y soltarse de las cuerdas abriéndose de brazos.

—Te has lucido, Claudia —dijo Natalia—. Qué pasadaaaaaaa.

Claudia la imitó. Vicky giró y hasta se balanceaba. Mayte seguía con los pies en la piedra, sin atreverse a bajar.

—Mayte, vamos.

—Ni loca.

—Mayteeeeee. —Vicky se volvió a balancear—. Venga.

Claudia volvió a ponerse derecha y tiró de sus mallas.

—Claudia, me vas a sacar el culo —protestó.

—Que bajes de una vez.

—Desde aquí veo bien, no quiero bajar.

Vicky se enganchó a su pierna.

—Eres la tierra. La unicornio con los pies en el suelo —le dijo, quedando colgando de ella.

—Vicky, Vicky, Vicky. —Parecía una metralleta, llamándola—. Nos vamos a caer.

—¿Sabes la de kilos que aguanta esto? —Escalaba por su pierna.

Su cuerpo bajaba sin remedio. Apretó los párpados mientras notaba cómo sus pies dejaban de pisar el suelo vertical. Dejó de sentir el peso de Vicky, quedó sola, colgando, balanceándose levemente en el aire y aferrada a la cuerda.

—Acabas de dejar de tener los pies en la tierra —le dijo Claudia—. No era tan difícil, ¿verdad?

—Ahora cuéntanos qué te preocupa. —Reía Vicky—. ¿Una Medusa? ¿El Juntaletras? ¿Que vuelves a estar sin trabajo? Abre los ojos y mira esto.

—Princesa de las pesadillas —dijo Natalia—. Consumida, ahogada…

Abrió los ojos despacio. Veía sus pies basculando en el aire, la sensación de ligereza fue inmediata en todo su cuerpo. Había metros y metros antes de llegar al suelo. Los árboles del fondo parecían arbustos pequeños bajo sus pies.

—Hasta aquí no pueden perseguirte los monstruos. —Claudia se balanceó para acercarse a ella—. Ni esa estúpida de Estela. Ni siquiera Thomas Damon. —Claudia cerró los ojos—. Solo nosotras.

Respiró por la nariz y el aire entró limpio en sus pulmones, aunque su cuerpo seguía ligeramente entumecido con aquella sensación extrema de ligereza.

—No íbamos a dejarte sola con tus pesadillas. —Vicky se agarró con una mano a su cuerda

para balancearse—. Ni podíamos dejar que te consumieses.

Natalia basculaba su cuerpo tumbándose en el aire.

—Te lo he dicho todo el tiempo. Tú —sonreía—, primero tú —negó con la cabeza—. No pasa nada por levantar los pies del suelo de vez en cuando.

Vicky le cogió la barbilla.

—Respira y baja los ojos. —Acarició su cara—. Y dime qué puede haber en este mundo que consiga ahogarte.

Se respiraba realmente bien allí, en medio de la nada, entre pájaros y el sonido de fondo de aquel dron que a veces se acercaba a ellas.

Miró sus pies, basculaban levemente en el aire, se acostumbraba al vaivén de la cuerda. Vicky le cogió su mano, que se aferraba fuerte a la cuerda.

—No vamos a dejar que te caigas jamás. —Soltó la cuerda, solo quedó con una mano.

Claudia se acercó por el otro lado.

—Todo lo que te crea malestar está ahí abajo, con las cuerdas. —Reía Claudia mirando abajo.

—Y ese dios de las letras… —Vicky negaba con la cabeza.

—Se equivocó desde el primer momento —intervino Natalia poniéndose de nuevo bocabajo —. No eres una princesa pesadillas. No necesitas que nadie te salve de los demonios ni de los monstruos ni de venenos de serpientes ni de gatas en celo —la señaló con el dedo—. En nuestros cuentos nosotras nos salvamos solas. Los príncipes solo venían de regalo. —Les guiñó un ojo.

Claudia le cogió la otra mano, su cuerpo basculó algo más al estar suelta y agarrada a las otras dos. Cerró los ojos al respirar. Sonaba bien eso de salvarse sola, liberarse de todo lo que la oprimía dentro. Miraba los árboles a sus pies y hasta Thomas Damon no pareció suficientemente alto para llegar hasta ella y producirle aquel malestar. Tenía que liberarse de todo lo malo que cargaba, como le decían ellas, liberarse sola.

Notó cómo le apretaban las manos.

—¿Vamos? —preguntó Vicky. Mayte la miró, hizo una leve mueca y luego asintió—. «No te me caigas, no. Cógeme fuerte y seguiré… contigo» —Vicky cantaba la canción de Vanesa Martín que tanto le gustaba.

Se dejó llevar por Vicky y Claudia y notó cómo todo su cuerpo giraba hasta colocarla bocabajo.

—«Yo soy del mar, soy del sol, soy de la tierra que nace del alma y envuelve tu voz» —seguía cantando Claudia mientras Mayte podía ver aquel paisaje cabeza abajo. Y el aire le dio en la cara, que comenzaba a arderle.

—«Soy de ti, soy sin más, ese grito que viaja en el aire y te hace volar» —seguía Natalia. Mayte estiró las piernas, sus pies rozaban los de sus amigas, que no la soltaban las manos. Vio que Vicky a su lado también agarraba a Natalia.

—«Ese grito de amor, ese grito de paz, el que entiende la vidaaaaa» —seguían todas mientras se balancearon.

—Grita, Mayte —la animó Vicky—. Tan fuerte como puedas.

Ver aquel abismo cabeza abajo le producía un leve mareo placentero, un cosquilleo en el estómago al nivel del que le hacía sentir Thomas Damon. La presión de su pecho desapareció por completo, solo quedaba ligereza, aire que llenaba sus pulmones. Nada parecía tener suficiente importancia.

Gritó, gritó fuerte y su grito retumbó en el hueco de la ladera, haciéndose intenso. Gritó una segunda vez, no le importaba quedarse ronca. La presión, la ansiedad, el ahogo y todo eso que

guardaba salía con su voz. Gritó hasta quedarse sin aire, hasta que sintió pinchazos en su garganta. Su rostro se enrojecía por la postura, relajó todo su cuerpo y la ligereza aumentó. Claro que era placentero, de lo mejor que había sentido en la vida.

El dron las rodeaba, realmente como decía Vicky, el vídeo sería una pasada.

—Chicas. —Claudia miraba hacia abajo, ya se soltaban—. ¿Quién quiere ser normal?

—De eso nada. —Reía Vicky balanceándose en el aire—. Mola ser diferente.

Se oyó un móvil.

—La leche, ¿quién se ha traído el móvil?

Claudia levantó la mano.

—¿Qué coño haces con el móvil aquí abajo? —la reprendió Natalia.

Claudia se levantó la sudadera, en una banda llevaba el aparato, bocabajo lo miró.

—Es Christopher. —Descolgó y puso el altavoz—. Dime, estás en altavoz, te oyen todas.

—Mejor, ¿dónde estáis?

Claudia levantó la cabeza para mirar la profundidad del vacío.

—Pufff, pues bocabajo a unos quinientos metros sobre el suelo.

—¿Dónde? —Se oyó decir a Lyon y Vicky rompió en carcajadas.

—Te dije que Mayte necesitaba terapia de la buena.

—¿Y por qué no haces cosas normales como todo el mundo? —Claudia hizo una mueca—. Tomar café, cine, comer chocolate.

—Bah, bah, bah. Porque dejaríamos de ser nosotras y es tremendamente aburrido ser como el resto.

—Al menos estaríais ya aquí.

—¿Dónde es aquí?

—En el castillo encantado, como lo llamas. En una hora es la recepción, pero creo que ya no llegáis ni al almuerzo. Y ya no sé qué decirle a Mr. Damon.

—¿Un qué? ¿Pero no era esta noche?

—Esta noche es la cena.

—¿Y por qué no me dijiste que empezaba ahora?

—Pensaba que Mayte te lo había dicho.

Mayte tenía las cejas tan arqueadas que parecía que se le saldrían de la cabeza hacia el abismo.

—Mayte no tiene ni idea, si casi no se habla con el Sir Damon.

—¿A que se le cae el móvil a tomar por culo? —decía Natalia mirándola de reojo.

—Dos extras de Vodka si se le cae —respondió Vicky.

—Voto en contra. —Se apresuró a decir Mayte.

—Hecho —dijeron a la vez Natalia y Vicky.

—Bueno, recogemos y llegamos. —Claudia hizo una mueca—. Vaya mierda de terapia, no nos han dejado ni tiempo.

Se despidió de Christopher y colgó.

Mayte se había tapado la cara con la mano.

—Fiesta, me dijeron fiesta —decía.

—A mí no me mires que yo acabo de llegar. —Se defendía Vicky.

Mayte negó con la cabeza.

—Pues mejor, más se jode el Juntaletras y la Medusa tiene excusa para ponernos verdes. —Natalia se puso derecha—. A tomar por culo todos. Vamos subiendo que tenemos que dejar a

Nanuk en casa de Claudia.

36

Ya acababa la recepción y ellas no llegaban. Christopher ya no sabía qué decirle a Damon las dos veces que le había preguntado. Georgina Lyon también había llegado hacía rato, pero estaba ayudando al dueño del castillo haciendo un tour con los invitados por las distintas zonas de la casa.

—Vamos a tener que coger asiento ya —dijo Andrea a Christopher.

Christopher levantó los ojos. Thomas iba de nuevo, hacíaa rato le había dicho que les había reservado un sitio en la mesa principal. No quería imaginar los cuatro huecos en la mesa.

Los móviles sonaron, los tres a la vez. Andrea fue el primero en sacarlo, era un vídeo de Vicky. Lo activó. Entornó los ojos para intentar ver la forma. Se oía la música de Martin Garrix, Vicky ya lo había editado. Las cuatro, vestidas iguales, colgadas bocabajo de un precipicio. Por lo que se podía apreciar, de altura considerable, suspendidas en medio de la nada y cogidas de la mano con las piernas estiradas.

Andrea tenía el móvil colocado para que pudiesen verlo Eric y Christopher.

—¿No han llegado todavía? —Thomas había llegado hasta ellos. Lyon alzo las cejas.

Andrea miró a Christopher enseguida y este le hizo un gesto con la cara. Thomas estaba contrariado y Lyon le hizo un gesto para que mirase la pantalla del móvil.

Thomas Damon alzó las cejas al ver el vídeo, que volvía a repetirse en bucle con aquella música electrónica.

—Retrasaré la mesa algo más. —Casi no daba crédito a lo que estaba viendo—. Creo que tenemos algo de margen.

Andrea le dio unas palmadas en el hombro.

—No intentes buscar explicación a nada con ellas —le dijo.

Thomas miró a su arquitecto.

—Dicen que llegarán para la comida —le dijo Christopher—. Dicen —recalcó y Thomas asintió apretando la mandíbula.

Eric cogió aire y lo contuvo. A Thomas le quedó claro que ellos estaban acostumbrados a situaciones similares y no sabían qué decirle.

—Lo retrasaré lo que pueda —les dijo antes de marcharse.

Lo siguieron con la mirada mientras se alejaba.

—Es neófito todavía —dijo Eric y Christopher contuvo la sonrisa—. ¿Cómo se te ocurre meterlas en una de estas?

Lyon lo miró resignado.

—Porque era la única algo diferente, tenía los pies en el suelo —respondió.

Andrea miró de nuevo el vídeo.

—Ya lo vemos, sí —respondió con tono irónico.

Eric negó con la cabeza.

37

Vicky se quitó el cinturón del asiento del coche.

—No nos han dejado una *mierda* de tiempo, *joder*. —Sacaba el Vodka y unos vasos pequeños de chupito.

Puso los dedos en los botones de la música.

—¿Pasamos directas a la última parte de la terapia?

—Nos la saltamos —dijo Claudia.

—Ni hablar, es necesaria —advirtió el Hada Madrina llenando el primer vaso de chupito.

Comenzó a sonar fuerte música electrónica.

—¿Por qué coño te gusta la música tan fuerte? —protestó Natalia.

—Venga ya, esta te mola.

Comenzaron los estrambóticos sonidos de *Firestarter*, de Prodigy.

—Qué antiguo, por Dios.

—Mi padre siempre llamaba a la policía cuando el vecino la ponía a toda voz. A mediados de los noventa yo era una niña y me moría por saltarme la tapia y colarme en la juerga. Era la casa de un jugador de futbol, formaban cada fiesta… Me apañé una escalera para espiar. —Su expresión hacía deducir las cosas que llegó a ver.

La rubia comenzó a mover la cabeza de un lado a otro.

—Mayte. —La llamó sin dejar de hacer aquellos movimientos, daba mareo de verla—. Repite conmigo. Mi nombre es María Teresa Casanovas y soy traductora.

Mayte obedeció y Vicky le dio el chupito a medio llenar para que lo tomase de un trago.

—¡Bien! —La música seguía sonando—. Mi nombre es Mayte Casanovas y vine a Londres a traducir a uno de los escritores más famosos del mundo.

Repitió como un loro mientras Vicky subía la música aún más. Segundo chupito que le quemó la garganta. Tuvo que sacudir la cabeza.

—Mi nombre es Mayte Casanovas y vine queriendo ser perfecta —Mayte repitió, pero Vicky sonrió con malicia sin darle el siguiente vaso—. Mi nombre es Mayte Casanovas y acabé desnuda en el pasillo del castillo encantado.

Resopló, repetir aquello costaba más. Tercer chupito.

—Soy Mayte Casanovas y me tiré a cierto Juntaletras.

Volvió a resoplar. Ya iban cuatro veces y su correspondiente quemazón de garganta.

—Mi nombre es Mayte Casanovas. No fui correcta.

Quinto chupito. Daba gracias de que Vicky pusiera poca cantidad.

—No, no lo fui. —Esta vez Mayte no repitió la frase.

Vicky llenó el resto de vasos y los repartió.

—Mi nombre es Mayte Casanovas, follé con Thomas Damon, Sir Thomas Arthur Damon, mi jefe. —Entornaba sus ojos hacia Mayte—. Y su editora no me lo perdona.

Quiso taparse la cara con la mano, pero Claudia la detuvo negando con la cabeza. Natalia le cogió la barbilla para que levantara la cabeza. La acompañaron todas al beber mientras Mayte repetía las frases.

—Mi nombre es Mayte Casanovas y hago lo que quiero sin importarme lo que piensen los

demás. Me da igual que me miren, que murmuren, que inventen sobre mí —seguía Vicky.

Volvieron a acompañarla en la bebida. Mayte levantó las manos. Esa vez la frase la diría ella sola.

—Mi nombre es Mayte Casanovas y que le den a los que esperen algo de mí. Brindaron y algo de Vodka se derramó en una de las curvas.

—Que se vayan a la mierda todos. —Se bebió el Vodka y ya ni le quemaba.

—Chicas, el penúltimo, no podemos pasarnos que tenemos tarea ahí fuera. —Vicky llenaba de nuevo los vasos. Natalia detuvo la música.

—Ahora viene la nuestra. —Les guiñó un ojo.

Natalia se dio dos golpes en el pecho cuando comenzó a sonar *This is me*, de Keala Settle. Mayte no pudo evitar sonreír, aquella canción parecía estar hecha exactamente para ellas.

Brindaron al grito de «This is me».

—Unicornio forever —dijeron al unísono antes de beber.

Hasta Natalia sacudió la cabeza, esa vez iba lleno. Vicky sacó el espray milagroso que quitaba por completo el aliento a todo lo desagradable que se pudiese beber. Se lo fueron pasando de unas a otras.

El coche frenó en seco, llegaban.

—Chicas, llegamos. —La Fatalé se giró para asomarse por el cristal—. *Hostias*, esto está lleno de gente.

Vicky comenzó a reír.

—Está lleno de gentuza de la alta sociedad, me encanta. —Se puso de rodillas en el asiento.

—Hay que atravesar el jardín con estas pintas para llegar a la casa. —Claudia casi no podía hablar aguantando la risa—. Vicky, tú primera.

—Te juro que esto no estaba previsto. —Natalia reía con la mano en la frente, luego hizo una mueca—. Sí que Nanuk se meara en el seto más grande del jardín. —Ladeó la cabeza, riendo. Luego las señaló—. Así que o le echamos morro o nos esperamos aquí a que nos suba más el Vodka.

Claudia se limpiaba las lágrimas, solía pasarle cuando contenía las carcajadas.

—Abre ya, anda. —Vicky apartó a Natalia y puso la mano en la puerta para deslizarla.

Se giró para mirarlas y sonrió.

—Somos lo que somos, no hay más. —Rio mientras deslizaba la puerta corredera—. «No tengo miedo a que me vean». —Reía, traduciendo la letra de la canción—. «Tengo marcas, no me disculpo. Soy lo que debo de ser». —Les guiñó un ojo—. «This is me».

Claudia se puso en pie y apoyó la mano en el hombro de Vicky para bajar de un salto.

—Allá voy —dijo al saltar.

La siguió Natalia.

—Aquí estamos. —Encogió los hombros, riendo—. Una más de tantas que se nos forman.

Luego bajó Vicky.

—No tenemos remedio. —También saltó, cayendo tras La Fatalé.

Y, por último, Mayte quedando entre ellas.

—Aunque pasen los años —resopló.

Después de la música tan alta del coche el murmullo de la gente y la elegante música de violines hacía un efecto raro en sus oídos.

Claudia entornó los ojos hacia los invitados, algunos ya se habían dado cuenta de su llegada, cuatro muchachas vestidas iguales y con un atuendo algo inapropiado para la ocasión no dejaba

de ser algo a observar, tan interesante como la peculiar casa de Thomas Damon.

Era de día, Mayte supuso que la ropa de gala sería para la noche, pero,aun así, absolutamente nadie, salvo ellas cuatro, llevaba deportivas. Lo de las mallas era ya otro nivel.

—Discreción. —Mayte las adelantó y se colocó delante de las cuatro—. Era una de las exigencias de Damon. —Ladeó la cabeza—. Ya veis que no la he cumplido—. Negó con la cabeza, riendo. Cada vez más invitados las miraban y si tenían que atravesar aquella multitud para entrar en la casa, nadie las pasaría por alto—. He estado bien lejos de las expectativas.

Vicky le puso la mano en el hombro.

—A quinientos metros del suelo —le dijo, apretándola.

Allí estaba Lis con más invitados. No muy lejos estaba Estela, acompañada de Ava, charlando con otra gente que no conocía. Sintió el olor indiscutible de La Fatalé al otro lado y aquello la transportó a otro lugar, al suyo. Un contraste absoluto con el miedo de Mr. Damon que tenía delante. Claudia estaba algo más retirada haciendo una foto del castillo.

Al fin la vio Estela, fue Ava quién la avisó de que estaban allí. La vio alzar las cejas y emblanquecer de una manera extraña. Y Mayte volvió a sentir la ligereza en el cuerpo de estar columpiándose a quinientos metros sobre el suelo, pero esta vez Estela estaba allí abajo, entre los arbustos, con los cuerdos.

Respiró fuerte y el aire entró pleno en sus pulmones. Sin tensión, sin punzadas en el pecho. Ni Estela ni la presencia de Lis, la de Ava o incluso la de Thomas Arthur Damon le causaban malestar ninguno. Si el propio escritor llegase hasta ella y la echara del castillo, no le importaría en absoluto. Notaba cómo cada mirada, cada murmullo a su alrededor respecto a ellas, resbalaba por las mallas de unicornios y caía al suelo. Y aquello era una sensación que no tenía precio.

Una princesa sin reino.

Damon se equivocaba, no era una princesa sin reino. Su reino estaba en otro lugar.

Claudia se adelantó para ponerse frente a ellas, dándole la espalda a la gente que las miraba.

—¿Vamos? —Alzó las cejas con ironía.

—Vamos. —Vicky dio unos pasos hacia adelante y miró a Mayte—. No dar que hablar, qué pensarán.

Natalia se encogió de hombros y avanzó sin decir nada.

—El recorrido es solo un minuto —les dijo Mayte, aunque sabía que a ellas eso no les importaba.

—El recorrido será del tiempo que quieras —respondió Claudia andando de espaldas.

Vicky comenzó a reír mirándola.

—El Juntaletras ya te ha visto. —Ladeó la cabeza hacia las estatuas de setos.

Mayte miró a Natalia, que estaba al lado contrario, esta le hizo un gesto confirmándolo. Mayte esperó a que su cuerpo reaccionara, esperaba temblor de piernas y vergüenza. Bajó los ojos, aquella sensación tardaba en llegar más de lo debido. Se mordió el labio.

No llega.

Levantó de nuevo los ojos hacia La Fatalé. El surrealismo de ver a sus amigas entre estatuas de setos, gorgonas, novias cadáver, Medusa y Thomas Damon retardaba sus sensaciones considerablemente. O quizás nunca llegarían.

Se encogió de hombres.

Tienen razón, una unicornio siempre será una unicornio.

Se giro hacia Thomas Damon, no lo esperaba ya tan cerca, tendría que haberse apresurado hacia ella. No se acercó del todo, esperó a unos metros que ella hiciese el resto del camino.

Vio a Claudia contener la risa cuando la rebasó para acercarse hasta el escritor. Thomas miró detenidamente su atuendo mientras ella caminaba hacia él, luego lo vio echar un rápido vistazo a sus amigas. Regresó su mirada de nuevo a Mayte, que se puso frente a él, algo más bajita que de costumbre, sin maquillaje alguno y con algunos mechones fuera de la cola.

—¿Sabes la hora que es? —Fue lo primero que le dijo él.

Mayte miró a su alrededor.

—La hora de tu celebración, supongo. —Tenía que levantar los ojos más que de costumbre para mirarlo.

Damon negó con la cabeza.

—Y tú eras una de mis invitadas —respondió él de inmediato. Estaba serio, como solía estar con ella los últimos días. Aunque por primera vez desde que acabó con aquel absurdo, que según ella tenían, no la ignoraba.

—Nadie me dijo nada de la hora —dijo y Damon alzó las cejas—. Llevas días sin hablarme. No tenía ni idea. Tu organizadora de eventos también me confunde con el decorado del castillo y tu representante. —Aunque estaba tranquila tuvo que parar para coger aire—. Me advirtió que ni se me ocurriera alterarme contigo más de la cuenta delante de la gente —Ladeó la cabeza—. Pero tampoco me explicó nada. Aun así he llegado a tiempo de comer.

Hizo un gesto con la cabeza hacia las mesas. Thomas Damon volvió a echar una mirada a sus amigas.

—¿A tiempo? He tenido que retrasar la comida y aun así mientras que subes, te cambias y vuelves a bajar será tarde. —Dirigió sus ojos hacia ella de nuevo. Se inclinó levemente—. Tenéis los asientos en la mesa principal.

Mayte se sobresaltó al oírlo. Ahora entendía su enfado por la tardanza. Una celebración y cuatro asientos vacíos en la mesa del homenajeado. Aun así el bochorno no la inundó. Damon se alejó de ella hacia el lugar de las mesas. La gente ahora la miraba con más intensidad, nade la conocía, solo era una mujer con atuendo raro y en desconsonancia con el resto de invitados.

Al girarse pudo ver a Estela, estaba en compañía de Lilia Damon, hablaba a la madre de Thomas de manera acelerada.

Ahora tiene razones para decir de mí todo lo que quiera. Que le den.

Regresó con las unicornio. Vio con ellas a una mujer alta, elegante, con el pelo rubio rojizo a la altura de los hombros. Tenía el rostro afianzado y una tez con algunas pecas que cubría muy bien el maquillaje. Sonrió a Georgina Lyon, estaba aún más guapa que la última vez que la vio.

Georgina la recibió con un abrazo.

—Mi unicornio medio normal —le dijo, dándole un beso en la sien. Mayte empezó a reír.

Claudia se inclinó hacia ella.

—Tenemos novedades, Georgina no ha perdido el tiempo mientras que no estábamos. —Miró a su cuñada de reojo—. Ha oído a Estela hablando con el Juntaletras y su hermano. —Paró para reír—. Estela dice que somos una especie de… súcubos en busca de cuentas corrientes y tu escritor le ha respondido que no, que somos un grupo de mujeres inmaduras y parecemos haber salido de una novela de Irina Yadav.

—¿Que Sir Juntaletras ha dicho qué? Ahora mismo me meo en su monstruo del lago Ness como Nanuk esta mañana, que he leído en una revista que es su favorito. —Claudia tuvo que sujetarla.

—¿Inmaduras? —Reía Natalia—. Vicky, por Dios, que esto está lleno de gente —le reprendió enseguida.

—Mientras no acabemos como en el bautizo de Aníbal… —Claudia se llevó la mano a la frente.

Georgina negó con la cabeza riendo. Mayte estaba segura de que tampoco Georgina pudo olvidarlo. Ella acompañó a su hermano para sacarlas de comisaría. Vicky tuvo la genial idea de mear en una farola en vez de esperar la cola del baño.

Vicky sacudió la mano.

—Eso fue una mala casualidad. No había nadie en la calle y a mitad de la obra pasa un coche de policía —resopló.

—No van a esperar ni a que termine el trabajo, mañana me despiden. —Mayte negaba con la cabeza.

Vicky se puso delante de ella.

—Repítelo —le dijo.

—Mañana me despiden —volvió a decir y Claudia rio.

—Otra vez —le pidió.

—Mañana me despiden. —Vicky movió la mano para que volviese a hacerlo—. Mañana me despiden. —Movió la mano de nuevo—. Mañana me despiden.

—¿A que cada vez que lo repites va perdiendo importancia?

Hasta Georgina Lyon rompió a carcajadas. Mayte rio también.

—¿Qué te ha dicho a ti? —preguntó Natalia.

—Está molesto porque llegamos tarde. —Miró hacia la casa—. Ha retrasado la comida y aun así mientras subimos y nos cambiamos llegaremos tarde —sonrió y las miró—. Así que no nos queda otra que…

Claudia entornó los ojos señalando las mesas.

—Ir a sentarnos directamente —continuó Claudia.

Georgina se tapó la cara sin dejar de reír.

—¿Dónde andan estos? —Natalia miraba a su alrededor.

—No sé si nos habrán visto llegar, pero da igual. Harán lo que hacen siempre —respondió Vicky, que también los buscaba con la mirada—. Actuar como si no nos conocieran.

38

Thomas pasó junto al grupo de Christopher Lyon.

—Ya han llegado —les dijo a los hombres, pero ellos no parecieron reaccionar. Quizás ya las habían visto.

Vio a Christopher mirar de reojo hacia donde se encontraban y alzar las cejas. Thomas se giró para mirarlas también. Las cuatro atravesaban uno de los arcos del monstruo del lago Ness dirigiéndose hacia las mesas. Vio a algunos invitados girarse para mirarlas y hasta algún empleado contrariado al verlas pasar a la mesa principal.

—Ahora vamos hacia la mesa —dijo Lyon dando unos pasos hacia atrás—. Antes tengo que saludar a Lord Scarrion, un cliente —sonrió levemente—. No tardamos.

Tiró de las chaquetas de Eric y Andrea para que lo siguiesen y dejaron a Damon solo. No tardó en sentir un golpe en la espalda, se giró, era Dylan, nadie más allí le daría esos golpes.

—Discreción absoluta la de tu monstrua. —La ironía de su hermano aceleraba su enfado—. Te dije que tus métodos extraños de intentar atraerla de nuevo no iban a funcionar.

Damon apretó los dientes.

—Lo hace para joderme, ¿lo sabes?

Dylan se encogió de hombros. Thomas desvió la mirada hacia un lado.

—No la reconozco. —Cogió aire y lo mantuvo dentro.

—¿Porque no baila al son de la música que tú eliges ni cuando la eliges?

Soltó el aire de golpe, mirando a su hermano, este dio un paso atrás riendo.

—Míralas.

—Sí, se ven de lejos, no hace falta buscarlas mucho. —Ellas habían llegado hasta la mesa—. Sitio en la mesa principal, muy bien. Piensas despedirla en unos días, pero hoy la sientas en la mesa principal. —Entornó los ojos hacia Thomas—. ¿Quizás en un amago de acceder en darle el sitio que debería de tener?

Thomas seguía con los labios apretados.

—¿Thomas? —Era la voz de su representante—. Ahora que estamos todos, ¿nos sentamos ya?

Lo miró con los ojos entornados.

—Y si tú no te atreves por no dar un espectáculo aquí mismo, solo tienes que pedírmelo, estaré encantada —añadió.

Thomas la miró pensativo, sin entenderla.

—No ha tardado mucho en quitarse la máscara. No era tan formal ni tan discreta ni tan correcta —seguía como una metralleta—. Era un papel para entrar en el castillo. —Le puso la mano en la nuca—. Yo nunca me equivoco.

Dylan miró hacia la mesa sonriendo. Thomas sabía que su sonrisa estaba llena de ironía.

—Yo me pido al lado de la pelirroja. —Se apresuró a decir Dylan alejándose de ellos.

—¿Georgina Lyon? Es… —decía Estela, pero Thomas le agarró el brazo y calló.

Dylan se giró hacia ellos.

—La decoradora de esta casa —continuó Thomas.

Dylan entornó ambos ojos.

—Eso ya lo sé —negó con la cabeza mientras se iba a la mesa.

Estela enseguida se dirigió a Damon.

—¿No se lo piensas decir? —le reprendió.

—Creo que no me corresponde a mí decir algo así y tampoco a ti.

—Es tu hermano. —Estela entornó los ojos.

—Y sabe perfectamente moverse en el mundo sin mí.

—Estás completamente hipnotizado con los Lyon. —Estela negó con la cabeza.

—Me caen bien. —Thomas movió las rosas secas de uno de los jarrones.

—¿Aunque hayan intentado colarte a una mujer así aquí dentro?

Thomas levantó los ojos hacia Mayte. Realmente no la reconocía. Ella debería saber que la mayoría de invitados la miraban, una desconocida con atuendo raro ocupaba uno de los asientos principales en la fiesta. Pero a ella parecía importarle poco. Rodeaba la mesa mirando los sillones. El resto de las sillas en otras mesas eran sillas normales con fundas de tela, pero aquella alargada tenía los sillones del resto del castillo, cada uno con un medallón con un símbolo. Mayte conocía bien el juego.

—¿A qué juega tu traductora? —Se sobresaltó con la voz de Lis—. Menudo espectáculo.

Pero él estaba perdido en sus pensamientos mientras observaba a Mayte.

—No tiene vergüenza. —Al fin Estela encontró a alguien que coincidía con sus pensamientos.

Mayte no se las había presentado, pero llamaban la atención sobremanera. La del pelo más oscuro observaba cada sillón y Mayte la miraba callada esperando algo, quizás que la chica decidiera los asientos. La rubia habría dicho algo porque Mrs. Lyon le había dado un tortazo en el hombro, donde luego apoyó su frente sin dejar de mover los hombros, estaba riendo. Mayte le echó una mirada de reproche. Eran peculiares, no cabía duda. Y efectivas, mucho más de lo que en un principio pensó cuando oía a Mayte hablar con ellas en el balcón. Las pesadillas no existían, se habían ido por completo.

39

—¿Seguro que no hay ninguno que se parezca a una verga? —preguntó Vicky y recibió un golpe de Claudia en el hombro. Luego su amiga se agarró a su sudadera y pegó la boca en ella para contener las carcajadas.

—Te quieres callar ya —le reprendió Mayte—. No hay vergas, Vicky.

—Pues vaya mierda de juego. —La rubia negó con la cabeza—. Lo de los medallones me lo copio. Pufff, qué de posibilidades. Un kamasutra, ¿os imagináis?

Recibió la mirada de Mayte como un láser. Vicky sintió el cuerpo de Claudia moverse en su hombro, ya no aguantaba más la risa.

—Y tírate que se te marca el chumino. —Tiró de las mallas de Mayte—. Parece que se está comiendo las mallas. —Luego miró a Claudia, que seguía en su hombro haciendo ruidos extraños—. Me vas a llenar de babas la sudadera, no me quites el poco glamur que me queda hoy.

Natalia retiró dos sillas.

—Estas son las nuestras —sonrió.

—¿Qué tienen? —Mayte se acercó enseguida.

—Unicornios.

—Venga ya, ¿en serio? —Apartó a Claudia—. *Hostias*, hay cuatro.

Las tres miraron a Mayte. Ella había quedado inmóvil mientras le sobrevenía algo en el pecho, aquella ligereza se multiplicaba haciéndola placentera como el vértigo mientras basculaba en ella cuerda.

Cuatro.

Recordó cuando Thomas le preguntó que cuántos unicornios había.

Cuatro.

La sensación entre las costillas aumentó.

—Nos encanta el Juntaletras. —Vicky sonrió con pena—. Pero tú mandas.

La Fatalé se sentó riendo.

—Rosas muertas y unicornios —dijo.

Vicky se sentó a su lado.

—¿Le dejamos La Medusa a La Fatalé? —preguntó, mirando el resto de sillones.

Natalia observaba cómo Georgina había tomado asiento al otro lado de la mesa. Un joven se apresuró a sentarse a su lado, sonrió al verlo.

—Mayte, ¿quién es? —Entornó sus ojos azules.

—Dylan Damon —respondió.

Natalia asintió con la cabeza, parecía que le gustó oírlo. Mayte no entendió el por qué.

Vio a Christopher, Andrea y Eric sentarse al otro lado de Georgina. Andrea le guiñó un ojo a Vicky.

—Mucho guiño, pero no se arriman —decía la rubia negando con la cabeza.

—Y no los culpo. —Mayte contó los asientos. Solo uno los separaba de Mr. Damon.

—El último y el más valiente. —A Natalia tampoco se le había ido el detalle.

Llegó Thomas y se sentó en su sitio. Estela a un lado, junto a su editor. Al otro y junto a

Mayte, su madre.

—Os presento a Lilia Damon. —Se apresuró a decir y la mujer las miró una por una—. Claudia, Vicky y Natalia.

—Un placer —les dijo de manera tranquila, tomando asiento junto a su hijo.

Thomas las miraba.

—Un placer también —dijo él. Mayte vio que se detuvo a observarlas.

—Gracias por la invitación apresurada —dijo Vicky—. Es un honor.

Estela levantó la cabeza hacia Vicky.

—¿Qué tiempo lleváis en Londres? —preguntó Lilia Damon.

—Llegamos esta mañana y nos vamos mañana, es una visita rápida —respondió. Mayte tenía que reconocer que el acento completamente nativo de Vicky era admirable, algo que llamó la atención de Estela.

—¿Solo estaréis hoy en Londres? —Se asombró la mujer.

—Por eso mi petición. —Claudia miró a Thomas—. Gracias.

—Afortunada casualidad. —Se oyó la voz de Estela.

Madreeeeee.

Natalia levantó los ojos, aquella mirada capaz de derribar a todos los monstruos de setos de una vez.

—¿Ellos son vuestros maridos? —preguntó Lilia con interés.

Vicky asintió. Natalia seguía mirando a Estela, que no tuvo más remedio que hacer un comentario absurdo sobre otra cosa.

—Sí. No lo parece, ¿verdad? —soltó Vicky y Lilia dio una pequeña carcajada.

Los observó un instante.

—Muy guapos todos —dijo la mujer y Thomas sonrió levemente al oírla.

—Nos gustan raros pero guapos —continuó Vicky. Eric la había oído, miró de reojo un instante, pero siguió en su conversación con el hermano de Damon, Georgina y los otros dos.

—El león, el malo y el mago —seguía Vicky.

Mayte le dio con el pie a Claudia.

Cállala, que ha cogido carrerilla.

—Al final va a ser que no estábamos tan locas —añadió Vicky. Estela levantó la cabeza y abrió la boca para decir algo. Pero antes miró a Natalia, lo que fuese que iba a decir debió de habérsele olvidado.

Lilia la miró alzando las cejas con curiosidad.

—Sí, sí que estábamos locas. —Vicky movió la mano y la curiosidad de Lilia aumentó.

Mayte volvió a darle con el pie a Claudia, no alcanzaba a Vicky.

—¿Por qué? —Lilia reía.

Mayte alargó la pierna, esta vez pareció encontrar el pie de Vicky, le dio un puntapié. Se oyó un ruido, la mesa se movió y hasta el líquido de las copas vibró.

—Parece de verdad un castillo encantado —dijo Claudia sonriendo sin dejar de mirar su copa de agua. Fue rápida, pero Mayte sabía de sobra que Thomas se había dado cuenta.

—Parecería un castillo encantado, pero solo ha sido un golpe en la pata de la mesa —respondió Thomas mirando a Mayte.

Lilia las seguía observando una por una. Vicky se detuvo en el jarrón que había cerca de Mayte.

—Rosas secas —dijo.

—Muertas más bien —respondió Damon.

—Cierto. —Vicky olió una y encogió la nariz—. Y huelen a muerto también.

Lilia Damon rompió en carcajadas. Estela la miró alzando las cejas.

Natalia cogió una de las rosas secas y la olió también.

—¿Por qué rosas muertas hoy? —preguntó con la voz grave y Damon se sobresaltó—. ¿Hace referencia a una nueva novela?

Estela se inclinó al otro lado de Damon.

—La forma más adecuada para decorar una casa así no tiene por qué significar nada y no se le puede preguntar a un escritor por novelas inéditas —continuó y Natalia levantó los ojos hacia ella.

Madreeeeeee.

—Son rosas secas para todos nosotros y él las llama muertas —respondió La Fatalé y entornó los ojos—. Es evidente que hay un por qué. Para ti, al igual que para mí, solo es parte de una decoración tenebrosa, con lo cual ya sé que no hace referencia a ningún libro inédito terminado —sonrió levemente—. Siento la pregunta, Mr. Damon.

No quiso ni mirar la expresión de Thomas. Su madre sin embargo estaba mirando a su amiga como si Natalia estuviese iluminada por algún aura divina.

—Rosas muertas —repitió Vicky sonriendo.

No sabía qué tipo de conexión había entre Vicky y Andrea, pero este la miró enseguida y vio un gesto extraño por parte de él. Pero a los pocos segundos una esfera de cristal comenzó a rodar por la mesa, despacio, directa hacia Vicky. Damon la miraba perplejo, hasta Estela tenía abierta la boca.

Se detuvo delante del plato de Vicky y comenzó a girar sobre sí misma. Mayte ya lo había visto en numerosas ocasiones, pero nunca podía dejar de mirarlas cuando comenzaban a girar tan rápido mientras en su interior surgían destellos. La esfera se alzó de la mesa y Lilia dio un grito. Luces, más destellos y apareció una rosa oscura en su interior. Vicky la cogió en el aire.

Entre unas y otras lo tienen que estar flipando.

Vicky volvió a alzar la bola, volvieron los destellos, esta vez oscuros, que envolvían la rosa. Se oyeron murmullos procedentes de las otras mesas que también los miraban. Dylan había dejado de hablar para mirar la esfera de Vicky, que estaba completamente rellena de un humo negro, luego se fue aclarando a gris, destellos de una pequeña luz que aumentaba mientras la esfera no dejaba de girar a unos centímetro de la palma de Vicky. Lila, turquesa y rosa. El humo desapareció y quedó la esfera con una figura de cristal dentro.

No las merezco.

Alargó la mano para coger la esfera en el aire. Notó alguna resistencia, enseguida Vicky la desactivaría porque la esfera dejó de resistirse. La miró de cerca, un unicornio de cristal pequeño, con pequeños destellos rosa, turquesa y lila.

Vicky acababa de decirle a Thomas Damon la realidad sobre ella y no tenía dudas de que él lo había captado.

—¿Maga? —preguntó Thomas Damon pasando el brazo por delante de su madre para coger la esfera de la mano de Mayte.

—Algo así. —Rio Vicky.

Thomas inspeccionaba la esfera.

Se oyó el sonido de copas. Los invitados ya se levantaban, llegaba el champán y las fuentes de chocolate al otro lado del jardín.

40

Las cuatro se habían levantado como la mayoría de invitados. Ya solo quedaba en la mesa junto a su madre y Estela.

—Vaya grupo —murmuró Estela.

Thomas miró de reojo a su madre, observaba a las cuatro chicas pensativa. La esfera de cristal seguía en la mesa, la movía con la mano mientras las miraba de lejos entre el resto de gente.

—¿Puedes decirle a Lis que prepare la animación? —le dijo a Estela. Vio en su cara que no le hacía mucha gracia andar de mensajera. Sin embargo, se levantó para buscar a Lis.

Miró a su madre, seguía mirando a sus invitadas más diferentes.

—¿Qué piensas? —le preguntó.

—Que me encantaría tener treinta años menos. —Ladeó la cabeza sonriendo—. Está siendo un buen día.

Entornó los ojos hacia su hijo.

—Los monstruos están bien, pero me empiezan a gustar más los unicornios. —La mujer le quitó la esfera.

Thomas negó con la cabeza riendo.

—Le gustas —añadió Lilia—. Y a ti ella, más de lo que yo pensaba.

Thomas sacudió la mano.

—No pienso hablar contigo de eso.

—No hace falta, yo observo, no necesito más. —Buscó con la mirada a Dylan. Seguía conversando con Georgina Lyon—. Claro que está siendo un buen día. Muy bueno.

41

Lis había pasado por su lado y ni la había saludado. Nía y Madelaine también estaban por allí, pero tampoco se habían acercado a ellas. Realmente los unicornios debían espantar.

Había menos gente, los invitados comenzaban a retirarse a cambiarse para la noche. Lis volvió a pasar por delante de ellas y las miró de reojo.

—No os preocupéis —decía Vicky—. Luego nos pondremos el Lagerfeld y nos cagamos en…

—Ya, ya. —La calló Mayte.

Vicky se giró para mirarla.

—El tuyo es uno rojo de Valentino. —Le guiñó un ojo.

Ya lo vería arriba, Vicky solía acertar en aquellos asuntos, así que supuso que sería absolutamente perfecto y acorde a la situación.

—El de Claudia es negro, el de Natalia marfil y el mío azul. Debía tener cuidado con los colores, que luego parecemos un parchís.

Claudia volvió a dar carcajadas. Mayte buscaba con la mirada a Thomas, estaba demasiado solicitado, lo había perdido de vista hacía rato.

—¿Habéis visto al otro Damon? —decía Natalia—. Creo que también quiere pertenecer a la familia.

—Sí, lleva toda la tarde con Georgina. —Claudia se puso de puntillas, a ver si lograba ver algo en el jardín.

—Tías, vamos a la conversión. —Vicky tiró de Mayte—. Ya estamos muy vistas con esta ropa.

—Rosas muertas por todas partes —dijo Natalia esquivando un jarrón.

Mayte se detuvo justo en la puerta de la casa.

—No, queda una en el rosal. —Dio un paso atrás.

Natalia sonrió. Hacía rato habían brindado delante de la princesa de las pesadillas, seguro que ella también había visto la última rosa.

Mayte miró a su amiga y sonrió. Natalia asintió con la cabeza y ella volvió a dar un paso atrás. Se giró y echó a correr hacia la estatua.

Ya pocos, pero aún había gente en el jardín. No había música, la orquesta continuaría por la noche. Retiraban los manteles para sustituirlos por otros de un color rojo oscuro. Mayte supuso que, de noche, con los focos del jardín, aquellos colores serían una maravilla.

También estaban cambiando las mesas, ahora las colocaban en círculo bordeando el monstruo del lago Ness.

Atravesó el arco que la llevaba hasta la princesa de las pesadillas. Allí estaba la única rosa del rosal, quizás la única rosa viva del castillo. Ya había florecido desde la última vez que la vio. Buscó las tijeras bajo el rosal, temía que Damon las hubiese mandado quitar de allí, pero no, allí continuaban.

A pesar de que en ese momento todo le pesara menos y de que sus amigas habían dado el empuje que necesitaba para afrontarlo, tenía que reconocer que no dejaba de darle pena que todo acabase.

Abrió las tijeras de podar en el tallo de la rosa.

Se acabó. A tomar por culo.

La oyó crujir y algo se removió en su pecho. Espiró aire. Alzó la mirada hacia la estatua, convencida de que haría todo lo posible en lo que le quedara de vida para no acabar como ella. Se inclinó de nuevo para dejar las tijeras en su lugar. Dio unos pasos hacia atrás y se dispuso a volver a la casa.

Frenó en seco, allí estaba Damon. No sabía cómo se había podido quitar de encima a todos los invitados que no lo dejaban ni un segundo. Mucho menos a las invitadas. Lo vio mirar a la rosa en sus manos con una expresión extraña.

—La última —dijo él—. Todas muertas.

Mayte la miró también.

—Todas mueren, es cuestión de tiempo. —Miró el rosal vacío—. Es el rosal el que permanece vivo. Y mientras esté vivo vendrán más.

Thomas entornó los ojos hacia ella mientras Mayte daba unos pasos hacia él.

—Hay que aprovechar el olor el tiempo que duren —añadió, rebasándolo—. Cortarlas antes de que se sequen y ya no quede nada de lo bueno que tienen.

Thomas la detuvo cogiéndole el brazo.

—No sé si esto que has hecho hoy ha sido en represalia a mi comportamiento —le dijo—. No es necesario. Te debo una disculpa, lo siento.

Mayte negó con la cabeza.

—¿A tu comportamiento? ¿Te refieres al despido? ¿Al actuar como si yo no existiera? ¿Al llenar la casa de rosas muertas? ¿Al buscar sustituta de inmediato?

Thomas alzó las cejas. Mayte volvió a negar con la cabeza.

—No hago nada por ti. —Miró la estatua—. Lo hago por mí.

Ella sonrió con ironía.

—Serás un dios de las letras. —No dejaba de mirar la estatua aunque lo observaba con el rabillo del ojo—. Te han hecho Sir y toda esta gente que está aquí te tiene gran admiración. —Se giró hacia él—. Pero en mi reino solo estoy yo y mis tres unicornios.

Le tendió la rosa a Damon.

—Ahora no tengo dudas de que cuando vuelva a empezar un libro, por mucho éxito que tenga, si no es lo que espero o quiero, lo tiraré a la basura de inmediato. —Volvió a mirar la estatua—. Todos los monstruos viven alguna vez, pero me he propuesto eliminarlos uno por uno.

Damon cogió la rosa.

—Gracias por la oportunidad que me has dado, no creo que me falte el trabajo si tu representante no inyecta veneno sobre mí en el mundo editorial. —Hizo una mueca—. O tendré que regresar al periodismo. —Tuvo que contener la sonrisa al decirlo. Acabó de rebasar a Damon y se giró para no darle la espalda. Levantó su dedo índice—. Puedes colocar la estatua que diseñaste en el pasillo, pero no necesitas dos Medusas en casa.

Pues sí que estoy superando expectativas.

Ladeó la cabeza hacia la princesa pesadillas.

—Estuve a punto de acabar exactamente igual a ella. —Sacudió la cabeza—. Pero aún estoy viva y todavía no he perdido mi reino.

—Y todo esto lo has meditado cabeza abajo en un saliente en la montaña. —Frunció el ceño al mirarla.

—Lo pensaba desde antes, pero a quinientos metros sobre el suelo se ha hecho real.

Quiso marcharse, pero Damon volvió a sujetarla. No la sujetaba con fuerza, lo hacía con cuidado, sin apretarla lo más mínimo. Le encantaba la forma que Damon tenía de tocarla.

—Pues te equivocas en algo. —Mayte desvió la mirada, tener a Thomas tan cerca no facilitaba nada las cosas—. No he buscado ninguna sustituta.

Mayte alzó las cejas. La mirada de Thomas era intensa, tanto que tuvo que dar un paso atrás para alejarse de él. Debían resbalarle también ese tipos de comentarios, pero su cuerpo reaccionó, recibiendo aquel hormigueo entre las costillas.

—Como el rosal —respondió ella acabando de rebasarlo—. Cuestión de tiempo.

Se apresuró a alejarse de él. Se giró levemente para poder verlo, a los pies de la princesa de las pesadillas, con la última rosa del castillo que aún olía, que no se deshacía al tocarla.

Rebasó a Lis, estaba segura de que andaba buscando a Damon. Esta vez fue Mayte la que pasó por su lado como si la mujer fuese parte del decorado de las rosas.

Cuestión de tiempo.

Lis la sustituiría, no tenía dudas de que a ella no le importarían las condiciones de Damon. Muchas mujeres se conformaban con algo, por poco que fuera, y conseguían ser felices con ello. Pero ella no era capaz.

—Estarás contenta. —Oyó la voz de Estela a su derecha y giró la cabeza hacia ella.

—Como no te imaginas. —Sin detenerse se giró de aquella manera que solía hacer Claudia para andar de espaldas.

Estela la agarró de la sudadera.

—No sé lo que buscas con este teatro que estás montando por Damon —le dijo la representante del escritor—. Ya ves la gente que hay aquí. Tú no eres más que una mosca —negó con la cabeza—. Tiene mujeres de sobra para preocuparse de los berrinches de una…

—¿Tú también? —Rio Mayte y Estela tuvo que callar—. ¿Piensas que hago algo por Damon?

Estela cerró la boca. Mayte negó con la cabeza.

—Sea como sea, tú y tus amigas habéis dado bien la nota. Eso es lo que os gusta, llamar la atención por el motivo que sea. —La miró de arriba abajo.

Mayte subió los escalones que llevaban a la casa hasta ponerle a Estela el culo a la altura de la cara. Vio de lejos a Damon en el jardín, por algún motivo, en cuanto las vio se apresuró hacia ellas. Mayte sabía que debía retirarse antes de que él llegase.

—¿Esto es llamar la atención? —Tiró de las mallas levemente, de nuevo las tenía metidas por las ingles—. Esta noche vendremos acordes con la ocasión. Por eso no te preocupes.

Se giró y subió los escalones rápidamente, Damon llegaba hasta ellas.

Entró en la casa y echó a correr escaleras arriba. Frenó en seco en el pasillo, allí estaban las tres locas con perchas de trajes enfundados, maletas de metal y algún macuto.

—Hemos decidido que en tu habitación, que es la más grande —sonrió Claudia.

Mayte le devolvió la sonrisa. Como en los viejos tiempos, aquellos tiempos lejanos cercanos a la felicidad plena.

Cuando las risas no daban paso a las pesadillas.

Y, no tenía dudas de que mientras se duchaban y vestían, reirían hasta que les doliesen las rodillas. Sacó la llave dorada de la rosa para abrir su dormitorio. Las oyó hacer ruidos de asombro cuando la abrió. Las dejó entrar o más bien la empujaron para entrar delante. Mayte dio una carcajada, tenerlas allí dentro, en la *suite* de las pesadillas, era un auténtico regalo.

Vio a Damon dirigirse hacia su ala, la que ocupaba toda su *suite*. Recibió un leve pinchazo en el pecho. Fue Thomas Damon, el dueño del castillo, el que llevó a las unicornio hasta la *suite*.

Ignoró los pinchazos, los leves calambres y los amagos de algo más que comenzaba a hacer su cuerpo y prestó atención a sus amigas. Vicky había dicho algo y Claudia se limpiaba las lágrimas.

Entró y cerró la puerta. Estaban allí dentro, en la *suite*, por las razones que fuera, y era un auténtico sueño.

42

Había dejado que el resto la peinasen y la maquillasen, como en los viejos tiempos. Natalia terminaba de planchar el pelo a Claudia.

—¡Su *puta* madre, me quemé! —La oyó protestar.

Vicky le abrochaba la pequeña cremallera del vestido. Del mismo rojo intenso que tanto le gustaba. No tenía escote alguno, acababa en un corte recto en la base del cuello, que se abría algo en los hombros donde comenzaban las mangas y hasta la altura del codo. Era ajustado solo hasta donde comenzaba la cintura, que se abría en un vuelo vaporoso, por delante hasta la rodilla, algo más largo por detrás. Una tela de las que tanto le gustaban al Hada Madrina, suave al tacto, algo tornasolada, muy brillante. Se dio la vuelta para verlo por detrás. Una espalda descubierta hasta la cintura, el vuelo de la parte baja era espectacular. La máxima elegancia sin nada que enseñar, la justa medida de sensualidad y sofisticación, poco discreto por su color o aquel vuelo exagerado, el vestido de una princesa en tiempos modernos.

Vicky la miró esperando las ovaciones, con la nariz encogida y sonriendo mientras apretaba los dientes.

—¿Qué quieres que te diga? —dijo, riendo, y la rubia le guiñó un ojo.

Vicky dio un paso atrás para verla mejor.

—La princesa del castillo encantado —sonrió—. *Dibidi badibi bú*.

Natalia sacudía la mano, tenía el ceño fruncido, se había frito el dedo de verdad con la plancha. Pero sonrió al mirarla. También Claudia la miraba sonriendo.

—Y nos vamos ya, que volveremos a llegar tarde. —Vicky tiró de ella.

Mayte cogió su bolso, una especie de bombonera de tela que se ataba con una pulsera a su muñeca. Volvió a mirarse antes de salir, para su gusto la raya del ojo no debía de estar tan marcada, pero nunca le quedó mal el maquillaje de ojos. Vicky le había dejado el pelo impecable.

Natalia tiró la plancha al suelo.

—Bicho del demonio —protestó.

—No todas tenemos ese pelo de cortina que tienes tú—respondió Claudia—. Es Dios dos.

Natalia la empujó hacia la puerta. Fueron saliendo y la esperaron en el pasillo. Mayte las miró con cierta timidez y ellas sonrieron.

Mayte cogió aire y lo soltó de golpe.

—Allá vamos. —Salió al pasillo.

Miró el pasillo de enfrente, pero no había nadie. Supuso que Thomas ya estaba abajo. En las escaleras sí había más gente, que las miraron de la misma manera que aquella tarde las miraban cuando llegaron con las mallas de unicornio.

Mayte las miró de reojo, para no mirarlas. Tenía tres preciosos unicornios, elegantes, hermosos, la maternidad y los años quizás las habían cambiado levemente, pero seguían siendo unas mujeres que desprendían seguridad, fuerza, frescura y magia. Absolutamente perfectas.

Levantó la cabeza, orgullosa de sus acompañantes.

—¿Dónde se han metido estos? —preguntó Claudia buscando a Lyon y el resto a los pies de la escalera—. Les dijimos que nos esperasen aquí.

—Habrán ido a atacar al champán. —Rio Vicky.

—Qué torpes, para algo que les encargamos. —Natalia bajaba despacio.

Mayte alzó las cejas sin entender.

—Nos han estropeado la escena. —Vicky encogió la nariz.

Claudia se detuvo y puso la mano en la pierna de Natalia.

—Vienen, vienen —les dijo, girándose—. Ponte bien el zapato.

Natalia frunció el ceño, luego se inclinó a mover la hebilla de su zapato. Mayte estaba atrás del todo, pudo ver llegar a Christopher Lyon con Eric y Andrea, que acompañaban a Thomas Damon.

Abrió la boca para expulsar aire. Ahora las había entendido.

La escena, dicen. No crecen, madre mía.

Vio a Thomas Damon con un traje oscuro, bajo él llevaba una camisa de una tela brillante formando unos extraños dibujos barrocos, similares a las batas que solía usar y que tan bien le quedaban. Entornó los ojos hacia su imagen, la del auténtico amo del castillo encantado.

Y quién quiere crecer.

Thomas levantó los ojos hacia ella, pero Mayte enseguida centró su atención en el zapato de Natalia, que no le ocurría otra cosa que el ganar tiempo para que ellos llegaran a los pies de las escaleras antes que ellas.

—Con que la escena —murmuró Mayte.

—Muy de película, sí —respondió Vicky riendo.

—¿Y ahora qué? —protestó, poniéndose derecha.

—Les limpiamos la baba —susurró Vicky y Claudia empezó a reír.

Vicky fue la primera en llegar y se puso junto a Andrea, Natalia pisó a Eric, un fallo de coordinación entre su bajada del último escalón, tuvo que contener la risa al ver la expresión de «El Malo», un tacón en el empeine, con el peso de Natalia, supuso que era para algo más que para solo cambiar el tono de piel.

Por muy altos que fuesen los tacones de Claudia apenas llegaba a la barbilla de Lyon, aunque, como decía Vicky, eso no era un impedimento para no dejar de hacer leones sin parar.

Al menos los tenía a todos para no centrar su atención en él. Ansias de mirarlo y ver su expresión al verla, realmente desde que se miró en el espejo solo quería que él la viese.

Primero yo.

Se repitió. Como decían sus amigas, solo cuando una mujer está plena consigo misma, libre de fantasmas y respira sin dificultad puede encontrar en alguien ese premio extra en la vida. Todo lo que no sea eso obliga a usar demasiada pintura para colorear a príncipes azules que solo llevan a convertirse en el esperpento de una estatua.

Tenía a Thomas Damon delante y tuvo que levantar los ojos hacia él. Le encantaba su barbilla y aquellos gruesos labios que le disparaban los pensamientos a una velocidad imparable hacia aquel mundo donde lo incorrecto estaba permitido. Le encantaba su olor, ahora lo sentía familiar y cercano, recordándole momentos íntimos que hicieron que una parte de su cuerpo se accionara de manera inmediata, algo por supuesto no apreciable a la vista. A la vista solo había un hombre de éxito recién nombrado Sir y una mujer más de tantas que estaban allí y que seguramente sus pensamientos no distaban mucho de lo que ella tenía con Mr. Damon.

Pero todo aquello daba igual porque no pensaba permitir las consecuencias. Porque esa vez las consecuencias no significaban ser correcta o incorrecta, dar que hablar o pasar vergüenza. Esta vez era ella, su felicidad, sus monstruos y sus pesadillas.

Primero yo.

Y nunca más haría nada que no la hiciese ser feliz, ni siquiera feliz a medias. Lo miraba y estaba casi segura de que se arrepentiría toda la vida de no haber seguido pintando a aquel príncipe ni un minuto más.

—*Dibidi Badibi bú* —murmuró Vicky y Andrea tiró de ella diciéndole que había fuentes de chocolate y caramelo.

Claudia empujó a Christopher para seguirlos y vio a Eric intentar mantenerse erguido, mientras su pie cojeaba, camino del jardín. Mientras tanto esperaba que fuera Thomas Damon el primero en hablar.

Oyó la respiración honda de Thomas Damon. Se buscó en el bolsillo de la chaqueta y le dio la esfera con el unicornio a Mayte.

—Ahora entiendo que todo lo haces por ti —le dijo tranquilo—. Y creo que has hecho lo correcto.

Ella cogió la esfera y la apretó con la mano. Alzó las cejas.

—¿Piensas que he hecho lo correcto? —preguntó y Damon negó levemente con la cabeza sin dejar de clavarle los ojos.

—Ahora mismo solo pienso en que subas conmigo a la habitación.

Tuvo que apretar los dientes para que su cara no mostrase expresión. Pero sus genitales se volvieron a accionar de inmediato. Cogió aire despacio.

Corre, Mayte, huye.

Thomas Damon tenía más peligro que todos los monstruos de la casa juntos si fuesen reales. Mayte bajó ojos y negó con la cabeza.

—No quiero que te vayas —añadió él.

—Y yo no quiero quedarme. —Se apresuró a decir antes de que se arrepintiera y callara.

—¿Tan terrible ha sido? —Movió la cabeza con ironía.

Mayte levantó la cabeza de nuevo. Era difícil mantenerle la mirada a Damon cuando la atravesaba de aquella manera.

—Hay muchas cosas que echaré de menos del castillo encantado —dijo y lo vio sonreír levemente. Dio un paso atrás para retirarse—. Que pases una feliz noche.

Le dio la espalda y notó el vuelo de su vestido al girarse. Miró la esfera y la apretó con la mano. Notó cerca el olor de Arthur Damon, la rebasaba, sintió su mano en la espalda, la tocó al pasar. Un leve roce en plena piel que la estremeció por completo. Hizo fuerza en la esfera hasta que las corrientes de su interior pasaran. No iba a ser fácil reponerse cuando todo pasara. Era una tranquilidad al menos saber que no estaría sola.

43

La cena fue muy diferente a la otra comida. Una especie de *catering* en mesas y bandejas que iban pasando por los invitados. Los focos del jardín y todas las luces interiores del castillo encendidas le daban el toque siniestro que tanto le gustaba y contrastaba tanto con el ambiente glamuroso de la fiesta.

—Ni La Medusa está dando juego esta noche —protestó Vicky arrugando la nariz.

—Normal. —Claudia se apoyó en el hombro de Natalia—. Con las miradas que le ha echado esta ni se atreverá a acercarse.

Natalia miró a Mayte.

—Ha intentado pillarte sola —dijo La Fatalé e hizo una mueca.

Vicky miró a Damon, Mayte sabía que no lo habían dejado solo ni un momento. Amigos, admiradoras y conocidos varios, todo el tiempo, sin parar. Ya Eric les había dicho lo difícil que les resultó llevarlo hasta la escalera. La rubia ladeó la cabeza sin dejar de mirarlo. Estela estaba con él, de hecho, era la que más tiempo llevaba a su lado, aún más que la propia Lilia Damon.

—¿Un chupito cada vez que Damon mira a Mayte? —preguntó, riendo.

—Venga ya, Vicky, ese juego es muy viejo y nosotras también para eso. —Natalia apoyó el codo en la mesa.

Vicky sacó los labios como para dar un beso entornando los ojos hacia ellos, que cruzaban el centro del jardín para dirigirse hacia otro grupo.

—Con que se quiere llevar a Mayte a la habitación —dijo Vicky moviendo la pajita de su bebida.

Natalia miró a Thomas.

—Estela está contrariada —dijo Natalia—. Y Damon también.

—Explícate. —Vicky se giró para mirarlos mejor—. Yo la veo más fresca que la fuente de los gatos.

La Fatalé entornó los ojos.

—Lo está notando —añadió Natalia pensativa y sonrió.

—Pero estamos aquí sin movernos, como unas aburridas. —Vicky movió la mano—. Mi idea era mejor. Natalia espanta a La Medusa, yo me encargo de las busconas. Claudia entretiene a Lilia Damon y Mayte al ataque.

Mayte negó con la cabeza.

—Ya sabéis todas lo que pasa cuando se me hace caso —sonrió.

Natalia le puso el dedo en la nariz.

—En este caso, Vicky, no es necesario. Solo está esperando un gesto de Mayte para empotrarla contra la pared. —Hizo una mueca—. Así que va a quedarse aquí de momento. Sin moverse, sin inmutarse y sin mirarlo.

Vicky alzó las cejas.

—Esas tías están ganando terreno. —Señaló a su espalda.

—Esas tías lo están persiguiendo, la princesa del castillo está aquí. —Quitó el dedo de la nariz de Vicky—. Confiad en mí.

44

La fuente de caramelo estaba demasiado dulce, Thomas sacudió la cabeza. Lis reía demasiado exagerada, gestos forzados para agradarlo más que de costumbre. Estela no se despegaba de él. También Nía lo había rondado en varias ocasiones, todas querían parte del protagonismo de ser una posible compañía cercana. Todas salvo una, cierta mujer de vestido rojo que estaba cerca de una de las fuentes de chocolate. Ella no formaba las carcajadas, sabía de buena mano que sus icónicos mitológicos le arrancaban las risas de manera continua.

Agarró el brazo de Dylan al verlo pasar y lo siguió tan rápido que dejo atrás a Estela y Lis.

—¿Dónde vas? —preguntó a su hermano.

—Busco a Georgina Lyon, estaba por aquí con su hermano y esos amigos —respondió y Thomas rio.

—Llevas todo el día con Georgina.

Dylan alzó las cejas.

—Es algo diferente a lo que esperaba, déjalo así —respondió Dylan mientras Thomas asentía —. ¿Y tú? —Empezó a reír—. El centro de atención hoy, estarás encantado.

Thomas hizo una mueca.

—Pero tu monstrua pasa de ti. —Dylan le dio un golpe en la nuca.

Thomas volvió a mirar al grupo. Allí estaba Mayte, su vaporoso vestido resaltaba entre los setos del jardín. Los violines sonaban.

—Sí —confirmó él. Sin embargo, no estaba molesto por eso. La entendía.

Dylan le dio unos golpes en la espalda.

—Confío en que lo conseguirás —le dijo con ironía—. Tú puedes, hermano.

Dylan rompió en carcajadas. Damon negó con la cabeza. Volvió a mirar a Mayte.

—Estela dice que ya tiene el contrato de un nuevo traductor —dijo Thomas sin dejar de mirarla.

—Sí que se ha dado prisa.

Thomas negó con la cabeza.

—Le he dicho que ya tengo una, no necesito más.

Dylan alzó las cejas.

—Hace un rato llamé a uno de los editores para comprobar que efectivamente Estela se está encargando de que ninguna editorial grande o mediana contrate a Mayte. —Entornó los ojos hacia ella—. Por eso Medusa —murmuró.

Dylan alzó las cejas al oírlo.

—¿Medusa?

—Sí, le he dicho que tampoco necesito dos —sonrió Damon—. Por eso no se separa de mí esta noche. No quiere que acabe mi contrato con ella.

—¿Te quedas con tu traductora? ¿Y si ella no quiere? —preguntó Dylan mirando al grupo de las cuatro.

—No en mi mundo. —Thomas le dio en el brazo a su hermano al rebasarlo—. Pero quizás sí en el suyo.

45

Christopher, Eric y Andrea habían vuelto. Intentaban enseñar a Claudia a usar la fuente de chocolate sin mancharse, misión realmente imposible.

Vio a Vicky apartarse de ella con rapidez y se sobresaltó. Thomas se dirigía hacia ellos, lo vio sonreír levemente mientras la miraba. Se detuvo a un par de metros de ella y le hizo una señal con la mano para que se acercara.

Mayte se quedó inmóvil, pero sintió el picudo codo de Vicky en la espalda que la obligó a dar un paso hacia Thomas. La sonrisa de él se amplió. Los ojos formaban un círculo amarillo en sus ojos oscuros, que tenían más brillo que de costumbre.

Sintió la mano de Damon coger la suya.

—Espero que sepas bailar un vals —le dijo, tirando de ella.

Mayte alzó las cejas. Se giró hacia sus amigas, su cara habría emblanquecido seguramente. Aquello había sido completamente repentino, le había cogido desarmada. Pero vio en el rostro de La Fatalé que algo así era lo que estaba esperando. Natalia alzó las cejas con satisfacción.

Thomas la llevó hasta el centro del jardín. Solo había bailado vals en tres ocasiones, las bodas de las tres unicornio. Recordaba que para la primera vez tuvieron que dar clases, el resto fue coser y cantar, por no contar la de veces que tuvieron que simular tobillos torcidos para no bailar con algunos indeseables.

Se puso frente a ella y sonrió.

—¿Te importa que todo el mundo te mire? —le preguntó.

—Te miran a ti —respondió ella levantando la barbilla.

Le rodeo la cintura y colocó su mano en la espalda de Mayte.

—¿Te importa que murmullen? —preguntó, acercando el cuerpo de Mayte al de él.

—No tienen razones para murmurar. —No era difícil, los violines les marcaban el ritmo.

—Sí las tienen, Thomas Arthur Damon no suele bailar. —Le estaba encantando cómo la miraba—. Tampoco le gusta mucho la compañía femenina en público si no es estrictamente necesaria.

—Puedo ser cualquiera, no tiene importancia. —Mayte alzó las cejas con suficiencia. No iba a conseguir abochornarla.

Vicky se cruzó de brazos con satisfacción. Claudia acudió enseguida a ellas.

—Somos unas *putas cracks*, ¿lo sabéis? —dijo el Hada Madrina.

Natalia la miró de reojo y negó con la cabeza.

—Que le gusta colgarse medallas —murmuró.

Claudia frunció el ceño, no miraba a Mayte y Thomas, sino algo más allá.

—Fatalé, ¿va a pasar algo más interesante que lo que estamos viendo? —preguntó, apoyándose en Vicky para ver mejor.

—Sí. —Aquella seguridad arrasaba y Claudia sonrió.

—Entonces vámonos a un sitio más interesante. —Tiró de Vicky—. Quiero verles la cara a las gorgonas, a la novia cadáver y compañía. Y desde aquí con esos focos no veo una mierda.

Vicky dio una carcajada y la siguió. Natalia les dijo adiós con la mano a los tres que ya las miraban con cara de apuro.

—Graba —susurró Vicky a Andrea señalando con la cabeza a Mayte y Damon.

Rodeaban el centro del jardín rebasando a Georgina que seguía en compañía de Dylan Damon. Vicky los miró con descaro.

—Aquí va a haber tema también —sonrió.

—Todo en familia. —Claudia le guiñó un ojo.

Natalia las agarró.

—Aquí —les dijo.

Claudia ladeó la cabeza, esperaba ponerse frente a Estela y aquellas empleadas sumisas, también frente a las otras amigas de Damon. Pero Natalia había decidido colocarse a un metro de ellas.

Estela ni siquiera las vio, estaba completamente perdida en la imagen de los que bailaban. Claudia la miró de reojo, Lilia Damon estaba también con ella. Entornó los ojos hacia Medusa, su odio hacia ella por su forma de tratar a Mayte se había multiplicado por un comentario que según Christopher había hecho sobre Georgina.

—Sé que quedamos en que La Medusa era para La Fatalé, pero… —Apretó los dientes—. ¿Puedo?

Hizo un gesto con la cabeza. Natalia sonrió.

—Espera un momento. —Le cogió la mano.

Claudia volvió a mirar a Estela, tras ellas había dos chicas que parecían más temerosas que sorprendidas por la conducta de Damon con Mayte. Más adelante estaba Lilia, la madre de Damon, ella tenía toda la atención puesta en su hijo. Junto a ella estaba Lis, había estado todo el día como la segunda estrella de la fiesta y su rostro era más de ofendida que de otra cosa. Dos amigas de Lyon estaban cerca y las miraban con satisfacción.

Notó a La Fatalé en su oído.

—Thomas Damon es tan reservado que todas estas creían que andaba con las otras —les dijo —. Nía está disfrutando tanto como nosotras. —Rio —. Una carrera de caballos y al final ha ganado una unicornio.

Claudia rio al oírla.

—A la mierda, chicas —les susurró Vicky rebasándolas—. ¿Esta es la de la afortunada casualidad? ¿La de las cazafortunas? Allá que voy.

Natalia alzó las cejas al verla pasar por delante de Estela, esta tuvo que dar un paso atrás para que la rubia no la pisara.

—¡Lilia! —La vio sonreír de aquella manera que tanto le gustaba a todo el mundo.

Natalia y Claudia se miraron.

—La madre que la parió —murmuraron las dos.

La siguieron, aunque pasaron más retiradas de Estela. Miraron a Mayte sonriendo. El vuelo del vestido con aquel rojo intenso había sido un auténtico acierto de Hada Madrina.

Claudia miró de reojo a Estela, sabía que aquella imagen tenía que ser dura de digerir. Lilia se colocó entre ellas.

—Mis dos hijos acompañados de mujeres —sonrió—. No tenéis ni idea de lo excepcional que suena eso. Los daba por perdidos.

Vicky rio al oírla. Claudia miró de nuevo hacia Estela, Natalia le tocó la mano para detenerla.

—¿Son las mujeres que querías para ellos? —preguntó Estela y ella se sobresaltó.

Lilia se inclinó hacia delante para responderle sin perder de vista a Thomas y Mayte.

—Yo solo deseaba que ellos se decidiesen por alguna —respondió la mujer.

Estela frunció el ceño.

—Yo solo veo a Thomas bailando con una mujer y a Dylan hablando con otra, no sé si mujer o no.

Ni La Fatalé pudo sujetar a Claudia. La más pequeña unicornio se puso las manos en la cintura.

—Llevas toda la fiesta intentando que cierta noticia llegue a oídos de Dylan —comenzó y hasta Natalia se puso junto a ella por si su amiga se alejaba más de la cuenta. Hasta Lilia dejó de mirar a los bailarines para mirarlas a ellas—. Tu información no es necesaria, Dylan lo sabe. —Miró de reojo a Lilia—. Y ella también.

Estela alzo las cejas, pero a Claudia le llamó la atención algo del centro del jardín. Levantó la mano hacia Estela para pedir unos segundos y atender a Mayte y Thomas.

La música sonaba.

—Pero especularán, hablarán y seguramente inventarán más de lo debido —insistió él—. Ahora mismo, ¿qué estarán diciendo?

—Que una mujer con traje rojo está bailando con Thomas Damon. —Miró levemente de reojo a los invitados. Era cierto que miraban con curiosidad. Thomas rio.

Thomas asintió y volvió a sonreír levemente. La música se detuvo y ellos también. Seguía notando la mano de Damon a su espalda y una leve presión la obligó a acercarse más a él aunque ya no había espacio entre ellos. Él se inclinó hacia ella, aquello era lo último que Mayte esperaba, pero entreabrió los labios y cerró los ojos. No tardó en sentir los gruesos labios de Damon sobre los suyos. Primero un roce, luego apretarse algo más profundo. Lo justo, ni demasiado rápido ni demasiado entretenido, había que tener en cuenta que estaban rodeados de gente.

No me lo puedo creer.

Las tres sonrieron satisfechas. Claudia enseguida se dirigió de nuevo a Estela, aunque esta acababa de recibir una lanza aún no había acabado con ella.

—Una mujer, es lo que vemos cuando miramos a Mayte —dijo mientras las acompañantes de Estela se apartaban de ella abochornadas—. Una mujer es lo que vemos en Georgina. —Entornó los ojos hacia Estela y levantó un dedo—. Pero te miramos y solo vemos serpientes.

La cara de Estela se tornó completamente roja.

—Eres una grosera —se defendió.

Lilia Damon desvió la cabeza y Natalia vio que intentaba no sonreír.

—Thomas Damon ha elegido —añadió, señalando el centro del jardín—. Aunque haya llegado después de ti, aunque según tú no era digna, no lo merecía. Aunque hayas intentado echar veneno sobre ella, el que has podido, que ha sido poco e inútil, hay que decirlo.

Vicky dio una carcajada.

—Y también lo intentas con Georgina —negó con la cabeza.

Natalia miró a Mayte y Damon.

—Querías a Thomas para ti y no te cabe en la cabeza cómo Georgina sin nacer mujer puede encontrar a un hombre —intervino La Fatalé y vio de nuevo a Lilia contener la sonrisa.

Vicky se pegó a Natalia y se apoyó en su hombro.

—Te cuento un secreto que nos ha enseñado los años y cuatro historias a través de un chat. —

Miró a Claudia y Natalia—. Las brujas siempre pierden.

Estela abrió la boca para responder. Pero la cerró, entornó los ojos con furia y se alejó de ellas a paso apresurado. Vicky le dijo adiós con la mano.

Claudia miró a Lilia y alzó las cejas. La mujer comenzó a reír.

—No sé lo que soléis beber, pero quiero —les dijo la mujer y ellas rieron también.

Thomas se apartó de ella, aunque aún no lo había soltado.

—Ahora murmuran aún más. —Rio él.

Mayte tuvo que respirar despacio, por mucho que lo intentaba impedir seguramente se estaba ruborizando.

—¿Por qué has hecho esto? —le reprendió.

Lo vio sonreír sin dejar de mirarla.

—Porque quiero que sigas leyendo este libro. —Movió el pulgar para acariciarle la espalda y todo el vello se le erizó—. Se me dan muy bien los giros narrativos, ¿sabes?

Mayte no pudo contener la risa. Thomas se apartó de ella y le cogió la mano.

—Ahora tendrás que soportar acompañarme con todos los invitados —le advirtió y ella sacudió la cabeza.

—De eso nada. —Acompañó su gesto con el dedo índice—. Yo te esperaré en la fuente de chocolate, con las mías.

Thomas negó con la cabeza, pasó la mano por su espalda de nuevo y la pegó a él.

—Entonces pasamos de los invitados y vamos a la fuente de chocolate. —Rio en su hombro. Sintió los labios de Thomas en su hombro—. Además, tengo que hablar con Christopher, Eric y Andrea. —Frunció el ceño y Mayte rio—. Hay cosas que quiero que me expliquen, a ver si logro entenderlas.

Mayte torció los labios.

—Hay otra cosa. —La giró y tiró de ella, atravesando el arco del monstruo del lago Ness—. He estado meditando eso de que no necesito más de una Medusa en casa. —La empujaba hacia la otra parte del jardín, la de la cúpula, en aquella parte solo había empleados. La miró con ironía —. Y llevas razón, solo una. —Hizo una mueca—. Y es una pena no poner la de piedra.

Mayte empezó a reír.

—Me va a odiar —respondió con ironía.

—Ya te odia, desde hace mucho. —Mayte asintió convencida a las palabras de Thomas.

—Tu madre me va a odiar también.

Damon frunció el ceño.

—¿Mi madre? —negó con la cabeza—. Le encantas.

Las cejas de Mayte se alzaron lo máximo que le permitió la piel.

—Dice que si unas amigas vuelan kilómetros por alguien es porque ese alguien debe ser excepcional. Y que ya quisiera yo tener unos amigos así, que solo ando entre muermos. —Desvió la cabeza para reír—. Prefiere los unicornios a los monstruos.

Mayte sonrió.

—Creo que a partir de hoy necesitaré buenos amigos que me guíen sobre qué se hace con un unicornio —añadió él riendo.

—No es difícil y es algo que sabes hacer bien. —Le puso el dedo en la barbilla—. Mantén distancia y haz como si no nos conocieras.

Thomas abrió la boca para responder, luego la cerró. Movió el cuello y volvió a abrir la boca.

—¿Me has hecho hacer eso delante de todo el mundo para luego tener que hacer como si no te conociera? —dijo y Mayte rompió a carcajadas.

—Si estamos las cuatro será lo mejor para ti, créeme. —No pudo acabar la frase, tuvo de nuevo los labios de Thomas encima de los suyos y esta vez sí se detuvo el tiempo necesario para que su cuerpo al completo tomara temperatura.

—¿Nos echarán mucho de menos si nos retrasamos? —Entraron en una zona de setos más espesa.

Conocía aquella mirada maliciosa de Thomas mientras metía la mano bajo el vuelo del vestido.

—Es tu fiesta, son tus invitados —repuso ella—. No deberías desaparecer.

—Lo decía por tus amigas. —Le besó el cuello, las manos de Damon llegaron hasta sus bragas.

Ella se apartó de él.

—Las conoces bien poco.

Estaban a unos metros de ellas, que seguían indagando en la fuente de chocolate. Andrea le puso la mano en el hombro.

—No es tan difícil, te acostumbras rápido —le dijo el italiano.

Thomas hizo una mueca.

—Lo mismo no ser mago es una desventaja —respondió, mirando a los otros dos. Lyon se encogió de hombros.

Eric levantó un dedo.

—Tenemos un trato, eso sí. Nada de controles remotos de nada de lo que ella te haya propuesto cuando estemos juntos —le dijo y Damon alzó las cejas. Eric miró a Christopher y Andrea.

—Esos aparatos que… —Christopher entornó los ojos y Damon asintió—. Solemos tener problemas de interferencias.

Las cejas de Damon se levantaron aún más.

—Hasta las bolas de Andrea interfieren —añadió Eric riendo.

Andrea levantó las manos.

—Los tenemos prohibidos. Por lo demás… —Le pasó el brazo por los hombros—. No hay normas.

Thomas sonrió, luego los miró a los tres.

—Y esos chats…

Lyon negó con la cabeza.

—Será una suerte para ti no entender el español —le dijo Eric—. Yo soy El Malo, lo seré mientras viva.

Andrea reía.

—Ahí no me llevé mala parte —dijo El Mago.

Christopher volvió a negar con la cabeza.

—Ahora soy El León, pero en su momento antes de eso fui muchas cosas, pasando por Mr. Palo metido por el culo y otras barbaridades.

Thomas abrió los ojos como platos.

—¿Y cómo me llaman a mí?

—Yo no hablo español muy bien. —Andrea se apartó de él.

Eric y Christopher miraban a los setos. Thomas guiñó ambos ojos e hizo una mueca.

—El amo del castillo, creo recordar —dijo Eric sin mirarlo.

Lyon lo miró de reojo.

—Y Sir Juntaletras —dijo, dándole un golpe de ánimo en el hombro—. Pero tranquilo, irá cambiando con el tiempo.

Thomas asintió no muy convencido.

—Bienvenido a la familia —le dijeron, riendo.

47

Mayte casi no podía andar, él le tapaba los ojos. Thomas lo había preparado con el mayor misterio que pudo, llevaban todo el día fuera, ahora lo entendía. Había algo nuevo en la casa. Y no podía ser Medusa ni la otra figura que diseñaron, esas ya llevaban en el pasillo varios meses.

Quitó las manos que tapaban sus ojos y la rodeó por la espalda sin dejar de mirarla para ver su expresión. Mayte alzó los ojos y abrió la boca.

La princesa de las pesadillas había sido sustituida por otra figura de piedra. Esta vez el rosal era de rosas color rosa. Sobre la peana había una mujer con las caderas y los muslos prominentes. El pelo le llegaba algo ondulado hacia la mitad de la espalda.

Le brillaron los ojos al verla, esta vez la corona de la princesa no tenía espinos, era una tira que rodeaba su frente y que formaba un pequeño cuerno. Llevaba un camisón corto, que se pegaba a su piel formando pliegues. La rodeaban tres unicornios. Uno, el más pequeño, apoyaba la cabeza en el muslo de la escultura y ella lo acariciaba.

Claudia.

Había un segundo al otro lado, con una pata algo alzada, su cuerno tenía una aureola o destello en la parte superior.

Vicky.

Y el último estaba al otro lado, era el más grande y musculoso y estaba en pie.

Natalia.

Le brillaron los ojos, el escozor de la garganta era difícil de aguantar.

—¿Te gusta? —preguntó él, pero era evidente que sí. Thomas se inclinó para verlo—. Ahora las tendrás siempre aquí de alguna forma.

La besó en el hombro.

—Gracias. —Las lágrimas caían sin remedio.

Thomas le echó el pelo a un lado y la besó en la nuca.

—Si hay algo que quieras cambiar…

—Es perfecta —negó con la cabeza.

—A ellas les ha encantado —dijo él y ella lo miró de reojo—. Hemos hecho un chat también nosotros, quería que me diesen opinión del boceto. —Hizo una mueca—. Pero a veces entran unicornios.

Mayte se echó a reír. Aquel contraste de lágrimas y risas que tanto le gustaba.

—Vicky dice que me deje de muñequitos y pase al asunto —añadió, guiñando ambos ojos—. Yo le he dicho que para eso tendrás que insistir algo más.

Ella negó con la cabeza.

—No pienso hacerlo, no —siguió diciendo Thomas—. ¿Suena convincente?

—No.

Él hizo una mueca.

—Eso es lo peor. —Tiró de ella hacia la casa—. Que acabaré haciéndolo aunque no insistas. Ya me han advertido.

—Vas con ventaja en esto. —Reía Mayte—. Tienes a tres especialistas.

—No me sirve de nada, caigo igual. —Hizo otra mueca y ella rio de nuevo. La detuvo para abrazarla—. Aunque tampoco creo que sea ninguna tortura.

La alzó del suelo y la besó en el cuello.

—Acaba de llegar un camisón nuevo —le dijo con picaresca.

Ella le sujetó la barbilla.

—Deja de comprarme camisones.

—Cierto, no los usas mucho tiempo. —Reía él mordiéndole el dedo.

Volvió a tirar de ella hacia la casa. Mayte echo un último vistazo a la estatua. Tenía focos por todo su alrededor, mucha más luz que la que tenía la antigua princesa de las pesadillas. Estaba deseando verla desde el balcón. Le encantaba la idea de que fueran del paisaje que vería cada día.

Epílogo

Salieron del ascensor directamente al parque Disneyland. Claudia iba contando los niños con el dedo. Natalia la observaba esperando a que acabara de contar cuando la vio emblanquecer.

—El que te falta lo llevas de la mano —le dijo La Fatalé y Vicky rompió en carcajadas.

—Y eso que el champán lo he dejado para la terraza esta noche. El *Moet* y dar vueltas en cacharros de estos no mola.

Claudia miró atrás. Christopher empujaba el carrito del más pequeño de los leones. Cuatro niños y las gemelas, seis justamente. Iris, la hija de Vicky, la rebasó. Leo, el de Natalia, corría tras ellas. La niña se detuvo y se giró hacia Leo, le cogió la mano y sin que Claudia viera de dónde lo sacó, hizo aparecer una chocolatina en la mano del niño.

Leo abrió la boca mirando a Iris como si fuera un ser divino. Natalia frunció el ceño y abrió la boca.

—Tu hija está usando malas artes con mi hijo —protestó a Vicky.

—Eso es el karma, Fatalé —respondió la rubia con frescura.

Andrea y Eric se miraron. Claudia tuvo que dar un par de voces para que sus terremotos más mayores no saliesen corriendo. Mayte y Thomas eran los que podían ir más tranquilos, tenían uno de dos años, que él llevaba en brazos, y otro que no llegaba a los doce meses en un carro bien atado. Claudia los miró.

—Os envidio, cuanto más crecen es peor —dijo.

Mayte rio.

—Y ni por esas paráis —le respondió Vicky e hizo un gesto de tijeras con la mano. Claudia no pudo aguantar las carcajadas con la cara que puso Christopher.

Natalia cogió a Iris con una mano y a Leo con la otra. Dos adolescentes con *jeans* y deportivas y con mochilas de colores llamativos los rebasaron.

Christopher giró la cabeza enseguida hacia ellas.

—Michelle y Mary Kate Lyon, ¿dónde vais? —les dijo y ellas se giraron a la par.

Michelle miró a su padre de reojo.

—No nos hables así, que vergüenza —dijo la joven mirando a su alrededor—. Nos vemos en la comida.

—¿Cómo que nos vemos en la comida? —protestó su padre.

Vicky le dio con el hombro.

—No creerás que con esa edad les gusta buscar princesas —le dijo, enseñando los dientes—. Ya si eso algún príncipe.

Claudia le dio con el codo a Vicky.

—No le digas nada, esa parte la lleva fatal —explicó Claudia y Vicky le miró divertida.

Le dio una palmada a las niñas para que siguieran andando.

—Pasadlo bien. —Les guiñó un ojo y luego se giró hasta Christopher—. Tenemos preparado el chat de las hadas madrinas.

Lyon abrió la boca.

—No, no, de eso nada.

—Sí, sí, sí —le rebatía Vicky.

Christopher miró a Andrea.

—Dile algo, que la tuya va a ser la siguiente.

Andrea se encogió de hombros.

—Pero a mí me queda mucho —respondió El Mago.

Christopher miraba a sus hijas alejarse. Vicky le dio unos golpes en el hombro.

—Habrá leones acechando en cada rincón, no te quepa duda —le dijo antes de rebasarlo—. Chicas, vamos.

En esa ocasión fue ella la que contó a los niños. Ladeó la cabeza hacia Mayte, que llevaba el carro. Eric se acercó a ella.

—Ve delante con ellas, yo lo llevo —le dijo y se puso entre Christopher y Thomas.

Ellos se detuvieron mientras ellas se alejaban algo más.

—Hacemos como siempre, ¿no? —les dijo Eric.

—Sí, sí —respondió Damon, convencido—. A unos metros.

—No las conocemos, por si acaso la lían —añadió Christopher.

Claudia reunió a los niños más mayores.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó.

Vicky estaba a la cabeza del grupo, se detuvo y se giró hacia el resto.

—Pues por el principio. —Los recorrió uno por uno con la mirada mientras sonreía—. Todo comenzó en Wonderland.

Agradecimientos y nota de autora:

Gracias por leer la historia de la última unicornio. Estas novelas han hecho posible que la familia Noah crezca como nunca imaginé. Gracias por seguir conmigo apoyando cada historia. Gracias por llevarlas hasta lo más alto, y gracias por creer en mí.

Vendrán más, tantas como sea capaz de escribir.

Gracias a mis unicornias, mis Hadas Madrinas de las redes sociales que hacen que sea más feliz cada día, que esperan con paciencia mi próxima novela, que me animan a seguir adelante. Sin vosotras no sería posible, llenais de magia mis letras:

Las primas Ale y Vanesa, Jana Weestood, Luba Adrover, María Rodriguez Pérez, Marga Rodriguez, Yolanda Reina Montes, Francisca Tapia, Lorena Timoneda, Vicky , Jessica Garrido González, Sandra Koscak, Sónia Panadés Lorenzo, Janira Ramos Serrano, Belén Lucía Garrido, María Elena Millán, MariPaz Lopez R., Andrea González, Fátima_A.R, Laura Martín Bofarull, Nair L.W, Paseadora entre libros, Nadine Arzola, Susana Rey, Eva, la gemela, Lena Baez, María García, Eva María Pinto, KatyMontoya30, Miriam Soca, Sonia Lapuerta, d._Cleta_Getrudis, Jesicar, Louise Galarza Burgos de Puerto Rico, María Álvarez, Alejandro M., María José Caro Ayora, Pilar Retamero, Anita Black, Mibana, Angélica, Graciela Mármol, Alicia Rojas, Nayyeli Heredia, MA Andreína Montero, Lidia Guardiola, Alebriones, Noelia Martínez Laureiro, Yaisa Antón, María Barrero Moreno, Susana Reyes, Silvia (Chivi) Arias, Liliana Romualdo, eli.m.almodovar, Ascensión Sánchez Pelegrín, isabelcastrofajardo, Yoli Fiz, Jazmín Quintana, Paula González, Jeacqueline Hernández, Manuela Molina León, Sagrario Espada, Ana Mármol Asenjo, Lorena Vera, Ana, Wilmeliz Bonet, Cris Hernández, Lorena Álvarez, Nena Ricossa, Yamel LG, Rocío Cortés, SataLilith, Laura de Paraguay, Raquel Morantes Morales, Leidy Torres, María Martín, Rosscueto, Yami Flores, Claudia Soto, Antonia Romero, Dorina Bala, Concha De La Mancha, Susana De la Torre, Patricia García, Lidia Rodríguez Almazán, Ana Rosa Ferrer Fernández, Gina Serrano, Satur Fernández Rubio, Ángela García Fernández, Pili Doria, Laura Enríquez, Elena Juderías Pascual, Isabel Hernández, Karla CA, Elena Cabrerizo, Estela González, Vicky Carcedo García, MariaM Ruíz Antón, Ana Farfán Tejero, Romina Villarroel, Rosa, Elisabet Masip Barba, Mónica Montero, Ana del Pozo, Manuela Camacho, Carmen Muñoz Alcaide, Daniela Mariana Lungu Moagher, Sonia Polo, María Viña, Claudia Lorena Ortíz Restrepo, Cris Bermejo, María Isabel Epalza Ramos, Marisol Pérez, Ally CM, Anaïs Sánchez Pellicer, Sandra Lucas, Lorena Vigo, Sandra Feijoo Loor, Juani García, Isabel Gómez, Marialu Delgado Mateos, Silvia Segovia, Erika Eguiluz, Marta Olmos, Esther Ramilo, Vanusa Meneses, Julia Carrasco, Jesica Ramirez.

Y a todas las que habéis disfrutado con la serie de las unicornio.

Un abrazo, Noah Evans.